



# CORONADO EN LLAMAS

GERTY RUDRAW

# DESCENDIENTES DE CREPÚSCULO 3

CORONADO EN LLAMAS



GERTTY RUDRAW

Copyright 2024 - Todos los derechos reservados.

No es legal reproducir, duplicar o transmitir ninguna parte de este documento ni por medios electrónicos ni en formato impreso. Queda terminantemente prohibida la grabación de esta publicación y no se permite el almacenamiento de este documento a menos que se cuente con el permiso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña literaria.

Este libro es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o lugares, sucesos o localizaciones es pura coincidencia.

✿ Creado con Vellum

# ÍNDICE

|                                                                        |
|------------------------------------------------------------------------|
| <a href="#"><u>Capítulo 1: Un fuego que ilumina el cielo</u></a>       |
| <a href="#"><u>Capítulo 2: Fuego</u></a>                               |
| <a href="#"><u>Capítulo 3: Lágrimas de sangre</u></a>                  |
| <a href="#"><u>Capítulo 4: En plena huida</u></a>                      |
| <a href="#"><u>Capítulo 5: Tengo un plan</u></a>                       |
| <a href="#"><u>Capítulo 6: Sal marina</u></a>                          |
| <a href="#"><u>Capítulo 7: En medio de una ilusión</u></a>             |
| <a href="#"><u>Capítulo 8: Visiones nocturnas</u></a>                  |
| <a href="#"><u>Capítulo 9: A salvo</u></a>                             |
| <a href="#"><u>Capítulo 10: El collar de Lilith</u></a>                |
| <a href="#"><u>Capítulo 11: Sobre el futuro</u></a>                    |
| <a href="#"><u>Capítulo 12: Esclavo de su voluntad</u></a>             |
| <a href="#"><u>Capítulo 13: Pregúntame lo que quieras</u></a>          |
| <a href="#"><u>Capítulo 14: Del presente al pasado y viceversa</u></a> |
| <a href="#"><u>Capítulo 15: La verdadera razón</u></a>                 |
| <a href="#"><u>Capítulo 16: El país de los brujos</u></a>              |
| <a href="#"><u>Capítulo 17: Alianzas y promesas</u></a>                |
| <a href="#"><u>Capítulo 18: El rey y la reina</u></a>                  |
| <a href="#"><u>Capítulo 19: Emboscada</u></a>                          |
| <a href="#"><u>Capítulo 20: Oscuridad en medio de la corriente</u></a> |
| <a href="#"><u>Capítulo 21: La luz al final del túnel</u></a>          |
| <a href="#"><u>Capítulo 22: Dhalia y Rose</u></a>                      |
| <a href="#"><u>Capítulo 23: Voto de venganza</u></a>                   |
| <a href="#"><u>Capítulo 24: Gritos en la noche</u></a>                 |
| <a href="#"><u>Capítulo 25: Un último recuerdo</u></a>                 |
| <a href="#"><u>Capítulo 26: Un pacto de sangre</u></a>                 |
| <a href="#"><u>Capítulo 27: Canciones de venganza</u></a>              |
| <a href="#"><u>Capítulo 28: Mira cómo arde todo</u></a>                |
| <a href="#"><u>Capítulo 29: Muertos vivos</u></a>                      |
| <a href="#"><u>Capítulo 30: Fuego, cenizas y sangre</u></a>            |

# CAPÍTULO 1: UN FUEGO QUE ILUMINA EL CIELO



## GWEN

**P**ara cuando vuelvo al campamento, en mitad de la noche, el barro y la tierra apelmazada cubren mis pies, y el frío de la noche se pega a mi piel, aunque una parte de mí no pueda sentirlo.

Everett está sentado frente a la hoguera, con el ceño fruncido, removiendo las llamas con un palo. No me mira, pero está claro que sabe que he llegado. El aire nocturno, cálido solo alrededor de la hoguera, huele a manzanas silvestres mientras él asa la carne del pequeño cochinillo que acaba de cazar.

Sin decir palabra, me siento frente a él, sabiendo que *molesto* no es una palabra lo bastante fuerte para expresar lo enfadado que está conmigo.

Everett aviva las llamas y saltan chispas, centelleando entre el aire y el humo. Su fuego podía verse, pero, muy por detrás de nosotros, perdida en el bosque, otra hoguera de llamas baila, elevándose por encima de las copas de los árboles como una señal en medio de la noche.

—Dime por qué lo hiciste —exige Everett sin apartar la mirada de las llamas.

—Era necesario. —¿Qué otra cosa podría decir para justificar mis actos? Además, no quiero justificarle nada. Hice lo que tenía que hacer.

Cuando levanta la mirada y se encuentra con la mía, sé que estamos sintiendo los pensamientos del otro. E incluso en medio de la distancia, puedo verme reflejada en sus ojos como la calma que precede a la tormenta.

—¿Tú...? —tartamudea y chasquea la lengua—. ¿Tienes idea de lo preocupado que he estado por ti? Maldita sea, ¡al menos podrías haberme avisado!

—No era algo que te preocupara demasiado o me habrías acompañado. —Esta vez bajo la mirada para evitar la ira que se cuele en sus ojos, que le brota por los poros.

—¡Pero me concierne! —estalla y tira el palo de madera a un lado—. ¡Me concierne, porque todo lo que te pasa a ti también me pasa a mí! ¡Maldita sea, Gwen!

En su cólera, siento que sus ojos buscan los míos, mientras rememora las escenas que vivimos unas horas antes: venir conmigo al claro del bosque que percibe por nuestra conexión; su prisa por bajar mi fiebre, que no cedía, y luego volver aquí para montar el campamento.

Everett esperó durante horas hasta que supo que yo estaba estable, y luego salió a cazar porque

las llamas calcinaron nuestras provisiones de alimentos. Durante su ausencia, me desperté, segura de que tenía algo pendiente que hacer. La llamada de mis hermanas ardía en mis pensamientos.

Y medio desnuda y aturdida por la fiebre, me levanté, descalzo y me dirigí de nuevo a la mansión, utilizando el nuevo poder que obtuve del dios para ver arder lo que antes consideraba mi hogar.

Por suerte, la mansión estaba en medio del bosque, en un lugar que no debía despertar alertas. Pero nunca se sabe. El enfado de Everett es comprensible, pues tuvo que enterarse de mi ausencia a través de las vagas imágenes de mis acciones, determinando que no podía seguirme adondequiera que hubiera ido, pues la protección del convento se manifestaba por todas partes, haciendo imposible que vagara por los terrenos de las brujas sin la compañía de una.

—No voy a disculparme por lo ocurrido —digo, pero Everett me interrumpe.

—¿Sabes qué? ¡Me importan una mierda tus disculpas! —grita—. Así que guárdatelas para ti. Me bastaría con saber que tienes un poco de sentido común y comprendes que no siempre se trata de ti. ¡Joder, Gwen! Podrías haberte caído por la fiebre, o esa odiosa mujer podría haberte atrapado, ¡y yo no habría estado allí para ayudarte!

Oigo su voz temblar, no de rabia, sino de miedo. Y sí, puedo sentir el miedo de Everett a perderme.

Respiro lentamente y me pongo en pie, imitando sus movimientos. Me examino como para comprender mejor la situación y me doy cuenta una vez más de que estoy en ropa interior y descalza.

—¿Puedo preguntar por qué me desnudaste?

Me mira fijamente y me doy cuenta de que quiere volver a gritar. —¿De verdad? ¿Eso es todo lo que tienes que decir ahora? —Sacude la cabeza, el enfado le arruga la frente.

Asiento y él suspira exasperado. —¡Tenías más de ciento *cinco grados* de fiebre, Gwen! Sobreviviste solo porque no eres humana. —Su tono suena intenso mientras me mira con el ceño fruncido—. Porque compartimos un vínculo, nos guste o no.

—Eso no me explica nada. —Me encojo de hombros ante sus acaloradas palabras.

Everett se pasa las manos por el pelo, exasperado. —Tenía que bajarte la fiebre como fuera, así que te bañé en el agua fría y para hacerlo bien, ¡te desnudé!

Hago una mueca con los labios. Lo peor, quizás, es que no siento el frío. Sé que debería, pero no lo siento.

—Lo sé, tal vez no entiendas...

—No —me corta Everett sin mirarme—. Lo peor es que sí. Entiendo perfectamente lo que hiciste. Y sé por qué lo hiciste... Pero mierda, Gwen. Podrías haber muerto ahí dentro.

—Sabías que eso no pasaría —digo negando con la cabeza.

—Pero *podría haber* pasado, y no habría podido ayudarte.

Suspirando, cierro los ojos, sintiendo la energía desbordante que desbordan sus emociones.

Pero cuando habla, le entiendo. Reconozco su pensamiento y sus sentimientos porque estoy conectado a él. No puedo ignorar la razón que posee, porque el vínculo me obliga a conocerle con demasiada certeza.

—Tienes razón —declaro.

Everett me mira, vuelve a pasarse los dedos por el pelo y luego mira al cielo. —Esto... Todo esto es una mierda.

—Lo sé —susurro—. Pero es la realidad. Ahora, al menos, es nuestra realidad.

Tras un momento de silencio y una breve pausa en nuestra conversación, Everett rodea la hoguera y viene hacia mí.

Su dedo me levanta la barbilla, haciéndome levantar la vista. Solo lleva pantalones, así que su pecho y sus brazos desnudos reflejan la luz de las llamas, que bailan por su piel entre tonos dorados y anaranjados.

Sus ojos, azul hielo, permanecen fijos en los míos, y su pelo rubio cae sobre su frente. —No vuelvas a hacerlo —me suplica. Y me doy cuenta de que no es una orden, sino una proclama.

Asiento con la cabeza. —Estarás allí conmigo la próxima vez.

—¿Habrá una próxima vez? —pregunta con una mueca.

Me encojo de hombros. —No tengo forma de saberlo, pero es probable.

Sus labios dibujan una mueca de desprecio por un momento antes de sorprenderme mientras sus brazos me atraen contra su cuerpo y me abraza con fuerza.

Tardo un segundo en comprender lo que está ocurriendo, pero el gesto, por inesperado que sea, me llena hasta la saciedad, pues noto que es tan necesario para mí como para él.

Así que cierro los ojos y dejo que su aroma a bosque, sudor y madera lo impregne todo mientras mi cara se posa en su pecho y los latidos de su corazón retumban contra mi cuerpo.

—En serio, Gwen, me has dado un susto de muerte.

—Lo... lo sé. —Mientras lo abrazo más fuerte, siento que nuestro vínculo se fortalece.

Tras una breve pausa, Everett se separa de mí y se coloca al otro lado de la hoguera, mientras saca una jarra de metal y me sirve una infusión humeante.

—Bebe esto —me ordena.

Miro el líquido y enarco una ceja, olfateando para sentir mejor el aroma. —Corteza de saúco... una buena hierba y romero silvestre. ¿Cómo demonios sabías lo que era bueno para bajar la fiebre? —le pregunto.

Everett me ignora mientras saca la carne y las manzanas del fuego. Una vez terminado, dice: —El pájaro... Le pregunté qué podría estar bueno, y él me guió.

Cuando voy por la mitad de la infusión caliente, contengo la risa para no escupir el té y me lo quedo mirando asombrada, imaginándome a Everett en su forma de lobo, consultando a Corvux por todo el bosque en busca de las hierbas adecuadas.

—Ha sido muy amable por tu parte —admito, intentando no soltar una carcajada al pensarlo.

—No fue una cortesía. Te lo dije, no pensaba dejarte morir —responde, evitando mi mirada.

Me pasa un palo en el que ha ido ensartando trozos de manzana y jugosa carne de cerdo de la fruta que lleva horas cociéndose sobre la carne.

Doy un mordisco, sintiendo la grasa escurrirse entre mis dedos mientras Everett me imita. —Está delicioso. Gracias.

Se encoge de hombros, restándole importancia, y comemos en silencio durante un rato, mientras el fuego crepita y la noche pasa tranquila a nuestro alrededor.

Después de cenar, Everett se levanta y se acerca a mí, tendiéndome una mano. —Vámonos.

—¿Adónde? —le pregunto mientras me pongo a su lado.

Me pone unos dedos firmes en la frente. —Sigues teniendo fiebre. —Everett me lanza una mirada mordaz y decido no discutir con él.

No lo sé, pero sé que tiene razón. Todavía no siento el frío de la noche, así que le sigo mientras me guía hasta el pequeño río que corre no muy lejos.

Con una maldición entre los labios por lo fría que está el agua, Everett se sumerge hasta las pantorrillas y luego me ayuda a avanzar, haciendo que un escalofrío recorra mi cuerpo.

—Si se nota que está helada, eso es bueno —me asegura con una mueca, que yo le devuelvo, constatando que, en efecto, sí, el agua se me está helando ahora.

Me obliga a medio bañarme, quitándome los restos de ceniza y barro del cuerpo mientras la piel se me pone de gallina hasta que salgo rápido del río. —¡Suficiente para una noche! —Me froto los brazos fríos y tiemblo.

Con una sonrisa en los labios, por haberme hecho sufrir un poco, Everett me sigue de vuelta al campamento, donde espera mientras trazo mis runas en el suelo para protegernos de cualquier forma de enemigo.

Una vez que he terminado, nos metemos juntos en la pequeña tienda de acampada. —Tengo que admitir que dormiré un poco más tranquilo gracias a ti y a esas... esas cosas... —dice refiriéndose a las runas.

Le miro en el espacio reducido, pensando en cualquier cosa menos en la magia. Los músculos de sus brazos se tensan mientras apoya la nuca en las palmas de las manos y su mirada se detiene en algún punto del lienzo.

Al notar mi mirada penetrante, Everett se vuelve y me observa y, por primera vez, comprendo que nunca hemos estado uno frente al otro en un espacio tan reducido como éste, sin profesarnos odio ni desearnos la muerte.

Sé que aún nos odiamos, que detestamos la presencia del otro y el vínculo que nos une; pero también que algo parece haber cambiado entre nosotros. Algo se manifiesta en la química que flota espesa en el aire circundante.

—Esto no puede estar pasando —susurro, con los ojos cerrados mientras siento que se me acelera el pulso.

Pero Everett me ignora. En cambio, siento que se acerca a través de la escasa distancia que nos rodea en medio de la tienda. Mis ojos se abren de par en par al encontrarlo muy cerca de mí, con su mirada clavada en la mía y sus dedos acariciándome la barbilla.

Mi cuerpo se gira, siguiendo sus ojos mientras me acomodo, sintiendo que tiemblo por dentro; el calor adquiere un nuevo significado cuando mis palmas desnudas se posan sobre su pecho, con los latidos de su corazón golpeando mi piel. Su pulso late al mismo ritmo que el mío y su aroma inunda el aire.

—Dijiste que me odiabas... —Intento hacerle entrar en razón porque sé que una parte de nosotros sigue consciente durante toda esta locura, y él sabe que lo que está a punto de ocurrir es una idea terrible.

—Lo sé —expresa, dejando caer su rostro y apoyando su frente contra la mía—. Aún lo sé.

—Bien. Yo tampoco te tengo en mayor estima —le aseguro, pero mi voz suena más como un gemido. Es un susurro débil y derrotado, que sabe que no puede evitar lo inevitable.

Nuestros pies se enredan y nuestras piernas se juntan; el calor de su cuerpo hace evidente que echa de menos el mío.

—Mierda, Everett —susurro con desesperación—. Se supone que eres mejor que esto.

—Gwen, por una vez en tu vida, ¡cállate la boca!

—No me digas que... —Everett interrumpe mi frase antes de que pueda terminarla.

Siento que su cabeza desciende sin miramientos, y siento que sus labios se posan sobre los míos y se encuentran con mis gemidos, en medio de un aliento caliente y cargado de adrenalina que me recorre la piel y hace que todos mis sentidos cobren vida.

Y entonces, con inesperada brusquedad, ignoro lo que está ocurriendo, el pasado y las declaraciones de guerra y odio que nos hemos profesado. Pero en este momento, todo lo que sé es que su boca en la mía se siente como el cielo, y sus manos, cuyos dedos se enredan a lo largo del pelo de mi nuca mientras empuja contra mí son todo lo que necesito saber o sentir en el mundo. Y mi cuerpo responde en sintonía, sin importarle siquiera lo que siento por esta decisión. Mis manos se mueven sobre su pecho, explorando los firmes músculos que marcan sus hombros y trazando cada línea de su piel con las yemas de mis dedos.

Su lengua persigue la línea inferior de mis labios, entre jadeos de mi boca que me hacen querer apartarme y quedarme al mismo tiempo. Vacilo, entre el vértigo y el mareo, notando cómo su mano presiona contra la curva natural de mis caderas mientras empuja contra mí para evitar que nuestros cuerpos se separen el uno del otro, y ya no soy consciente de nada, sino que me permito actuar, y ceder, mientras acompaso sus movimientos, atrayendo un poco más su boca contra la mía; deseando que sus labios no se separen nunca de los míos.

Al tener su cuerpo más cerca de lo que nunca antes lo había sentido, rodamos sobre los sacos de dormir, con mis curvas acomodándose a la perfección contra su anatomía, y siento cómo se aprieta contra mí, anhelante, y luego se rinde a la naturaleza, a lo que somos el uno para el otro.

Inhalo apresuradamente cuando su boca abandona la mía, bajando por mi cuello, con los dedos enredados en su pelo mientras intento pensar sin desorientarme, pero me resulta imposible.

En este instante, todo lo que sé es que deseo a Everett con todas mis fuerzas y que él me desea igualmente.

Por la mañana, sé que pensaré de otra manera, pero ahora mismo, nada más importa, y no pienso darme la oportunidad de cambiar de opinión.

## CAPÍTULO 2: FUEGO



## GWEN

—¡Mierda! —La voz de Everett me despierta en medio de lo que resulta ser un extraño sopor. Los recuerdos de la noche anterior se mezclan con extraños sueños mientras mis ojos se abren de golpe y me siento dentro de la tienda como si la culpa intentara colarse en mi organismo; como una resaca emocional.

La maldición de Everett me devuelve al presente cuando se repite, esta vez acompañada del graznido de Corvux, señal inequívoca de que algo va mal.

Poniéndome en pie, agarro la camisa de Everett para cubrirme el cuerpo; por lo demás, solo llevo puesta la ropa interior, salgo de la tienda y me dirijo al centro de la pradera, pero aún dentro del círculo de runas, con la mirada fija en un punto neutro en la distancia.

Pero aunque lo intento, al principio me cuesta descifrar lo que ocurre, pues ni siquiera puedo ver qué le preocupa tanto. Todo a mi alrededor parece ser igual; el bosque tranquilo, con sus árboles altos y añosos, y las colinas que se elevan a nuestras espaldas.

—¿Qué pasa? —Le pregunto a Everett mientras me acerco a él.

Everett me detiene, cogiéndome del brazo sin mirarme. —¡No salgas del círculo!

—¿Por qué? —le pregunto, intrigada y asustada, mientras lo inspecciono todo.

La mirada de Everett se posa en un punto y señala. —Ahí —me dice en un susurro lento.

Enfoco los ojos, tratando de interpretar lo que está pasando. —¿De qué estás hablando? —Pero la caída de un árbol joven y una criatura que emerge de la maleza acallan mi voz.

A primera vista, me resulta familiar, porque tiene los movimientos característicos de un depredador, la misma piel y las mismas garras y dientes que un necrófago, salvo que esta cosa no es un necrófago. O al menos, no del tipo que yo conozco.

Éste no se mueve como una bestia, guiado quizá por algún tipo de sentido animal, sino que sus movimientos son más medidos, más lentos; mantiene el cuerpo algo encorvado, pero la postura de la criatura es por lo demás perfecta y parece mucho más delgado, con ojos más inteligentes, pareciendo algo entre un ghoul y un humano; más bien un lobo.

La criatura no es perfecta, pero tiene más los rasgos de una persona con la que han experimentado que en lo que se ha convertido.

—¿Qué coño es eso? —Le pregunto a Everett entre susurros.

—No lo sé, pero el bosque está lleno de ellos —me asegura.

Al girar el rostro, observo los movimientos ocultos en la distancia. Aún no están sobre nosotros ni cerca, pero tampoco tenemos forma de salir del bosque sin que nos encuentren.

—Estamos rodeados —susurro.

—Vinieron por el incendio —dice Everett, quizá pensando en voz alta.

No me culpa de lo ocurrido, pero parece especular. —¿Crees que los cazadores están con ellos?

—No lo sé, pero hay un olor extraño en el aire. No está lo suficientemente cerca como para saber qué es, pero quizá sean ellos. —Everett mete la nariz en el aire, inhalando, tratando de determinar nuestro destino.

—O tal vez no —aventuro—. Tal vez estas cosas son solo una manada de... lo que sea que sean los ghouls ahora, y se han adentrado demasiado en el bosque.

—En cualquier caso, no pienso averiguar qué son ni por qué están aquí. Lo mejor es recoger el campamento —me asegura Everett.

Asiento con la cabeza, porque sé que tiene razón, ya que, de todos modos, quedarse parado esperando un ataque es ridículo, así que nos movemos lo más rápido que podemos, empaquetando las pocas pertenencias que aún nos sirven, y nos apresuramos a vestarnos y hacer frente a lo que pueda ocurrir.

Mientras nos apresuramos, mis pensamientos divagan entre la noche anterior y la adrenalina del momento. Ambos seguimos rehuyendo la idea de estar juntos, pero tampoco podemos ignorar el hecho de que rompió la barrera que nos separaba. O al menos, yo no puedo ignorarlo. Haber tenido que compartir tantas situaciones complejas en tan poco tiempo y contar con el apoyo del otro nos ha enseñado mucho más sobre nuestro vínculo de lo que creíamos posible o aceptable. En teoría, esto es bueno, o así debería ser. Cada día nos vemos más como aliados y menos como enemigos, pero al igual que yo, intuyo que la idea de saber que Everett está cediendo a lo que siente también le asusta.

Está tan preocupado por la situación que no se da cuenta de mi hilo de pensamiento. De todos modos, se levanta a toda prisa, después de recoger el campamento y guardar la ropa, vistiéndose un viejo y gastado pantalón; previendo que podría tener que cambiarse en cualquier momento para atacar o huir y perder la prenda durante el proceso.

Ya estoy vestida de pies a cabeza, por suerte. Mirando a Everett, mientras termino de acomodarme, me acerco al borde de nuestro círculo protector. —¿Qué coño hacemos ahora?

Pero sacude la cabeza y se pasa los dedos por el pelo, revelándome que está nervioso por la situación. —Ni idea. Supongo que tendremos que esperar.

Asiento con la cabeza porque no tenemos otra cosa que hacer y vuelvo a sentarme en el suelo sobre una de las piedras de la hoguera y saco una manzana silvestre y un trozo de carne de cerdo fría de la noche anterior.

Juntos, nos repartimos la comida y comemos en silencio, dando pequeños sorbos de la cantimplora para pasar la carne seca y fría, ya que ninguno de los dos tiene hambre, pero es mejor mantenernos sanos y entretenidos. Cuando terminamos, y aunque el bosque aún parece tranquilo, sabemos que el enemigo nos rodea.

—¿Has pensado que podrían llegar más mientras dejamos pasar la mañana? —le pregunto.

El ghoul, o lo que sean estas cosas, se acerca a nosotros, pasando muy cerca de nuestras barreras y olfateando el aire. Por suerte, sigue su camino como si nada, cruzando el río y adentrándose en la maleza.

—Lo he pensado, pero no sabemos a ciencia cierta cuántos hay, así que irnos ahora mismo sería lo peor que podríamos hacer.

—Y no puedo enviar a Corvux a investigar —declaro con desesperación—. Porque si los cazadores están con esas cosas, daría una señal clara de dónde estamos.

Everett asiente y permanece en silencio, dándose cuenta de que tiene razón.

Pero eso no lo hace más fácil. Las horas pasan y cuanto más avanza el día, más frenético me siento. Everett y yo hacemos nuestras necesidades en el reducido espacio de la barrera, bebiendo pequeños sorbos de agua para no agotar nuestras reservas y comiendo otras dos veces para mantener las fuerzas.

Al final, cuando cae la noche, los nuevos prospectos de ghoul no se han marchado. El desgarrador y espeluznante sonido de su caza domina el bosque cuando atrapan a sus presas, a las que parecen disfrutar torturando antes de asesinarlas para alimentarse de su carne.

—No podemos seguir así —le digo a Everett, desesperada y escondiendo la cara entre las manos—. La comida nos durará otro día como mucho. Tenemos que salir de aquí. De alguna manera debemos hacerlo.

—Lo sé. Estoy pensando en una forma de hacerlo, pero no hay manera de que no nos ponga en riesgo.

—Bueno, entonces quizá tengamos que arriesgarnos. No sería la primera vez —anuncio, llena de ansiedad.

Everett levanta la cabeza, notando la noche sin luna. Era como una misión suicida escapar en medio de un bosque poblado de cazadores. —Esperaremos a que amanezca. Si para entonces no se han ido, nos prepararemos para huir.

La declaración es mucho más fácil de escuchar que de seguir, ya que la ansiedad de pasar las próximas horas encerrado dentro del círculo, esperando a que estas bestias se vayan, me pone de los nervios.

Pero contengo la ansiedad en la medida de lo posible y me acurruco con una manta mientras me acerco a Everett. Su cuerpo cálido y su respiración tranquila me tranquilizan un poco, lo justo para que, al cabo de unas horas, esté cansada.

—Duerme —me dice Everett—. Haré la primera guardia.

Asiento con la cabeza, convencida de que me dejará dormir toda la noche si lo considera oportuno, pero acomodándome contra su cuello para que pueda descansar.

Irónicamente, me duermo en un instante, pero siento que han pasado unos minutos cuando algo me despierta.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto, abriendo los ojos sobresaltada e ignorando el agudo dolor que siento al despertar, resultado de haber pasado horas en la misma posición y sin mover un solo músculo.

Everett se siente tenso a mi lado. —Son ellos —declara entre susurros, señalando a las criaturas.

Hay dos o tres de ellos sumergidos en el río, luchando por una presa, los ojos del ciervo que devoran aún poseen algún atisbo de vida mientras los engendros devoran su carne y sus entrañas. Durante todo ello, las bestias luchan entre sí por la mejor pieza y pronto acaban despellejándose unas a otras. Dos de los engendros parecen actuar contra uno, el más pequeño del trío, desgarrándolo e incluso comiéndoselo mientras luchan.

—No puede ser —susurro aterrorizada, apartando la mirada mientras los brazos de Everett me envuelven.

Quizá me doy cuenta demasiado tarde de que estas bestias están aquí por mí y por Everett, que no se irán hasta que nos hayan atrapado, y que seguirán destrozando el bosque en su camino mientras esperan y buscan.

—Everett —digo, levantando la cabeza para mirarle—. Debemos irnos. ¡Y ahora!

—Es demasiado peligroso —dice.

—Todo en este viaje se ha ido, pero no se irán. Lo sabes tan bien como yo. Sabes que han venido por nosotros; que no se irán hasta atraparnos.

Las manos de Everett se cierran en puños, producto de la ansiedad, mientras me pongo en pie.

—Aún faltan unas horas para que amanezca, pero quizá podamos aprovechar la oscuridad —le digo.

—¿Cómo? —me pregunta.

No hablo, pero le muestro la brújula, y Everett se agita. —¡No! ¡Eso no!

—Confía en mí. Puedo controlarlo.

—Confío en ti, pero no confío en esa cosa. —Señala la brújula, sacudiendo la cabeza.

—Sé que no, pero quizá sea nuestra única opción. De momento, es lo mejor que podemos hacer.

Mirando ansioso y alrededor el paisaje, Everett parece decidirse. Y sé que odia la idea, pero estará de acuerdo conmigo en esto.

—Cambia —le ordeno, mientras me doy la vuelta y respiro pausadamente, cortándome el dorso de la mano y dejando que la sangre se derrame sobre la brújula.

En cuanto lo hago, siento al dios bramar, su risa desquiciada dentro de mí. Tardaste *demasiado*

*en darte cuenta de lo prisionero que estabas, ríe el dios dentro de mí.*

*Ayúdame a salir de esta; le ordeno dentro de mi cabeza.*

*Lo haré... Por un precio, por supuesto, revela el dios.*

Mordiéndome el labio inferior, asiento con la cabeza. *Lo sé, lo sé.*

—¿Gwen? —dice Everett a mis espaldas.

Le miro e intento mantener la calma. —Sal del círculo cuando te lo diga y pase lo que pase, corre —le ordeno.

Everett asiente y se mueve, permitiéndome subir a su espalda mientras siento el palpar del poder del dios dentro de mi cuerpo.

Mi piel arde. Las pupilas, calientes hasta que mi visión se transforma en una marea de oro y naranja; con las palmas ardientes y el poder latiendo dentro de mi piel como un segundo corazón, cortando mis sentidos e inundando mi garganta con una sed terrible.

Everett, debajo de mí, se agita por el calor, mientras extiende las manos y me sujeto.

—Ahora —le ordeno a Everett, mientras siento el poder brotar de mi interior y encarnar una llamarada de fuego que sale disparada en todas direcciones, consumiendo el bosque.

Los engendros se giran y gritan, llamándose unos a otros entre el caos, y los más cercanos arden por el fuego, que permanece incluso cuando caen a las llamas.

Everett no espera a que diga nada y, sin dudarlo, echa a correr, mientras el fuego ruge a nuestro alrededor, consumiendo a los engendros y bailando en medio de una desesperada vorágine de luz y color abrazador que lanza nuevos gritos al aire que puebla la noche.

Y mientras el mundo se incendia y cambia, Everett, en su forma de lobo, corre, perdiéndose en medio de la imagen y dejando atrás el olor de cuerpos y almas ardiendo que encuentran su fin entre las llamas.

## CAPÍTULO 3: LÁGRIMAS DE SANGRE



## EVERETT

**E**l estruendo del fuego circundante es abrumador; las llamas se extienden como gasolina, saturando los troncos y la maleza, mientras los engendros se lanzan en su persecución.

Me arden las piernas al chocar contra el suelo y la garganta al respirar el aire caliente lleno de humo y ceniza, pero no dejo de correr mientras el caos se extiende a nuestro alrededor.

Con Gwen agarrada con fuerza, sus manos agarrando mi cuello, mientras intentamos no caernos, nos alejamos todo lo que podemos de la escena, pero vayamos donde vayamos el fuego nos sigue, y del mismo modo, los engendros. Muchos de ellos han caído a causa de las inesperadas llamas, pero muchos otros las han esquivado. Estos engendros no se parecen a nada de lo que he conocido en el pasado; son más fuertes, más resistentes y muy inteligentes. Me aterra descubrir que algunos de ellos pueden cambiar de forma, del mismo modo que lo hacen los lobos, adoptando una extraña forma que nos persigue entre gruñidos que imitan los aullidos de las manadas para comunicarse.

Sé que mi corazón late con fuerza, no solo por el agotamiento y la adrenalina, sino también por el miedo. En medio de la cacería, Gwen suelta un grito mientras el cuervo grazna, y la bruja se suelta de mi cuello, levantando las palmas de las manos al cielo, justo evitando el peso de un enorme árbol que casi nos aplasta.

Salto para evitar las llamas, pero me doy cuenta demasiado tarde de que un necrófago nos ha estado siguiendo y está demasiado cerca. La criatura trepa por el árbol y salta, aterrizando sobre mi grupa y atrapando a Gwen entre sus patas mientras chilla y cae.

*GWEN*, grito su nombre en mi cabeza mientras vuelvo corriendo. El cuervo ha sobrevolado al necrófago y le está picoteando la cabeza mientras el extraño monstruo le gruñe y Gwen lucha contra la criatura desesperada. Con una fuerza nacida de la rabia, me impulso con mis patas delanteras y me estrello contra la criatura, apartándola de Gwen mientras intento desgarrarle el cuello para matarla.

Aunque su sangre brota a borbotones, el ghoul no muere, sino que empieza a luchar y forcejear contra mí. Una de sus garras se clava en mi espalda y, con una fuerza brutal, me arroja sobre el tronco de un árbol en llamas, dejándome sin aire, y la criatura se lanza hacia nosotros.

Gwen extiende las manos y, con mi nombre pegado entre los labios, envía las llamas hacia el ghoul, que se mueve a toda prisa para esquivar el ataque de la bruja.

Entonces, aparecen más de ellos, trepando a lo alto de los árboles y emergiendo de la maleza del bosque; enseñando los dientes y alzando las garras mientras algunos de ellos se mantienen erguidos como si fueran humanos. Tres de los necrófagos se acercan mucho entre sí, sus figuras son menudas mientras se cogen de la mano y entonan una extraña canción compuesta de gemidos guturales y bramidos.

Y entonces, Gwen cae al suelo, gritando y agarrándose las orejas, que empiezan a sangrar. Intento acercarme a ella, pero un ghoul se abalanza sobre mí, y luego otro, y otro, y otro, reteniéndome mientras me muerde el cuello, las patas y la espalda para impedir que me mueva.

—Pero, ¿qué tenemos aquí? —dice entonces una voz risueña y peligrosa, mientras una mujer emerge de entre las llamas.

Su curvilínea figura y su peligrosa sonrisa me resultan familiares al reconocer a Aleksandra, que mira fijamente a los ojos de Gwen.

Levanta una mano y las tres criaturas que cantan se detienen. Cuando sus bocas y ojos se cierran, parecen desaparecer sobre sus cabezas, como si tuvieran máscaras de látex cubriéndoles el rostro.

—¡Maldita seas! —Gwen grita y, al mirarla, me doy cuenta de que no solo le sangran las orejas, sino también los labios y los ojos. La bruja parece peligrosa y llena de frustración—. ¿Qué les has hecho a mis hermanas?

—¿No te gusta? —pregunta Aleksandra con sarcasmo, mientras desliza una bala transparente con líquido azul en una pequeña pistola—. Son unas modificaciones impresionantes. El doctor Taylor ha estado trabajando en sus experimentos, los ghouls, y creo que los ha perfeccionado. Verás lo maravilloso que es el proceso cuando te unas a nosotros en nuestra investigación. —La cazadora sonríe.

Se acerca a Gwen y le dispara, y por un momento, siento que todo mi interior se paraliza de dolor y miedo; excepto que no es una bala normal, sino algún tipo de tranquilizante.

Gwen cae al suelo, inconsciente, y sus ojos parecen perderse en el vacío. Su nombre se repite en mi mente en el silencio que deja su ausencia mientras me remuevo desesperado, intentando luchar.

Aleksandra se acerca entonces a mí. —No te preocupes, lobito. Pronto te reuniré con ella. —Me apunta al cuello con la pistola tranquilizante y aprieta el gatillo.

Por un momento, el mundo se vuelve oscuro y frío. Pierdo todas las imágenes de mi cabeza en cuanto el líquido entra en mi organismo. Y ya no tengo conciencia de nada, ni siquiera fuerzas para levantar la pata, y mucho menos para luchar.

Me despierto después de lo que pueden haber sido minutos u horas, pero no tengo forma de saberlo. Siento el cuerpo paralizado y dolorido por la incómoda posición y mis pensamientos se ralentizan al principio, pero luego se aclaran.

Mi primer instinto es luchar, pero me doy cuenta de que no puedo. Me descubro atado con cadenas de plata que me atraviesan la piel y me la dejan en carne viva; un saco que huele a acónito me cubre la cabeza y la cara, hace que me ardan los ojos y me siento asfixiado.

Sin poder evitarlo, toso, sintiendo cómo el veneno penetra por cada uno de mis poros, pero es

sutil; lo justo para mantenerme aturdido, pero no lo suficiente para matarme. La lona es casi transparente, y esto, unido a nuestra conexión, me ayuda a localizar a Gwen.

*¿Gwen?* susurro a través de nuestros pensamientos. *¿Te encuentras bien?* le pregunto con una sensación de inquietud en el pecho.

*Tan bien como puedo, me responde* a través de nuestra conexión.

Su condición no es mejor que la mía. Ha sido atada, amordazada y cegada por el mismo veneno que usaron conmigo.

*No estamos solos*, le digo, dándome cuenta de que hay otras personas presentes en la celda.

*Sí, lo sé. Pero no son guardias ni cazadores. Son prisioneros.*

*¿Cómo lo sabes?* pregunto.

*Porque puedo sentir a algunas de mis compañeras brujas*, afirma.

Tiene razón. Y pronto me doy cuenta de que hay al menos dos lobos dentro de la celda. *Así que nos encontramos en una prisión de cazadores...*

*No, no lo creo. Más bien, parece que estamos dentro de uno de sus vehículos.*

Frustrado, suspiro, porque el veneno me está cegando y embotando los sentidos. *Tenemos que salir de aquí. No tardarán en llevarnos ante el doctor Taylor y encerrarnos en una celda de verdad.* le dicen mis pensamientos.

*Sí, lo sé... Ten paciencia. Estoy trabajando en ello.*

Pero sé lo que trama, y saltan las alarmas en mi interior, pero no tengo forma de impedir que Gwen haga lo que planea hacer: ¡esa maldita brújula!

Así que cierro los ojos y me concentro en sentirla, penetrando en su mente de tal manera que, por un momento, las divisiones entre ella y yo se difuminan. La siento y la veo mientras se muerde el interior de la mejilla hasta sangrar y luego escupe en sus manos.

El coágulo de baba roja empapa sus dedos y, en un instante, entra en calor, mientras la voz del dios ríe dentro de su cabeza.

Está ocurriendo algo más: un poder único que brota del interior de Gwen y que me parece algo más primario y desconocido, pero que late al son de las intenciones de la bruja. *¿Qué crees que estás haciendo?* invoco a Gwen, desconcertada, porque cada vez que utiliza el poder del dios, algo sale mal.

*Salvando nuestras vidas*, me responde entre gruñidos.

Las manos de Gwen están más que calientes, ahora hirviendo. Suficientemente calientes como para derretir el metal que la sujeta mientras deja escapar un suspiro de alivio. De inmediato, se lleva las manos a la cabeza y se quita la capucha, apagando el fuego y liberándose con un hechizo de las cadenas que la sujetan por los pies.

Entonces la oigo precipitarse hacia mí. *No respire*, me advierte Gwen dentro de mis pensamientos. *Detectaron mi movimiento y arrojaron gas somnífero en la celda. Planeo*

*quemarla.*

Contengo la respiración, siguiendo sus instrucciones mientras Gwen me arranca la capucha, y entonces la veo, con restos de sangre seca en las mejillas y el puente de la nariz, como si fueran lágrimas, los ojos hinchados y rojos, y las puntas del pelo chamuscadas.

Sus manos, manchadas de sangre por la herida de la boca, parecen rotas por las heridas causadas por las cadenas. Un gruñido sale de sus labios al notar las mismas heridas que surcan mi piel a través de la plata, y sus cejas se entrecierran en una expresión aterradora e intimidatoria.

Y entonces lo vuelvo a sentir, el extraño poder primigenio que surge de Gwen, pero esta vez puedo detectar de dónde procede, porque mientras siento la fuerza, de ese extraño palpar, una de las manos de Gwen brilla en medio de la luz que llena un anillo de latón, que no parece contener nada extraordinario. Excepto que sí lo tiene, pues es la reliquia de la bruja.

Gwen levanta entonces la mano y en el interior de la cabina estallan todas las cámaras, así como los suministros de aire por los que pasaba el somnífero. Oigo entonces las sirenas, mientras la furgoneta se detiene precipitadamente y Gwen guía una de sus manos hacia la puerta, cerrando los dedos en puños cuando el metal cruje y se abrocha para cerrarse.

—Tenemos poco tiempo —me advierte mientras jadeo.

El aire del interior de la cabina de acero inoxidable está caliente y huele a caramelo quemado, pero al menos es respirable. Gwen se apresura a quitarme las ataduras y poco después entra corriendo en la cabina, liberando al resto de prisioneros.

La imito y descubro que hay al menos otras diez personas dentro del vehículo. Como esperaba, hay tres lobos más, y Gwen parece reconocer a cuatro o cinco brujas; los demás son hechiceros y un vampiro.

Todos parecen tan golpeados y maltrechos como nosotros, pero al menos están vivos. Las brujas se reúnen en torno a Gwen, abrazándola entre gritos y exclamaciones de alivio mientras los lobos se apresuran a acercarse a mí, percibiendo mi condición de alfa.

—¿Qué hacéis aquí? —grita Gwen entre lágrimas a sus hermanas.

—Sabine —murmura una de ellas, como si el propio nombre fuera un insulto—. ¡Nos exilió cuando nos opusimos a su gobierno y nos entregó al Dr. Taylor para que experimentara con nosotros!

—¡Maldita sea! —brama Gwen y abraza a sus hermanas—. No os preocupéis. La detendremos.

—¿Pero cómo? —pregunta otra, con la angustia resonando en su voz.

—Eso no importa ahora —dice un lobo—. Tenemos que salir de aquí.

Miro a Gwen y asiento con la cabeza. —Ella tiene razón. Debemos darnos prisa en salir.

—Podemos hacerlo —asegura Gwen y se adelanta a las brujas.

Inspeccionando el lugar, pienso en un plan. —No hay suficiente espacio para que nos desplacemos aquí, pero una vez que estemos libres, podremos correr lo suficientemente rápido como para alejarnos de este lugar —les aseguro—. Los brujos crean un escudo para protegernos

a todos, y las brujas forman un hechizo de ataque. Los cazadores nos estarán esperando con sus armas y engendros, listos para atacarnos en cuanto salgamos de aquí.

—Estamos cerca de la Ciudad Cúpula —interviene el vampiro—. Puedo guiarnos a la ciudad. Allí estaremos a salvo.

Asiento con la cabeza, sabiendo que por ahora no tenemos una opción mejor, y me preparo para saltar.

En cuanto estamos en posición, Gwen extiende las manos y abre las puertas. Los brujos recitan palabras en latín mientras crean la invocación con sus manos, y los disparos saltan contra nosotros mientras los cazadores intentan saltar a la furgoneta.

Tenemos suerte de que las brujas sean más rápidas. Uniendo sus manos y con Gwen al mando, se dirigen hacia los cazadores y lanzan un hechizo que los hace caer mientras sus orejas, bocas y ojos sangran hasta que caen al suelo, muertos.

—Ahora sabrán lo que se siente —susurra Gwen, llena de rabia.

En cuanto caen los cazadores, los lobos salimos corriendo de la cabaña, cambiamos mientras saltamos hacia los engendros. Nuestras mentes, acostumbradas a actuar juntas, se sincronizan, aunque no seamos una manada, y abrimos el espacio para que las brujas y los brujos formen un nuevo hechizo y lo lancen contra nuestros enemigos.

Y entonces, todo se convierte en un pandemónium, con los cazadores intentando esquivarnos mientras caen al suelo y con los cánticos de las brujas y brujos reinando en el aire. Llega el graznido del cuervo de Gwen, y mi cabeza se levanta cuando localizo al animal y lo diviso volando en círculos sobre nosotros, tratando de guiarnos en la dirección correcta.

*¡Tenemos que salir de aquí!* exclama Gwen en mi cabeza.

Me precipito hacia ella, corriendo entre la sangre y los cuerpos caídos e inclinándome para que ella y otros tres puedan subir a mi espalda. Como podemos, entre lobos, brujas y brujos, nos protegemos hasta que todos los prisioneros están a nuestras espaldas.

Entonces, durante los gritos, el caos y el clamor de la pelea, oigo a Gwen decir. —¡Ahora! —Alza la voz en medio de un último cántico que hace rugir el bosque, mientras la tierra se eleva del suelo, envolviendo a los cazadores, y luego todo a su alrededor estalla en llamas.

En mi cabeza estalla la risa del dios; su felicidad, producto de las matanzas y sacrificios de sangre que se derraman por la tierra, y mis zarpas aceleran el paso, corriendo a toda velocidad y guiando a los lobos entre la maleza, mientras el cuervo sobrevuela nuestros pasos.

—Lo has hecho bien, brujita... —halaga el dios dentro de los pensamientos de Gwen, y sé que ella lo odia tanto como yo, pero no puede objetar nada.

Porque, aunque necesarias, las muertes que hemos causado no son de nuestro agrado. Nos persiguen como fantasmas en mitad de la noche; pero en la guerra, todo es cuestión de matar o morir.

El pensamiento, desagradable y pegajoso, me invade, y a cada paso que doy parece seguirme, instalándose en mi interior mientras el olor a fuego y piel chamuscada trepa por el aire,

mezclándose con el sonido de gritos agonizantes pidiendo ayuda.

Pero hoy no hay ayuda para ellos, pues nosotros, los únicos que podemos oírlos, corremos para vivir y no perecer.

## CAPÍTULO 4: EN PLENA HUIDA



— **A**lgo no va bien... —Adam frunce el ceño, de pie a mi lado.

El lobo tiene el ceño fruncido, el pelo rubio dorado le cae despeinado sobre la frente mientras la brisa de la tarde sopla sobre nosotros. No lleva camisa, solo unos pantalones negros con pliegues a los lados característicos de los lobos, ya que su función es abrirse y no desgarrarse en cuanto cambian a forma de lobo.

Como él, el resto de los lobos que componen la abundante manada dentro de la Ciudad Cúpula visten con poca ropa. Todos esperan a que Adam dé la orden de atacar, pero el lobo aún no ha reunido el valor necesario para hacerlo.

—Dime qué pasa —le ruego, exasperada por su silencio.

Adam señala un punto a varios kilómetros de distancia donde se encuentran los cazadores. —Allí. Los cazadores no parecen buscarnos, como los otros días. Pero se están reorganizando, lo que significa que algo pasa, y eso me pone nervioso. —Adam cruza los brazos sobre el pecho, entrecerrando los ojos mientras mira fijamente hacia el asentamiento.

Le miro con el ceño fruncido y busco a lo lejos hasta que veo el campamento.

Tardo uno o dos minutos en darme cuenta, pero sí, tal y como me dijo alfa Adam, los cazadores parecen estar nerviosos. Hablan entre ellos apresuradamente y cogen sus armas, pero en lugar de correr hacia nosotros, se mueven en dirección contraria. —¿Crees que podrían haber esperado nuestros planes?

Adam niega con la cabeza. —No lo creo. Lo más probable es que ocurra otra cosa. ¿Pero qué? —Parece ser una pregunta que se hace a sí mismo mientras reflexiona concentrado.

—Eso no importa —dice Adriana, acercándose a nosotros mientras se cruza de brazos—. Si algo distrae a los cazadores, tenemos que aprovechar el momento para atacarles.

—Algún tipo de peligro potencial debe tenerlos distraídos, y esa amenaza podría afectarnos también a nosotros —responde Adam.

—¿Qué clase de amenaza podría afectarnos más que esos cazadores? —pregunta Adriana.

Su mal humor se nota por la falta de sangre. Se supone que llevamos semanas organizando este ataque para librarnos de la molesta vista de los cazadores, y también para dar a los vampiros su ansiada sangre, pero todo podría irse al garete si surge una amenaza de otro tipo.

En ese instante, el vigilante que hemos enviado a camuflarse en el bosque viene hacia nosotros a toda prisa. El lobo, un beta educado perteneciente a la antigua manada de Robert, se acerca a nosotros. Una energía nerviosa parece rezumar de él.

—¡Alfa Adam! —grita con voz entrecortada, intentando recuperarse antes de continuar—. Hemos detectado movimiento en el bosque.

—¿Qué tipo de movimiento? —pregunta Adam, sabiendo que esta distracción mantiene ocupados a los cazadores.

—Lobos, mi señor, y también brujas y hechiceros. Es un grupo de Niños del Crepúsculo que parecen huir de los cazadores.

—¿De dónde han salido? —le pregunto al guardia, que niega con la cabeza.

—No lo sabemos, milady. Hace una hora, quizá menos, hubo un incendio en el bosque al otro lado de la colina. Pensamos que tal vez el vehículo de un cazador había explotado, pero cuando nos acercamos al campamento de los cazadores para enterarnos de la noticia a escondidas, escuchamos una discusión entre un cazador y uno de sus aliados. Han sufrido un ataque de las brujas.

—Eso no tiene mucho sentido. —Adam parece especular, chasqueando la lengua pensativo.

—¡Lo hace si tal vez eran prisioneros y escaparon! —El pensamiento deja una chispa de ansiedad en mi interior, revolviéndome el estómago.

—Si es así, tenemos que enviarles ayuda —anuncia Adam.

—Tendremos que posponer la misión y enviar un grupo de exploración tras ellos —le digo.

—¡No! —grita Adriana, exasperada—. No vamos a posponer la maldita misión otra vez. En todo caso, ¡aprovechemos esta distracción para ir a por ellos! —Su rabia, por la falta de sangre, se manifiesta en su expresión desdeñosa.

—¡No podemos! —¿Qué puedo decir para hacerla entender? —No sabemos si los cazadores han enviado refuerzos para encontrar a los fugitivos. Sin conocer la situación completa, solo nos pondríamos en peligro.

—Os pondréis en peligro si no alimentáis a los míos. Debemos tener sangre *adecuada*. —Adriana parece más que harta de toda la situación.

—Alfa Adam, hay una cosa más... —se aventura a decir el lobo beta, llamando nuestra atención.

—¿Qué está pasando? —pregunta Adam.

—Parece que uno de nuestros exploradores ha divisado al grupo en la distancia, y creemos que los lidera un lobo albino.

—¡Everett! —Adam dice con pasión—. Si son él y Gwen, no podemos dejarlos solos. ¡Tenemos que ayudarles lo antes posible!

—Envía a los lobos. Iremos de caza —le dice Adam al beta, que asiente y sale corriendo en cuanto oye la orden.

Se prepara para irse, pero entonces Adriana también lo hace. —Bien. Nosotros también participaremos en esta cacería.

—No podemos exponernos así, Adriana —le digo, pero ella me lanza una mirada cargada de veneno, con los ojos entrecerrados mientras sigue fulminándome con la mirada.

—¡No! —La vampiresa sacude la cabeza, señalándome con el dedo—. Te diré lo que no puedes hacer... no puedes seguir matando de hambre a mi pueblo. O nos permites cazar fuera de la Ciudad Cúpula, ¡o cazaremos dentro de ella!

—Déjala venir —Adam interrumpe—. Si los cazadores tienen refuerzos que vienen, voy a necesitar toda la ayuda que pueda conseguir.

Adriana asiente, contenta por fin de que la dejen participar, y yo suspiro. —De acuerdo. Enviaré refuerzos enseguida.

Adam da entonces un paso adelante y, durante un estallido que dura apenas unos segundos, se transforma, revelando el imponente lobo de pelaje dorado que es.

Detrás de él, el resto de los lobos siguen su ejemplo, moviéndose y corriendo para alcanzar a su alfa mientras corre por el bosque con un aullido escapando de sus labios.

Y por primera vez en mucho tiempo, Adriana respira, llena de felicidad y sonríe. —Ya era hora —dice la líder de los vampiros, tomando impulso y saltando de nuestro escondite, dispuesto en lo alto de la colina, y corre hacia el bosque, precipitándose entre los árboles y perdiéndose de vista.

Mientras los veo partir, pienso con cierta amargura que mis poderes podrían ser útiles en la batalla, como lo han sido en el pasado, pero no puedo. La Ciudad Cúpula, más allá de ser una protección para todos nosotros, se ha convertido en una prisión para mí. No se me permite usar mis poderes, porque sostener la ciudad requiere toda mi energía, y no puedo permitirme luchar, cuando no poseo la magia para hacerlo; cuando mi muerte podría significar la perdición para todos nosotros.

Pero una extraña melancolía se apodera de mí mientras los veo marcharse. Evander se acerca a mí en su forma de lobo. *No eres de los que esperan ociosos*, dice en mis pensamientos.

*No puedo luchar contra ellos, y lo sabes.* le recuerdo a través de nuestra conexión mental con una sonrisa triste dibujándose en mis labios.

*Puede que no uses tus poderes de sombra en esta batalla, pero sigues siendo Nyx, princesa de las Sombras y señora de la Ciudad del Crepúsculo. Estoy seguro de que encontrarás otra forma de participar*, me asegura.

Sus pensamientos me arrancan una sonrisa, así que me apresuro a subirme a su espalda. — ¡Vamos!

Sin esperar otra orden mía, Evander arranca a toda velocidad; el viento corre por mi pelo y el sonido de la carrera se impone al de los demás.

Pronto la atmósfera, llena de pólvora y disparos, los gritos y gruñidos, el sabor de la sangre y el aullido vibrante de los lobos, cargan el aire.

A través de la conexión de Evander con Adam, su alfa, puedo ver la batalla. Los lobos alcanzaron a los cazadores y los atacaron cuando aún estaban entretenidos, dándoles una buena paliza antes de que pudieran responder. Por desgracia, esto significa que también hemos hecho evidente nuestra presencia, por lo que los cazadores se han apresurado a advertir que están siendo atacados. Pero no hay mucha comunicación con los vampiros, que son muy probablemente los responsables del olor a sangre en el aire, y a través de la visión de Evander y Adam puedo verlos, saltando sobre sus presas con un hambre voraz y mientras les destrozan el cuello y el cuerpo para beber su sangre.

Mientras los vampiros atacan, algunos lobos han retrocedido para comunicarse con el resto de razas, entre ellas, los humanos, que se han preparado para el ataque siguiendo las órdenes de su líder, que les comanda desde la distancia. Los más hábiles se han unido a la lucha vistiendo falsos uniformes de cazadores para distraer al enemigo en plena incursión y así derrotarlo más fácilmente.

—¿Hacia el bosque? —Le pregunto a Evander, sabiendo que el centro de la batalla no es donde necesito estar ahora. Si son Gwen y Everett los que vienen hacia nosotros, necesito encontrarlos antes que los cazadores.

Siguiendo mi hilo de pensamiento, Evander echa a correr por la arboleda, esquivando proyectiles y ataques de ambos lados mientras los vampiros que nos rodean saltan con una furiosa venganza sobre su presa. Hay más vampiros que humanos en el bando de los cazadores, así que pronto acabarán con ellos.

Susurro en la oreja de lobo de Evander: —Es una masacre.

*No podemos evitarlo. Pero dejemos que se peleen y se alimenten. Así Adriana no tendrá nada más que reclamar.* Asiento con la cabeza, escuchando sus conocimientos en mi mente, sabiendo que Evander tiene razón y nos adentramos en el bosque, siguiendo el camino que, según los exploradores, siguen los fugitivos.

A nuestro alrededor, los lobos corren, transmitiendo mensajes entre sus aullidos; la lucha ha sido muy atrás, en el centro del campamento de los cazadores.

*Puedo sentirlos*, Evander me lo hace saber, olfateando el aire. *Los fugitivos. Percibo el olor de la magia y los lobos cerca.*

—¡Deprisa! —Le grito, lleno de ansiedad.

Evander acelera el paso, acortando las distancias mientras corre por el bosque a una velocidad vertiginosa y, con nuestra cercanía, también siento la esencia de la magia flotando en el aire.

Y en cuanto la reconozco, veo a Gwen, con su pelo negro al viento y expresando rabia y ansiedad en el rostro. Está agarrada a la espalda de Everett, que corre a toda prisa, seguido por una manada de lobos que llevan a lomos a un grupo de magos, brujas y vampiros.

Los cazadores les siguen de cerca en uno de sus vehículos, mientras Gwen recita sus hechizos para mantener protegido al numeroso grupo.

Pero puedo ver que parece agotada; todos parecen estarlo, ya que las heridas se notan en los rostros cansados de los prisioneros y los lobos.

Evander levanta la cabeza al verlos, emitiendo un aullido y llamando así a los suyos. Del mismo modo, los lobos se vuelven en su dirección en cuanto los oyen y, por un instante, los ojos verde oliva de Gwen y los míos chocan, mirándose fijamente.

Me dedica una pequeña sonrisa nerviosa cuando Everett se acerca a nosotros, viajando a toda prisa junto con Evander para alejarse de los cazadores.

Pronto nos encontramos engullidos en medio del grupo, seguidos de cerca por los cazadores, que nos disparan con sus armas cargadas, pero los lobos y los vampiros emergen a través del bosque, corriendo hacia ellos y saltando sobre los vehículos de combate para atacar a nuestros enemigos.

Intentando no prestar atención a la pelea, evito prestar especial atención al sonido de los gritos, el pelaje atravesado y la carnicería, mientras, en su lugar, Evander conduce a nuestros aliados a través de la espesura hasta la cima de la colina, donde se encuentra una de las entradas protegidas a nuestro recinto.

Nada más llegar, Everett y el resto de los lobos se desploman, dejando que la gente que hay sobre ellos se deslice hacia abajo. Algunos de ellos parecen tener heridas graves, y a todos parece que les quedan pocas fuerzas, pero al menos, están vivos, y por ahora, a salvo.

—¡Nyx! —Grita Gwen al verme llegar. Corro hacia Gwen y la estrecho entre mis brazos en un cálido abrazo, agradecida de que haya vuelto y esté a salvo.

—No puedo creer que estés viva —susurro, sintiendo el inminente alivio de tener a mi amiga de vuelta.

Se echa a reír. —Yo también te extrañé, Nyx.

Pronto llegan los médicos, que atienden a los heridos y los llevan al interior de la ciudad, mientras Everett vuelve a su forma humana.

Evander le imita y se acerca al hermano pequeño de Adam, que parece haber crecido en las semanas que lleva fuera. Everett se pasa una mano por el pelo mientras sus ojos, siempre pálidos como el hielo, observan el lugar.

—Me alegro de volver a verte —susurra Evander, dándole un fuerte abrazo a Everett como bienvenida, y le entrega unos pantalones para que se los ponga.

—Lo mismo digo... —Aunque es evidente por la cara de Everett que no está contento con la idea de estar de vuelta, y puedo imaginar por qué.

Gwen hace una mueca cuando la miro y la ayudo a levantarse. —Una parte de mí temía que no volvieras a aparecer. —Levanto las cejas y le sonrío.

—No pongas tanta fe en mí —bromea, aunque la idea no entraba en sus planes.

Mientras observo a Gwen, me doy cuenta de que algo en su interior ha cambiado, algo peligroso y oscuro que da un nuevo matiz a sus ojos y parece estar impreso en cada poro de su piel. —Usaste la brújula, ¿verdad? —pregunto, reconociendo el brillo dorado de sus orbes.

Gwen aparta la mirada. —Siento si es un pensamiento que te inquieta, pero te prometo que lo tengo todo bajo control

—¡No! —Sacudo la cabeza con preocupación—. Sabes que no.

Everett camina hacia nosotros. La última vez que los vi, pude ver el dolor en sus rasgos por el vínculo que los unía. Un vínculo al que ambos renunciaron, pero ahora, algo parece haber cambiado, y lo noto. Aunque ellos no lo notan, se mueven con la fluidez habitual de los compañeros destinados. —¿Estás bien? —Everett le pregunta a Gwen.

La bruja asiente mientras parte de la manada se precipita hacia nosotros. —Así es.

Aunque no dejan de surgir preguntas en mi cabeza, producto de todo lo que ignoro y todo lo que me angustia, la llegada de Adam pone fin al resto de conversaciones. Ha vuelto a su forma humana y, en cuanto se pone los pantalones, corre hacia su hermano.

Sin importarle en absoluto, e incluso con Everett una cabeza más alto que él, Adam se lanza sobre su hermano pequeño y lo abraza, sus brazos envuelven fuertemente a Everett.

—Me alegra saber que estás bien —dice el alfa de los Lobos, sin querer soltar a su hermano.

Los músculos de Everett se tensan y se aparta de Adam, evitando su mirada, denotando que el afecto no es mutuo.

Gwen suelta un suspiro. —Será mejor que también nos ayuden tus médicos.

—Por supuesto. —La guío al interior de la fortaleza—. Ahora, estáis a salvo —les prometo, y tanto Gwen como Everett asienten, pero no parecen muy convencidos de mis palabras.

Mientras caminan, Adam, Evander y yo intercambiamos una mirada silenciosa, cargada de muchas preguntas.

Todos sabemos que Everett y Gwen traman algo y que planean marcharse sin dar explicaciones. Pero, como ha dicho Evander, no soy de las que se quedan de brazos cruzados, y ahora que han vuelto, pienso arreglar toda esta situación, aunque no quieran darme explicaciones.

## CAPÍTULO 5: TENGO UN PLAN



GWEN

—¿E stás segura de que estarás bien si te dejo sola? —pregunta Everett, mirándome, sus ojos escrutando los míos.

Suspiro, intentando hacerme a la idea de esta nueva faceta suya, en la que me protege. No creo que sea por nuestro vínculo especial, pero durante el último mes hemos estado lidiando con casi morir a diario y seguimos vivos solo porque nos hemos estado apoyando mutuamente. Ha sacado su lado más blando respecto a mí.

Pero hay algo más, y lo sé. Y aunque él lo niegue, que estoy segura de que lo hace, tiene todo que ver con el vínculo que nos une, que después de lo que ocurrió entre nosotros la noche anterior, es más fuerte: lo hace más poderoso y yo lo siento. También me esfuerzo por no recordar la boca de Everett sobre la mía y el tacto de su piel.

—Sí, estaré bien —le prometo, intentando no sonrojarme por mis pensamientos sobre nuestro deseo y esperando que no esté sintonizando—. Y sé que a ninguno de los dos nos gusta la idea de estar aquí, pero nos encontramos entre aliados. Salvo por las preguntas molestas, dudo que Nyx, Adam e Ivy nos hagan daño.

—Lo sé. Lo sé —me asegura Everett con una mueca. La mención de su hermano mayor y su reencuentro no es algo que le haga feliz, per se.

Con cuidado de no sobrepasar los límites que de alguna manera nos hemos impuesto, le digo: —Solo tenemos que asegurarnos de sobrevivir unos días mientras pensamos una nueva estrategia o plan de acción.

Everett asiente y se pasa las manos por el pelo pálido. Al igual que yo, se ha bañado y se ha cambiado de ropa, así que tiene mucho mejor aspecto.

—Lo sé. Ya se nos ocurrirá algo —me asegura.

Tras lanzarme una última mirada, llena de ansiedad, se da la vuelta. —Estaré atento por si necesitas algo.

—Lo mismo digo... —Le sonrío.

Tras soltarlo, entro de nuevo en la habitación que Nyx me ha preparado para lo que ella no sabe que es una breve estancia en la ciudad que ha creado. En cuestión, las instalaciones dentro de su mansión no están nada mal, y casi me hacen sentir segura. Casi, salvo que después de tanto

tiempo corriendo de un lado para otro me siento extraña mientras finjo que todo va bien mientras escucho el canto de las gaviotas a lo lejos, acompasado por el agitado sonido de las olas del mar.

Con un escalofrío, cierro la ventana. Nyx me ha proporcionado todo lo que podía necesitar. Varios juegos de ropa limpia y una habitación con todas las comodidades. Me ha permitido bañarme y lavarme el pelo, que necesitó casi un bote entero de champú y acondicionador para recuperar su salud y brillo de antaño; pero ahora, sinceramente, el silencio me abruma.

Mirando la ropa tendida en la cama, decido que es mejor estar preparado, así que cojo la mochila que saco del fondo del armario y empiezo a llenarla con las prendas más útiles que me ha dado Nyx.

Tras un rato en silencio, y mientras mis pensamientos se sumergen en la posibilidad de robar algunas latas de comida o provisiones no perecederas para nuestro viaje, alguien llama a la puerta.

Incluso antes de abrir la puerta, sé de quién se trata, porque su olor aún me resulta familiar, pero eso no me prepara para la visión de Ivy, que se levanta y lo mira todo dos veces antes de entrar en la habitación.

—Lo siento, no quería...

—No pasa nada —le aseguro.

Con los brazos abiertos, me acerco a mi amiga, abrazando a Ivy y feliz de verla, porque aunque he tenido que huir, ella y Nyx siguen siendo muy queridas para mí.

Pero, mientras la tengo cerca, me doy cuenta de que Ivy parece haber cambiado, o mejor dicho, su complexión física parece haber disminuido. Está claro que ha adelgazado y no en el buen sentido, ya que sus manos son más huesudas y se le ven los huesos de los pómulos. Ojeras pesadas bajo sus ojos, antes vivaces y llenos de dulzura, y su pelo rojo fuego parece apagado, sin brillo.

—¿Qué te ha pasado? —Mi voz se quiebra de preocupación.

Ivy me dedica una sonrisa nerviosa mientras se acomoda un mechón de pelo, pasándoselo por detrás de la oreja.

—Creía que lo sabías... —Señala con la barbilla a Corvux, que se acicala las alas en el alféizar de la ventana.

Por suerte, el pájaro encontró el camino con nosotros durante el vuelo. —Entendí el mensaje —le digo—. Pero, sinceramente, no pensé que fuera tan grave.

—Pero lo es. —Ivy suspira y se sienta en la cama—. De hecho, es la razón por la que esperaba tener un momento para hablar contigo.

—¿Así que no es una visita para cotillear entre amigos? —Le guiño un ojo y le sonrío.

Ivy le devuelve la sonrisa, pero parece forzada, y entonces ve las cosas tiradas en la cama. Arruga la frente. —¿Piensas irte tan pronto? —Su voz se llena de arrepentimiento.

—No puedo quedarme mucho tiempo. Lo siento.

—¿Por qué no? —me pregunta preocupada—. En el pasado, hemos solucionado cosas juntos. Estoy segura de que si nos dejas ayudarte con lo que te pase...

—Lo siento, pero me temo que no puedo dejar que intervengas en esto. —No quiero herir sus sentimientos, pero sé que les metería en problemas. Y ya tienen demasiados. Mantener la Ciudad Cúpula en funcionamiento es suficiente peso para cualquiera.

Los ojos de Ivy se llenan de tristeza. —No entiendo qué ha cambiado entre nosotras.

Nada, lo prometo. *Nada* ha cambiado. Tú y Nyx siguen siendo como hermanas para mí. Pero debes entender, esto es algo que tengo que enfrentar por mi *cuenta*. No puedo pedirte más de lo que ya has hecho por mí.

—¿Tiene que ver con brujas?

—Así es. No permitiré que mis hermanas sigan prisioneras. —Asiento y evito su mirada, guardando otro jersey en la bolsa.

—Podemos ayudar —argumenta Ivy—. En cuanto me recupere, al menos podré... —Y comprendo con claridad lo que desea.

Sus ojos anhelantes me suplican algo que no puedo conceder.

—Ivy, lo siento —le digo, lleno de remordimiento—. Pero no puedo devolverte tu brújula.

—Sé que la llevas contigo... —Ivy me mira el bolsillo del pantalón.

Para que pueda oírlo. Mis manos se extienden hacia ese lugar, guardando el objeto. —La tengo, pero no puedo dártela. Todavía no.

—Dime por qué no puedes —pregunta más como una orden que como una pregunta.

Pero antes de que pueda responder, sus ojos detectan la verdad en los míos. —Hiciste un trato con el dios. —Ha dado en el clavo sin necesidad de decir nada más.

Asiento con la cabeza, convencida de que hablar de esto es una mala idea, pero sabiendo que ni ella, ni Nyx, ni Adam me dejarán sola con esto. —Sí, lo hice. —Mis labios forman una línea firme mientras sigo asintiendo, confirmando.

—¡Gwen, sabes lo peligroso que es tratar con él! —Ivy parece desamparada y asustada.

—Tú también lo sabías, y eso no te impidió hacerlo.

—Es diferente —dice—. Porque para mí era mi única opción.

—También lo es para mí —afirmo con veneno—. Su poder es la única forma de salvar a mis hermanas.

—Tal vez. O tal vez no. Estoy convencido de que Nyx y yo podemos ayudarte.

—¡No, no puedes! —vuelvo a decir, frenética porque siento que la conversación va en círculos—. Ivy, sé que tienes buenas intenciones y que quieres ayudar, pero esto es cosa *mía*. Tengo que resolverlo, sin poner en riesgo a nadie más.

—Ya me estás poniendo en peligro. —Ella frunce el ceño, con un toque de dolor en su voz. —El Dios de la Luz me está matando lentamente, y tú lo sabes. Sabes que si no completo mi trato con él, me quitará la vida.

—Lo sé... Y lo siento, pero lo tengo todo planeado, ¡y te prometo que eso no pasará! —Con una sonrisa alentadora, le cojo las manos.

Mira nuestras manos unidas, frunciendo el ceño. —No tienes forma de evitarlo.

—Hay una manera, y voy a hacer que suceda. Solo necesito un poco más de tiempo.

—Tiempo es lo que no tengo. —Ivy me suelta las manos.

Se aparta de mí y sé que, si pudiera, me quitaría la brújula sin dudarlo. La propia Nyx ya lo habría hecho si pudiera, pero no pueden robarla. Hice un trato con el dios y mientras siga vigente, la brújula será mía, a menos que yo mismo renuncie a ella.

De espaldas a mí, Ivy dice: —En fin, venía a buscarte para decirte que la cena está lista.

—Ivy, yo... lo siento.

—Espero que lo logres, Gwen. Estoy siendo sincera y deseo que salves a tus hermanas. —Ivy no dice nada más y sale de la habitación.

Verla marchar me rompe el corazón. Su figura menuda y esquelética marchando por el pasillo parecen ser sus últimos pasos.

Y me odio por dentro con todo mi corazón. Me odio por todo el dolor que les estoy causando; me odio por sentir que me he convertido en el malo de la película al intentar salvar a quienes me importan.

Las lágrimas se derraman por mis mejillas cuando Everett entra en la habitación. —¿Estás bien? —Su ceño se arruga de preocupación.

Sacudo la cabeza. —No —le respondo mientras se acerca a mí.

—Sabía que no era buena idea venir a este lugar. —Me agarra, envolviéndome con sus brazos en un fuerte abrazo.

Su cercanía, aunque extraña, se ha convertido en reconfortante. Es la única seguridad que conozco en este momento de mi vida.

Mientras resoplo, le digo: —No importa. Era necesario. Saldremos de aquí lo antes posible.

Asiente a mis palabras. —Vale. Así que no llores más. Todo irá bien. —Me seca las lágrimas con el borde de la camisa.

Respiro hondo para calmarme y le sigo mientras salimos de la habitación, pero sé que la cena no tiene mejores perspectivas para ninguno de los dos.

En cuanto llegamos al segundo piso, lo confirmo. Nyx está en la cabecera de la mesa, con Evander a su lado; frente a él está Ivy, que no nos mira, y junto a Evander, de pie, está Adam.

La maldición brota entre los pensamientos de Everett en cuanto percibe sus pensamientos. —No

lo hagáis ahora —les dice, sabiendo que no le escucharán.

—Creemos que tenemos que hablar de la situación actual —dice Nyx en tono conciliador.

—Y una mierda —la corta Adam, volviendo a su habitual temperamento explosivo por la rabia que supongo que siente, ya que mi conversación con Ivy no ha ido como ellos esperaban—. No me quedaré de brazos cruzados viendo cómo se marchan de nuevo hacia la locura. Y menos aún, ¡no dejaré que se marchen de nuevo con esa maldita brújula!

Su voz es gruesa y grave, pero por dentro está gritando. Everett, que utiliza el mismo tono bajo y medido, pero peligroso, responde. —No tengo que explicarte mis actos, Adam, ni dejaré que me digas lo que puedo o no puedo hacer.

—¡No se trata de ti! —estalla, golpeando la mesa—. No se trata solo de vosotros dos. Vuestro egoísmo pone en peligro la vida de Ivy.

—Ya le he dicho a Ivy que pienso arreglar todo esto. —Miro fijamente a Adam.

—Gwen, sabes muy bien que no puedes —interviene Nyx con su tono dulce y amable—. El poder del dios es demasiado para controlarlo. La única forma de salvar a Ivy es volver a dormir a esa cosa, y lo sabes. —Extiende una mano hacia la mía, como si esperara que su discurso me afectara—. Debes entregármelo... por el bien de Ivy.

—No —respondo, tratando de reunir fuerzas—. Sé lo que todos piensan. Todos pensáis que hago esto porque soy egoísta, pero no es así. Intento salvar a mis hermanas.

—Tus hermanas se aliaron con los cazadores —me recuerda Adam con una mirada feroz y punzante.

—¡No por su propia voluntad! Sabine los tiene cautivos. He visto su crueldad con mis propios ojos y planeo detenerla.

—Si ese es tu plan, permítenos ayudarte, Gwen —me reta Nyx—. Encontraremos juntos una alternativa.

¿Cómo, luchando contra ella y los cazadores mientras intentan dirigir una ciudad de refugiados? —Suspiro exasperada—. Escucha, Nyx, sé que tienen las mejores intenciones, pero tienen cosas más importantes de las que ocuparse ahora mismo. No puedo pedirles que libren esta batalla por mí.

—¡Lo que me pides a cambio es casi tan malo! —Grita Adam, entrando en escena—. Que sacrifique a mi compañera Luna por tus hermanas.

—No permitiré que Ivy muera —declaro.

—¡Por si no te has dado cuenta, ya se está muriendo! ¡Y todo por tu maldito egoísmo!

—¡No lo hago por egoísmo! —Refuto a Adam—. Sola, no poseo suficiente poder para luchar contra Sabine, pero puedo usar el poder del Dios de la Luz para llegar hasta ella.

—E incluso Sorin —declara entonces Everett, y Adam rompe a reír con amargura.

—¡Por supuesto, debería haber sabido que esto era un maldito intento de vengar la muerte de

Sadie!

—¡No lo es! —argumenta Everett, más que convencido de sus palabras—. La reina de las hadas sigue siendo un peligro para todos nosotros, y Sorin también. Detenerlos es la única forma de devolver algo de orden al mundo.

—Escuchad —les digo—. Sé que pensáis que Everett y yo nos hemos vuelto locos por actuar como lo hacemos, pero puedo aseguraros que tengo un plan para derrocar a Sabine que me permitirá obtener el poder suficiente para romper los contratos con el Dios de la Luz. Y antes de que Ivy corra más riesgos, ¡pienso hacerlo!

—Gwen, sabes que eso es imposible... —Nyx me frunce el ceño.

—¡No si poseo las Reliquias de las Brujas y me convierto en su reina!

Por un momento, el hada abre mucho los ojos, sorprendida. Es la única que entiende de qué estoy hablando. —¿Te has vuelto loca? —exclama—. Es casi imposible conseguir las reliquias...

—¡Casi, pero no lo es! —Le enseño el anillo que llevo en la mano.

El silencio de Nyx me basta como respuesta para comprender que por un momento ha dejado de dudar de mí. —Lo único que te pido es algo de tiempo. Sé que es mucho pedir, teniendo en cuenta la situación, pero créeme cuando te digo que no dejaré que Ivy muera. Detendré a Sabine y al Dios de la Luz, y es una promesa solemne.

Antes de que Adam vuelva a saltar, Ivy dice: —Te creo, Gwen. —Adam mira a Ivy como si estuviera loca.

Pero Ivy parece segura de sus palabras. —Te creo y confío en que mantendrás tu promesa.

—Y lo haré... de verdad, Ivy. —Mis ojos se empañan por las lágrimas que intento contener.

Por un momento, Adam parece derrotado. Su mirada recorre nuestros rostros mientras sus manos se cierran en puños. —Ya no tengo hambre. —Se excusa y se aleja corriendo.

Ivy le ve marcharse y se levanta. —Hablaré con él —nos dice, mientras sale de la habitación.

Se hace el silencio entre los cuatro, pero, al cabo de un momento, Nyx nos invita a sentarnos. — Algo me dice que hace mucho tiempo que no coméis una comida casera caliente, y no pienso dejar que la comida se desperdicie. Así que...

Hace un gesto y, con desgana, Everett y yo nos sentamos.

Mirándonos, Nyx parece analizar la situación. —De acuerdo —dice tras una breve pausa, mientras bebe un sorbo de agua cristalina—. Quiero saberlo todo sobre este plan vuestro.

Everett y yo nos miramos, como preguntándonos si no tenemos más remedio que decirle lo que pensamos.

Pero Nyx sonríe como si pudiera leer mis pensamientos. —Te garantizo que no dejaré que te vayas hasta que lo sepa. —Levanta las cejas mientras me sirve un trozo de pastel de espinacas y champiñones en el plato.

Suspiro sonoramente y pongo los ojos en blanco. —Vale, te lo diré.

—Me lo imaginaba —dice, con sus ojos inteligentes clavados en los míos.

Y organizo mis pensamientos mientras como, sabiendo que, en este momento, no tengo más remedio que obedecer.

## CAPÍTULO 6: SAL MARINA



EVERETT

—**P**laneo derrocar a Sabine y convertirme en la reina de las brujas. —Gwen echa un vistazo a la sala después de hablar en un tono tranquilo y controlado tras la cena.

Tanto Nyx como Evander la observan, cruzados de brazos, pero receptivos a sus palabras. Lo sé por lo que ocurrió horas antes; Adam se ha marchado e Ivy está tratando de calmar su temperamento, así que pasará un tiempo antes de que vuelvan a aparecer por aquí.

Esto no es algo que me moleste, ya que me siento mejor sin Adam cerca. Mientras escucho en cambio lo que Gwen tiene que decir, sigo el hilo de sus pensamientos y sus palabras a medida que va hilvanando cuidadosamente sus ideas mientras presenta nuestros planes a Nyx.

—Pretendo robar las tres reliquias de las brujas y convertirme en la reina. Para ello, necesito el poder del dios, para luchar contra las maldiciones que protegen las reliquias. Pero una vez que lo consiga, liberaré a mi clan y os traeré la ayuda de las brujas durante toda esta guerra —jura Gwen.

—Tendrás que ponerme al corriente —dice Evander, intentando seguir el hilo de la conversación—. ¿Qué es todo eso de las reliquias de las brujas?

—Las reliquias de las brujas son objetos que pertenecieron a la primera reina de las brujas —le explica Nyx mientras Gwen asiente.

—Su nombre era Lilith. Se dice que era una humana poderosa que aprendió magia de las hadas. Cada líder de las brujas, o la reina, guarda las reliquias llenas del poder de la reina Lilith y las transmitimos y cada nueva reina de las brujas las hereda. El anillo, el collar y la diadema —revela Gwen—. Sus reliquias nos permiten heredar todo su conocimiento y poder, permitiéndonos así liderar sobre todas las demás.

—Así que planeas usar el poder de Lilith y del Dios de la Luz para destronar a Sabine, la reina de las brujas, y tomar el control del clan —dice Nyx, refiriéndose a la idea de Gwen.

—Si consigo los artefactos de poder de las brujas, no tendré que destronar a nadie porque el trono será mío por derecho. —Gwen sonríe con orgullo.

—¡Lo que sugieres es una locura! —Nyx mira fijamente a Gwen, y sus labios dibujan una mueca—. ¿No comprendes lo peligroso que será? Haces que parezca sencillo, pero no lo es y no pretendas pensar lo contrario.

—Entiendo el peligro, y es exactamente por eso que requiero el poder del dios.

—Sin la reliquia del Dios de la Luz, no habríamos salido vivos cuando recuperamos el anillo de la mansión de las brujas —admito con desgana, recordando el desagradable incidente en el que casi nos queman hasta la muerte.

—Con más razón. Las cosas solo empeorarán, y lo sabes, Gwen. ¿Qué pasará cuando la reina, Sabine, descubra lo que estás planeando? Usará todos sus recursos para ir contra ti.

—No niego que lo he pensado, pero una parte de mí también ha considerado la posibilidad de que ella esté al tanto de mis intenciones —admite Gwen, que cree que la reina ya está intentando seguirle el ritmo—. Pero eso no me detendrá, Nyx. Eres la princesa de un reino cautivo. Sabes lo que se siente al querer ayudar a los tuyos sin poder... —Gwen la mira fijamente, haciendo que Nyx desvíe la mirada apenada—. Entonces, ¿puedes decirme que, si *podieras*, no ayudarías a tu clan a derrocar a tu madre si eso fuera una posibilidad para ti?

—Dijiste... —Evander se aventura y da un paso hacia nosotros—. ¿Que planeabas usar el poder de esa cosa para destruir a Sorin?

—Sorin sigue siendo una amenaza para todos nosotros —afirmo—. Y lo sabes tan bien como yo. En el pasado, hemos sido una constante piedra en el zapato de la reina Diantha.

—No dudes de que mi madre enviará a sus ejércitos liderados por Sorin en cuanto se recupere —dice Nyx, con una mueca.

—Por eso necesito reunir las reliquias antes de que Sorin y los ejércitos de las hadas marchen contra nosotros. Por ahora, el tiempo está a nuestro favor. En cuanto a tu madre y Sorin, la batalla es muy reciente y sus heridas son graves; así que tenemos ventaja, pero no puedo esperar a que dure para siempre. Necesito atacar primero antes que ellos.

—¿Crees que tienes suficiente poder para derrocar a mi madre? —pregunta Nyx con una ceja levantada.

—Tal vez no para derrotar a la reina de las hadas, pero sí a su mejor guerrera. Golpearla donde más le duele para que se lo piense dos veces antes de atacarnos —declaro, interponiéndome en la conversación y siguiendo el hilo de pensamiento de Gwen, que está conectado con el mío.

Tras una larga pausa, Nyx suspira. —Todo esto es demasiado para procesarlo. —Se sostiene la cara entre las manos.

—Lo sé. Pero si queremos sobrevivir, no tenemos elección. Debemos fortalecernos pronto, y la mejor manera es poner el poder de las brujas de nuestro lado.

—Y la de los brujos —añade Evander—. Pero, lamentablemente, son firmes en su decisión de mantenerse al margen de todo.

—Los brujos obtienen su poder de las mismas fuentes que las brujas —revela Nyx—. Y se han alejado por miedo a Sabine, si tuviera que adivinar.

—Si puedo liberar a mi pueblo, hablaré en nombre de las brujas con los brujos y tal vez me alíe con ellos —dice Gwen, esperanzada.

—No puedo negar que sería una gran oportunidad... —susurra Nyx, dándole vueltas a la idea en su cabeza.

—Solo estoy pidiendo tiempo, Nyx. Suficiente tiempo para conseguir el resto de los artefactos de poder de las brujas.

—Sabes que tiempo es lo que no tenemos, Gwen. Has visto el estado en que se encuentra Ivy. Podría morir en cualquier momento, y si lo hace...

—No. No pienses en ello —dice Gwen, poniéndose en pie; en cuanto lo hace, el pulso dentro de su pecho se acelera y, al mirarle las manos, noto que está temblando—. Te prometo que pondré fin a esto antes de que Ivy corra más peligro. No morirá por mi culpa. —Gwen vuelve los ojos llorosos hacia Nyx con las manos aferradas a los costados antes de alcanzar y agarrar una de las mías.

Nyx la estudia y asiente. —Puede que no tenga poder para concederte ese permiso, pero Ivy confía en ti, y yo también. Si la propia Ivy confía en tu misión, yo también debo hacerlo.

—Gracias —susurra Gwen, aliviada, pero sin soltarme la mano.

—No te preocupes. Siempre hemos contado el uno con el otro para ayudarnos. Ya lo sabéis... —nos recuerda Nyx.

—Lo sé. Lo siento, por todo... —Los ojos de Gwen vuelven a lagrimear.

—Está bien —dice Nyx, levantando una mano—. Lo entiendo, pero no debes olvidar que tienes una familia aquí con nosotros. —Nyx sonríe suavemente a Gwen.

En respuesta, los ojos de Gwen se llenan de lágrimas, mientras por dentro siento que se derrumba. El recuerdo de la pequeña habitación dentro del sótano y de su pasado se vuelve borroso, pero está ahí presente, en constante comparación con las palabras de Nyx.

—Te prometo... que haré todo lo que pueda para arreglar todo esto. —Gwen moquea y me agarra la mano.

—Y sé que lo harás —le concede Nyx mientras se acerca y le da un rápido abrazo a Gwen.

Gwen se seca las lágrimas que corren por sus mejillas. —Discúlpame un momento. —Gwen me suelta las manos y sale corriendo de la habitación.

La veo marcharse sin decir nada, pero voy tras ella porque sé cómo se siente, pero más que nada, porque durante todo este tiempo hemos estado solos Gwen y yo y se me hace extraño no tenerla cerca después de todas las semanas en las que nuestra supervivencia ha dependido de nuestra cercanía.

Así que la acompaño a través de sus tristes pasos, sintiendo la desesperanza brotando de su pecho, la ansiedad y el agotamiento mezclándose con el peso abrumador de todo lo que planea lograr sin saber si lo va a conseguir. Camina a paso rápido hasta llegar a las escaleras que descienden por la ladera y se adentran en la suave arena blanca, con la vista del mar y el atardecer cayendo muy cerca de nosotros.

—Mierda —la oigo susurrar—. Mierda, mierda, mierda...

Cuando se queda sin fuerzas, después de trotar por la orilla e intentar alejarse lo más posible de la civilización, Gwen se deja caer contra la arena, con las piernas enterradas y los dedos enredados en su jersey mientras los hace girar una y otra vez en un gesto ansioso

—Gwen —la llamo, haciendo que resople y me mire.

Tiene los ojos enrojecidos y, por primera vez, parece mostrarse realmente vulnerable ante mí; sus mejillas, así como la punta de la nariz, están de un rojo intenso, y gruesas lágrimas caen en cascada por su rostro.

Me siento a su lado y la miro mientras la brisa marina juega con su pelo, levantando mechones pegados a su cara que ahora se mezclan con la sal de las lágrimas. —Todo esto es culpa mía —grita, ahogando las lágrimas.

—Sabes que no lo es —le digo, cogiendo un trozo de hierba que crece entre la arena y empezando a arrancarla con los dedos...

—Por supuesto que lo es. Ivy y el Dios de la Luz... Tu hermana. Todo... —Gwen gira la cara, incapaz de mirarme.

La mera mención de Sadie hace que algo en mi interior se agite y se retuerza, pero lo suelto. —No menciones a Sadie —suplico, pasándome los dedos por el pelo para apartármelo de la cara—. Sabes que... que no es un tema del que quiera hablar. —Ella lo sabe, ya que se lo recuerdo todo el tiempo, pero no me atrevo a ser demasiado dura con ella en este momento.

Irónicamente, las palabras, que nunca han sido mi punto fuerte, se sienten más distantes de mí ahora que nunca. Pero puedo decirle a Gwen -a través de mis sentimientos- lo que pienso, así que le transmito mis pensamientos a través de nuestro vínculo, para hacerle entender que, aunque no puedo evitar asociar la muerte de Sadie con ella, ya no la culpo por ello.

La sensación me recorre y, en cuanto llega a Gwen, hace que sus ojos se abran como platos mientras me mira con incredulidad.

—No puedes culparte de todo —digo sin mirarla, pero dejando que mis emociones hablen por mí. Mis sentimientos, al igual que todos mis pensamientos, transitan desde mi mente y llegan a ella más allá de mi consciencia—. Incluso Ivy confía en ti, así que... Solo... no seas tan dura contigo misma.

Gwen se suena la nariz y se limpia la cara con el dorso de la manga. —Eres malísima consolando a la gente —dice, aunque una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios. Los míos, en cambio, se convierten en una mueca.

—Sí. Nunca dije que tuviera un máster en manejo de emociones ni nada por el estilo. —Sigo frunciendo el ceño y Gwen suelta una risita.

—Gracias, Everett —susurra, y yo me encojo de hombros.

Parece pensárselo y, al cabo de un momento, se acomoda a mi lado, mirando al mar, dejando que su hombro y el mío se rocen. —Sé cómo te sientes —admito porque, por primera vez, creo entenderla.

El peso de una manada se parece mucho a la idea que ella tiene de sus hermanas, y por eso

reconozco la lucha. Gwen no puede pensar en su bienestar sin involucrar a sus hermanas, a las que Sabine ha encarcelado.

Es esa certeza la que me permite considerar por qué lucha tanto por liberarlas. Pero también, Gwen piensa en ayudar a Nyx e Ivy a mantener la paz. Quiere aumentar las defensas de la Ciudad Cúpula enviando un grupo de brujas para proteger el lugar de los ataques de los cazadores.

No solo intenta ayudar a los suyos, sino también protegerlos a todos. Una situación audaz, y quizá desesperada, pero amable y muy humanitaria por su parte.

El pensamiento cruza mi mente de tal manera que Gwen puede sentirlo. Enarca una ceja y me mira, impresionada. —¿De verdad piensas eso de mí? —pregunta.

Asiento con la cabeza, sin querer responder más allá de las palabras porque me incomoda saber que esto podría convertirse en una situación melosa entre nosotros. Al notarlo, Gwen se echa a reír. —¡Oh, no te preocupes! Yo tampoco quiero dramas contigo.

Pero sus pensamientos vagan por los recuerdos de hace unas noches; del encuentro que tuvimos cuando sus labios y los míos se encontraron en el silencio de la tienda, cuando, por una vez, pudimos obviar todo lo demás y simplemente obedecer a nuestros instintos. No es la primera vez que la sorprendo pensando en nuestro beso de hoy.

La idea hace que sus mejillas adquieran un tono rosado que nada tiene que ver con las lágrimas o el aire marino. —Claro —digo mientras chasqueo la lengua—. Parece que intentas hacerme creer algo en lo que ni tú misma crees.

Me mira con el ceño fruncido. —No te pongas tan gallito. —Me da un codazo con el hombro.

—¿Cómo podría no hacerlo? —Digo en tono de broma—. ¿Cuando ya sé lo mucho que me deseas?

Las mejillas de Gwen enrojecen como el fuego, pero no miento. Sé cuánto me desea porque puedo oírlo en sus pensamientos. A pesar de eso, puedo sentirlo palpitar en su cuerpo, reflejando los sentidos de mi deseo.

Guiada por el nerviosismo, Gwen se levanta. —Y yo que pensaba que era coherente hablar contigo —susurra, sacudiéndose la arena de los pantalones.

Al mirarla, me fijo en su figura menuda, perfilada a través de las capas de ropa, mientras recuerdo el tacto de su piel contra la mía...

—Gwen —le digo, y ella se vuelve para mirarme.

Todo sucede muy deprisa. Antes de que se dé cuenta de lo que estoy haciendo, me levanto y la cojo en brazos, haciendo que sus labios suelten un gemido mientras la llevo hacia el océano.

—¡Qué demonios crees que estás haciendo! —grita Gwen, al darse cuenta de que nos estamos acercando a las olas y sentir el gélido escozor del agua bailando con la brisa al encontrarse con nuestro camino.

—Distrayéndote. —Meto los pies en el agua helada mientras Gwen se agita en mis brazos.

—¡No, para, Everett, bájame ya! —grita y yo me encojo de hombros.

—Como quieras... —La dejo caer en las olas y suelta un chillido lleno de completa indignación.

Pero para entonces ya es demasiado tarde. El agua empapa su cuerpecito y me mira con profundo odio mientras se aparta el pelo mojado de la cara.

Lo peor es que las olas la lanzan contra mí, así que la sostengo antes de que se caiga.

Pero antes de que pueda terminar la frase, me inclino y la beso.

Sin más, sus labios reciben los míos con sorpresa. La sal fría se le pega a la boca en un momento de incredulidad y parece dudar un instante hasta que se rinde y su boca se mueve contra la mía.

*Te dije que te distraería.* Siento su odio y su profundo deseo, mientras mis dedos aferran sus mejillas; mientras sus manos envuelven mi nuca, y siento que se pone de puntillas, buscando mi boca con una intensidad feroz.

Y mientras el mundo pasa y se deshace a nuestro alrededor, con las olas chapoteando contra nuestros cuerpos, me dedico a besarla, pensando que nada es comparable a ella, al sabor de la sal en sus labios; a la promesa de calor y afecto que encuentro en su boca.

Es un sentimiento demasiado denso, demasiado profundo para describirlo, y he tardado demasiado en recibirlo, pero por primera vez comprendo que no quiero vivir sin ella, sin ella.

## CAPÍTULO 7: EN MEDIO DE UNA ILUSIÓN



## GWEN

Los labios de Everett han marcado su ritmo contra los míos, mientras se mueven junto con mi cuerpo, que sube y baja con la respiración agitada, mientras fuera de las ventanas cerradas arrecia la tormenta.

La lluvia empezó solo unos minutos después de nuestro encuentro, así que nos obligó a volver corriendo a casa, mojados y con frío, pero de algún modo demasiado emocionados para querer apartarnos el uno del otro.

Porque eso es lo que pasa, ¿no? Una parte de nosotros ya no parece capaz de resistirse a la atracción. Intentamos motivarnos para mantenernos alejados el uno del otro, pero una parte de nosotros -después de mucha resistencia- ha encontrado la fuerza para rebelarse contra todo lo que nos hemos impuesto el uno al otro y buscar la cercanía de nuestro vínculo. Y ambos sabemos que hacerlo va en contra de todos nuestros instintos.

Mientras subimos las escaleras, las manos de Everett se aferran a las mías y me da la vuelta, atrayendo mi boca contra la suya y, al mismo tiempo, haciendo que mis labios liberen un gemido tranquilo y lento que brota de mis labios y se pierde en los suyos. Mientras tanto, todo lo demás dentro de mis pensamientos y mi mente se desdibuja.

Everett deja que sus manos grandes y firmes recorran mi cuerpo, mi ropa, y lo deseo más que nunca. Es una fuerte necesidad física que ya no puedo ignorar. Mientras disfruto de su delicioso tacto, anhelo que toque mi cuerpo del mismo modo, pero por debajo de la ropa. O mejor aún, que no haya nada de ropa entre nosotros.

Con la frente pegada a la mía, suelto un grito ahogado. Sus ojos se encuentran con los míos y puedo leer en ellos lo que piensa, siente y desea. Ya no es el Everett comedido y amargado que conozco, sino que la verdadera esencia de su lobo parece haber tomado forma y manifestarse a través del azul de sus ojos. Es mi perdición, desatando todas las pasiones que nos hemos estado negando hasta ahora.

—¿Tu habitación o la mía? —me pregunta, y sé a qué se refiere.

—La mía —respondo, con la voz ronca y el corazón acelerado—. Está mucho más cerca...

Everett asiente, me coge de la mano y me guía hasta mi habitación.

Mientras tanto, le sigo, sintiendo que se me acelera el pulso. Estamos pensando en... Ambos tenemos la misma idea en mente y, por primera vez, ninguno de los dos se plantea resistirse.

Así que dejo que me lleve a la habitación y pongo el pestillo de seguridad en la puerta. El corazón está a punto de salirseme del pecho y tengo la boca repentinamente seca. Pero en cuanto los labios de Everett vuelven a los míos, sé que esto es lo que quiero. Así que evito resistirme a la idea y dejo que su cuerpo firme y duro como una roca me levante, que sus manos rodeen mis caderas y mis piernas, que se cierran en torno a su cintura mientras me estampa contra la pared y me besa de forma rápida y provocativa.

Con su lengua dentro de mi boca, siento que la lujuria me recorre. Siguiendo su línea de pensamiento, sé lo que va a ocurrir mucho antes de que ocurra. Las manos de Everett se deslizan bajo mi ropa, rozando los lugares precisos que quiero que toque, y su erección asoma a través de sus pantalones.

Se pregunta, como yo, ¿si esto está sucediendo? ¿Si nos entregaremos al deseo de esta manera después de luchar contra él durante tanto tiempo?

Para confirmarlo, permito que me tire del jersey por encima de la cabeza y sus labios sueltan un gruñido de agradecimiento mientras sus ojos entrecerrados, llenos de deseo, exploran mi cuerpo semidesnudo, haciendo que un rubor de calor suba desde mi cuello hasta mis mejillas. Siento cómo me besa el cuello y hacia arriba, me mete la lengua en la oreja y me muerde el lóbulo, y cómo mis caderas se aprietan contra él para sentir mejor el calor y el sudor de su cuerpo contra el mío.

—Everett, la ducha... Hemos... sudado mucho —susurro entre gruñidos, sintiendo cómo la risa brota de sus labios cuando vuelve a tomar mi boca.

—¿Quieres refrescarte, Gwen? Podemos hacerlo, pero pronto volveré a calentarte. —Su promesa hizo que mi corazón bombeara con fuerza dentro de mi pecho.

—Everett, lo digo en serio. —Su lengua recorre mi barbilla, provocando un grito en mi interior. Parece que la idea de liberarnos le ha impulsado a seguir el ritmo de sus deseos, sintiéndose incapaz de renunciar a mí cuando ya hemos dejado de lado todas nuestras anteriores declaraciones de guerra—. Necesito... un baño.

—Bien —responde—. Pero no te librarás de mí tan fácilmente.

Sin soltarme, Everett me lleva al cuarto de baño. Su cuerpo permanece pegado al mío mientras nos metemos en la bañera y abre el grifo del agua. Mientras el líquido caliente cae en cascada sobre nuestros cuerpos, el vapor nos envuelve y sus labios se pasean -de la cabeza a los pies- por todo mi cuerpo.

Después, Everett me suelta, y por un momento me veo capaz de protestar hasta que se quita la camisa y me olvido de todo menos de él. La visión de su pecho, lleno de pequeñas cicatrices de peleas pasadas, tallado en medio de músculos perfectos, con el pelo rubio plateado cayéndole sobre la cara húmeda, y los ojos azules muy abiertos fijos en mí me deja sin habla. Por un momento me hace sentir humana y débil dentro de mi propia piel.

Everett estira los dedos y me roza la mejilla, lo que me permite acercarme a él. Recorro su pecho con los labios, besando la escultura humana que es. Levanto la cabeza y lo miro a los ojos. Siento su respiración agitada mientras mis dedos bajan y se deslizan por sus pantalones para liberarlo del resto de la ropa.

Imitando mi gesto, Everett me desabrocha los pantalones y me ayuda a bajármelos por las piernas, arrodillándose frente a mí como si me estuviera adorando. Luego deja que su lengua recorra el borde de mi lencería, haciendo que mis labios suelten un jadeo de excitación. Mis dedos se enredan en el pelo de su coronilla, la expectación es casi insoportable.

Intentando no perder el equilibrio, me agarro a él mientras me ayuda a desnudarme y disfruto de su lengua recorriendo la parte superior de mi ropa interior. A continuación, Everett se quita el resto de la ropa y se sienta en la bañera, mientras me agarra de las manos y me obliga a sentarme encima de él. El agua cae sobre nosotros, caliente y abundante, y mis muslos se abren, acomodando mis piernas a lo largo de sus costados, mientras mi núcleo presiona a través de mi ropa interior contra su dura y caliente erección.

Siento las manos de Everett recorrer la piel de mi espalda mientras su lengua me roza el cuello. Sus manos firmes y seguras me desabrochan el sujetador y me lo levantan por encima de la cabeza mientras mis pechos se aferran a su pecho, y él sujeta uno de ellos entre sus manos, palpando la sensible piel antes de llevárselo a la boca. Mientras me acaricia y chupa el pezón, mi respiración se acelera y mi cuerpo se tensa, deseando más. El placer es tan intenso que mis labios dejan escapar un gemido sollozante mientras echo la cabeza hacia atrás y me pierdo en un éxtasis total y absoluto.

—¿Era éste el baño que tenías pensado? —Me lanza una sonrisa arrogante, burlándose de mí, mientras yo lo contemplo en toda su gloria masculina, sabiendo que lo detesto y lo amo al mismo tiempo.

Sin responder, mi boca encuentra sus labios, y siento sus manos enroscarse alrededor de mis nalgas y apretar, tirando de mí contra él, presionando mi excitado centro contra su sólida erección. Y ya no puedo contenerme y permito que mis manos desciendan y exploren entre nuestros sexos, hasta que agarro la virilidad de Everett, palpitante y erecta, y la cojo entre mis manos mientras juego con ella, moviéndola arriba y abajo con el puño, y sus labios sueltan un ronco gemido que pronto se convierte en un siseo.

—Mierda, Gwen... —Echa la cabeza hacia atrás, moviendo su erección contra mis dedos.

—¿Y tú? —le pregunto, mordiéndole el cuello—. ¿Alguna vez te has duchado así?

Por su cabeza pasan breves imágenes que casi puedo distinguir... recuerdos del pasado, de otras chicas con las que ha estado así, pero sus rostros aparecen borrosos y grises en comparación. No las recuerda tan gratificantes, ya no, pero se pregunta cómo nadie podría compararse a estar conmigo de esta manera.

Así que sonrío para mis adentros y dejo que mi boca descienda por su piel, descubriendo las partes de su cuerpo, mientras su abdomen tenso y trabajado permanece firme contra mi lengua durante un segundo antes de inclinarme y arrodillarme entre sus piernas. Veo el deseo reflejado en sus ojos, y leo sus pensamientos de satisfacción, mientras me permito pasar la lengua por su enorme polla, acariciando la punta con facilidad. Cuando sus labios emiten sonidos eróticos, le miro antes de introducirme su polla en la boca.

No tardan en llegar los espasmos de Everett al sentir lo que deseo, y con la capacidad de estar dentro de su mente, puedo saber con perfecta precisión lo que él también desea de mí. Siguiendo su línea de pensamiento, me muevo hacia abajo, dejando que mi lengua se deslice sobre él y mi

boca lo absorbía mientras el sabor salado de su excitación llena mi boca. Ahora, con su miembro tensándose contra mi lengua, el palpar recorriéndole, el orgasmo está cada vez más cerca de nosotros.

Pero antes de que me corra, Everett se detiene y me hace levantarme. Me quedo mirándole un momento, conmocionada, y él me arranca la ropa interior con las manos. Su rostro ha cambiado y sus ojos parecen perdidos en el frenesí de la pasión, y me mira fijamente como si fuera la única a la que ha deseado. Sus dedos me agarran por la cintura y me atraen contra su cuerpo mientras mis piernas se abren y le beso. Y siento cómo manipula su vara erecta mientras juega con ella y la mantiene contra mi ansiosa raja, donde Everett se da cuenta de que puede hacerme enloquecer, preparándose para el momento justo antes de empujar, penetrándose.

La extraña y vigorizante sensación es incómoda, pero el dolor dura un instante. Mis labios se abren y mis uñas se clavan en su espalda mientras mis muslos se tensan y presionan contra su cuerpo, y lo siento contra mí, mientras sus dedos se pasean por mi pelo, apartándolo de mi cara. Everett se toma un momento, dejándome que me adapte antes de entrar y salir con movimientos lentos pero seguros dentro de mi cuerpo.

Y ya no soy consciente de nada, solo me entrego. Me entrego a la emoción del deseo, sintiendo cómo sus caderas marcan el ritmo contra las mías. Su cuerpo se humedece y se contrae de placer, y nos sincronizamos el uno con el otro. Disfruto mientras me explora con sus dedos acariciando mi piel y sus dientes presionando mi cuello, mordiéndolo donde se une a mi hombro con exquisita precisión, haciéndome jadear y empujar más, más profundamente contra él.

Más, necesito más y sentirlo más profundo, mucho más profundo dentro de mí, tanto que su alma y la mía parezcan unirse en una sola canción....

Everett puede prever mis deseos, puede comprender lo necesario que es para mí tenerlo más cerca, así que coge nuestros cuerpos unidos y se levanta, cerrando la ducha antes de entrar a grandes zancadas en el dormitorio, dejando un rastro de agua a nuestro paso, y hasta la cama, donde me tumba con presteza antes de penetrarme de nuevo.

Allí mismo, en el borde de las sábanas, Everett me agarra de las caderas y se coloca frente a mí, empujando con fuerza su miembro contra mi humedad mientras sus dedos se cierran en torno a mi piel, mis piernas se envuelven alrededor de sus caderas y la presión se hace más intensa y más deliciosa. Mis pechos saltan y bailan al ritmo de sus maníacos empujones, sus ojos recorren cada parte de mí, cada curva, cada recodo y cada elevación marcados por la obsesión de memorizarme, y abro los ojos, solo un segundo para mirarle. Con su hermoso rostro enrojecido, húmedo de agua y sudor, y el pelo rubio blanquecino cayéndole sobre la frente, los labios gruesos y carnosos entreabiertos, y los profundos ojos azules fijos en mi cuerpo, mirándome con asombro, como si memorizara la imagen del placer que me está dando.

—Vamos, Gwen. ¡Córrete para mí! —Everett entonces acelera el ritmo, sintiendo que estoy demasiado lejos de mi liberación.

Pero niego con la cabeza. Cuando se inclina contra mí y siento la presión de su pecho contra mis pezones, demasiado sensibles en este momento, creo que voy a enloquecer o morir. Enreda sus dedos con los míos y me besa con una frenética necesidad salvaje. *Córrete*, me suplica a través de sus pensamientos. *Cumple por mí, maldita sea...* ordena cuando la súplica ha abandonado su voz interior. Sabe que mi orgasmo es suyo, como todo lo relacionado con mi cuerpo le pertenece.

Con una repentina rapidez, me siento incapaz de prolongar más el momento, así que permito que mi cuerpo se tense y, entre jadeos suplicantes, pronuncio su nombre. —¡Everett, sí! —grito, y su lengua encuentra la mía mientras se enredan en una danza milenaria. Acelera dentro de mí, buscando su liberación, y mientras mis uñas se clavan en su piel, el mundo estalla a nuestro alrededor en medio de una gloriosa explosión. Lo llena todo y anula mis sentidos, centrando toda mi atención en el calor que recorre desde mi sexo hasta la punta de mis dedos, pasando por cada terminación nerviosa de todo mi cuerpo. La sensación me hace sentir grande y pequeña al mismo tiempo, ligera y volátil y cargada de calor.

Everett me empuja con más fuerza. Con sus dedos enredados en los míos y su lengua apretada contra mi cuello, alcanza su orgasmo. Y cuando lo siento, me corro de nuevo y me rindo, coreando su nombre y sintiendo que el mundo que me rodea se borra para transformarse en un solo nombre, un solo latido, una sola sensación.

¿Cómo pude evitarlo? La parte de mí que deseaba no entregarme nunca a él es ahora risible. Pero sé que volverá a existir. Que Gwen, la que se priva del placer de estar con Everett, volverá a llamar a mi puerta en algún momento, así que me rindo. Me rindo a la satisfacción y la alegría de su existencia, a los besos que me alcanzan y al cálido pulso que invade mi alma, sabiendo que tal vez lo que él y yo hemos vivido sea una ilusión.

Pero, si es así, soñaré durante el resto de la noche. Y si es posible, también durante el día. Todo el tiempo que sea posible, y hasta que los sueños, en algún momento, alcancen a la realidad y la envuelvan en su cálido manto protector.

## CAPÍTULO 8: VISIONES NOCTURNAS



## GWEN

—¿Quiénes sois? —pregunto, mirando a mi alrededor con pánico al sentir la presencia en la habitación que se ha manifestado en mitad de la noche.

La presencia se revela ante mí: una mujer cautivadora de pelo largo y cobrizo, ojos amarillos y brillantes, y un rostro de aspecto intemporal con nariz estrecha y prominente, piel clara como un día despejado y rasgos afilados pero hermosos.

Mantiene su mirada fija en mí, con un rostro inexpresivo, carente de emoción. Me has *estado buscando y ahora me has encontrado*, dice, pero sin abrir los labios. En su lugar, su voz llega a través de mis pensamientos.

—¡Eres Lilith! —Me tapo la boca de asombro y admiración cuando empiezo a comprender, impresionado por su mera presencia.

La mujer, Lilith, asiente una vez. —Y tú eres Gwen, hija del Clan de la Medianoche —dice en voz alta.

Me pongo en pie con rapidez, sin importarme mi desnudez ni el hecho de que Everett esté dormido a mi lado. —Sí, y necesito tu ayuda —imploro, intentando transmitir la urgencia.

—Esto lo sé —susurra Lilith—. Sé todo lo que les pasa a mis hijas. —Me sonrío con orgullo.

—Para que lo sepas. ¿Sabes lo que Sabine nos ha hecho? A mis hermanas...

La mujer se toma un momento, pero luego asiente. —Sí, lo sé. —Aunque no hay ningún atisbo de emoción en su voz ni en su expresión, creo percibir de algún modo la indignación que acecha en sus pensamientos.

—Entonces entiendes mi razón para buscarte. Necesito tu ayuda para liberar a mis hermanas.

—Deseas convertirte en reina de las brujas —dice Lilith con una sonrisa torcida.

Frunzo el ceño. —Solo porque es la mejor manera que conozco de mantener a todos a salvo. —Es la verdad, ya que la idea de ser líder nunca me ha entusiasmado. No es una carga que, incluso ahora, quiera llevar, pero no tengo otra alternativa si quiero liberar a mis compañeras brujas.

Lilith me observa y, después de un segundo, se da la vuelta. —Ven... —No dice nada más y, sin saber adónde me lleva, la sigo porque es la única opción que tengo en este momento. El mundo se desdibuja y se transforma, y pronto se convierte en otro paisaje, ya que me encuentro dentro

de una habitación impecable, sin adornos y con olor a esterilidad, con altas paredes de metal y una cama en el centro cargada de tubos y aparatos médicos.

En su centro, una mujer yace, marchita en medio de un rostro antaño hermoso; la mujer parece muy enferma, sus ojos lechosos y su piel cetrina por la falta de luz; su pelo, antaño negro, es ahora apagado y gris.

Aunque la mujer ha cambiado mucho desde la última vez que la vi, la reconozco enseguida. —Sabine —susurro desconcertada, dándome cuenta de que se trata de la reina de las brujas.

Le ponen una máscara de oxígeno que ayuda a Sabine a respirar. No detecta mi presencia, ni la de Lilith, dentro de la habitación, pero se fija en las puertas dobles de la cámara cuando se abren y un grupo de personas entra en la sala.

Al primero que veo es al doctor Taylor, el padre de Ivy, que encabeza la marcha, vistiendo, como siempre, un impecable top de cuello alto a juego con el gris de la chaqueta de su traje. Y a su lado, la cazadora, Aleksandra, se acerca a la cama con paso seguro. Varias personas más vienen con ellos, pero por lo que puedo ver, la mayoría son médicos, y ninguna de ellas es mi hermana.

—¿Cómo te encuentras hoy, Sabine? —pregunta el doctor Taylor, sin mostrar en su voz ni en su entonación verdadero interés por la salud de la reina.

Ella parece darse cuenta y le lanza una risa seca, carente de diversión, que se convierte a medio camino en un ronco susurro. —Me estoy muriendo. —Su tono suena como si hubiera firmado su propia sentencia de muerte—. Y ni tú ni tus médicos podréis hacer nada al respecto.

—Lo sé —afirma el médico. No parece importarle mucho su cortante afirmación—. Es una triste noticia. Sabes que hemos hecho todo lo posible para mantenerte con vida.

—Posible no es suficiente —afirma Sabine, notando el desinterés en las palabras de Taylor—. ¡Moriré y mi clan será libre de oponerse a ti si no me ayudas a detenerlos! —Parece agotada por su arrebató.

—Tu clan ya se opone a mí —dice Taylor, chasqueando la lengua con desdén.

Así que mis hermanas luchan desde dentro para detener a Sabine, pienso para mis adentros.

—Sí, una de tus... supuestas hermanas, o como quieras llamarlas, nos ha estado causando inmensos problemas —dice el médico, y los ojos saltones de Sabine se entrecierran.

—Gwen... —gruñe, pronunciando mi nombre como si estuviera sucio, la ronquera en su voz obvia.

Tanto Aleksandra como Taylor asienten, pero es Aleksandra quien responde. —Acaba de ayudar a escapar a un grupo de prisioneros y se ha unido a los rebeldes para atacar a los cazadores que custodian el complejo cercano a la Ciudad Cúpula. —Aleksandra no puede fingir esa nota de aburrimiento tan magistralmente como lo hace el propio doctor.

Vuelve a chasquear la lengua. —Creía que una de tus habilidades era mantener el control sobre tus brujas. —Sabine estalla en carcajadas.

—Gwen siempre ha sido un... digamos un caso especial —declara, no con orgullo, sino como si

disfrutara sabiendo que le causo problemas al doctor Taylor.

—Su presencia está trayendo más angustia de la que debería. Esperamos que sea un problema que pueda resolver... —Sus palabras suenan como una advertencia y no hay ninguna nota de súplica, sino más bien de orden en su tono.

—Nuestros informadores sospechan que Gwen planea de algún modo hacerse con el control del clan. Ha destruido el complejo que manteníamos vigilado —admite Aleksandra, poniendo a Sabine al corriente de la situación.

Pero ella, por supuesto, ya lo sabe y asiente. —Gwen planea tomar la corona de las brujas.

—¿Y usted lo sabía? —Las cejas del Dr. Taylor se alzan, mostrando una emoción inusual.

—Soy consciente de sus intenciones, sí. —Sabine asiente de nuevo.

—¿Pero no piensa detenerla? —pregunta el médico, entrecerrando los ojos.

—En mi estado actual, sería difícil hacerlo. —Sabine lanza una mirada socarrona al Dr. Taylor —. Gwen es una bruja joven, pero experta, que posee... cierto tipo de *apoyo*... —Por su tono de voz, puedo percibir que tal vez sospecha que cuento con la ayuda del Dios de la Luz, aunque no parece ser su intención revelárselo a la doctora Taylor.

—Si toma el control de las brujas, perderemos su ayuda durante la guerra —afirma Aleksandra con clara agitación.

—Y para que ella se hiciera cargo, tú tendrías que morir —afirma el doctor Taylor en tono aburrido, sin mirar a Sabine.

Se ríe de nuevo, una risita áspera y seca que corta la monotonía de la conversación. —Doctor, no pienso morir. Puede que Gwen sea una bruja hábil, pero tampoco pretendo que se haga con el control de mi clan. Solo he dicho que *conocía* sus intenciones.

—¿Qué piensa hacer, entonces? —pregunta el médico, por primera vez interesado en la conversación.

Tras un suspiro, Sabine dice: —Tengo la intención de recuperar lo que es mío por derecho... Y tú me ayudarás a hacerlo.

Levanta el brazo, que tiene una vía intravenosa que conduce a un catéter casi vacío, en el que gotea lentamente un escaso líquido morado.

El Dr. Taylor parece entender la implicación. —¿Espera que le dé más elixir? —Sabine asiente.

—Si deseas que salga de esta cama y haga algo contra la bruja, me proporcionarás más de la medicina que has fabricado. De lo contrario, Gwen continuará con su misión y obtendrá el poder para liberar a las brujas, y tal vez finalmente lo consiga.

—Si hago lo que me pide... —El médico hace una pausa, mirando el tubo que guía el líquido hacia el cuerpo de Sabine—. ¿Qué me darás a cambio?

—Lo que he prometido desde el principio. Me curarás de esta enfermedad y me harás inmortal, y a cambio, me aseguraré de que las brujas sean tus aliadas y protectoras contra los Hijos del

Crepúsculo —le asegura.

—Eso solo no será suficiente —afirma el Dr. Taylor, sin ceder, sacudiendo la cabeza—. Deseo que me ayudes también a abrir un portal que conduce al reino de las hadas.

—¿Al reino de la reina Diantha? Eso es *casi...* imposible —dice Sabine.

—Casi, pero no lo es, ¿verdad? —la reta el médico, con una sonrisa irónica en los labios.

Tras pensarlo un momento, Sabine dice: —No, no es del todo imposible...

—Entonces lo harás por mí. A cambio, me aseguraré de que mis científicos te concedan la inmortalidad que deseas.

—Bien. —Los ojos de Sabine se encienden de emoción—. Pero ahora, cumple tu promesa y dame el suero.

El Dr. Taylor espera, pero al cabo de un momento chasquea los dedos y un médico se acerca a Sabine, portando un catéter lleno de líquido morado, que conecta a la vía intravenosa de Sabine.

En cuanto regula el goteo del líquido, la mejoría del rostro de Sabine es inconfundible. Pierde el cansancio y recupera el color, mientras que las ojeras desaparecen.

Suspira aliviada, como si pudiera respirar por sí misma por primera vez en mucho tiempo, y aparta la mascarilla de oxígeno mientras se endereza en la cama.

—Me alegra ver que te encuentras mejor —bromea el Dr. Taylor, mientras Sabine se levanta.

A cada minuto que pasa, deja de parecer una anciana y se transforma en una joven de unos cuarenta o treinta años. Y con su nariz perfilada y favorecedora, observa la habitación, escudriñando las sombras con un brillo púrpura tiñendo sus ojos.

Y tras un largo momento, se vuelve y sus ojos se encuentran con los míos. Enfoca su mirada, abriendo y cerrando los ojos hasta que chasquea la lengua. —¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunta. Y sé que, aunque los demás no puedan verme, me está hablando.

—Ya basta —le digo, notando que el Dr. Taylor y Aleksandra miran en todas direcciones, buscando a la persona con la que Sabine está hablando y sin conseguirlo. ella puede verme u oírme.

—¿Con quién estás hablando? —pregunta el Dr. Taylor, pero Sabine se limita a ignorarlo.

—Bien. Entonces sabes por qué he hecho lo que he hecho —afirma Sabine.

—Sé que sacrificaste a todo nuestro clan por egoísmo —declaro con voz dolida.

—No eres más que una niña y no lo entenderías —anuncia Sabine en tono orgulloso.

—Oh, pero lo entiendo bien. —La desafío, avanzando sin miedo—. Sé que lo hiciste todo por tu miedo a la muerte. No te importan mis hermanas. Solo te preocupas de ti misma.

Sabine parece orgullosa y levanta la cabeza, con la nariz en alto, en pose de reina. —Sabes que vendré a por ti.

—Y sabes que te estaré esperando —juro sin miedo.

—Entonces avisa a tus amigos —dice Sabine, dando un paso más hacia mí—. Porque al amanecer pienso ver la Ciudad Cúpula contigo dentro.

—Estaré esperando tu visita. —Siento un tirón en el vientre; uno que me aleja de la escena y me saca de ella.

Cayendo de nuevo en la habitación, Lilith me observa mientras me pongo en pie de un salto. —¿Por qué me has enseñado eso? —le pregunto a la bruja, que me mira con aire indiferente.

—Porque tienes que saberlo —comenta con voz tranquila mientras me observa.

—Así que deseas que la derrote —digo, intuyendo sus pensamientos—. Deseas que me convierta en la nueva reina.

—Deseo la libertad para mis hijas —dice Lilith—. Las brujas no nacimos para ser prisioneras de nadie. Y menos de nuestras propias hermanas.

—¡Las liberaré! —Proclamo con veneno—. Sabes que es mi último deseo.

—Deberías prepararte entonces —advierte Lilith—. Sabine llegará con el alba lista para la batalla.

—Bien. —Asiento con la cabeza—. Que sea como debe ser.

—Hay algo más —dice entonces Lilith. La miro, con la curiosidad brillando en mis ojos—. Si quieres acabar con ella, lo mejor será que ataques su corazón. —Señala con uno de sus dedos mi corazón, y yo la miro expectante, intentando de algún modo comprender su mensaje.

Pero entonces, mis ojos se cierran y, cuando vuelven a abrirse, me encuentro en la cama, con las sábanas revoloteando y el cuerpo desnudo de Everett tendido a mi lado.

Me levanto de un salto, pero Lilith ya no está en la habitación. El silencio reina en medio de la oscuridad a través de la brisa que sigue crujiendo contra las ventanas cerradas durante la tormenta.

Es mi respiración agitada, así como mis pensamientos inquietos, lo que despierta a Everett. —¿Qué pasa? —me pregunta, frotándose los ojos para sacudirse el sueño.

Le miro, su torso desnudo y sus ojos somnolientos, sintiendo una mezcla de emociones recorrerme mientras le escruto. —Tenemos que despertar a todos lo antes posible.

—¿Por qué, qué está pasando? —Everett puede sentir el nerviosismo corriendo por mi cuerpo.

Intento explicarle lo que he visto lo mejor que puedo, pero describir mi visión de Sabine en la cama, aunque reciente, es demasiado complejo para explicárselo ahora mismo. Así que me limito a decirle: —¡Sabine y las brujas acudirán al asedio de la Ciudad Cúpula junto con los cazadores al amanecer!

Se endereza en la cama y me observa, el sueño ya lejos de su mente. —¿Estás seguro de lo que dices?

—Completamente —afirmo, arrancando una maldición de sus labios.

Sin esperar, me levanto entonces, rebusco entre la ropa recogida en la maleta y me visto, mientras Everett imita mis movimientos. El miedo latente a la guerra a la que estamos a punto de enfrentarnos borra nuestros pensamientos y recuerdos de la noche anterior y toda la pasión y sincronía de nuestros cuerpos unidos.

## CAPÍTULO 9: A SALVO



## EVERETT

La ira palpita en los pensamientos de Gwen como una emoción constante que se manifiesta horas antes del amanecer. Está de pie a mi lado; su mirada se pierde por el oscuro horizonte con una túnica negra adornando su cuerpo esbelto y diminuto. La brisa nocturna sopla a través de su espeso cabello, cayendo hasta sus hombros y sobre sus cejas, enmarcando su rostro pecoso, de ojos brillantes y hermosos.

A estas alturas, ambos somos conscientes de la conexión que nos une. En lugar de rechazarla, hemos mantenido una especie de acuerdo que nos une durante la batalla, pero que nos ayuda a conservar cierta distancia respecto a las imágenes de la noche anterior y a lo que cedimos. El encuentro del que ninguno de los dos quiere hablar -la unión de nuestros cuerpos- sigue presente en nuestras respectivas conciencias.

Con un incómodo encogimiento de hombros, Gwen se revuelve a mi lado, deseosa de que todo comience, o tal vez de que todo termine. Y de acuerdo con las respectivas encomiendas de cada uno de los líderes de las razas, que se encuentran entre nosotros, las filas de soldados se disponen en orden y están listas para luchar.

Con los ojos fijos en el cielo, intento evitar mirar a mi hermano, el líder supremo-Alfa de los Lobos. Él dicta las órdenes generales a los demás alfas de cada manada para que las transmitan al resto de su clan. Evander, su beta, está a su lado, pero Ivy permanece en el recinto protegido dentro de la Ciudad Cúpula junto con los ancianos, los enfermos y las embarazadas, donde permanecerán hasta que termine la guerra, ganemos o perdamos esta batalla.

A nuestro alrededor reina el caos, aunque, en cierto modo, no todos afrontan con las mismas dudas el baño de sangre que estamos a punto de vivir. La vampiresa Adriana, que está con su clan, parece exultante y feliz. Serán libres para dedicarse a la caza sin preocuparse de los heridos. Para ellos, esto no se presenta como un enfrentamiento o una guerra, sino como un festín de sangre.

Asimismo, la falta de otras razas entre nuestro pueblo sigue siendo evidente. Los humanos se han unido a la batalla con sus mejores guerreros, que han enfundado armas de todo tipo y elaborado inteligentes planes en compañía de su líder para oponerse a los cazadores. Pero sin las brujas, las hadas y los brujos, sigue restando fuerza a nuestro bando.

Gwen ha ordenado a las brujas que no participen en la batalla, porque Sabine podría lanzar hechizos, hacerlas caer prisioneras u obligarlas a cambiar de bando, así que las refugiamos en medio de la ciudad. Allí, pueden proporcionar otro tipo de ayuda a nuestro equipo. En caso de

que los cazadores tuvieran éxito y Ciudad Cúpula cayera, las brujas se encargarían de proteger y sacar a todos los refugiados antes de que cayeran prisioneros de los cazadores.

—Los veo venir —dice Nyx con voz tranquila, acercándose a nosotros.

El hada viste un atuendo sencillo, aunque no es menos poderosa que de costumbre. Con los años, su rostro ha cambiado muy poco. Para mí, sigue siendo la chica que conocí hace años en la fría nieve. Sin embargo, ahora sus ojos expresan mucha más sabiduría y poder. Está claro que los años de liderazgo han hecho mella en ella, cambiando su personalidad natural, tranquila y recatada por otra mucho más astuta e inteligente. Dicen que con la edad llega la sabiduría, y es una afirmación acertada para la princesa hada.

—Los huelo... —Levanto la nariz en el aire, olfateando. Y como el resto de los lobos, puedo sentir a mi alrededor el hedor de los cazadores que se acercan. Sus vehículos metálicos y el aroma de la magia mezclado con el olor de los humanos.

De entre todas las criaturas, sigo sin sentir especial predilección por las brujas, y puede que las deteste incluso más que a los vampiros. O al menos, lo hacía en el pasado, pero con Gwen de mi lado, no puedo tenerles el mismo desprecio, aunque tampoco puedo decir que les tenga cariño...

—No te preocupes. A mí tampoco me gustan los lobos. —Gwen sonríe, pero sus dedos se enredan con los míos en cuanto extendiendo la mano para buscar la suya.

Nuestro tratado es extraño, pero debo decir que me alivia tenerla conmigo en medio de toda esta guerra. —Si nos separamos... —La miro fijamente a los ojos y trago saliva.

—Lo sé. Estaré a salvo mientras tú lo estés —declara, a lo que yo asiento.

Poco después, los vemos liderar, con sus tanques y carros blindados. El ejército de cazadores y las brujas, todas hermanas de Gwen, se separan de los cazadores por sus uniformes con parches únicos a los lados para identificarlos.

Sus rostros severos y cargados de dolor atraviesan a Gwen, que las observa con creciente remordimiento mientras la culpa le corroe por dentro. Aunque ya lo hemos hablado muchas veces, sigue culpándose de lo ocurrido, creyendo que el cautiverio de sus hermanas es responsabilidad suya. Creo que la culpa es de Sabine y del doctor Taylor, no de Gwen, pero la obstinada bruja no comparte mis sentimientos.

Aleksandra, la antigua amiga de Ivy, aparece con los cazadores en medio de las brujas. Una mujer a la que he visto unas pocas veces la sigue, pero conozco ese rostro. Lo reconozco de las visiones y recuerdos de Gwen, pues sé sin lugar a dudas que es Sabine, Reina de las Brujas.

Mientras Sabine y Aleksandra avanzan entre las filas de cazadores y brujas, Nyx hace lo mismo, dando un paso al frente como representante de los Hijos del Crepúsculo y saliendo del campo protector creado por su cúpula de sombra mágica.

—Nyx de Val —llama Sabine al hada, que la mira impertérrita con la barbilla levantada y la regia cabeza erguida. La diferencia de estatura causada por nuestro punto de vista en lo alto de la colina parece quitarle algo de poder a Sabine, dándoselo a Nyx—. Si estás aquí es porque sabes a qué hemos venido.

—Así es. Lo sé, y de antemano, ¡espero que entiendas que no pienso permitir que des un solo

paso dentro de mi ciudad! —Nyx se mantiene erguida, con los hombros hacia atrás como una diosa hada.

—Entréganos a Gwen y estaremos listos para comunicarnos. —Sabine extiende la mano como si Gwen fuera un objeto, no una persona.

—No pretendo entregarte a *nadie*, Sabine. En todo caso, espero que entres en razón y liberes a tus brujas de la esclavitud a la que las sometes.

—¿Quién eres tú para hablar en nombre de las brujas? Eres un hada. —Las palabras de Sabine desatan la ira de Gwen, que da un paso al frente y se acerca a Nyx.

—¡Puede que ella no lo sea, pero yo poseo el derecho a hablar en nombre de mi propia raza! —Gwen mira a Sabine con odio—. Te ordeno que entregues a mis hermanas o te atengas a las consecuencias.

—Tus hermanas son libres. Están aquí por elección. —Sabine extiende su dedo y señala a todas las brujas—. Eres tú, *hermana* Gwen, quien se ha vuelto contra tu clan.

—Esto es absurdo —dice Nyx, que nunca se ha encontrado a favor de la verborrea sin sentido.

—¡Estoy de acuerdo! —Gwen parece exasperada mientras alza la voz—. ¡Sabine! Devuelve a las brujas su voluntad, ¡o sufre las repercusiones!

Pero Sabine permanece en silencio mientras Aleksandra se adelanta. —¡No os esperaré más! —declara y alza sus armas.

—¡Bien! —Nyx levanta las manos—. Es mejor así. Cuanto antes empiece, antes acabará.

—Se acabará mucho antes de lo que esperas —declara Gwen, rompiendo la formación y corriendo hacia Sabine, la Reina Bruja, sin pensárselo dos veces.

En cuanto el grito de guerra sale de sus labios, los demás parecen despertar. Es como si les sacara de un trance, y siento la marea de gente moviéndose a mi alrededor mientras los guerreros de cada bando se precipitan hacia los demás.

Consciente de que Gwen no tomará medidas para protegerse, me muevo y me apresuro a alcanzarla, sintiendo a mi alrededor cómo todos los pensamientos de los lobos se unifican en uno solo. Como una explosión, todas sus reflexiones se apresuran a hacerse presentes con las mías. Así, los lobos se dispersan por la escena, tomando la delantera mientras se apresuran a clavar sus mandíbulas y sus poderosas zarpas en el pecho de los cazadores, que están preparados con balas de plata para el ataque.

Pronto estalla la lucha, y el mar de sangre baña la tierra mientras atronadores gritos estallan a nuestro alrededor. Moviéndome con urgencia, para separarme de la multitud que acelera a mi alrededor, cargo contra un grupo de cazadores y me cuelo entre sus filas. Mientras los vampiros salen disparados a mi alrededor, lo escudriño todo, buscando a Gwen, viendo que está mucho más adelante de lo que esperaba.

La bruja, que ha utilizado la magia para impulsarse, lucha a sangre fría con un grupo de cazadores, a los que lanza hechizos mientras intenta abrirse paso a través del mar de brujas para llegar hasta Sabine. Gwen ordena a sus hermanas que luchen contra los lobos, que caen

prisioneros a mi alrededor de sus hechizos, y mientras sus cuerpos se descomponen entre el ruido de huesos rotos, aullidos y gritos desgarradores hasta caer inertes al suelo.

Reconociendo la aparente masacre sufrida por los lobos a causa de las brujas, Nyx y Adam gritan desde detrás de nosotros mientras los arqueros y los tiradores humanos alzan sus armas con precisión, apuntando a las brujas, que caen inertes en cuanto las balas les atraviesan el pecho o la frente. Sin embargo, es el grito desgarrador de Gwen al ver la carnicería lo que cubre el espacio y me eriza la piel, haciéndome correr para llegar hasta ella. A toda prisa, destrozo los huesos de mis enemigos a mi alrededor, sin importarme quién se cruza en mi camino mientras intento llegar hasta Gwen.

A través de nuestro vínculo, puedo ver a Gwen mientras atraviesa con sus manos el pecho de un cazador, extrayéndole el corazón mientras un grupo de vampiros se abalanza sobre los cadáveres, consumiendo su sangre. Luego avanza con las manos ensangrentadas y los ojos encendidos en medio de la furia verde de la magia hacia Sabine, que la espera rodeada por un círculo de cadáveres.

La bruja observa a la hechicera mientras Gwen se acerca a ella, y sé lo que está planeando sin tener que colarme en su conciencia.

—Has sido un verdadero grano en el culo, Gwen. —Sabine entrecierra sus ojos brillantes, observando la llegada de la bruja. En sus manos, Sabine lleva una pequeña daga que brilla entre los destellos de la magia. Los dedos de Gwen permanecen vacíos, pero sé que lleva la brújula consigo. Puedo sentir cómo el Dios de la Luz se materializa en sus pensamientos, con su risa enloquecida bailando dentro de la mente de Gwen.

—Esa era exactamente mi intención —dice Gwen, sin el menor temblor en la voz mientras mira a Sabine con evidente enfado.

—¡Devolverás lo que me has robado y te someterás a la voluntad de tu reina! —ordena Sabine en un grito, levantando una daga y apuntando a Gwen.

Gwen se ríe, el sonido en desacuerdo con su expresión feroz. —¡Nunca! Tendrás que obligarme.

—Lo haré. ¡Incluso si tengo que ordenar a tu cadáver putrefacto que me rinda lealtad! —Sabine se lanza hacia Gwen.

La espera con los brazos abiertos. En cuanto la magia de Sabine llega hasta ella, Gwen invoca el poder del Dios de la Luz y un estallido de color irrumpe en el turbio cielo previo al amanecer. Las manos de Gwen arden repentinamente, y los cuerpos que la rodean se prenden fuego o se apartan presas del pánico ante el creciente infierno que amenaza con consumirlos. Pero la Reina de las Brujas está preparada. Corta las llamas con su daga teñida de verde y salta hacia la bruja, tirándola al suelo mientras la acuchilla, cortando la mejilla de Gwen con su hoja.

—¿Creías que no lo sabía? —ruge Sabine, intentando cortar de nuevo la piel de Gwen—. ¡No esperaré un truco así de ti!

La reina bruja clava la daga en la mano de Gwen y suelta un aullido de llanto, pero el arma se derrite en cuanto entra en contacto con la piel de Gwen, y el metal se convierte en líquido entre sus dedos. Con una rapidez pasmosa, Gwen se impulsa contra Sabine y lanza un huso de metal plateado y cobrizo desde el fuego, quemando el rostro de la reina.

Sabine suelta un sollozo gutural, y Gwen se aparta de ella, levantándose con un hechizo mientras intenta golpear de nuevo a Sabine, pero la Reina de las Brujas está preparada para el ataque. Y en cuanto Gwen levanta los brazos, Sabine extiende una sola mano hacia ella, y al hacerlo, puedo sentir la asfixia que brota del pecho de Gwen mientras sus ojos se abren de par en par y sus costillas se quiebran. Sabine recita una maldición y se levanta lentamente. Pero cuando lo hace, también lo hace Gwen, que parece no haber sido tocada por nadie y levita en el aire, luchando por recuperar el aliento mientras su rostro se vuelve rojo y morado por la asfixia.

Presintiendo su muerte, que seguramente llegará, salto por encima de los cuerpos, ignorando el círculo de fuego en el que están enfrentados en el centro. Corro, sintiendo el ardor en las patas y el vientre mientras me precipito, con las fauces abiertas, contra la espalda de Sabine, que se vuelve demasiado tarde para notarme. Sus ojos se agrandan y, por un momento, deja de cantar e intenta protegerse de mí. Pero Sabine reacciona demasiado tarde. Mi cuerpo cae, impulsado contra el suyo, y mis dientes se clavan en su hombro, saboreando el gusto de la sangre y el veneno de la droga Elixir en su organismo, provocando que un grito aterrador salga de sus labios.

Mis garras siguen cortando y perforando su rostro, sintiendo cómo uno de sus ojos se sale de su órbita. Los gritos de Sabine desbordan agonía y rabia, y sé que planea atacarme. En cuanto me doy cuenta de que puede atacarme, me alejo corriendo y agarro a Gwen, que ha caído al suelo e intenta recuperar el aliento.

Antes de que Sabine pueda atacarnos de nuevo, salto sobre las llamas con el cuerpo de Gwen pegado al mío y me alejo corriendo. Aún oigo las maldiciones de Sabine persiguiéndome a cada paso, pero no me importa. Ahora mismo, puedo pensar en una cosa: poner a Gwen a salvo antes de que Sabine tenga otra oportunidad de cumplir su misión y acabar con la vida de Gwen.

## CAPÍTULO 10: EL COLLAR DE LILITH



## GWEN

—¡N o! —Grito—. Llévame de vuelta. ¡Debo herir el corazón de Sabine!

Pero Everett sigue adelante. Aunque me oye, las pisadas de sus patas por el bosque corren cada vez más rápido hasta que me lleva lejos de Sabine.

A nuestro alrededor, la batalla continúa. Sabine ha caído y, debido a las heridas que ha sufrido, su magia ha perdido parte de su poder. Las brujas más entrenadas se han liberado de su hechizo controlador. Las veo a mi alrededor, entregando las armas y liberando a los prisioneros que han tomado debido a las órdenes mágicas de Sabine. Una vez libres, corren presas del pánico, intentando buscar refugio en el interior de la Ciudad Cúpula.

Sé que debo aprovechar el momento y volver para infligir más daño a Sabine. Es la única manera de derrotarla, y entonces mis hermanas serán libres de su encarcelamiento. Sin embargo, Everett no se contiene ni cede. Conoce y comprende mis planes para vengar a mis hermanas. Oigo sus pensamientos a través de nuestro vínculo. Everett se da cuenta de que llevarme de vuelta para acabar con Sabine podría ponerme en grave peligro, un riesgo que no está dispuesto a correr. Y está decidido a evitar que muera en sus manos.

Y aunque una parte de mí sabe que tiene razón, no puedo evitar odiarle por ello. Nunca he estado tan cerca de lograr mi objetivo, pero Everett me aleja del peligro.

—¡Por favor! —Suplico entre lágrimas de impotencia hasta que se adentra en las barreras de sombra desde las que Nyx sigue luchando contra nuestros enemigos.

Se mantiene alejada de la batalla principal mientras proporciona indicaciones a todos. Nyx asiste a los heridos y mantiene el círculo protector a nuestro alrededor mientras abre y cierra portales para que los Hijos del Crepúsculo puedan entrar y salir de la batalla con el menor número de heridos. Coloca a los guerreros donde deben estar y retira a los heridos en cuanto los localiza.

Todo el esfuerzo debe estar pasándole factura, ya que su rostro parece iridiscente por el sudor, y su expresión sigue siendo seria y trabajada. Sin embargo, no baja sus defensas, sino que mantiene la batalla, ejerciendo un poder como nunca antes había visto. Su fuerza es inquebrantable y sostiene el muro de sombras mientras los cazadores y nuestros enemigos intentan en vano penetrarlo.

—¡No! ¡Bájame! —Y finalmente, Everett deja de correr.

No tarda en retroceder y tira de mí para acercarme, sujetándome por la muñeca mientras se

agacha a mi lado y me estudia con la seriedad pintada en el rostro. —¡Para, Gwen! Para ya.

Intento escapar de sus poderosos brazos, pero es imposible. Everett me sujeta con fuerza porque sabe lo que pretendo hacer. Debo volver a la refriega de la batalla y herir al enemigo todo lo que pueda.

—¿No lo entiendes? —Everett me sacude—. ¡Te quieren a ti, Gwen!

—¡Entonces que me cojan! —Le grito, y él mueve la cabeza de un lado a otro en señal de negación.

—¡Sabes que no puedo permitirlo! Si Sabine se apodera de la reliquia de las brujas y de la brújula de los dioses, habremos perdido toda nuestra ventaja. —Everett replica, con rabia en sus palabras.

Sé que lo que dice es cierto, pero me niego a quedarme donde estoy sin hacer nada.

Él puede leer los pensamientos dentro de mi cabeza, así que continúa, tratando de persuadirme. —Si quieres ser útil en esta batalla, quédate con Nyx y usa tu magia para proteger a los Niños del Crepúsculo. Necesitarán toda la ayuda posible para salir ilesos de esta.

Mientras dejo vagar mis pensamientos, él capta mi preocupación. Suspirando, se levanta. —Iré a buscar a tus hermanas, y eso es una promesa.

Le miro fijamente, dándome cuenta de que dice la verdad. En cuanto sus ojos se cruzan con los míos y sabe que no huiré a la menor oportunidad, se separa de mí. Pero no sin antes lanzar una última advertencia. —No te muevas de aquí, y lo digo en serio, Gwen. —Asiento con la cabeza, mirándole mientras se va, e intento levantarme, vacilante.

—¿Estás bien? —pregunta Evander, acercándose a mí mientras veo cómo Everett se desplaza y corre hacia atrás para lanzarse al centro del campo de batalla.

El beta me ayuda a ponerme en pie y me acompaña hasta que alcanzamos a Nyx en lo alto de la colina. Desde este lugar, ella dirige la batalla y da instrucciones que Evander transmite al resto de líderes aliados.

—Estoy bien —insisto, y me acerco a Nyx, observando la carnicería que se está produciendo por ambas partes mientras intento mantener la calma. Sabine no parece estar en ningún sitio que yo pueda ver, pero las brujas siguen presentes en medio de la furiosa guerra, así que supongo que se esconde en algún lugar dentro de los vehículos de apoyo de los cazadores.

—¿En qué puedo ayudarte? —Le pregunto a Nyx.

—¿Puedes usar tu magia para proteger a nuestras tropas?

Asiento con la cabeza. —Yo puedo. Envía tus portales a Everett. Él traerá a las brujas, que han saboteado la magia de Sabine, para que se alíen con nosotros. Una vez que mis hermanas estén bajo tu campo de sombra protector, envíamelas. Usaremos nuestra magia contra Sabine.

—Muy bien. —Nyx da la orden a Evander. Él se apresura las instrucciones a los soldados en el otro lado de los portales, esperando para ayudar a nuestros aliados y proteger las entradas y salidas del complejo para que el enemigo no puede deslizarse a través de nuestras defensas.

En cuanto Evander se aleja de nosotros, Nyx vuelve a entrar en una especie de trance. Sus ojos se llenan del negro de las sombras y susurra en voz baja, abriendo y cerrando portales por todo el territorio. Mientras la observo, me doy cuenta de que no solo los abre para ayudar a nuestros aliados, sino que también lanza vórtices contra los cazadores. Caen por su magia, ahora prisioneros en medio de los túneles de sombra, que se los tragan, enviando a los cazadores hacia lo gran desconocido.

Nyx necesita mi ayuda ahora más que nunca. Cierro los ojos, me concentro y alzo las manos en el aire, invocando el poder del dios y mi magia. Pronto siento el calor familiar recorrer mi piel y lo abrazo. Mis visiones son caóticas y, por un momento, todo se vuelve confuso cuando las imágenes de Everett cruzando el campo empapado de sangre se funden con mis pensamientos y la risa enloquecida del dios.

En cuanto siento la presencia del dios, reforzando la intensidad de mi magia, ataco al enemigo, utilizando los hechizos para despistarlo durante la batalla. Su confusión hace que se ataquen a sí mismos y a los demás. Entonces los veo apuntar a los lobos y dejo que el calor recorra mis manos, abrasando las armas de los cazadores hasta que se derriten sobre sus dedos, quemándoles la piel. Me tomo un momento para recuperar el aliento y veo cómo las brujas se dispersan en todas direcciones.

Algunos de ellos, los afortunados, consiguen llegar hasta donde estoy suministrando la ayuda que necesito. Sin necesidad de coordinarse ni hacer pausas, recitan los hechizos secundarios que refuerzan mi magia, uniendo sus mentes a la mía, y nuestra voluntad se convierte en una sola. Sabine ha obligado a mis hermanas a actuar como esclavas, no como individuos, sometiéndolas al abuso y al odio y llenándome tanto de valor como de violenta furia.

En los aspectos de la magia, la ira sirve de combustible, así que permito que todas sus emociones penetren en mí sin perder el control. El acto intensifica mis poderes, creando un fuego que corre por mis venas, produciendo una potente energía. En un instante, destruyo los vehículos de los cazadores mientras los lobos y los vampiros se dan a la caza por todo el bosque.

Al final, ya no pueden hacernos frente. Sabine está demasiado débil por los muchos ataques que ha sufrido. Aunque todavía tiene el control de las brujas, con cada minuto que pasa en medio del campo de batalla, corre el riesgo de perder más de mis hermanas. Sabine se da cuenta del peligro y se marcha junto con los cazadores. Ahora reconocen que están en desventaja y huyen despavoridos del combate y se suben a los pocos vehículos de ataque que aún funcionan para escapar.

Mientras tanto, Everett, junto con Adam y el resto de los lobos persiguen y atacan a los soldados restantes. Everett debe ayudar a las brujas que encuentra en su camino. Siguiendo las indicaciones de mis pensamientos, Everett identifica cuáles de ellas son aliadas y las que fingen serlo. Mi magia le protege de los ataques de brujas o cazadores, manteniéndole a salvo hasta que veamos partir a los vehículos enemigos.

Una vez sucede esto, el grupo se reúne de nuevo y veo a los vampiros que, junto con los lobos, han apresado a un grupo de cazadores. Supongo que los interrogarán para obtener información sobre las futuras misiones que tiene planeadas el Dr. Taylor. Entonces Adam se desplaza hacia atrás y los desarma mientras los atan, y un nuevo grupo de reconocimiento parte en la recuperación de los heridos y cadáveres caídos.

—Por fin... todo ha terminado —susurra Nyx, con expresión cansada y levantando la cara hacia el cielo, lleno de nubes de tormenta, para predecir el tiempo. Aunque el tiempo ha pasado rápido durante la batalla, sé que el amanecer ya ha pasado, la mañana ha avanzado y la tarde ha caído sobre nosotros.

Everett regresa entonces, junto con un grupo de guerreros que entran en la Ciudad Cúpula, acompañados por los heridos. A su espalda, lleva a algunas brujas y a un par de lobos heridos, que se han desplazado hacia atrás. Everett es gentil mientras coloca a todos en el suelo para que los médicos puedan atenderlos.

Mientras él retrocede, yo corro, abrazándole en cuanto le alcanzo. Siento sus brazos temblorosos a mi alrededor por el cansancio, pero agradezco que esté vivo. —¿Estás bien? —Le miro a los ojos con preocupación.

—Bien. Solo cansado. ¿Y tú? —pregunta.

Asiento con la cabeza. —Cansada también, pero lo siento por todo...

—Está bien, Gwen. —Everett suspira—. Sabes que lo entiendo y lo comprendo... Pero sabes tan bien como yo que Sabine podría haberte matado.

—Sí, lo sé. Todavía tengo que hacerme más fuerte si quiero derrotarla.

—Por lo menos, hoy le has dado donde más le duele —afirma Everett, señalando a las brujas que se reúnen y se abrazan en señal de reconocimiento. Son al menos veinte, y junto con las otras que ya han escapado de Sabine, forman un grupo de casi cincuenta brujas. Juntas, no somos un aquelarre completo, pero con cada una de nosotras uniéndose a la batalla y escapando del control de Sabine, nuestra magia crece mientras la suya se debilita.

Everett me observa. —Ve con tus hermanas —me dice antes de darse la vuelta. Pero en sus pensamientos experimento todo lo que no me dice: está claro que necesito a mis hermanas tanto como ellas a mí.

Se viste y corre a ayudar a Evander, que lidera los equipos de rescate, y mientras yo me acerco al resto de brujas, que abren sus brazos para darme la bienvenida a sus filas.

—Hermana —dice uno de ellas, y luego otra y otra mientras me abrazan.

Algunas de ellas pertenecen a mi aquelarre, pero otras son completas desconocidas para mí. Brujas de Irlanda, Gales y Escocia se reúnen a mi alrededor mientras nos abrazamos con el alivio de ser libres.

—Gracias por liberarnos —dice una de mis hermanas mientras se seca las lágrimas que caen por su rostro.

—No me des las gracias. Seguiré luchando y haciendo lo correcto... Pero por ahora, estás a salvo.

—Por ahora. Aunque seguimos siendo prisioneros —dice una bruja de ojos verdes y pelo rubio, que no me mira a mí sino al campo de sombras. Tiene un acento fuerte y marcado—. Si abandonamos este recinto, Sabine volverá a hacernos sus prisioneros.

—Hay otras brujas aquí, entre nosotras —explico—. Somos pocas, pero Nyx cuidará de ti, y tú

ayudarás con la causa.

—¿Y qué harás mientras tanto? —pregunta una de las brujas más jóvenes.

—Continúa luchando, Sabine. El poder de las reliquias de Lilith ayudará a derrocarla. Muestro el anillo a las brujas.

Todos contienen la respiración, ya que son quizás los que mejor comprenden el riesgo del peligro al que me enfrento.

—¿Sabes dónde se encuentran las otras reliquias? —pregunta una bruja, y yo niego con la cabeza.

—No. Pero los encontraré —juro, haciendo que la bruja rubia de acento marcado se acerque a mí.

—Si lo que buscas son las reliquias, quizá pueda ayudarte. Al menos con una reliquia. Sabine maldijo el recinto de mis hermanas en cuanto nos hizo parte de su causa. Éramos las brujas que protegían una de las reliquias, el collar. —Veo el dolor que siente, reconociéndolo como propio.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Siobban —responde ella.

—Entonces, Siobban... Te agradeceré toda la ayuda que puedas prestarme. —Le sonrío.

Siobban, la bruja rubia, asiente. —Es un viaje complicado para llegar a nuestro recinto, pero puedes lograrlo si viajas por el bosque durante la noche. Así será menos probable que los espías de Sabine o los cazadores te detecten o te atrapen.

—Pero aún queda el problema de los nuevos engendros —afirma una bruja con una mueca—. Ya hemos visto de lo que son capaces. Mucho me temo que el doctor Taylor sigue trabajando para perfeccionar la técnica, y cada día parece estar un poco más cerca de conseguirlo.

—No tenéis que preocuparos por mí —les aseguro—. Encontraré la forma de llegar a la reliquia, así que os agradecería toda la ayuda que podáis prestarme en términos de información.

Ella asiente. —Te contaré todo lo que sé —promete mientras los médicos se acercan a nosotros para atender a mis hermanas.

Poco después se marchan con los médicos. Todos están cansados, heridos y desnutridos por la magia de Sabine, pero sé que los alcanzaré más tarde para que me digan lo que necesito saber.

Así que, para cuando Everett vuelve a reunirse conmigo, la ansiedad ya se ha vuelto a colar en mi piel, siguiendo el pulso del camino que sé que pronto tendremos que recorrer. —¿Cómo te fue con tus hermanas? —Levanto la vista y me encuentro con sus profundos ojos azules, llenos de curiosidad—. Fue bien. —Sonrío antes de añadir—: Ahora sé dónde está la próxima reliquia.

—Ya era hora. —Everett suspira—. Tenemos que salir de aquí.

—Lo haremos —le aseguro, aunque por dentro no sé si estoy tan contenta como debería de partir. Por un lado lo estoy, pero por otro no dejo de pensar en los peligros a los que nos enfrentaremos por el camino una vez dejemos atrás las sombras protectoras y viajemos de nuevo

hacia la oscura y fría noche.

## CAPÍTULO 11: SOBRE EL FUTURO



## EVERETT

— **V**as a volver, ¿verdad? —Nyx pregunta, sus manos agarrando las mías con una mirada de preocupación tejiendo su frente.

—Sí, lo haré. Y es una promesa. —Sé que Nyx no me dejará ir si cree que le estoy mintiendo.

Los labios de la morena se fruncen en un gesto de duda, pero su compañero, Evander, le toca el codo, alejándola de mí. —Vamos, Nyx. —Pone las manos sobre los hombros de la pequeña hada, sonriéndole—. Deja que Gwen y Everett se vayan de una vez, o nunca lo harán.

—Nos mantendremos en contacto —les digo con una sonrisa para tranquilizarles. Pero me doy cuenta de que no sirve de nada para apaciguar o calmar los corazones de nuestros amigos.

A espaldas de Nyx se sitúan Ivy y Adam. Ivy me sonríe, fingiendo que todo va bien mientras nos ve marcharnos, pero Adam intenta evitarnos a toda costa, sus ojos miran a todas partes menos a donde estamos parados.

Sé que sigue enfadado con nosotros por haber decidido marcharnos sin entregar la brújula del Dios de la Luz. No puedo culparle cuando su compañera, Ivy, está cada día peor. Pero pronto, me prometo, ayudaré a mi amiga a recuperar su alegría habitual. Pronto tendré el poder suficiente para romper su acuerdo con el malvado dios y liberarla de la muerte lenta que su trato garantiza.

Sin querer prolongar más las despedidas, porque las odio, me dirijo a Nyx. —Cuida de mis hermanas por mí, por favor. —Ella asiente y me guiña un ojo. Siento el ardor de las lágrimas amenazando detrás de mis ojos mientras miro a mis amigos, a mi familia. Pero me niego a llorar.

—Prometo que lo haré. —Ella también parece esforzarse, pero pone una sonrisa valiente mientras parpadea para no llorar. Y sé que es más por mi bien que por el suyo. Everett se mueve y yo me subo a su espalda, intentando controlar mis emociones.

Durante un instante, me limito a observar a mis amigos, pero pronto, Everett corre, deseoso de que escape, dejando atrás a todos nuestros conocidos, que desaparecen de nuestra visión. Pronto dejamos atrás la cúpula de sombras, que no tarda en camuflarse con la noche. Se funde con el bosque en una visión que hace imposible detectarla a menos que sepas dónde está. Lo cual es inalcanzable a menos que pertenezcas a una raza de los Hijos del Crepúsculo.

Sintiendo el aire frío en la cara, cierro los ojos y me despido por última vez de mis amigos, odiándome por la expresión de dolor en sus rostros. A medida que Everett acelera, adentrándose cada vez más en el bosque, todos los rincones del mundo parecen difuminarse en nuestro

camino. Se crea una extraña sensación como si estuviéramos él y yo solos, corriendo a través de la naturaleza salvaje.

Y cuando reflexiono sobre ello, el pensamiento me abruma, pero intento restarle importancia. Gracias a Nyx y Evander, tenemos suerte y suficientes provisiones para estar bien durante un tiempo. También tenemos fuerzas renovadas para el viaje gracias al descanso de los últimos días, y durante las siguientes horas, seguimos adelante. Corvux sobrevuela nuestras cabezas, buscando peligros a medida que nos adentramos más y más en el denso bosque.

Tras varias horas, buscamos un lugar donde descansar. Al llegar a un pueblo abandonado en las inmediaciones de una zona solitaria y poco acogedora, nos detenemos. Parece ser un antiguo pueblo turístico para gente que busca acercarse al mar. Everett y yo esperamos mientras el cuervo escanea la zona por encima de nuestras cabezas, y vuelve para informarnos de que no hay ningún peligro en los alrededores.

A continuación, buscamos entre las casas con su típico aspecto costero y observamos el pequeño pueblo enclavado en la colina. Nuestra intención es tomar uno de los trenes de mercancías que siguen circulando por todo el territorio de Inglaterra para llegar a nuestro destino en el menor tiempo posible. Nuestro objetivo es un convento que se encuentra cerca del mar lindando con Irlanda del Norte.

Tras percibir que no hay amenaza, Everett cambia de forma y elegimos una casa para pasar la mayor parte del día donde los cazadores no nos detecten. Permaneceremos aquí y partiremos justo antes del amanecer.

Mientras nos instalamos en la pequeña residencia, coloco runas protectoras alrededor de la puerta que conecta la propiedad con el pequeño patio exterior. Se nota que a los propietarios les gustaba cosechar sus propios alimentos. Hay zarzas de moras y fresas enredadas en medio de un remolino, que se ciernen sobre otros vegetales picoteados por los animales, como coles y zanahorias.

Con la ayuda de Everett, cogemos todo lo que cae en nuestras manos y nos instalamos en el pequeño salón, contemplando la vista del amanecer mientras se eleva a lo lejos sobre el mar, y un suspiro escapa de mis labios.

—No me lo he perdido en absoluto —le digo después de quitar el polvo del sofá mohoso por quinta vez. Pretendo dormir y no respirar las nubes de suciedad que flotan en el aire.

—Ninguno de los dos se lo perdió. —Everett se ríe, y parece que está de buen humor.

Everett se siente mucho más tranquilo lejos de su hermano, Adam, y del recinto protector que dentro de la Ciudad Cúpula. Y a través de nuestro vínculo mental, me doy cuenta de que no puede evitar deleitarse con la idea de que ahora somos libres de nuevo. —¿Qué piensas hacer cuando todo esto acabe? —le pregunto, dejándome caer en el sofá e ignorando la nueva nube de polvo que se levanta con mis movimientos, y él sigue mi hilo de pensamiento.

Y Everett entiende mi pregunta, sabiendo que si todo va bien, podremos obtener algún atisbo de paz. Y en algún momento, tal vez la ciudad pueda recuperar su forma con nuevos acuerdos y tratados entre los humanos y los Hijos del Crepúsculo. O tal vez la magia de Nyx sea lo suficientemente fuerte como para borrarlos de toda esta historia ya que, según tengo entendido,

es algo que hemos hecho en el pasado.

Las brujas, por ejemplo, podíamos borrar la mayoría de los registros que probaban nuestra magia. Recordando las quemaduras de brujas y las persecuciones que difamaban pero no tenían nada que ver con nuestros verdaderos poderes. Aunque, por supuesto, en nuestro caso, ha sido una compleja maraña con algunas partes de verdad mezcladas. Pero estoy segura de que cuando llegue el momento, Nyx podrá hacer un mejor trabajo borrando las huellas de los Hijos del Crepúsculo de la memoria humana.

—No lo sé —dice Everett después de encender el fuego improvisado que hemos planeado mientras se sienta a mi lado.

Se queda un momento contemplando el fuego. Sabe que mis intenciones pertenecen a las brujas. Aunque nuestros destinos estén entrelazados, las protegeré y cuidaré en la medida de lo posible.

Y la idea de separarme de él me resulta cada vez más difícil. Pero cada vez que intento pensar en ello, la idea me resulta demasiado dolorosa y la rechazo de inmediato.

—¿Qué piensas hacer? —me pregunta frunciendo el ceño.

—Me gustaría devolver las reliquias a sus respectivos conventos y restablecer los clanes de brujas —proclamo a Everett, pensando en devolver las cosas a como eran antes de que Sabine nos traicionara.

Pero la pregunta es... ¿Qué papel juega Everett en todo esto? ¿Estará a mi lado cuando tenga que dirigir a las brujas?

—Puede que me tome un descanso... de todo —admite Everett, siguiendo mi hilo de pensamiento. Y pronto me doy cuenta de lo que está hablando. Piensa que tal vez posea la fuerza suficiente para alejarse de mí. Y tal vez pueda cambiar y desaparecer de la faz de la tierra para siempre.

Pensando en ello, me doy cuenta de que no conozco a ningún compañero de destino que se haya alejado de su otra mitad durante más de unos días... —Yo tampoco —dice Everett, haciendo una mueca.

Vuelve a leerme la mente mientras pongo los ojos en blanco. —Intenta no preocuparte... —Suspiro—. Lo solucionaremos, Everett. —Le dirijo una sonrisa triste.

Asiente y me deja recostarme en el sofá mientras me acurruco entre las mantas, y él se acomoda a mi lado. Adam está sentado frente al fuego, en el suelo, con las piernas cruzadas y sumido en sus pensamientos, pero su cabeza está apoyada contra mi vientre y pronto, sin darme cuenta, le acaricio el pelo, pensando que nos hemos acercado mucho más de lo que jamás hubiera esperado.

Everett también lo nota. El bienestar que siento a mi alrededor le obliga a permanecer cerca de mí. Pronto, nos adentramos en un sueño lento, borroso y revuelto que incluye algunos recuerdos de Everett y Sadie cuando eran niños, y mi infancia conmigo encerrada en la habitación del fondo del sótano donde crecí.

Cerca del final, la pesadilla se transforma y Sadie acaba siendo la niña atrapada en la habitación del sótano, y Everett y yo intentamos liberarla.

Con un jadeo ahogado, ambos saltamos a tiempo de oír el chillido de Corvux, alertándonos para despertar de nuestro letargo y nuestros sueños.

—Mierda —susurro, dándome cuenta de que el día se nos ha escapado y nos hemos quedado dormidos—. ¡Everett, despierta! Tenemos que irnos!

Everett se levanta y apaga los restos de nuestra hoguera mientras nos apresuramos a recoger todas nuestras pertenencias. Se quita la ropa para transformarse en lobo.

Sin embargo, antes de que podamos salir de nuestro refugio, Corvux nos avisa de que tenemos visitantes a unas casas de distancia... los repugnantes ghouls.

*Maldita sea, ¿qué hacemos ahora?* pregunta Everett en mis pensamientos.

Pensando a toda prisa, se me ocurre un plan. —Tengo una idea —le digo, subiéndome a su espalda mientras Corvux se acerca a mí.

Le tiendo al cuervo un frasquito con unas gotas de mi sangre y la de Everett. El pájaro mira el frasco con sus curiosos ojos oscuros. —¡Corvux, ya sabes lo que tienes que hacer! —Le guiño un ojo al pájaro antes de que grazne y se vaya volando.

Tan pronto como Corvux se aleja, le doy a Everett la señal, y él corre, colándose por un hueco al lado de la casa y corriendo a través de la ciudad. Corvux vuela por encima, cerca de nosotros.

Los engendros chillan y nos persiguen en cuanto nos ven, ganando impulso. Les oigo acercarse, pero entonces Corvux deja caer la botella de sangre y estalla tal y como había previsto. Seguimos adelante mientras una ilusión idéntica a nosotros se materializa en el aire. Y el potente aroma de la sangre reina en el aire circundante. Las ilusiones nos siguen por un momento, luego desaparecen, siguiendo otra dirección mientras Corvux sobrevuela el camino de los falsos Gwen y Everett.

El grupo de engendros se divide y sigue nuestras ilusiones, guiado por el potente aroma de la sangre. —¡Acelera! —Le grito a Everett, que se desplaza con mucha más prisa a medida que nos alejamos de las inmediaciones de la ciudad y nos adentramos de nuevo en el bosque.

Intenta mantener el ritmo, pero pronto percibo a lo lejos nuevos engendros que corren por el bosque. En cuanto Corvux nos alcanza, percibo que nuestra ilusión anterior se ha desvanecido. Miro a mi alrededor, notando cómo los cuerpos de las creaciones del doctor Taylor emergen en medio de la maleza, siguiendo nuestro camino a cada paso que damos.

Pero si los ghouls son rápidos, Everett lo es más. Una chispa se enciende entre mis dedos mientras Everett corre, y un conjuro sale de mis labios. Mientras canto, me hago un corte en la palma de la mano para permitir que la sangre fluya, intensificando la fuerza del hechizo mientras las gotas se derraman a nuestro alrededor.

Entonces mi cuerpo se enfría y mis dedos se entumecen. Y noto a nuestro alrededor el gemido de un viento feroz con un extraño ruido a medio camino entre un sollozo y una advertencia. Y las ramas bajas de los árboles y las enredaderas se doblan para atrapar a su paso a los demonios que nos persiguen. Los engendros caen prisioneros de las espinas con las que luchan por liberarse, dejando a los grotescos demonios incapaces de alcanzarnos.

Mientras tanto, el sonido del tren se hace audible en las cercanías. El ritmo apresurado y el olor a

carbón quemado que flota en el aire fresco del atardecer me golpean la cara. Luego, el chasquido de las vigas se acerca cada vez más a nosotros. —Puedes hacerlo, Everett, puedes hacerlo... —Le digo en susurros porque sé que si no cogemos este tren, las cosas se nos complicarán mucho.

Everett se apresura de nuevo a la par que las vigas, siguiéndolas a través de la carretera hasta que divisa el tren que se precipita hacia nosotros a toda prisa. Sin salir del bosque, espera, y cuando el tren nos alcanza, se prepara y empieza a correr codo con codo con la construcción metálica. Mira en todas direcciones hasta que Everett localiza un vagón en el que podemos colarnos. Mientras tanto, yo lo abro con algo de magia sencilla, detonando las puertas con un fuerte chasquido al abrirse. Y justo cuando las patas de Everett aceleran sobre la tierra mojada y la grava, una nueva banda de engendros vuelve a perseguirnos.

Sintiendo la premura de nuestra desesperada situación, Everett se apresura y, en el momento justo, salta. Nuestros cuerpos flotan en el aire durante un momento de ingravidez, justo antes de que sus patas delanteras choquen con la superficie de madera, y sube con movimientos frenéticos al tren. Y entonces rodamos sobre la madera y nos levantamos a toda prisa al notar que los malditos engendros intentan alcanzarnos. Pero entonces, con los dedos extendidos y la fuerza del dios brotando de mi interior, extiendo los dedos y espero. Cuando el primero de ellos está a punto de saltar en nuestra dirección, hago un chasquido con los dedos. Suena un fuerte estampido mientras unas llamas rojas se extienden y cubren la piel podrida de la criatura. Caen entre los gritos agónicos de sus compañeros ghouls, que se desmoronan entre un río de lágrimas de fuego que parecen consumirlos a todos.

El tren acelera y yo cierro la puerta del vagón, riéndome para mis adentros y sintiendo el alivio mezclado con el miedo y la ansiedad de la situación.

Everett se echa hacia atrás y corre a vestirse. —¿Estás bien? —Parece muy serio mientras se acerca a mí.

—Sí, estoy bien, ¿y tú? —Sonrío con mi sonrisa torcida.

—Sí, por supuesto. Estoy bien. —Sus ojos azul hielo parecen brillar dentro de la oscuridad que reina en el vagón de tren.

Everett me sonrío. Está orgulloso de mí, lo bastante como para que pueda sentir lo agradecido que está por la ayuda que le he prestado en medio del bosque. Everett sabe que el uno sin el otro no lo habríamos conseguido. Nos hemos vuelto a salvar el uno al otro, y no será la última vez.

Es un alivio saber que cuento con él. La idea me invade y sonrío para mis adentros mientras permito que se acerque. Sus labios saludan a los míos, me calientan la boca y llenan mi cuerpo de un extraño nerviosismo que me recorre. Es delicioso. Mis dedos recorren su pelo y su cuello, atrayéndolo contra mí y deseando más, mucho más de él.

Mientras el tren viaja y avanza por el bosque, mis labios y los de Everett permanecen apretados. Por ahora, oculto en mi mente la idea de que alguna vez nos separemos. Pero sé con certeza que no podría, ni querría nunca, separarme de él.

Ya no puedo imaginar no estar con Everett. No cuando su vida y la mía están tan irrevocablemente unidas que incluso la idea de dejarle parece trágica e imposible.

## CAPÍTULO 12: ESCLAVO DE SU VOLUNTAD



**A**unque nos lo neguemos unos a otros, no podemos evitar admitir que, en contra de todos nuestros principios, e incluso de todos nuestros esfuerzos, nos pertenecemos mutuamente

Tumbado a mi lado, el cuerpo de Gwen se ha ido acercando al mío. Tiene la piel cálida y los ojos dilatados por el deseo, visibles incluso en la oscuridad que reina en el interior del vagón de tren, frío por las altas horas de la noche, pero cuya temperatura no nos alcanza.

Acurrucados en un rincón, tumbados frente a frente, nos miramos y las piernas de Gwen se mueven para entrelazarse con las mías. Tiene los labios entreabiertos y suspira lentamente, aunque es su voluntad no hacerlo; pero de su boca escapan jadeos, pues mis dedos, expertamente rozados, se han ido deslizando bajo su camiseta, estimulando sus pezones, que enseguida se ponen erectos por mi contacto.

Cuando le pellizco los pechos, Gwen se muerde el labio inferior y cierra los ojos. Está luchando contra la vorágine de sensaciones que predominan en todo su cuerpo. Una parte de ella quiere ceder y la otra negarse.

Pero hoy en día las quejas y réplicas son cada día menos. La distancia entre nosotros es cada vez menor, lo que nos acerca más. Lo que empezó como una lucha de poder contra nuestros propios egos se ha ido transformando poco a poco en el placer de la derrota. Finalmente la hemos superado gracias a nuestra propia naturaleza, y hemos encontrado un gran placer en pertenecernos mutuamente.

Sin besarla, levanto la cara hacia la de Gwen y apoyo la frente contra la suya. Lentamente, para no perturbar el silencio que reina en el ambiente, muevo la mano hacia abajo, sintiendo el tacto de la suave piel de su abdomen. Y mis dedos imitan el ritmo de su respiración entrecortada, que contiene una vez que mi mano penetra en el interior de sus pantalones. Ella detiene su gemido mordiéndose el labio. Imagino que intenta lidiar con sus emociones.

—Everett... —susurra Gwen, y me mira mientras hundo los dedos en su ropa interior, encontrándola húmeda: producto de la excitación. El rubor es evidente en las mejillas de Gwen, que, por un instante, parece alguien atrapada en medio de alguna travesura.

Puede que su cuerpo se esconda bajo las capas y capas de ropa holgada que lleva, pero bajo toda esa chulería que le gusta soltar, sigue siendo una mujer. Y yo se lo recuerdo, mientras mis dedos juegan con ella, presionando en el punto exacto donde sé que enloquece de deseo.

Ahora, incapaz de contenerse, la mano de Gwen se desliza en respuesta por mis pantalones, acariciando primero mi pierna a través del áspero tejido y bajando la cremallera para liberar mi evidente erección. Se humedece las yemas de los dedos justo antes de pasarlos arriba y abajo, siguiendo mi ritmo.

En sus ojos veo lo mucho que desea este momento, lo entregada que está, pero también la culpa que puede llegar a sentir por esa vieja prueba de su pasado que luchó por rechazar. Su odio hacia los compañeros destinados es feroz. Sin embargo, ahora ese brillo apagado no es más que una sombra en sus ojos, que desaparece con cada nuevo roce de mis dedos en su sexo. Y con cada nuevo impulso de sus manos contra mi erección, tengo que apretar los dientes para continuar.

Conteniendo un gemido ronco, me acerco un poco más a ella y noto que mis manos se humedecen a medida que me introduzco más en su cuerpo. Gwen suspira muy cerca de mi boca, lo bastante para que sus labios y los míos se impregnen del cálido aliento del otro.

Y mientras mis dedos aceleran el pulso en su interior, la propia Gwen aumenta el ritmo, haciéndome sentir mareado y ansioso de anhelo, con la frente perlada de sudor y la ropa como cadenas que aprisionan mi cuerpo. Pienso en el recuerdo de nuestros otros encuentros, de esos momentos en que su cuerpo desnudo y el mío se han encontrado durante el torrente de placer. Vislumbro las mismas imágenes entretejidas en sus propios pensamientos hasta que no puede soportar el ritmo desesperado de nuestra respiración. Gwen me besa con tal intensidad que siento que voy a explotar.

Para entonces, estamos sumidos en una marea de emociones. Mis miembros se mueven al unísono, mis manos le bajan los pantalones hasta los tobillos y ella hace lo mismo con mi ropa. Sus manos suben y se aferran a mi espalda, clavándome las uñas en los omóplatos mientras separo sus piernas, presionando mi erección contra su húmedo vientre un instante antes de penetrarla. Y con el más placentero de los gemidos en sus labios, ella empuja contra mí una y otra vez. Sus piernas, enredadas a la altura de mi espalda, su pulso acelerado, y sus caderas, que empiezan a moverse a un ritmo desenfrenado contra las mías y yo acelero el ritmo en su interior, incapaz de contenerme ni un segundo más.

Gwen respira lenta e irregularmente, sus ojos se cruzan con los míos y unos mechones de pelo sudoroso se le pegan a la cara. Alza la voz durante un gemido y baja la curva de su cuello para que la alcance con los dientes, mientras su caliente raja presiona un poco más contra mi palpitante vara.

En medio de la vorágine, y a través del traqueteo apresurado del tren, que no deja de moverse sobre las vías, durante el trayecto, su cuerpo y el mío encuentran nuestro orgasmo, casi al mismo tiempo. Y en medio de un gemido silenciado de ella, mis labios deseosos saborean el vaho caliente de su aliento, que empuja contra mi lengua un segundo antes de que su boca encuentre la mía, y entonces nos rendimos a la liberación de nuestro éxtasis unido. El cuerpo de Gwen cae, rindiéndose a los escalofríos que recorren toda su piel.

En el silencio, nos tomamos un momento para recuperar el aliento y Gwen y yo nos separamos en medio de una escena que casi parece ensayada. Ella se baja la camisa y se ajusta el sujetador mientras yo me abrocho los pantalones. La observo de pie, con su perfecto culo desnudo a escasos centímetros de mi boca, de mis manos, ardiendo en deseos de tocarla, morderla y saborearla una vez más. Pero en dos cortos saltos, se sube los calzoncillos y los vaqueros, luego

se pone la chaqueta y se vuelve hacia mí, mientras se arregla el flequillo y me mira con una perfecta ceja oscura levantada. —¿Disfrutando de las vistas? —me pregunta guiñándome un ojo.

Yo también me pongo en pie y me subo la cremallera mientras camino hacia ella, ladeando la cabeza mientras la levanta. Gwen es diminuta y apenas me llega a la altura del pecho. Sin embargo, eso no detiene su mirada, fuerte y desafiante, como si intentara decirme algo haciéndome saber con cada nuevo encuentro que no me tiene miedo.

—Tal vez —admito con una sonrisa, cogiendo su barbilla entre mis dedos y mordiéndome el labio inferior, como hace ella cuando está nerviosa.

En medio de su respiración agitada, cuando su lengua se encuentra con la mía, siento el palpar de sus emociones: deleite ante la situación, entremezclado con su propio deseo de replicar a mis palabras.

Después de un momento, se separa de mí. —¡Eres insoportable! —Menea la cabeza, pero no hay ira en su voz, solo una especie de aceptación.

Entonces coge su mochila y me lanza la mía, que cojo al vuelo, y Gwen se asoma por una de las puertas abiertas del vagón, aún en movimiento.

—Creo que estamos cerca —advierte Gwen, mirando el paisaje cambiante, donde podemos distinguir el olor salado del mar, sabiendo que debe estar cerca de nosotros.

—Será mejor que nos bajemos entonces y empecemos a caminar —le digo porque si algo tengo claro es que no tengo ninguna gana de saber adónde va este tren ni quién recibe sus cargas.

Asintiendo, Gwen me permite ponerme a su lado y cogerle la mano. —¿Lista? —le pregunto con una sonrisa.

—Nunca para esto —admite, porque el vértigo le juega una mala pasada en este tipo de ocasiones.

Sin dejar de sonreír, la cojo en brazos, sorprendido una vez más de lo ligera que es, y ella me rodea el cuello con las manos y esconde la cara contra mi hombro. —Odio esto —gime—. Lo odio, lo odio, lo odio... —Me mira y mis labios esbozan una sonrisa más grande.

Mientras ella sigue lamentándose, yo tomo impulso y salto sin pensar, dejando que mi instinto tome las riendas de la situación mientras nos adentramos en el vacío. Pero mis sentidos son mucho más agudos que los de cualquier humano u otra especie, por lo que reaccionan con facilidad ante la situación. Mis piernas se doblan en el momento justo, justo antes de correr velozmente por el bosque de forma que no pueda mantener el equilibrio y detenerme al cabo de un momento, cuando el traqueteo del tren nos abandona, dejando tras de sí solo el silencio del bosque.

—Oh, juro por el corazón de Lilith que odio esto... —dice Gwen, que no soporta sentir el vértigo que la invade cuando tiene que someterse a una descarga de adrenalina, como saltar de un tren en marcha, o cuando nos persiguen y tiene que subirse a mi espalda y permitirme correr a toda velocidad para que podamos escapar del peligro.

Se suelta de mis brazos y se tira al suelo con movimientos torpes, y yo le tiendo una mano para evitar que se caiga. —¿Estás bien? —le pregunto, divertido, porque sé que yo no lo estoy. Gwen

me lanza una mirada que parece cargada de maldiciones, y yo me esfuerzo por no reírme.

—¿Qué te parece? —exclama Gwen, cuyas náuseas son evidentes por la palidez de su piel a medida que nos adentramos en el bosque.

Caminamos a paso lento, porque ella no se encuentra muy bien, pero a medida que se recupera aceleramos un poco, y la escena anterior parece olvidada. Al menos, el salto de fe para bajar del tren, ya que sé que en una parte subconsciente de sus pensamientos, los recuerdos del momento que acabamos de vivir siguen ahí, del mismo modo que también están presentes en mi mente.

—¿Por dónde deberíamos ir? —le pregunto, siguiendo el sendero rocoso en medio del bosque y Gwen mira al cielo. Sobre nuestras cabezas, vuela Corvux, dando vueltas de un lado a otro, como si no pudiera decidirse por un solo camino.

—No lo sé, ya que no he venido muy a menudo a este convento —admite—. Pero juraría que conozco el camino, y no se parece a éste. No, esto está mal.

—Puede que haya cambiado a lo largo de estos ocho años —digo con amargura, porque es un tema en el que a ninguno de los dos nos gusta pensar.

Gwen asiente comprendiendo mi línea de pensamiento. —Supongo que sí, y podrías tener razón. —Sigue sacudiendo la cabeza con una mueca, aunque puedo ver en sus ojos que hay algo en toda la situación que no le cuadra.

—¿Qué pasa? —Pregunto, siguiéndola ya que he aprendido a confiar en sus instintos tanto como en los míos.

—No lo sé —admite Gwen, incómoda—. Solo siento que algo no está bien...

Casi como si canalizara sus pensamientos desde arriba, Corvux emite un graznido que he aprendido a identificar bien. No es una llamada de atención, sino de alerta.

—Mierda —dice Gwen, un segundo antes de que un extraño siseo atraviere mis sentidos mientras resuena a nuestro alrededor.

Por instinto, mi cuerpo se gira en el preciso segundo de presenciar a una mujer, que en medio de la distancia ha surgido con una modernísima ballesta de metal sujeta entre las manos, con la que apunta directamente a Gwen. Y mis sensibles oídos detectan el silbido y mientras se desarrolla a cámara lenta ante mis ojos, veo volar el proyectil, cruzando el aire y dirigiéndose hacia Gwen.

Ella aún no lo ve venir, pero yo sí, y mi cuerpo se mueve un segundo antes de que todo suceda, empujando a Gwen fuera de la trayectoria de la flecha y ella cae entre las raíces de un árbol, justo cuando mi cuerpo ocupa su lugar.

El miedo a reconocer la situación pasa a nublar sus sentidos cuando el dolor recorre mi cuerpo, justo cuando siento esa presión detonar contra mis costillas, y cuando el líquido frío que contiene el proyectil se filtra por mis venas, hace que me sienta sofocado por un momento, y sin aliento.

Mientras caigo al suelo, oigo el grito de Gwen a lo lejos, mientras el familiar aroma de su magia se manifiesta entre el aire cargado del bosque, y entonces aparecen los cazadores, acompañados de las brujas que los han mantenido ocultos para que pasen desapercibidos ante nosotros.

—¡Everett! —Oigo a Gwen repetir una y otra vez, y mi cabeza se vuelve hacia la suya, porque no tengo fuerzas y no me siento capaz de moverme. En mi interior, sé que el lobo aúlla y lucha contra la situación. Siento que lucha por salir y tomar el control, por poseer mi cuerpo y clavar sus dientes en nuestros enemigos, pero es imposible. Como si lo hubiera encerrado en alguna parte de mi mente a la que no puedo acceder, lo siento, cada vez más lejano, y mientras mis labios jadean, desesperados por respirar.

Y mientras el mundo dibuja una escena bélica a mi alrededor, siento que me desvanezco; por la falta de aire, por la conmoción de mis sentidos, y percibo la ira de Gwen creciendo dentro de su pecho y los latidos del mío acelerándose al sentir que me desvanezco.

—¡No! ¡Everett! —La oigo gritar, dentro y fuera de mi conciencia, mientras un grito atronador sale de sus labios. Los pasos de los cazadores, acercándose a nosotros, se mezclan con el graznido del cuervo sobre nuestras cabezas.

Y justo antes de que el mundo se difumine y se apague, Gwen, que se manifiesta en medio de mis sentidos, se quiebra con la llamada del Dios de la Luz presente en su mente y en su propio ser. Su voraz risa está cargada de peligro, invadiendo mi mente mientras toma el control de la conciencia de Gwen.

No... pienso para mis adentros, pero es demasiado tarde. Demasiado tarde para terminar el pensamiento o para actuar, pues sé que en cuanto mis ojos se cierran, la ira del dios se hará presente, llenando a Gwen de su poder y convirtiéndola una vez más en esclava de su voluntad.

## CAPÍTULO 13: PREGÚNTAME LO QUE QUIERAS



## GWEN

—¡E verett! —Repito, en medio de la rabia atronadora que recorre mi cuerpo, caliente y densa como llamas en medio de un incendio de verano.

Puedo ver a los cazadores a través de mi visión periférica mientras se acercan a nosotros y a las brujas que corren detrás de ellos a toda prisa, con la magia brotándoles de los dedos. Y sus ojos están velados por los hechizos y pactos de sangre que las mantienen cautivas.

Es la visión de mis hermanas prisioneras, sumada al alma desvanecida de Everett, desdibujada por el proyectil que me apuntaba. Él me protegió del golpe y ahora sufre por el veneno inyectado en su cuerpo, y todo se derrumba. Entonces, siento la risa del Dios Durmiente brotando en mi interior, y permito que su fuerza me consuma.

*¡Sálvalo! Le ordeno al dios. ¡Debes hacerlo!*

*Va a tener un precio, Gwen... Ya lo sabes.*

*Pídeme lo que quieras, pero sálvalo,* le ordeno al dios, lleno de rabia.

Su risa, desquiciada y carente de lógica, me revienta el pecho y el calor me quema la piel a un ritmo vertiginoso.

Es justo cuando los cazadores me rodean, con sus gritos desquiciados, cuando siento que el dios invade mi cuerpo. Parece como si una segunda conciencia tomara posesión de la mía, alterando mis sentidos y llenando mi mente con el calor abrazador de la rabia sádica que posee. Y todo a mi alrededor crece, mientras mis sentidos se expanden hasta límites imposibles. El calor se cuela por todos mis poros, y la risa desquiciada del dios llena mis pensamientos y anula cualquier otro sentido de coherencia que pueda tener.

Cuando los cazadores me agarran de los brazos, ya no soy yo. Ahora pertenezco a la conciencia despierta del dios. El cuerpo de una bruja, con el alma de una criatura sedienta de sangre tan antigua como el mismo sol, manifestándose a través de mis venas.

Mientras Everett se desvanece, la ira llena mi alma. El primero de los cazadores, el que me agarró, grita de dolor y me tira al suelo. Pero es él quien sufre, pues sus manos arden tras entrar en contacto con mi cuerpo.

—¡Ten cuidado con ella! —grita un cazador, retrocediendo al notar las oleadas de calor que brotan de mi cuerpo y que arrasan con la vida circundante. El primer cazador sigue en el suelo,

con su armadura metálica tan caliente que le quema el pie, y el olor a sangre y piel chamuscada reina en el aire, y el segundo cazador se aleja de mí.

*Sangre...* brama el Dios de la Luz dentro de mi conciencia. *Su sangre es el precio por mis servicios, Pequeña Gwen...*

*Que así sea.* Invoco el poder y alzo las manos mientras recito las palabras mágicas, con los dedos cubiertos de verde y rojo por las llamas.

Los cazadores se arman entonces, advertidos por los demás mientras cargan sus armas para apuntarme. El chasquido de las balas y las flechas se lanza al aire, sumándose a los gritos de dolor que me rodean.

Al mirarlas, pienso que todo parece demasiado nítido, casi como si mi visión no estuviera filtrada. Veo balas que vienen en mi dirección a velocidades cegadoras, y mis dedos se estiran delante de mí. Las palabras de un conjuro se forman en mis labios mucho antes de que pueda comprender lo que dice mi boca, y mientras el fuego arde por mis venas.

Durante mi peralte, los cazadores gritan a lo lejos. Las armas de metal al rojo arden y el bosque crea un círculo de llamas y calor que los encierra conmigo. Las balas caen entonces al suelo, fundidas y calcinadas, mientras los cazadores intentan quitarse las armas a toda prisa.

Aprovechando el caos que reina a mi alrededor, corro hacia Everett, que yace en el suelo con los ojos cerrados, en un estado de completa inconsciencia. Su piel, a diferencia de la mía, está fría como la nieve y ha adquirido un aspecto grisáceo que contrasta con sus venas, que destacan negras y recorren su cuerpo como telarañas.

Sin nadie que me lo diga, sé bien qué veneno le han inyectado a Everett, porque lo siento latir en su corazón, y su lobo lucha con una fiereza que no se deja vencer.

—¡Malditos seáis todos! —Grito desesperado, sintiendo que el fuego que me quema por dentro arde con más fuerza—. ¡Malditos seáis todos! —Mi ira se desata al pensar y saber que lo han envenenado con *Elixir*.

Pero los cazadores no me dan cuartel. Los que se han liberado de los caparazones metálicos corren hacia mí mientras se preparan para atacarnos. El problema es que en ese instante me invade la rabia pura, así que no pienso ni mido mis acciones, sino que simplemente dejo actuar al dios que llevo dentro.

Con un grito desesperado, me pongo en pie y cargo hacia ellos, sintiendo cómo la magia salta en chispas a mi alrededor. Mis dedos se curvan y de mis labios brotan maldiciones, y en su carrera, los cazadores se detienen y se llevan las manos al cuello, a los ojos, a la boca y a la nariz. A medida que la sangre brota oscura y caliente de sus cuerpos, les quema por dentro mientras se ahogan en un río de su propia esencia rojiza, que tiñe la atmósfera.

*¿Así que quieres sangre? Te daré sangre,* le digo al dios, que se ríe dentro de mi cabeza.

Sin importarme el dolor de los demás, paso por encima de los cuerpos de los cazadores moribundos, cogiendo los restos de sus armas de metal mientras me caliento las manos, sintiendo cómo el metal se disuelve entre ellas. Los demás cazadores intentan rodearme y apresarme, pero antes de que puedan, abro las manos y lanzo las gotas de metal hirviendo hacia ellos mientras

vuelan a través de una lluvia letal que los derriba mientras gritos de dolor abandonan sus cuerpos.

Las brujas son las siguientes en atacarme. Son al menos quince o veinte, y en cada una de mis hermanas siento no las cadenas que las atan, sino también la fuerza de su magia. Y sé que son al menos tan poderosas como yo. O tan poderosas cuando me encuentro indefensa y sin la ayuda del Dios de la Luz. Pero cuanto más corre la sangre a mi alrededor, más fuerte me vuelvo, de modo que en este momento no son rivales para mí.

Pero siguen siendo mi familia, parte de mi sangre y de mi esencia, y aunque no los conozco, al verlos recupero parte de mi conciencia. Hace estallar la risa desquiciada del dios dentro de mi cabeza y me detengo, invocando al viento mientras Corvux se posa en mi hombro. Siento el cambio en medio de mi temperamento, y la magia circundante cambia de color.

Estiro mis dedos, deteniendo sus hechizos por un momento y siento la red que los une, más allá de su propia voluntad, con la bruja que nos ha condenado a todos.

*No, creo. Esto termina aquí y ahora.*

Sin pensarlo, mis ojos se cierran, pero con el resto de mis sentidos expandidos, puedo sentirlo todo sin necesidad de ver. El viento susurrando en mis oídos, el sabor de la sangre filtrándose a través de los cadáveres que me rodean, y el susurro de la voz del dios dentro de mi cabeza, unido a algo más. Una voz mucho más tranquila, pero poderosa al mismo tiempo. La siento mucho más que cualquier otra cosa a mi alrededor.

—Puedes liberarlos —susurro a la voz, reconociendo la presencia que late dentro del anillo.

*Tal vez. Pero ya sabes que la magia siempre pasa factura.*

*Siempre he estado dispuesto a pagar el precio*, admito con dolor, sabiendo demasiado bien que he pagado de más por todas mis deudas.

El calor que nubla mi mente se entremezcla entonces con algo más. Un sabor amargo a raíz brota de mi boca junto con una extraña asfixia que me oprime el corazón.

Y sé que por un instante he podido sentir lo que sienten mis hermanas; que estoy descifrando el hechizo con el que Sabine las ha atado a su propia voluntad.

Aprieto los dientes y dejo que mis tres voluntades vaguen entre el vértigo, hasta el punto exacto en que se forma mi hechizo. La voluntad de la diosa que me guía, la voluntad del dios que me da su poder para desquiciarme, y la mía propia, que prevalece con el deseo de liberar a mis hermanas.

Y por dentro, es como si algo en mí se rompiera, se fragmentara y se convirtiera en cenizas. La sensación de estar apretando algo pesa mucho en mi interior y mis manos se cierran en puños. El sufrimiento es tan intenso que, por un momento, creo que voy a desmayarme de dolor.

Abrumada, caigo al suelo al mismo tiempo que mis hermanas, que, en un suspiro de sorpresa, recuperan una a una su propia consciencia. Se miran, consternadas pero libres, por primera vez en muchos, muchos largos años.

*Sabes que la magia siempre pasa factura*; me lo recuerda una voz sabia dentro de mi cabeza, y

siento cómo el líquido se desborda por mi cuerpo: por mis oídos, por mis ojos, por mi boca y por mi nariz. Y muy por debajo, en medio de una sensación desgarradora y desesperada, que me dice que algo dentro de mi cuerpo ahora está roto.

—No... —Susurro dolorida, sabiendo lo que ha pasado y me llevo las manos al vientre, mientras la sangre, caliente y viscosa, mancha mis muslos y se pega a mi piel.

Con espasmos y temblores, me pongo en pie. El sabor de la sangre se me pega a la lengua y mientras me tambaleo, noto cómo a mi alrededor todo parece un caos de rojo entre los cuerpos cercenados. Las extrañas posturas de los cadáveres que me rodean mientras corro con desesperación, ignorando el dolor por el camino hacia donde yace Everett.

—Dijiste que si te pagaba con sangre, lo salvarías. Ahora, ¡cumple tu promesa! —Le grito al aire al dios, sintiendo que quiero echarme a llorar.

Pero la risa no ha desaparecido de mi cabeza. *Pon las manos sobre su pecho*; el dios me lo ordena y yo obedezco, sintiendo el latido acelerado de su corazón, que lucha por combatir el veneno. *Ahora... Sigue buscando, Gwen*. Y de nuevo obedezco, cerrando los ojos, sintiendo la terrible sensación de vértigo cuando algo empuja dentro de mí. Por un momento, parece como si hubiera un gancho incrustado en mi ombligo, y alguien estuviera tirando desde esa parte de mi cuerpo hacia la superficie, o hacia abajo. La verdad es que... no lo tengo muy claro, porque todos mis sentidos parecen fundirse con el agonizante mareo, y caigo en la más profunda oscuridad.

Pero es ahí, hundido en el fondo del frío devorador, donde alcanzo la conciencia de Everett, manifiesta en el fondo de sus sentidos y latente aún en la fuerza del lobo, que no cesa de luchar ante el enemigo que amenaza con consumirle.

Abre los ojos y, en la densa negrura, veo el azul entre el pelaje blanco. Extiendo los dedos y permito que se encuentren con el hocico del lobo. Me mira como si pudiera comprender todo lo que estoy sacrificando para salvarle. Una parte de mí sabe que, de hecho, lo hace.

Los latidos de su corazón repican contra los míos mientras un gruñido sale de sus labios y, durante la vorágine, el lobo se eleva en un aullido estremecedor que me rompe por dentro. Y aprieto con más fuerza, la magia brotando por todos mis poros mientras el calor del dios lucha por filtrarse a través del frío del veneno.

En medio del caos, Everett deja escapar un jadeo ronco y ahogado, y es entonces cuando mis ojos se abren, comprobando cómo se une entre espasmos para vomitar un líquido negro y viscoso que se le pega a la boca.

Mientras sigue jadeando, le veo mirarme, profundamente confuso y aterrorizado, pero recuperando la conciencia.

—Gwen... —susurra Everett, mirando las marcas de la batalla más reciente en mi cara. Las lágrimas de sangre seca se me pegan a las mejillas y los labios, e intento sonreír mientras le miro con una especie de calma que no poseo en mi interior.

—Todo irá bien —le prometo a Everett, dejando que sus dedos toquen mi mejilla entre temblores.

—¿Gwen Adler? —llama una voz detrás de mí, y al girarme veo a las brujas que he salvado, las

mismas manchadas por la sangre de su liberación, de la misma forma que la sangre de la mía me manchó.

Parecen impasibles, pero puedo leer en sus ojos. Sé que en su interior hay dolor y rabia, una rabia que no entiende de razones.

—Soy yo —admito, incapaz de mantenerme en pie, mientras, poco a poco, la risa del dios se apaga, dejando tras de sí un extraño vacío que me hace sentir asco de mí misma.

Mirando a su alrededor, Everett inspecciona la escena. Los cuerpos cercenados en medio del caos de sangre y madera chamuscada y carbonizada del círculo de fuego. *Gwen, ¿qué has hecho?* pregunta Everett, dentro de mi cabeza.

*Lo que me faltaba*, me digo, y me trago mis propios remordimientos, porque no pienso dejar que me atrapen. No ahora.

*Vendrás con nosotros. Los dos vendréis*, ordena la bruja, que supongo que es la líder del aquelarre, mientras me tiende la mano.

Lo tomo, llena de dudas, pero sabiendo que no tenemos más remedio que seguirlas. Y aunque dudo que mis hermanas tengan malas intenciones hacia mí, tampoco puedo saber con certeza lo que planean.

Everett se pone en pie. Al hacerlo, observo que el líder de las brujas es casi tan alto como él, lo que resulta ser una sorpresa.

—¿Quién eres? —pregunta, en un tono mucho menos comedido. La suya es la voz de un alfa; una voz que no obedece, sino que es quien da las órdenes.

—Somos el aquelarre del Sol Naciente, y deseamos dar la bienvenida a nuestra hermana —admite la mujer, imperturbable ante la presencia de Everett.

La miro, sabiendo que sus palabras tienen algo que ocultarme. Porque aunque haya pronunciado la palabra "bienvenido", no puedo evitar sentir que sus intenciones me dictan algo diferente.

Algo que poco tiene que ver con un capricho de las hermanas que acabo de salvar de una eternidad de esclavitud.

CAPÍTULO 14: DEL PRESENTE AL PASADO Y  
VICEVERSA



EVERETT

—**M**enuda forma tienen de darte las gracias por salvarles el culo —afirmo, sintiendo rabia mientras surge de mis pensamientos una potente fuerza que Gwen intenta en vano calmar.

Suspira al ver mi cara. —Ya te lo he dicho. Es temporal. ¿Puedes quedarte tranquilo, por favor?

—No. Nos han tenido encerrados aquí dos putos días. Dos. *Jodidos*. Días —repito.

Frustrada, Gwen se deja caer de nuevo contra la cama y me mira, intentando permanecer quieta y tranquila. —Eres insoportable cuando quieres. —Pone los ojos en blanco.

—Eso me han dicho —respondo, intentando moverme y sintiendo la puntada de dolor como resultado que brota.

Las manos de Gwen se dirigen hacia mí, me apoya las palmas en los hombros y me empuja contra la cama. —¡Quédate quieta! —me dice, en medio de lo que parece ser una advertencia que no admite discusión.

Suspiro y vuelvo a la cama, mirando al techo mientras Gwen sigue curando mis heridas.

Han pasado dos días desde la escena con los cazadores. Dos largos días en los que las brujas que Gwen salvó nos han tenido prisioneros, aunque ella no quiera verlo así, dentro de su convento.

Al menos, la habitación en la que nos han encerrado no tiene mal aspecto, y parece la de cualquier hotel, con una cama enorme en el centro y servicio de agua caliente. Pero la comodidad de la prisión no quita que sea como una celda, ya que las ventanas no se abren ni por dentro ni por fuera. Y siempre hay dos brujas justo fuera que dicen estar ahí "por si necesitamos algo", pero que hacen las veces de nuestras carceleras.

Irónicamente, ante toda esta situación, Gwen permanece tranquila y serena, más o menos. Dice que necesito descansar y que esta es la oportunidad perfecta para hacerlo, así que no puede quejarse.

Después de la batalla, algo me pasa, aunque aún no puedo averiguar qué ocurre. Tanto Gwen como yo tenemos claro que los cazadores me inyectaron alguna forma de la droga Elixir; tal vez la misma variación que han estado usando en sus nuevos prospectos. Del tipo que los convierte en algún tipo de aberración en la que acaban no siendo ni humanos ni necrófagos.

Mi cuerpo debería procesar el veneno y lleva días curándose, pero la droga, incluso con la ayuda

y la magia de Gwen, parece haberse adherido de algún modo a mi cuerpo, haciendo que me cure lentamente y tenga ataques de fiebre o tensión baja de la nada. Las pesadillas recurrentes son otro factor con el que estoy lidiando, pero no he querido hablar de ellas con Gwen. Me doy cuenta de que ya está disgustada con la situación para que yo toque el tema.

Gwen me ha estado cuidando mucho, pero incluso con sus remedios y brebajes, sigo teniendo una herida oscura, de bordes amoratados y venas negras en las costillas, que siempre está caliente e incómoda al menor roce o movimiento.

Cansado, intento quedarme quieto en la cama mientras Gwen hurga en la herida, molestándome porque es dolorosa. Sin embargo, no le digo lo mucho que me incomoda, aunque sé que ella lo siente a través de nuestro vínculo.

Después de un largo momento, Gwen suspira. —¡Mierda! —Con fastidio, tira al suelo el paño húmedo con el que me ha estado limpiando la herida.

—Se curará —le prometo—. Intenta relajarte.

—¡No puedo! —afirma, desesperada. Después de todo lo que ha pasado, la culpa de saber que la herida que me corroe debería haber sido suya y no mía, la ha llevado a curarme por todos los medios. Por eso, se siente frustrada al descubrir que, de hecho, no puede hacerlo.

—Gwen —la llamo, intentando calmarla, pero no me suelta.

En lugar de eso, se levanta y empieza a pasearse frustrada, corriendo por la habitación. Y sé que intenta fingir que no es así, pero para mí es obvio que también está disgustada por estar encerrada.

Durante su paseo, la puerta se abre y deja paso a Sarah, la líder de las brujas que conocimos la otra noche. Clava sus ojos penetrantes y serios en Gwen.

Gwen se detiene dando zancadas por la habitación. —Tus hermanas te están esperando —dice Sarah, lo que me hace comprender que le están diciendo a Gwen que ahora recibirá lo que ha venido a buscar: un encuentro con las brujas y quizá la reliquia oculta en este convento.

Desesperada por hablar antes que sus hermanas, Gwen da un paso, pero la detengo y me pongo en pie. —¿Qué crees que estás haciendo? —Me mira como si estuviera loca por levantarme de la cama.

Pero la ignoro a ella y a Sarah, mientras me pongo la camiseta. —Voy contigo.

—Las sesiones de brujería son privadas —me dice Sarah, entrecerrando los ojos.

—Me importa una mierda —suelto, mirándola sin miedo—. Gwen es mi compañera y no dejaré que se vaya de aquí sola sin mí. Me voy y punto.

Sarah frunce los labios y sé lo que piensa, pero no me importa. Doy un paso decisivo hacia ella y la miro fijamente a los ojos. —¡Si esperas que no la acompañe, tendrás que atarme a esa cama y sedarme!

—No tendría ningún problema en hacerlo —afirma la mujer, de rasgos afilados, y sonrío de forma macabra cuando Gwen salta en medio de nuestra discusión.

—¡No! —Gwen declara con desesperación entre nosotros—. Everett es mi compañero destinado.

—Es un lobo —escupe Sarah, con desprecio, como si yo debiera avergonzarme de ser quien soy.

—Sigue siendo mi compañero predestinado. —La voz de Gwen tiene un timbre de desafío, con un destello de orgullo brillando en sus ojos. Un sentimiento que nunca antes había tenido—. Y tiene razón. Merece estar conmigo. Lo que tengo que decir nos afecta a todos, incluido a él.

Al cabo de un momento, Sarah frunce los labios y se da la vuelta. —Ven conmigo —dice, y Gwen me coge de la mano.

—Cuando lleguemos antes que el resto de las brujas, déjame hablar a mí, por favor —me dice en un susurro.

—Lo haré, siempre y cuando no tenga nada que decir —argumento, incapaz de ceder ante este

—¡Everett, hablo en serio! —Gwen me corta los ojos.

—Yo también —aventuro con una ceja levantada—. No pienso dejarme intimidar por estas mujeres, Gwen.

Y en mis pensamientos, le transmito lo que no puedo decir. *Estas brujas deberían estarte agradecidas, Gwen, por liberarlas, y no al revés. No deberían tratarnos como prisioneros, sino como aliados. No soporto su actitud, y por eso no permaneceré en silencio ante ellas.*

Al cabo de un momento, Gwen suspira, pero comprendo que no tiene intención de seguir respondiendo a mis palabras, así que la sigo mientras atravesamos el extenso edificio hasta llegar a una sala circular donde todas las brujas están sentadas en el suelo.

La habitación debió de ser un invernadero, ya que el techo es de cristal y hay plantas por todas partes. El resplandor de la luna se refleja sobre nosotros y hay un círculo pintado en el centro del suelo, con varias runas colocadas a su alrededor.

Gwen se adelanta con serenidad y permite que Sarah forme parte del círculo, mientras Gwen camina hacia el centro. Yo permanezco con los brazos cruzados en un rincón, oculta por las sombras y comprendiendo al resto de los presentes en la sala, sintiéndome incómoda ante mi presencia.

—Hermanas —dice Gwen, girándose para poder mirarlas a todas—. Gracias por recibirme.

—Lo hacemos como ofrenda de paz ante los recientes acontecimientos —dice una mujer, sentada en el círculo.

—Después de mucho debatir, hemos decidido que podemos confiar en ti, ya que nos has hecho un favor al liberarnos de la prisión a la que nos ha sometido la reina Sabine —dice otra bruja.

—Una prisión que no se habría manifestado en primer lugar si no te hubieras aliado con las hadas y luchado en el reino de las hadas contra ellas —dice Sarah, cruzada de brazos.

Chasqueo la lengua. Gwen ya me ha advertido de que muchas brujas piensan que las acciones de Sabine fueron, de hecho, desesperadas ante la evidente presión de los cazadores cuando comenzó la guerra hace años, cuando partimos hacia el reino de las hadas.

Según la versión de algunas brujas, Sabine tuvo que aliarse con los cazadores para rastrearnos, de modo que la alianza entre cazadores y brujas terminaría una vez que nos capturaran a todos: a mí, a Gwen, a Adam, a Ivy y a Nyx. De lo contrario, los cazadores exterminarían a las brujas.

La idea parece absurda, pero la única manera de convencer a estas mujeres de lo que decimos es demostrar que no mentimos. Y para eso estamos aquí.

—Siento decirlo, hermanas, pero os han mentido —anuncia Gwen con voz alta y clara—. Sabine os engañó haciéndoos creer que esta guerra era culpa mía. Pero fue ella quien lo planeó todo desde el principio.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Sarah, con una ceja levantada.

—Fue la propia Sabine quien planeó desde el principio aliarse con los cazadores. Lo hizo a causa de una enfermedad que la aqueja. Entregó las brujas a los cazadores como un ejército para el Dr. Taylor, su líder, por concederle un tipo especial de la droga Elixir capaz de curar su enfermedad y otorgarle la inmortalidad.

Una parte de mí espera que, ante la declaración de Gwen, el grupo de alrededor estalle en exclamaciones y suspiros ahogados por la conmoción, pero el silencio prevalece en toda la sala.

Sarah se levanta entonces. —Si lo que dices es cierto, debes demostrarlo.

La bruja extiende la mano hacia Gwen mientras la veo asentir, frunciendo los labios, y tiende la suya hacia Sarah.

Entonces, entiendo que este es el momento que hemos estado esperando. Gwen ya me ha contado lo que va a pasar a continuación, pero supongo que aún no me ha preparado para este momento.

Sé que es crucial ganarse la confianza del aquelarre, así que espero, con las manos cerradas en puños, mientras veo a Sarah sacar una navaja del bolsillo de su pantalón.

Apunta la hoja a la piel de Gwen y, con un movimiento rápido, hace un corte en la muñeca y siento cómo me quema la piel. Las primeras gotas de sangre borbotean y Sarah se unta los dedos en ella, cierra los ojos y se marca los párpados con la sangre de Gwen. —A partir de ahora veré todo lo que tú también ves —murmura Sarah, con voz extraña, parte del encantamiento.

Del mismo modo, Gwen coge la navaja y hace un corte idéntico a Sarah. Siguiendo el mismo ritual, Gwen unta la sangre de Sarah en sus dedos y coloca el líquido caliente sobre sus párpados cerrados. —A partir de este momento, somos una —declara Gwen.

Las dos mujeres se abrazan, brazo con brazo, y con sus cortes unidos, mezclando su sangre mientras cierran los ojos. A su alrededor, las brujas del aquelarre entonan un extraño conjuro, y los ojos de Gwen se cierran.

Entonces siento una presión en el pecho, y es como si alguien tirara de mí desde dentro. Y entonces no soy yo, y no estoy en la habitación con la luz de la luna dándome en la cabeza, sino que estoy dentro de otro lugar: uno que conozco demasiado bien de las pesadillas de Gwen, y no me gusta nada.

Incluso sin querer, la veo, pequeña y con el pelo oscuro y sucio pegado a la cabeza. Gwen está

tumbada en la cama de sábanas raídas, contando las grietas en la pintura de la pared, cuando el ruido de pasos en la escalera la hace dar un respingo.

Abre mucho los ojos, esos ojos verde oliva que conozco tan bien, y se arrastra hasta un rincón mientras la puerta se abre de golpe. —¡No, por favor! —La oigo gritar cuando la mano del hombre se cierra alrededor de su muñeca.

Cuando Gwen cruza la puerta del dormitorio, la escena cambia y ya no está en la habitación del sótano. Ahora es mayor, de unos veinte años. A su alrededor, un coro de chicas, más o menos de la misma edad, observan cómo se enfrenta a lo que parece ser un demonio dentro de un círculo de invocación. A Gwen le sangran los brazos y tiene los ojos llorosos. —¡Basta! —grita entre plegarias, pero nadie acude en su ayuda.

De algún modo, el menudo cuerpo de la niña sale de debajo de la criatura poblada de sombras y corre hasta salir del círculo.

Y en cuanto sale del círculo de invocación, el recuerdo vuelve a cambiar y se convierte en una escena diferente, protagonizada por un recuerdo distinto. Así que, entiendo, nos movemos a través de los recuerdos de Gwen, observando sus miedos, sus traumas y sus momentos más dolorosos. Todos ellos quedan al descubierto, como si la parte de ella que tanto ha sufrido a lo largo de los años no contara, hasta que Sarah llega al momento que ha estado esperando.

Gwen se encuentra ahora en una sala moderna, donde una mujer de aspecto antiguo está conectada a una serie de tubos. El Dr. Taylor, que parece desinteresado, está frente a ella.

En sus palabras queda claro el trato que ha hecho con Sabine, en el que ella acepta condenar a todas sus hermanas para prolongar su vida.

Tan pronto como termina el recuerdo, Gwen inspira y, de nuevo, siento que me arrastran, que esta vez desde dentro hacia fuera, cayendo de bruces por el impulso mientras Gwen y la propia Sarah se desploman.

Se toman un momento, pero luego se ponen en pie. Sarah parece mucho más tranquila que Gwen, que, aunque permanece callada, tiembla e intenta en vano cerrar las manos en puños para controlarlas.

Y sé que es por lo que ha visto durante el trance; que para ella, tener que repasar sus recuerdos uno a uno fue una experiencia mucho más dolorosa de lo que puedo imaginar. Aunque no lo diga, ese dolor sigue presente en ella, pero lo ha afrontado para demostrar su punto de vista a las brujas.

—¿Y bien? —pregunta una de las jóvenes sentadas alrededor del círculo.

Sarah asiente. —Gwen dice la verdad. —Sus palabras crean un murmullo de asombro tan inesperado por mi parte, que hace que las mujeres se remuevan en sus asientos, mientras se miran unas a otras, asustadas—. Sabine nos vendió a los cazadores por una fórmula para volvernos inmortales.

—¡Tenemos que hacerla pagar por esto! —ruge una bruja, dolida y llena de ira por la traición, y todas están de acuerdo.

— hay un camino —anuncia Gwen, que mira a Sarah, llena de valor—. Si queremos destronarla,

dame tu ayuda y concédeme la reliquia de Lilith, guardiana.

Sarah hace una mueca con los labios, pero al cabo de un momento sus ojos oscuros se desvían y se fija en el anillo que lleva Gwen, un anillo que parece de latón y tan antiguo como el tiempo.

Y es observándola que ella recuerda que, durante los recuerdos de la propia Gwen, estaban las visiones de Lilith. Ella ha ayudado a Gwen a convertirse en su sucesora.

—Bueno... —Sarah dice, después de una pausa—. La reliquia de Lilith es tuya. —Suspiro aliviada cuando Sarah se agacha en medio del círculo para dejar al descubierto una pequeña compuerta sellada y, tras decir unas palabras, la libera. Sarah abre el sello y saca un collar que ha perdido su brillo con el paso del tiempo y que parece estar hecho de algún metal dorado forjado para simular pequeñas plumas y huesos entrelazados, ante la mirada atónita de los presentes.

Se lo tiende a Gwen, que lo coge con manos temblorosas pero firmes. —El collar es tuyo, hermana... Tienes nuestra gratitud, y también nuestro apoyo para emprender esta lucha —Sarah sonríe a Gwen.

—¡Viva Gwen, futura Reina de las Brujas! —grita una bruja, y luego se unen todas.

En medio de los cánticos y los vítores, Gwen se vuelve para mirarme, con los ojos llenos de lágrimas no derramadas y el collar aferrado entre sus manos temblorosas.

Las mujeres de alrededor deben pensar que está a punto de llorar de la emoción. Pero yo sé que no es así. Las lágrimas de Gwen no son por la victoria en este momento, sino por los recuerdos.

Dentro de su cabeza, sigue reviviendo una a una las escenas de su vida. Encerrada en medio del dolor, causado por un pasado del que nunca podrá escapar.

## CAPÍTULO 15: LA VERDADERA RAZÓN



## EVERETT

—**R**ecuérdate otra vez por qué seguimos aquí —le digo a Gwen, mientras arranco un rábano de la tierra.

Suspira pero no me mira mientras responde, sino que continúa con su trabajo. —Te lo dije antes; necesitas recuperarte de tus heridas antes de que podamos continuar. —Me mira fijamente antes de secarse el sudor de la frente.

Su respuesta me hace fruncir los labios en una mueca de desagrado. Lleva una semana repitiéndome lo mismo, lo cual me inquieta, porque, aunque mis heridas tardan más de lo normal en curarse, me encuentro bien. O, al menos, no tan mal como para seguir quedándome en el convento de brujas.

Gwen lo sabe y se da cuenta de que odio estar aquí, pero sigue excusándose con la idea de que sus hermanas me ayudarán mediante la magia a extraer todo el veneno que se ha colado en mi sistema sanguíneo al recibir aquel ataque de los cazadores, aunque no estoy tan seguro. De lejos, Gwen es una de las mejores sanadoras con las que me he topado, y en el convento tiene recursos suficientes para preparar casi cualquier poción. Y, sin embargo, no pudo extraer el veneno de mi cuerpo.

Esto la tiene abrumada, lo sé, y por eso intento no mostrar dolor. He estado omitiendo pensamientos relacionados con el veneno, como las mismas pesadillas o los repentinos espasmos que cruzan mi cuerpo, para que Gwen no se preocupe demasiado por todo este calvario.

Afortunadamente, por ahora parece tranquila, o al menos eso parece. Sé que no se encuentra bien después de la ceremonia que tuvo hace días, en la que sus hermanas del convento inspeccionaron sus recuerdos para averiguar si mentía sobre las intenciones de Sabine. Revivir los traumas de su pasado ha hecho que Gwen tenga pesadillas y noches en vela, y que su carácter se vuelva apagado y taciturno. Para mí, no puede ocultar lo que siente, pero sé que lo intenta, porque odia sentirse o parecer débil.

—Vale. Creo que con esto ya está todo dicho. —Gwen se limpia las manos antes de levantarse y crujir la espalda.

La imito y me estiro para sacudirme la sensación de entumecimiento que recorre mi cuerpo. Después de que Gwen ayudara a liberar a las brujas de las garras de Sabine y de su ceremonia del círculo, ahora aceptan a Gwen como su posible sucesora. Pero desde entonces, no hemos hecho otra cosa que trabajar en fortificar las defensas del convento, ya que las brujas insisten en

quedarse aquí. Sin embargo, saben que en cualquier momento, Sabine podría retomar el control que perdió sobre ellas.

Así que durante los últimos días, Gwen y las brujas han creado una barrera protectora alrededor del convento, similar en cierto modo a la que hizo Sabine dentro de la ciudad cúpula. Aunque quizás no tan poderosa como el manto de sombras de Sabine. El convento cuenta ahora con una protección creada por runas y hechizos que rodean gran parte del territorio, impidiendo que la magia externa penetre en el recinto; del mismo modo, mantiene alejados a entes no deseados, como los engendros, o los cazadores que ya han intentado -sin éxito- atacarnos en tres ocasiones.

Afortunadamente, las brujas tienen suministros suficientes para mantenerse vivas y prosperar sin problemas dentro del convento. Un pequeño arroyo abastece al convento de agua potable y en las cercanías se han dedicado a cultivar verduras y otras hierbas, por lo que son bastante independientes del mundo.

—Ven —le digo entonces a Gwen, después de dejar la cesta cargada de verduras del huerto delante de la puerta de la cocina, donde un grupo de chicas ya se ha ocupado de la cena.

—¿Qué está pasando? —Gwen deja caer su cesta junto a la mía mientras me sigue por el caminito que une el convento con el linde del bosque más cercano, protegido también contra las intrusiones de cazadores o necrófagos.

A paso ligero, nos aventuramos entre la hierba y la maleza, pasando junto a los árboles más longevos que rodean la propiedad hasta llegar a un punto alejado del convento. Está lo suficientemente lejos como para que terceras personas no puedan oír nuestra conversación.

—Everett, ¿qué pasa? —Gwen levanta las cejas, con las manos en las caderas.

—Todo —admito, y se me escapa un suspiro cansado mientras me dejo caer al suelo, apoyando la espalda contra una roca. Al levantar la vista, encuentro los ojos verde oliva de Gwen fijos en los míos—. Quiero saber la verdadera razón por la que seguimos aquí. ¿Qué te retiene en este lugar?

Los labios de Gwen forman una fina línea. —Ya te lo he dicho...

—No —la interrumpí, sacudiendo la cabeza—. No empieces con eso. Sé que odias este lugar. Sé que estás resentida por la forma en que Sarah te ha tratado, como si fueras una intrusa en su mesa, aunque les hayas salvado el culo a todos.

—¡Eso no tiene nada que ver! —Gwen me fulmina con la mirada, cruzada de brazos, pero sé que miente.

—¡Ojalá supiera la verdad, Gwen! —Levanto la vista para encontrarme con ella, mis ojos buscan los suyos—. ¿Por qué tienes tanto miedo de volver ahí fuera?

Gwen no me responde. Su mirada se pierde en la distancia. No lo demuestra, e intenta mostrarse dura, pero por dentro puedo sentir que se rompe poco a poco, como un vaso de cristal. Y el contenido de ese vaso se derrama dentro, ahogándola.

Tras lo que parece una lucha interna y en el preciso momento en que sus sentimientos se vuelven tan claros que no puede ocultarlos, Gwen confiesa: —Tengo miedo de perderte. —Una única lágrima brota de su ojo derecho.

Con esas palabras, todo explota dentro de mí, y puedo sentirlo todo: su miedo, sus dudas y su tremenda ansiedad. Ella también me ha estado ocultando cosas, lo entiendo.

Suspirando, me paso una mano por el pelo. —Gwen, eso no pasará —le prometo. Esta vez soy yo quien no puede mirarla a los ojos porque entiendo de dónde viene ese miedo. En parte, yo también lo siento. Ella teme que el veneno sea más fuerte que su magia y que acabe por apoderarse de mí y convertirme en una bestia. Gwen teme que me convierta en un demonio sin emociones ni sentido.

—Eso no lo sabes, Everett —afirma con desesperación—. Hasta ahora, te he protegido gracias a las medicinas de las brujas, pero ni siquiera yo sé qué efecto pueden tener esas cosas en ti. —Mira al suelo para evitarme.

—Hiciste un trato con el Dios de la Luz —le recuerdo entonces, pues en las últimas noches hemos tenido tiempo para hablar. Gwen no quiso sacar el tema de sus recuerdos durante la sesión con las brujas, pero me ha confesado lo ocurrido durante la última pelea con los cazadores.

—Prometió salvarte —dice Gwen, omitiendo la parte que más le cuesta admitir de todo esto, que es la forma en que le ha manchado las manos de sangre ante la pelea más reciente. Las muertes que se acumulan a espaldas de Gwen la persiguen por las noches como fantasmas, lo sé. Aunque haya tenido que elegir entre matar o morir, eso no lo hace más fácil. No impide que su alma se fragmente ante los recuerdos de la lucha—. Pero su promesa no tenía nada que ver con tu salud. Podría haberla mantenido conmigo y aún podrías convertirte en una de esas... esas cosas. No lo sabemos con seguridad.

—No me convertiré en un ghoul, Gwen —digo, porque sé que ambos estamos evitando la palabra, temerosos de tener que enfrentarnos a ella—. Eso no sucederá.

—¿Y? ¿Y si te equivocas? —Su voz suena desesperada mientras sacude la cabeza—. ¡No! No podemos irnos. No hasta que sepamos que es seguro hacerlo. Debo mantenerte a salvo.

En su silencio, interpreto todo lo que no me dice. *No puedo perder a otro ser querido*, parece querer decir, con la implicación subliminal de que ambos sabemos que mi muerte la afectaría tanto como a mí.

Suspirando, me pongo en pie, aunque no sin cierto dolor, que me incomoda. No estoy acostumbrado a las heridas, ya que siempre se curan mucho antes de que pueda siquiera sentir las.

Con cuidado, me acerco a ella, la cojo del brazo y la atraigo hacia mí. Pero Gwen se niega a mirarme. En cambio, su mirada permanece fija en un punto distante, sus ojos se llenan de lágrimas que se niega a derramar. En cambio, intenta contener el torrente de emociones que brota de su cuerpo.

—Gwen, necesito que me escuches. —Le levanto la barbilla con el dedo, obligándola a mirarme.

En cuanto su mirada se cruza con la mía, cae la primera de las lágrimas, que se escurre por sus pestañas y desciende hasta unas mejillas teñidas de rojo por el frío de la estación. —Escúchame y escúchame bien, Gwen, ¿vale? No moriré. —Sonrío, tratando de tranquilizarla.

No puede evitarlo y sus labios dejan escapar una risita amarga. —¿No morirás? Lo dices como si fuera algo que se puede planear.

—Lo digo con la resolución de quien sabe que no morirá. Y tampoco tengo intención de convertirme en ghoul, por si aún te quema esa duda.

—Everett, si ocurre, no es algo que puedas evitar o comentar —dice, con los labios fruncidos en una mueca

—¡Me conoces, Gwen! —Le agarro la barbilla, haciendo que me mire cuando intenta evitarlo girando la cabeza hacia otro lado—. Sabes que no soy como los demás. Que no me rendiré. Que puedo con esto —le aseguro.

Me mira fijamente, llena de dudas, y puedo oír su corazón latiendo con aparente preocupación.

A través de sus ojos, puedo ver los flashbacks, la melancolía que nubla sus pensamientos. Y sé que teme lo desconocido y lo que pueda ocurrir. Todas las posibilidades que no puede controlar consumen la mente de Gwen.

Después de todo, su vida ha estado llena de acontecimientos que escapan a su control.

Pensar en ello siempre la lleva atrás en el tiempo, a esos momentos que la hicieron sentir tan insegura que ni siquiera podía confiar en sí misma. —¡No, te prohíbo que vuelvas a ir allí! —La amenazo porque sé adónde la llevan sus recuerdos, igual que me llevan a mí hasta Sadie. Cada vez que Gwen se siente perdida o desamparada, no puede dejar de pensar en la maldita habitación del fondo de aquel sótano.

—¡Te lo prohíbo! ¿Me oyes, Gwen? Te lo prohíbo —declaro y atraigo su cuerpo contra el mío. Ella esconde la cara en mi pecho y respira agitadamente.

—No puedes evitarlo —dice con voz entrecortada—. No puedes evitar que vaya allí...

—¡Puedo, y lo haré! —Debo ser duro, porque no pienso dejar que el fantasma de ese recuerdo siga atormentándola ni un segundo más—. Y si sigues insistiendo, iré contigo, todas y cada una de las veces, y le daré una paliza a ese cabrón... —Mis palabras hacen que Gwen suelte una risita amarga y ronca—. Lo digo en serio —continúo, levantándole la cabeza para verla mejor. Lágrimas frescas caen por sus mejillas—. No pienso dejar que esos recuerdos te sigan agobiando. Si insistes en volver a esos momentos, entonces iré contigo. Y los afrontaremos juntos.

—Sabes, no es tan sencillo como parece. —Me estudia con una mueca, y puedo sentir esa cosa no dicha, su insinuación sobre Sadie y todo el odio, la ira y el dolor que aún siento por la muerte de mi hermana pequeña.

Por extraño que parezca, mi ira ya no se transmuta hacia ella, y no ha sido así desde hace mucho tiempo. Desde que empecé a darme cuenta de quién era Gwen y por qué hizo lo que hizo en ese momento.

El pensamiento sorprende a la bruja, que me mira con los ojos muy abiertos y, por primera vez, asombrada. Parece impresionada al leer mis pensamientos, y percibo su alivio. Parece que no sabe que nuestro vínculo como pareja se ha fortalecido, ni que mi odio hacia ella por todo lo ocurrido en el reino de las hadas se ha desvanecido.

—¿Ya no me culpas por la muerte de Sadie? —me pregunta al leer mis sentimientos.

—No, ya no. Ya no. —Sacudo la cabeza, confirmándolo. Puede que el recuerdo aún me desgarre por dentro, pero la he perdonado. Hace tiempo que la liberé de esa carga sin darme cuenta.

Otras cosas siguen pesando sobre nosotros. Por ejemplo, Gwen se escondió de mí desde el principio, después de enterarse de que éramos una pareja destinada, e intentó con todas sus fuerzas borrar nuestro vínculo. Sin embargo, ahora que la conozco y la comprendo, una parte de mí la ha perdonado, incluso por eso.

Sorprendida, Gwen me mira a la cara, como si fuera la primera vez que me ve. Yo hago lo mismo, fijándome en la mancha de pecas marrones que surca sus mejillas y el puente de su nariz, así como en su pelo, negro y espeso, que le cae sobre la cara y baja hasta los hombros. Durante el tiempo que llevamos viajando juntos, ha ido creciendo.

—Tenías el pelo largo cuando eras pequeña... —Alargo la mano, sujetando los mechones entre mis dedos—. ¿Por qué te lo cortaste?

—Es más fácil de controlar —admite con el ceño fruncido.

—Mientes —digo con tranquilidad—. Sé que mientes. —De hecho, sé todo lo que pasa por su cabeza.

Con un largo suspiro, Gwen se mira los pies. —Me trae recuerdos terribles.

—Me gusta tu pelo cuando está largo.

—No dejaré que crezca por ti —dice con una mueca, pero al mirarla me doy cuenta de que, de todos modos, ya ha crecido.

Con una sonrisa socarrona, le respondo: —Ya veremos... —Ella sonríe, pero me da un ligero empujón de fastidio.

Pero para entonces, mis manos ya han atrapado su menuda figura, enroscando mis dedos alrededor de su torso. Y mientras atraigo el cuerpo de Gwen contra el mío, me inclino para besarla y al cabo de un momento decido abrazarla, llenando sus labios de sorpresa, y sus dedos se enredan en mi pelo.

Su cabeza se apoya en la mía con facilidad y disfruto del suspiro persistente de su boca, cálida y suave. La siento contra mí, presionando cada vez con más determinación hasta que me devuelve el beso con pasión. Su lengua se enreda con la mía y se mueve contra mí, aferrándose a mi cuerpo como si fuera un ancla que la sostiene en medio de la tormenta.

Permitiéndole darse cuenta de los pensamientos que fluyen entre nosotros, aferro a Gwen con más fuerza, proporcionándole seguridad en medio de sus propios pensamientos y decidiendo que, después de todo, nunca la abandonaré.

*Pienso ser esa ancla que impida que se pierda en la marea. Y yo seré la vela que la guíe a través de las olas embravecidas; el lugar seguro al que regresar cuando todo lo demás parezca perdido en las llamas.*

Seré lo que ella necesite que sea, porque, sin saberlo, se ha convertido para mí en lo único que necesito: una razón para vivir.

## CAPÍTULO 16: EL PAÍS DE LOS BRUJOS



## GWEN

— **S**i seguís el sendero que acompaña al río en su camino, llegaréis a la casa de los brujos en uno o dos días —dice Sarah, señalando el camino que debemos seguir con un mapa que tiene extendido sobre la mesa de su despacho.

Everett asiente, asimilándolo todo con un destello de impaciencia brillando en sus ojos. Ahora, tras casi dos semanas de espera, está lo bastante sano para que nos vayamos, así que decido no posponer más el momento.

Por desgracia, el viaje que tenemos por delante no está exento de peligros, ya que los cazadores y los necrófagos parecen seguir en la zona. Aunque no los hemos visto ni hemos oído hablar de ellos en las últimas semanas, sigue siendo una posibilidad que nos acecha mientras formamos un plan de acción para continuar nuestro camino.

Los brujos son una parte esencial de mi plan, aunque no posean la última de las reliquias de las brujas. Son una fuerza bondadosa mantenida fuera de la guerra debido a la intervención de Sabine. Supongo que ella los amenazó haciéndoles saber que no apreciaría ningún tipo de interferencia por su parte. Y aunque los brujos eran lo suficientemente fuertes como para defenderse con su magia, no querían a los cazadores y a las brujas como enemigos, así que se aislaron.

Como en cientos de otras guerras, han tomado el control de una parte del territorio cercano a las costas, impidiendo el acceso tanto a cazadores como a refugiados y reclamándolo como propio. Hemos respetado el territorio de los brujos por no aliarse con ninguno de los bandos. Pero es una situación que pretendo cambiar.

—Bien. Entonces seguiré el río —le digo a Sarah, marcando puntos de interés en mi mapa mientras me cuelgo la mochila al hombro.

Everett parece lleno de energía ante la idea de marcharse. Aunque las brujas del convento no han sido hostiles con nosotros, está claro que no se sienten cómodas con nuestra presencia, especialmente con la suya.

No es algo que me importe, ya que de todas formas he conseguido lo que necesitaba de ellas. La fuerza del collar rezuma contra mis orejas cada vez que me lo pongo, y eso, combinado con el anillo, me da una ventaja sobre Sabine que necesito completar. *Solo me falta una reliquia*, me recuerdo, pensando en la diadema. Solo *una reliquia* hasta que pueda enfrentarme a Sabine y poner fin a su reinado.

Por desgracia, aún nos queda un largo camino por recorrer, pero cuanto antes nos pongamos en marcha, antes llegaremos a nuestro destino. —Gracias por todo. —Me despido de las brujas tras salir de la habitación, dirigiéndome a la puerta principal.

—Fuiste tú quien nos libró de los hechizos de Sabine —recuerda Sarah en su habitual tono impasible—. En todo caso, somos nosotros quienes te debemos gratitud. —El labio de Sarah se levanta en la comisura en lo que parece el inicio de una sonrisa.

*Bueno, siento que piensa Everett mientras escucha la conversación en silencio. Intenta tenerlo en cuenta la próxima vez que nos recibas como invitados.*

Conteniendo una sonrisa por sus sarcásticos pensamientos, sigo a Everett hasta la puerta mientras se quita la camisa por encima de los hombros. Y sin poder controlarme, siento surgir en mi interior una pizca de placer. Y orgullo al notar la mirada de Sarah y otras brujas mientras admiran su cuerpo cincelado y esculpido, que tan buena sintonía tiene con su rostro apuesto, sus profundos ojos azul hielo y su pelo rubio blanco cayéndole sobre la frente.

Quizá el único defecto que empaña su perfección sea la cicatriz dentada que recorre uno de sus costados, producto de la flecha envenenada. La mancha se asemeja a un agujero negro, con su centro oscuro como el orbe de un ojo vigilante y las ramificaciones de venas amoratadas que recorren la piel marmórea de Everett durante una visión que me llena de ansiedad. Sin embargo, a pesar de todo, sigue siendo hermoso, perfecto. Y es mío.

Ocultando la sonrisa que me tira de los labios, me acerco a Everett y cojo sus cosas. Una parte de mí piensa que las brujas están esperando a que termine de desvestirse, aunque eso no sucederá. Aunque la desnudez no es algo que le afecte, sus pantalones tienen cremalleras a los lados que le permiten entrar y salir de fase con facilidad, así que no mira cuando se transforma en ellos, y nunca los pierde.

—¿Qué pasa? —pregunta Everett, notando mi buen humor.

—No es nada. —Le lancé una rápida sonrisa mientras guardaba su camiseta en mi bolso—. ¿Nos vamos?

Me mira, enarcando una ceja rubia, casi albina, pero se limita a asentir. Me alejo unos pasos de él y observo con asombro cómo el majestuoso lobo aparece ante nosotros después de cambiarse y cómo el resto de su ropa se desprende de su cuerpo. Es realmente un espectáculo digno de contemplar.

Le agarro los pantalones y, mientras Everett se agacha para que me suba a su espalda, me despido del resto de las brujas con la mano. —Volveremos a vernos —les prometo, un segundo antes de que Everett eche a correr.

Siento su alegría en cuanto partimos, pues el encierro le estaba volviendo loco. Sin embargo, también siento el cansancio que desprende su cuerpo, pues aunque está bien, Everett no se ha recuperado del todo de los estragos del veneno.

Pero Everett ignora ese hecho con facilidad. En lugar de eso, pone su cuerpo a prueba, corriendo por la enramada boscosa hasta coger velocidad, saltando obstáculos y perdiéndose en el bosque con una vertiginosa carrera que me revuelve un poco el estómago.

Por instinto, miro por encima de mi cabeza, intentando encontrar a Corvux para que me guíe, pero recuerdo que no está con nosotros. Al menos, por el momento. Tras liberar el convento, le envié con noticias de las brujas para Sabine, con la esperanza de que pueda formar algún tipo de vórtice que conecte este recinto con su propia Ciudad de las Sombras, y así mantener a las brujas en contacto. Sería una forma de que la Ciudad Cúpula ganara fuerza y extendiera sus terrenos, incluso bajo el dominio de otros. Les permitiría ampliar su seguridad y abastecerse de otros suministros.

Tal vez si conseguimos que los brujos nos apoyen, eso proporcione una ayuda extra a la Ciudad Cúpula y les permita ampliar sus horizontes para hacerse más fuertes y resistir mejor los continuos ataques de los cazadores.

*No te recomiendo que cuentes demasiado con ellos*, responde Everett, siguiendo mi hilo de pensamiento.

Cada vez se encuentra mejor y no le cuesta nada correr por el bosque, utilizando sus agudos sentidos para permanecer alerta ante los peligros que le rodean.

He decidido no correr riesgos, así que, antes de partir, he creado un amuleto protector que nos protegerá de los ataques y nos mantendrá a salvo por el camino, en caso de que los cazadores o los necrófagos quieran atacarnos...

—¿Qué quieres decir? —pregunto en un susurro.

Everett salta una rama enorme con facilidad, pero cae al suelo de una sacudida, ya que la prisa de correr le hace impulsarse por el bosque como una flecha. *Los brujos solo se preocupan de sí mismos. Dudo mucho que los convenzas de que cooperen con nosotros*, piensa Everett, transportando sus pensamientos hacia mí.

—Tengo que intentarlo... —Suspiro mientras pienso en las reliquias. La última que necesito y me pregunto si la tendrán—. Siempre nos han odiado porque, como brujas, poseemos más control que ellos sobre la magia. Lilith fue la primera humana en dominar los poderes que otras criaturas poseían, y se los dio a sus hijas durante una época en la que los hombres aprovechaban la más mínima oportunidad para subyugarnos.

*No se puede decir que eso haya cambiado*, piensa Everett con amargura.

—Pero con las brujas y los brujos, al poseer las reliquias de Lilith, seguimos siendo portadores de magia. Pero yo podría equilibrar la balanza. Si propongo un buen trato a los brujos, podrían aliarse con nosotros.

*Puede que sea así*, transmite Everett con desgana entre sus pensamientos, aún en marcha. *Pero de todos modos, te recomiendo que no confíes demasiado en ellos. Sé que no lo haré*, me hace saber.

Nuestra primera noche de acampada en el bosque nos resulta muy familiar, como si formara parte de una rutina premeditada para nosotros. Con Everett, acampamos en lo alto de una colina para tener una mejor vista del terreno circundante, así que sellé el lugar con runas y después de eso, montamos nuestro campamento. A medida que avanzábamos más cerca del mar, el arroyo se hizo más grande debido a otros pequeños ríos. Ahora es un poderoso arroyo donde nadan abundantes peces y hemos podido pescar lo suficiente para nuestra comida. Acompañados de

patatas y rábano picante, no están demasiado mal.

En silencio, los dos comemos, quizá pensando en todo el viaje que nos espera. La noche es joven cuando, después de cenar, Everett se tumba en la hierba y se queda mirando las estrellas. —Podría acostumbrarme a esto —admite con satisfacción, refiriéndose al silencio que nos envuelve. Aquí es fácil olvidarse del mundo, de las guerras y de las pérdidas, así que lo entiendo. Por desgracia, nos queda mucho camino por recorrer, mucho que afrontar y un montón de obstáculos que superar antes de encontrar un remanso de paz en nuestro futuro.

—Una vez, hace muchos años y antes de que me conocieran como Bruja de los Caminos, pensé en mudarme al bosque —le dije a Everett—. Y vivir en una pequeña cabaña para alejarme de todo.

—¿Qué pasó con ese sueño? —Gira la cabeza para mirarme y yo me encojo de hombros.

—Murió cuando me di cuenta de que la soledad es la compañera perfecta del silencio. —Intento sonreír pero acabo haciendo una mueca antes de tumbarme a su lado.

Los brazos protectores de Everett encuentran mi cuerpo con facilidad. Me envuelve en un cálido abrazo de oso que me aporta todo el confort que necesito para resguardarme del frío sin hoguera. Esto, unido al olor familiar de su cuerpo, madera y sexo -porque no hay otra forma de describir el aroma limpio de su sudor, combinado con los latidos de su corazón-, es suficiente nana para dormirme.

Me despierto justo antes del amanecer, cuando Everett me despierta para que nos pongamos en camino. Solo entonces me doy cuenta de que mi agotamiento es tan abrumador que ni siquiera recuerdo haberme dormido...

—Espero que hayas dormido bien. —Everett me guiña un ojo con una sonrisa mientras recoge nuestras cosas.

—Bueno, no recuerdo haber dormido y debo de haber caído en coma. —Me encojo de hombros y sonrío.

—Te creo. Si no fuera porque roncas tan fuerte como para despertar a todo el bosque, me habría preocupado por ti. No moviste un músculo en toda la noche.

—Yo no *ronco* —me burlo frunciendo el ceño y poniendo los ojos en blanco.

—¡Díselo al oso que huyó en cuanto oyó tus ronquidos! —Se ríe, el profundo sonido reverbera en su pecho mientras se burla de mí.

Con los ojos entrecerrados, le miro con el ceño fruncido mientras me estiro y me pongo en pie. Tras satisfacer nuestras necesidades básicas y recoger el campamento, Everett vuelve a cambiar de puesto y nos ponemos en marcha, recorriendo el resto del camino a toda prisa, con la esperanza puesta en encontrar la frontera con el territorio de los hechiceros antes del anochecer.

Por suerte, la adrenalina y todo el ejercicio parecen haber ayudado a Everett, que se recupera más y corre con más fuerza. Cruzamos una buena cantidad de kilómetros antes de que caiga la tarde, pero para entonces, él está jadeando de agotamiento y mis piernas están doloridas. Decidimos parar en el lecho de un río que bordea un acantilado con vistas al mar. —Ya falta poco —declaro jadeante tras enjuagarme el sudor con el agua helada del río mientras Everett cambia a su forma

humana.

Se viste, y decidimos que quizá sería una mejor ofrenda de paz que se presentara en su forma humana, no con el aspecto de un imponente y peligroso lobo albino. Tras secarse el sudor del cuerpo en el agua fría y vestirse, Everett viene a mi lado, con una manzana verde y dura en las manos, y mastica mientras asiente. —Tal vez. Deberíamos estar una hora, o quizá menos, de camino. —Me guiña un ojo mientras me entrega la manzana.

Miro e intento reconocer el bosque circundante, pero no lo consigo. Nunca había estado en esta parte del territorio.

Con movimientos lentos, por el cansancio, rebusco entre nuestras pertenencias las provisiones para una comida tardía. Todavía estoy en ello cuando un escalofrío me recorre la piel, me sube por la espalda y me baja por el cuello, mientras me doy la vuelta a toda prisa, intentando detectar qué está pasando.

—¿Qué pasa? —pregunta Everett, mientras me levanto.

—No estoy segura. —Miro a mi alrededor—. Pero me pareció sentir algo...

Antes de que pueda terminar de formar la frase, la sensación vuelve a serpentear por mi piel, y entonces la veo: las extrañas y peligrosas olas del río, arremolinándose. Y entonces, de la nada, el agua se eleva en una fuerte embestida que arremete contra nosotros.

Everett me alcanza en una fracción de segundo y me agarra antes de que el agua golpee nuestros cuerpos, sacándonos el aire de los pulmones, y nos sumerja en medio de la corriente y el agua embravecida.

Sentí, como una advertencia, poderosa magia en el aire a mi alrededor. Es seguro asumir que los brujos nos han encontrado. Mis sentidos palpitan entonces, producto de mi estado de alerta, y lucho por salir de entre las olas, mientras Everett también lo hace. Pero parece imposible. El agua nos engulle una y otra vez en un torbellino tempestuoso que no tiene intención de dejarnos marchar mientras luchamos por sobrevivir.

Entre el ahogo y la asfixia, mis manos bajan, buscando en mis bolsillos la brújula para poder invocar al dios. Pero la sangre de las heridas que abro se disuelve en el agua, mucho antes de que pueda invocarlo.

Aterrorizada, observo entonces cómo suben las aguas del río, con Everett y yo aún dentro de ellas, debatiéndonos mientras una figura se revela al otro lado de nuestra húmeda y embravecida prisión. Un hombre alto, con el rostro distorsionado y borroso por el agua, y muchos otros hombres observan mientras le siguen mientras nos ahogamos ante sus ojos.

Sin duda, me doy cuenta de que es el líder de los brujos y su séquito, que, al parecer, no tienen intención de firmar un tratado con nosotros, ni siquiera de escuchar lo que tenemos que decir. No, parecen contentos con dejarnos morir.

## CAPÍTULO 17: ALIANZAS Y PROMESAS



## GWEN

**E**n cuanto siento los primeros signos de asfixia, la burbuja de agua que nos mantiene prisioneros estalla y caemos con un fuerte golpe al suelo mientras los brujos nos rodean.

Inician un encantamiento a la vez, y siento que el agua se solidifica en mi piel, convirtiéndose en un bloque de hielo que nos aprisiona a Everett y a mí.

—¡Alto! —Le grito al líder de los brujos, giro la cabeza para poder mirarle a los ojos y descubro para mi sorpresa que no conozco a este hombre. —¡No somos tus enemigos!

—Tampoco amigos —dice, con ojos fríos y oscuros fijos en mí—. ¡Sois intrusos en mi tierra, y así es como os trataré!

—¡Suéltame! —Estoy más que molesto y siento el frío colarse por mis terminaciones.

El brujo se acerca entonces a mí y me mira con total indiferencia. —Sé muy bien quién eres. Eres la problemática Gwen Adler, que ha iniciado una guerra contra su propio clan.

—¡No sabes nada de mí! —Grito.

—Sé algo —admite el hombre, y sus labios dibujan una mueca por primera vez—. Por ejemplo, sé que los cazadores pagarían una fortuna por tenerte.

—¡No! —grita Everett, luchando por liberarme de la prisión de hielo.

Su ira es quizá más poderosa que la magia de los propios brujos, y eso puede ser algo con lo que no contaban. Entre convulsiones, le veo cambiar de forma, y mientras su cuerpo se alarga y se amolda para adoptar la forma de su lobo, que, con su fuerza y a raíz de la transformación, destruye la coraza de hielo dentro de la que estaba retenido.

Para entonces el pánico se ha extendido, y los brujos se apresuran a lanzar un nuevo ataque contra Everett, pero éste es demasiado rápido. Sin dejar de moverse, esquivo las olas y salto en la distancia, hasta que su cuerpo choca con el del líder de los brujos, que se desploma al suelo en cuanto Everett choca con él.

Cuando sus cuerpos se encuentran, Everett retrocede y agarra al hombre. —¡Libera a Gwen, AHORA! —Everett lo sacude con rabia, pero el líder brujo ignora sus palabras.

En vez de eso, lo miro hablar mientras comienza una nueva invocación. —¡Everett! —Grito, tratando de advertirle, sintiendo el pulso de la magia latir a través de todo mi ser.

Pero si hay algo en lo que Everett destaca, es en la velocidad. Y en un solo movimiento, levanta el puño y se lo estrella directamente en la cara al líder brujo, rompiéndole la nariz, y el hombre tose y chorrea, ahogándose con su sangre.

Everett se levanta entonces, sosteniendo al hombre en sus brazos. Lo aprisiona, deslizando un brazo alrededor de su cuello, y lo gira para que mire a sus seguidores. —¡Liberad a Gwen ahora o juro que lo mato! —exclama sin miramientos.

Y sé que dice la verdad, porque su rabia y su desesperación son tales que haría cualquier cosa por verme libre.

Cuando el hombre se pone morado por la falta de aire, asiente, y los otros brujos se miran entre sí, pero luego bajan las manos y me sueltan.

En cuanto la prisión de hielo abandona mi cuerpo, me pongo en pie, corriendo hacia Everett para ponernos a salvo mientras él me mira con preocupación. —¿Estás bien?

—Congelada, pero bien —le aseguro, deseando en mi fuero interno que por una vez alguien nos reciba sin que eso desencadene una prodigiosa batalla.

Pero ya tendré tiempo de arrepentirme más tarde. Por ahora, mis ojos se posan en los otros brujos. —Si sabéis quién soy, entonces debéis saber de lo que soy capaz —afirmo con un gruñido.

Los hombres de alrededor parecen dudar, pero las historias y mi reputación me preceden, así que por ahora ninguno nos ataca.

Tomando las riendas de la situación, Everett declara: —Queremos ver a su líder.

*Pensé que este hombre era su nuevo líder, creo.*

Sacude la cabeza. *No lo es*; Everett me responde en silencio a través de nuestro vínculo. *Lo he visto antes y es el comandante de sus ejércitos, pero no el líder real.*

*Estupendo. Entonces puede que aún tengamos tiempo de enmendarnos...*

Con un movimiento brusco, Everett suelta al hombre y empieza a vestirse a toda prisa, mientras yo los miro fijamente, con el desafío bailando en mis ojos indignados. —Ya le habéis oído. Llévanos ante el rey de los brujos.

El hombre que Everett acaba de liberar cae en brazos de sus aliados con la nariz vuelta hacia otro lado y sangrando. Nos mira con un profundo odio grabado en su rostro ahora roto, y comprendo que es un hombre orgulloso al que no le gusta perder, y mucho menos, delante de sus propios hermanos. —¿Por qué iba a hacer lo que dices? —pregunta el hombre con tono condescendiente y gruñe el labio con desagrado.

—Porque soy más poderosa que todo tu ejército —le digo, mi voz resuena con audacia—. Y tengo armas que no puedes imaginar, y lo que te digo no es una petición, sino una orden. O nos llevas ante tu rey, o llegaré a él por mis propios medios. Y no será bonito. —Cruzo los brazos sobre los pechos y entrecierro los ojos.

—No tendrás que hacerlo. Aquí estoy —dice un hombre que está con el ejército, y lo veo

avanzar hacia nosotros.

A primera vista, parece mucho más joven que el jefe de los soldados e incluso que el anterior rey. Pero guarda cierto parecido con él. Una tupida barba recorre sus mejillas, dando a su rostro un poco de edad que se suma al brillo inteligente de sus ojos, aunque por todo esto y por su pelo aún oscuro, deduzco que no debe tener más de treinta años.

—Tú eres Zander. El hijo del antiguo rey. —Everett le reconoce enseguida, mientras yo le observo con ojos atentos.

—Desde luego que sí —dice Zander—. Mi padre murió hace siete años en medio de la guerra. Su voluntad fue que nos mantuviéramos al margen de este conflicto, así que fuimos neutrales durante esta guerra.

—¿Por qué te escondes entre tus soldados? —pregunta Everett con una ceja levantada.

—Cuando detectamos intrusos en nuestro territorio y los identificamos, quise conocerles cara a cara. Pero he oído las historias que circulan sobre vosotros dos en vuestros viajes de los últimos meses. Y decidí que no era prudente mostrarme ante vosotros desde el principio.

—Pero ahora nos has mostrado tu cara...

—Solo porque has agredido a mi general en jefe —argumenta Zander.

—No nos ha dejado otra opción —dice Everett.

Pero levanto una mano para que se calle y en su lugar digo: —Estamos aquí porque queremos negociar y aliarnos con vosotros. —Le sostengo la mirada y la respiración, esperando su respuesta.

—Si es así, me temo que has perdido el tiempo. Los brujos no están interesados en participar en esta guerra.

—¿Por qué no?

—Porque no tenemos nada que perder ni que ganar. —Zander se mira las uñas y su calma durante mi urgencia me irrita.

—Tienes todas las de perder —interrumpe Everett, y me doy cuenta de que no cree que la actitud de este hombre sea la correcta, dada la evidente amenaza a la que se enfrentan Los Hijos del Crepúsculo—. ¡Es cuestión de tiempo que los cazadores vengán a por vosotros también!

—No lo han hecho en ocho años, y dudo que lo hagan ahora —argumenta el líder con su aire tranquilo e indiferente.

—Hasta ahora, no te han atacado porque eres una amenaza menor para ellos. Sabine y el Dr. Taylor se están centrando en Ciudad Cúpula ahora mismo porque es donde están la mayoría de los refugiados.

—Por no decir que encontrar a Nyx es la mejor manera de volver al reino de las hadas —añade Everett, mientras yo asiento con la cabeza.

—¿Pero qué crees que pasará cuando el Dr. Taylor consiga lo que quiere? Ya ha demostrado en

el pasado que es un hombre de falsas promesas.

—Es una posibilidad, pero nos arriesgaremos —afirma Zander.

Su actitud me pone de los nervios, pero suspirando, recuerdo entonces lo que puedo ofrecerle. — Si dices que no a participar en esta guerra porque no tienes nada que perder ni que ganar, ¿cambiarías de opinión si te dijera que puedo darte alguna ventaja?

Por primera vez, Zander parece interesado. Una de sus cejas se alza y me mira con interés. — ¿Qué quieres decir?

—Poseo dos de las reliquias de las brujas —aventuro, mostrando el anillo que llevo en el dedo—. Y tal y como te dije, poseo un poder con el que mis enemigos no cuentan.

—El poder de un dios —declara Zander, que debe de haber oído algo sobre el fuego que convoco mediante magia oscura.

Asiento con la cabeza, ya que es inútil negarlo, de todos modos. —Pienso usar todas las herramientas a mi disposición para derrocar a Sabine y convertirme en la próxima reina de las brujas.

—¿Y en qué beneficiaría eso a los de mi especie? —Zander se cruza de brazos mientras me estudia.

—Si soy reina —empiezo y levanto la barbilla—. Trabajaré en nombre de los brujos. Garantizaré que nuestra magia se comparta a partes iguales.

Y ahí es cuando finalmente capto su atención, porque lo que propongo es algo que las brujas nunca han ofrecido antes. Compartir el poder con los brujos.

Desde que Lilith nos concedió los dones, siempre hemos llevado la delantera. Pero por primera vez, las cosas podrían cambiar.

Zander se pasa la lengua por el labio inferior como saboreando la idea de más poder. —¿Y cómo sé que no estás mintiendo?

—Porque estoy dispuesta a hacer un pacto de sangre contigo a cambio de que decidas cooperar con nosotros.

El rumor de mis palabras se extiende como la pólvora entre los brujos y su líder, que me mira por primera vez, con verdadero interés.

—Tu oferta puede parecer tentadora, pero ¿y si fracasas? Arriesgaríamos todo para *nada*.

—No fracasaré —le prometo—. No si tú me ayudas. Porque sé que tenéis la última reliquia de Lilith escondida en alguna parte, o sabéis dónde está.

Mi mirada se centra en Zander. Aunque percibo la sorpresa que mis palabras detonan en Everett, sé que no esperaba que dijera algo así.

Sin embargo, Zander permanece impassible. —Aunque conozca el paradero de la reliquia, no puedo asegurarte que puedas llegar a ella.

—No importa... —Sacudo la cabeza de un lado a otro—. Puedo llegar si sé dónde está. Solo

necesito que aceptes cooperar conmigo.

Durante un largo rato, Zander permanece en silencio. —Tengo que hablar de esto con mi gente. Comprenderás que no puedo decidir algo así con precipitación o ligereza.

—Lo entiendo —le digo—. Pero espero que entiendas que yo tampoco tengo todo el tiempo del mundo. Así que te recomiendo que hables con tu gente cuanto antes, o tendré que marcharme.

—No habrás conseguido nada de mí, y mantendré a salvo a mi gente y a mí, así que no te conviene meterme prisa. —Zander levanta la ceja, encogiéndose de hombros.

—Tal vez... por ahora —le digo—. Pero te aseguro que lograré mi cometido de convertirme en reina de las brujas, sin importar los obstáculos. Poseo el apoyo del Alto Consejo y estoy aliada con la princesa Nyx, y soy cercana al líder de los lobos. Y tal como dices, poseo el poder de un dios por un lado.

—¿Qué intentas decir con todo esto? —pregunta Zander.

—Que recordaré a cualquier aliado o enemigo, y me reconciliaré con cada uno de ellos cuando llegue el momento. —Mis ojos permanecen fijos en los suyos.

—¿Me estás amenazando? —pregunta Zander, con evidente enfado.

—No es una amenaza —interviene Everett, cogiéndome la mano—. Sino una promesa.

En su mirada brilla el destello de la astucia y la determinación. Y sé que estará conmigo en esto. Que estará a mi lado pase lo que pase.

Tras pensarlo un momento, Zander asiente. —Bien. Ven conmigo. Los brujos consideraremos tu oferta. Mientras tanto, te daremos la bienvenida a mis dominios. Al menos, por ahora.

—Bien. Pero recuerden mis palabras... será mejor que se den prisa —les recuerdo a los brujos, siguiendo el camino que me indican.

*¿Estás segura de lo que haces? me pregunta entonces Everett, colándose en medio de mis pensamientos.*

*No, lo admito de la misma manera. Pero estoy segura de que cederán.*

*¿Por qué dices eso? Everett sigue interrogándome.*

*Porque le he ofrecido a Zander la única cosa que los brujos desean más que nada en el mundo: poder.*

## CAPÍTULO 18: EL REY Y LA REINA



## GWEN

—**E**speraréis aquí hasta que el consejo de brujos decida qué hacer con vosotros —dice el líder del ejército, a quien Everett golpeó antes en la cara. Por lo que tengo entendido, se llama Gastón, y nos mira como si nos odiara, cosa que no dudo. Sobre todo si tenemos en cuenta lo hinchada que tiene la cara después de la paliza que le dio Everett, el lobo alfa. Aunque, si soy sincera, creo que se lo merecía.

—Genial —afirma Everett con claro sarcasmo, mientras entramos en la sencilla habitación en la que nos han colocado. Se parece, más que nada, a una habitación dentro de un cuartel general del ejército, ya que hay varias literas repartidas por el espacio con pequeños cofres al lado, como los que se ven en las películas de guerra.

Me cruzo de brazos y miro cómo se cierra la puerta y sale el hombre. Está claro que nos vigilarán todo el tiempo, lo cual no me molesta. Mi mayor problema es que nos tratan como prisioneros.

De momento, Zander se ha marchado para hablar con el resto de los altos mandos de su bando sobre nuestra situación, lo que me hace pensar que estaremos aquí atrapados un par de horas.

*Si al menos eso me dejara descansar*, pienso antes de dejarme caer en un catre y arrepentirme de haberlo hecho, ya que son duros y el colchón es más una ilusión que una realidad

—Mierda, odio esto —afirma Everett, sentándose en el suelo a mi lado.

—Lo sé —suspiro, molesto, mirando al techo de madera—. Pero por ahora, estamos a su merced. Todo lo que tenemos que hacer es esperar.

*¿Qué haremos si deciden no unirse a nosotros?* pregunta Everett a través de nuestra conexión mental. Al igual que yo, debe estar sospechando que los brujos nos espían.

*No lo sé*, admito mientras frunzo el ceño. *Pero conseguiré esa reliquia como sea. Es nuestra única opción si queremos derrotar a Sabine.*

*Lo conseguiremos*, continúa Everett con confianza. En su mente, todo parece mucho más sencillo. Sabe que no será fácil, porque nada lo es, así que elabora planes sobre cómo debemos actuar. La mayoría de ellos conducen a la violencia, y aunque no me gustaría luchar, comprendo que puede ser nuestra única opción si los brujos deciden no estar a nuestro lado, o incluso intentar contenerlos.

*Hay un problema con tu lógica...* Confieso a Everett, siguiendo la línea mental en la que plantea

una feroz batalla. *Si recurrimos a la violencia, no conseguiremos el apoyo de los brujos en esta guerra, y necesitamos que se alíen con nosotros. Ahora, más que nunca, necesitamos estar todos en el mismo bando.* Es emocionante saber que puedo ver sus pensamientos con una claridad tan simple. Todo porque él se abre a mí como si fuera un libro de letras precisas.

*Bueno... lo siento, pero parece que va a ser más complicado de lo que crees.*

*Supongo que sí. Siempre lo es,* admito, con un suspiro entre los labios.

Por suerte, el Alto Consejo de Brujos, o como quiera que se llamen, no parece tardar mucho en tomar su decisión. Al menos, no tanto como esperaba.

Y no es hasta horas después cuando, tras sentir que nos morimos de aburrimiento, Gastón regresa, con la nariz igual de hinchada y los ojos ahora amoratados, lo que me hace preguntarme si sus curanderos no han podido tratarle.

—Muy bien. Ahora te verán —dice Gastón, de pie junto a la puerta y esperándonos.

—Maravilloso —dice Everett en tono cansado y se levanta.

—Tú no —afirma Gastón, cortando a Everett—. Solo ella.

—¿Por qué? —pregunta mientras mira a Gastón como si quisiera asestarle otro golpe en la cara al brujo

Gastón no le contesta, pero me mira y dice: —Si quieres que consideremos tu oferta, seguiremos nuestras reglas.

*Este tipo tiene que estar bromeando...* me transmite Everett con agitación.

*Déjalo,* murmuro en mi cabeza. *Por ahora seguiremos sus reglas.*

Decido seguir a Gastón, así que me pongo de pie, mirándole fijamente. —Bien, vámonos.

—Un momento. Antes debes hacer otra cosa. —Gastón saca algo de su bolsillo, extiende la mano y empuja hacia mí una pequeña píldora verde que huele a hierbas fuertes—. ¡Tómala!

Identifico algunos de sus componentes, solo por el olor. —Esto es un bloqueador —le digo, poniéndome a la defensiva.

—Lo que el Líder Zander tiene que hablar es solo contigo, bruja. No concierne a tu compañero. Si quieres hablar con nuestro líder, será a solas, sin la interferencia del lobo en tu cabeza. —Entrecerró los ojos hacia mí, alzando las cejas.

—¿Quién te crees que eres para hablarle así e imponerle semejantes órdenes? —protesta Everett, sintiéndose cada vez más molesto.

Es obvio que va a saltar sobre este idiota en cualquier momento, así que lo detengo.

—No... Está bien, Everett. Yo lo haré. —Le doy una pequeña sonrisa, tratando de apaciguar a Everett, pero puedo decir que no está funcionando. Tanto el hombre como el lobo están indignados.

*¿Estás loca?* dice dentro de mi cabeza. *No sabes lo que contiene. ¿Y si están intentando*

*drogarte?*

*No lo están, le prometo, mirando el inhibidor con cautela. Los brujos no están tan locos y saben que podría deshacerme de lo que sea que hayan puesto en esta cosa muy fácilmente usando la influencia del Dios de la Luz. Seguro que solo quieren negociar conmigo.*

*¿Y crees que eso está bien?* pregunta, agitado.

*Es mejor que nada, lo admito, sintiendo su enfado como mío, pero intentando que no me altere lo suficiente como para tomar esta decisión. Escucha, hablaré con él y veré lo que quiere. Tendré fuerzas suficientes para volver contigo si lo que me proponen no es de mi agrado.* Dirijo mis ojos hacia Everett con una mirada suplicante.

*Mierda... Bien. Pero ten cuidado,* dice Everett en mi cabeza, mientras yo asiento.

Mirando con odio a Gastón, tomo entonces la pastilla y abro la boca, mostrándole después la lengua, para que vea que me la he tragado. —¿Contento? —Pregunto en un tono odioso.

—Sígueme —responde Gastón, mirando a Everett como si esperara que tomara una decisión crítica en cualquier momento, mientras salimos de las literas.

Seguí al líder de los soldados, y sentí que el vínculo entre Everett y yo se debilitaba cuanto más me alejaba de él. Es extraño, como perder una parte de mí, adormeciéndose hasta casi desaparecer.

Al final, ya no lo siento, así que entiendo que ahora estoy sola. O al menos, todo lo sola que puedo estar con las voces de un dios enloquecido rondando dentro de mi cabeza.

Inspirando lentamente para mantener la calma, sigo a Gastón hasta lo que parece un palacio construido al borde de un acantilado. La idea de que estos grandes edificios traten de reprimir algún otro complejo de inferioridad me hace reír, pero decido no expresarlo.

Gastón me guía hasta un gran espacio que parece un comedor, salvo que lo adaptan para que sea una especie de sala de reuniones. Con una larga mesa cuadrada en su centro e importantes retratos colgados en las paredes.

En la cabecera de la mesa se sienta Zander. Solo él... solo. No repara en mí al llegar, sino que se mira las manos, entrelazadas sobre la mesa y con un gesto tan tranquilo que casi le hace parecer una estatua.

—Déjanos solos —le dice Zander a Gastón, y éste obedece, saliendo así de la habitación.

—¿Y bien? —le pregunto entonces, cruzándome de brazos con una ceja levantada.

El alto líder de los brujos se levanta. Lleva en la cabeza una especie de corona tallada en oro y que tiene un aspecto rústico que conviene al rostro de este joven de carácter tan parco y ojos serios.

Camina con pasos lentos hacia mí hasta que estamos frente a frente y uno enfrente del otro. Mientras le observo, me molesta tener que mirar hacia arriba, pues detesto lo bajita que soy. Sin embargo, eso no me impide saber que, en un hipotético enfrentamiento, ganaría a este hombre sin duda alguna.

—Está decidido. Ayudaremos a las brujas y nos reuniremos con los Hijos del Crepúsculo — anuncia Zander, haciendo que una parte de mí suspire aliviada.

Pero es una pequeña parte porque sé que sus palabras me ocultan algo.

—¿A cambio de qué? —inquirí, esperando el golpe de su petición.

—Por nuestra alianza, has prometido poder... —Zander aventura.

—Y yo te lo daré —afirmo chasqueando la lengua.

—Pero no lo queremos. Al menos, no como tú crees.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, ceñuda y confusa.

—Después de la guerra, queremos que brujos y brujas sean considerados de la misma raza. Porque, después de todo, lo somos.

—¿Qué? grito, incapaz de creer lo que me está diciendo.

Zander me mira con ojos analíticos mientras declara: —Los brujos y las brujas somos humanos. Humanos con un extraño don que no debería beneficiar a unos sobre otros, solo por su sexo.

*¿Se trata de una conversación sobre el poder o sobre los derechos humanos?* me pregunto mientras le escucho.

—Eso lo decidió la propia Lilith —le digo, explicándole.

—Sé que lo hizo, pero ha pasado mucho tiempo y ahora las cosas deben cambiar. —Zander me estudia y noto la tensión en la habitación.

—¿Y qué propones que hagamos al respecto? —Pregunto, sin saber a dónde quiere llegar Zander.

—Quiero que firmemos un acuerdo que muestre nuestra unanimidad. Formaremos a brujos y brujas como un solo clan. Para vivir juntos como uno —dice.

—No... no lo sé —pronuncio, sintiendo que, en efecto, es más de lo que puedo prometer de mí misma o de mis hermanas en el acto.

—Y hay algo más —Zander entonces me corta, haciendo que le fulmine con la mirada, sabiendo que se avecinaba lo peor

—¿Y cuál sería? —Pongo las manos en las caderas para ocultar mi nerviosismo. Todo depende de este trato y no puedo soportar otra bola curva.

—Si aceptas nuestro trato, debes casarte conmigo.

—¿Qué? —exclamo sorprendida, dándome cuenta de la razón por la que no querían que metiera a Everett en esta conversación. Porque, por supuesto, Everett les arrancaría la cabeza si supiera lo que Zander estaba insinuando—. No puedes esperar que yo... —Empiezo, mientras retrocedo.

Pero Zander se mantiene firme en sus exigencias. —La única forma de demostrar a ambas partes que vamos en serio es que los líderes estén unidos, e incluso en nuestros tiempos, el matrimonio

sigue siendo la mejor opción para ello.

—¿Has perdido la cabeza? —le pregunto a Zander, negando con la cabeza.

—Tal vez —admite—. Pero esas son nuestras condiciones. Si aceptan nuestro pacto, o si quieren nuestra ayuda, nos darán lo que pedimos.

—¿Y si no lo hago? —escupo, exasperada.

—Si ese es el caso, mis hombres tienen órdenes de retenerlos a ambos y entregarlos a los cazadores. Y antes de que empieces a amenazarme, lo sé todo. Sabemos bien que puede que no seamos tan fuertes como tú, pero créeme cuando te digo, Gwen Adler, que mis ejércitos son lo suficientemente poderosos como para retenerlos el tiempo suficiente, y hasta que lleguen los cazadores. Están muy cerca, después de todo...

*¡Maldito bastardo!*

—¡Nos has tendido una trampa! —Grito, llena de pura rabia.

Zander no responde a mi acusación, sino que se limita a mirarme, esperando una respuesta. —¿Y bien? —aventura, presionándome para que acepte o rechace el trato.

El problema es que, por ahora, no creo que pueda negarme. Al menos no si quiero salir vivo de esto. Y sé que los cazadores nos están siguiendo, solo un paso por detrás. Y además, los brujos son los únicos que conocen el paradero de la última reliquia.

—Si hago lo que me pides... —Digo, aún sin aceptar el trato—. ¿Cómo sé que cumplirás tu parte del pacto?

—Yo mismo te guiaré hasta la reliquia de Lilith —promete Zander—. Y te dejaré seguir con tu misión, sea cual sea, hasta que consigas lo que quiero. Una vez que seas reina de las brujas, te tocará cumplir tu parte del acuerdo.

*Esto es una puta mierda...* Pienso, perturbada más allá de la razón. Pero ahora mismo siento que no tengo escapatoria. Ninguna otra salida y no la tengo. Claro que puedo luchar, y buscar la forma de conseguir la reliquia a mi manera, pero hay demasiados factores en mi contra como para no tenerlos en cuenta a la hora de tomar esta decisión. Especialmente porque estoy aislada de Everett y no tengo forma de alertarlo del peligro. Sería demasiado tarde para cuando pudiera hacerlo.

—Bien —digo, hirviendo de calor y odiándome por haber aceptado. *Puedo con esto*, pienso con desesperación. A su debido tiempo, eludiré esta responsabilidad y cancelaré este ridículo trato—. Haré lo que me pides. Si aceptas aliarte con nosotros, me casaré contigo, una vez que sea reina de las brujas.

Aunque su expresión no lo dice, Zander parece encantado con la idea. Asiente y se acerca un poco más a mí, pinchándose el dedo con el filo oculto en el interior de uno de sus anillos.

—Un pacto de sangre. Claro —susurro molesta, tendiendo la mano hacia la suya y odiando el hecho de que Zander se haya preparado para no dejarme ningún resquicio. *¡Magnífico!*

Entonces me pincha el dedo y une nuestra sangre, haciéndome repetir mi juramento, y siento que

me invade el mareo, producto de la promesa.

Ser la esposa de Zander... Es la última cosa en el mundo que quiero hacer. Y sé que Everett me odiará por esto. Y no será capaz de perdonarme por hacerlo; pero por ahora, es nuestra única opción. La idea de que me desprecie me revuelve el estómago.

—De acuerdo, el trato está hecho —afirma, y yo me alejo de él de inmediato.

—Bien. Pero no dirás nada de esto a nadie fuera de tu consejo. Al menos no hasta que llegue el día en que yo sea la reina y deba cumplir el pacto —le amenazo con los ojos entrecerrados y la voz helada.

—Que así sea —dice Zander y sonríe—. Ve a buscar a tu lobo. Yo te guiaré hasta la reliquia.

Riendo con amargura, doy un paso atrás y me doy la vuelta. —Everett no es mi lobo... Es mi compañero *destinado*.

—Y por eso, serás tú quien le diga que estás prometida con otro. —Zander sonríe, y por primera vez, parece divertido ante toda la situación.

*¡Bastardo!*

—Asegúrate de no estar cerca cuando lo haga —digo entre dientes apretados—. Porque entonces, te lo aseguro, ni siquiera yo podré detenerlo.

—No me asustan un par de puñetazos. —Zander se encoge de hombros.

—Puede que no. Pero dudo que ninguno de los dos podamos cumplir nuestra parte del trato si estás muerto —le digo, sabiendo que Everett no se conformará con una paliza si ese es el caso.

Zander me mira con una expresión que grita horrorizado e intimidado. Debe de estar recordando el enorme tamaño y la velocidad de Everett, lo que me causa gracia, y esta vez soy yo la que sonríe.

Si cree que se ha salido con la suya, está muy equivocado. Aunque ahora mismo no sé cómo encontraré una forma u otra de librarme de este contrato con él. Pertenezco a Everett.

## CAPÍTULO 19: EMBOSCADA



EVERETT

¡Maldita sea! El vacío dentro de mi cabeza me inquieta. Camino de un lado a otro, pasándome las manos por el pelo, perdiendo la cabeza, ya que el vacío que siempre ocupa Gwen ha desaparecido.

Es extraño; antes apreciaba mi silencio, pero ahora no soporto la idea de no tenerla cerca ni oír sus pensamientos cuando no está. La he odiado por algunas cosas que hemos pasado en el pasado, pero la presencia constante de Gwen me ha hecho sentir seguro y completo. Y no soporto la idea de que me eche de menos como yo a ella.

Menos mal que después de solo un par de horas, Gwen vuelve con cara de estrés y disgusto. Pero está de una pieza, y eso es todo lo que me importa.

—¡Gwen! —Grito y corro hacia ella—. ¿Estás bien? —Busco respuestas en su cara y sus ojos.

—Bien. Sí, claro —responde frunciendo el ceño—. Solo necesito salir de aquí.

Sus manos en las mías me hacen sentir un poco más seguro. Al menos ahora sé que está ilesa.

Al levantar la vista, veo a Zander, el líder de los brujos, de pie en la entrada del recinto, observándonos con esa expresión inexpresiva y desagradable que tanto me frustra. Al cabo de un momento, se da la vuelta.

—Vamos. Te mostraré el camino —anuncia Zander, mientras él y Gastón se ponen en marcha.

—¿Qué demonios ha pasado? ¿Y qué te ha dicho? —le pregunto a Gwen en un susurro, pero ella se limita a sacudirme la cabeza.

—Te lo explicaré todo más tarde. —Sonríe y me acaricia la mejilla, pero noto su tensión—. Por ahora, slo puedo decir que han aceptado aliarse con nosotros.

Bueno, como mínimo, debería ser un alivio. Es lo que hemos estado esperando, después de todo... Pero el hecho de que Gwen no parezca contenta con la noticia me dice que yo tampoco debería estarlo.

—¿Nos llevarán a la reliquia de Lilith, entonces? —Le pregunto.

—Lo harán. —Gwen asiente con la cabeza.

A su lado, sigo a Zander hasta que llegamos a unos lujosos coches deportivos, que están al otro

lado de la propiedad. El aspecto de Zander me decepciona en cierto modo. Estaba segura de que este tipo era de los que usan caballos y esas cosas. Algo en él me hacía pensar que estaba chapado a la antigua, así que no esperaba que tuviera coches.

—¿Adónde vamos? —pregunta Gwen, subiendo al asiento trasero de un deportivo negro último modelo. Acepté su conformidad sin rechistar, pero la tensión palpable me hizo sentir que me estaba perdiendo algo. Las cosas no me parecían prometedoras.

—La reliquia está a unos kilómetros. Es mejor ir en coche que andando —dice Zander, junto a Gastón, que va al volante.

A través de mi visión periférica, observo que algunos otros brujos se unen a nosotros. Tres coches se preparan y están listos para partir.

—De acuerdo. Saldremos de esta, de una vez por todas —susurra Gwen a mi lado, con los brazos cruzados y la desgana grabada en el rostro.

El coche arranca y nos ponemos en marcha, atravesando el denso bosque a una velocidad que me parece asombrosa. Los vehículos grandes no deberían moverse tan rápido cuando no hay un camino formado delante de ellos. Esto sería mucho más fácil en mi forma de lobo, pero no puedo correr más rápido que estos coches con Gwen a mi espalda.

Así que me siento, esperando a que esta gran caja metálica se mueva más rápido a medida que nos adentramos en el bosque, que parece volverse más accidentado y denso.

—Algo no va bien... —Gwen mira a su alrededor con los ojos entrecerrados y tensión en la mandíbula, lo que me indica que está nerviosa. Pero lo ha dicho en susurros para que yo pueda oírlos.

Sus palabras me ponen en alerta porque cada vez que dice que *algo no está bien... ¡Tiene razón!*

—¿Crees que nos están tendiendo una trampa? —Me giro y miro a Gwen con el ceño fruncido.

Sacude la cabeza con un movimiento rápido. —Hice un pacto de sangre con Zander —me dice, con una mueca de desagrado pintada en los labios—. Ese juramento le obliga a cumplir su promesa. Dudo mucho que...

—Mierda —dice Gastón, y tanto Gwen como yo volvemos la mirada, asomándonos al frente para ver qué está pasando.

Entonces la vemos. Alta, con coleta y vestida de negro. Sonríe mientras apunta al coche con uno de sus rifles.

—Mierda —repito yo también, notando la sonrisa en los labios de Aleksandra. Su sonrisa malvada y petulante presagia muchos problemas.

Gwen empieza a chasquear la lengua. Y entonces, todo a nuestro alrededor explota.

Ocorre demasiado rápido para que me dé cuenta al principio. La explosión hace detonar el coche que tenemos delante, que vuela por los aires como en una película de acción. Me cuesta hacerme a la idea.

Gwen levanta las manos mientras Zander susurra hechizos a toda velocidad. Los miro y observo

el momento exacto en que Aleksandra nos apunta con su arma y dispara. Sus balas, que deben de tener algún elemento explosivo, impactan contra el coche mientras a nuestro alrededor todo arde en llamas.

La magia de Gwen nos ha permitido salir vivos de esta. Lo sé, porque cuando las llamas rugen a nuestro alrededor, en medio del fuego y los escombros, una especie de burbuja protectora nos envuelve a ambos mientras volamos por los aires. Un sonido abrumador de desastre estalla contra mis oídos. El calor, que intenta atravesar la burbuja, me quema la piel y siento que mi cuerpo vuela en la distancia antes de caer al suelo, a varios metros de donde estaba el coche.

A nuestro alrededor, el mundo parece encenderse y arder. El fuego se extiende desde la gasolina derramada y las alarmas y sirenas resuenan a nuestro alrededor, símbolo de que los cazadores se acercan.

Como me siento aturdido, tardo en levantarme. Una vez de pie, me doy cuenta de que Gwen está a mi lado. Tiene una pequeña herida en la frente, pero por lo demás, parece estar bien. Hemos tenido suerte. La estudio mientras observo los alrededores y los detalles.

Zander, el Líder de los Brujos, ha sobrevivido, y Gastón también. El otro coche, una imponente camioneta negra, ha soportado el ataque. Los brujos que protegen a su líder salen corriendo de sus vehículos y rodean a Zander.

—¡Cazadora! —grita Zander, alzando la voz para que sus palabras lleguen a Aleksandra—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—¿No es obvio? Yo cazo a los marginados. Has tomado partido, brujo, y ahora debes pagar las consecuencias. —Aleksandra se levanta con la barbilla alzada y una sonrisa tímida.

Ahora, más que nunca, estoy decidida a deshacerme de ella. La odiosa mujer ha causado problemas desde el mismo instante en que se cruzó en nuestro camino, pero ese no parece ser el plan de Gwen.

—Tenemos que salir de aquí —dice Gwen entre jadeos mientras me agarra de la mano.

—¿Qué? —Digo, desconcertado.

—La reliquia... creo que puedo sentirla —exhala Gwen en un susurro—. Tenemos que llegar a ella ahora mismo.

Al mirar a mi alrededor, me doy cuenta de que cada vez hay más cazadores. Zander no parece asustado, pero nos superan en número.

—No podemos abandonarlos, Gwen. —La miro y sacudo la cabeza—. Si lo hacemos, no sobrevivirán.

—No importa. Lo importante es conseguir la reliquia. —Su mano aprieta la mía.

—Si Zander muere... —Le recuerdo a Gwen—. Cualquier trato que hicieras con los brujos desaparece con él.

Por un momento, la idea no pareció desagradar a Gwen. No del todo.

—Mierda. Vale —refunfuña y se levanta. La observo y veo cómo se lleva la mano al bolsillo,

cortándose la palma con el filo de una navaja que siempre lleva encima.

En ese momento, algo en ella parece cambiar. O mejor dicho, todo cambia, incluso sin tener el vínculo entre nosotros. La siento a través de la fuerza que emana de su magia, y sé que ha vuelto a hacer una nueva invocación al Dios de la Luz.

Y no soy la única que se da cuenta. A nuestro alrededor, todas las criaturas relacionadas con la magia se giran y miran a Gwen con una mezcla de conmoción y sorpresa en sus rostros. Aleksandra parece mudar de expresión, mirándola un instante como si ahora considerase a Gwen una amenaza peligrosa.

—¿Quieres jugar? —pregunta Gwen con una voz extraña. Ella no se da cuenta, pero cada vez que el Dios de la Luz toma posesión del cuerpo de Gwen, su voz cambia. Se vuelve ronca, infantil y densa—. De acuerdo. Vamos a jugar.

Sin previo aviso, salta hacia delante y no me lo pienso dos veces mientras la sigo. Con inmediatez, me pongo en fase y siento cómo se me desgarran la camisa cuando el lobo albino de más de dos metros se manifiesta en medio del bosque. Y ahora, más que nunca, noto el calor de las llamas que pueblan la escena.

Zander también está en movimiento. Él y sus brujos se arremolinan y entonan invocaciones. —¡No sabes en qué camino te has cruzado, cazadora! —grita Zander, mientras las hojas caídas de los árboles se elevan y bailan alrededor de los cazadores.

De repente, la escena pasa de caótica a postapocalíptica. Parece como si el fin del mundo nos hubiera alcanzado. Las llamas dejan de agitarse, y en su lugar bailan, como movidas por la misma entidad. Y sé que lo hacen porque, mientras danzan, todas se retuercen hasta Gwen, que las recoge en sus manos y, con gritos desesperados, las lanza contra los cazadores.

Los cazadores están más preparados esta vez que en batallas anteriores, ya que llevan una especie de traje especial contra el fuego, pero no parecen resistir. No por mucho, al menos. Tal vez porque resisten los fuegos normales, pero lo que Gwen está creando es un fuego mágico, capaz de destruir la esencia misma de todo lo que la rodea.

Mientras tanto, el resto de cazadores parecen luchar contra fantasmas. Las espadas han adoptado extraños filos que rebanan sus pieles como si fueran cuchillos de carnicero. Los veo caer mientras atravieso a toda prisa el campo y me dirijo directamente hacia Aleksandra. Ella grita indicaciones mientras apunta sus balas a izquierda y derecha, creando explosiones que derrumban el paisaje circundante.

—¿Quieres jugar, Lobito? —Me guiña un ojo cuando me ve llegar.

El gruñido de mis labios es toda la respuesta que necesita a sus palabras. Mis patas delanteras se estrellan contra su pecho y la derriban mientras se ríe. La cazadora tiene en sus manos un afilado cuchillo con el que intenta alcanzarme. Se lo quito con un rápido movimiento mientras esquivo una de sus balas.

Para hacerlo, tengo que volver a desplazarme, así que me muevo a toda prisa, apresurándome y preparándome para volver a desplazarme mientras lo hago. Pero me siento extraño. No fuera de control, pero sí diferente.

—¿Qué te pasa, Lobito? —Aleksandra se ríe y recorre mi cuerpo desnudo—. ¿Te sientes... diferente? —Arquea una ceja perfecta.

Aleksandra tiene un brillo malvado en los ojos. Y cuando sus ojos se cruzan con la herida de mi cuerpo, sé lo que quiere decir.

Se levanta y saca otra pistola de su cinturón. —¿Todavía no experimentas todo el placer de la droga que te inyectamos? —pregunta divertida, y mis labios se curvan en un gruñido.

No me da tiempo a responder, pero vuelvo a cambiar y me levanto de un salto a toda prisa, corriendo hacia ella y Aleksandra estalla en carcajadas.

Pero lo que ella no puede esperar es que Zander está a su espalda. El rey de los brujos ha corrido hacia delante, camuflado por algún tipo de ilusión. Y mientras levanta las manos, entonando un cántico, invoca grandes raíces de árbol enmarañadas, que se acercan a Aleksandra a toda velocidad.

La cazadora suelta un grito ahogado y lucha por liberarse del agarre de madera que la envuelve. —¡Vete, AHORA! —grita Zander, mirando a su alrededor, igual que yo y siguiendo la dirección hacia donde está Gwen.

Está en el centro de la batalla, rodeada de un anillo de fuego que quema todo a nuestro alrededor. Su luz es tan brillante que, por un momento, casi parece cegarnos y nos llevamos las manos a los ojos.

—¡Ve a la cresta! —grita Zander, acercándose a mí—. Hay una cueva descubierta por la marea baja. Si no entras pronto, ¡se hundirá durante un día entero!

Asiento, sabiendo que Zander debe estar diciendo la verdad y por ahora decido perdonar la vida de Aleksandra, corriendo en su lugar para alcanzar a Gwen.

Parece interpretar mis emociones. Cuando me acerco a ella, abre el círculo de fuego y me ve inclinado, deseando que se suba a mi espalda. Salta sobre ella a toda prisa mientras se aferra a mi pelaje mientras yo despego.

—¡No podemos irnos ahora, tú mismo lo has dicho! —grita Gwen, pero no se baja, en cambio Gwen me permite acelerar en medio de mi carrera.

Los cazadores intentan seguirnos, pero el anillo de fuego es demasiado alto, lo que les dificulta el paso. Sin embargo, ese no es su único obstáculo. Los brujos siguen atacándolos con todas sus fuerzas.

Así que apresuro mi carrera, tal y como he querido hacer durante horas, corriendo a través del bosque y sintiendo cómo la velocidad domina mis patas mientras la tierra se difumina a nuestro paso.

Lo veo entonces, al llegar a la linde del bosque, el mar que se dibuja más allá y en un punto muerto, la tierra, que termina bruscamente.

Y con mis agudos instintos, sé que tengo que saltar, porque no hay forma de bajar esta cresta a menos que lo haga. No hay senderos ni descensos a la vista, así que me decido, aunque no tengo forma de avisar a Gwen de lo que está a punto de ocurrir.

Gwen prevé mis acciones y contiene un grito mientras sujeta sus manos alrededor de mi pelaje mientras me precipito al vacío. Y de la nada, estamos cayendo. Cayendo a través de la nada, y esperando a que el frío del mar nos alcance.

Solo entonces, Gwen grita, aterrorizada al ver las olas que vienen hacia nosotros. Grita sabiendo que lo que nos espera es incierto, pero al menos nos acercamos a nuestro destino.

Porque, en medio del miedo, puedo sentir cómo se forma de nuevo nuestra conexión. Y entonces, más allá del propio miedo, causado por el vértigo y la locura del dios que sigue resonando en su cabeza, puedo sentir ese pulso. Ese pulso que late en su interior nos dice que estamos más cerca de lo que pensamos de la última reliquia que buscamos.

## CAPÍTULO 20: OSCURIDAD EN MEDIO DE LA CORRIENTE



## GWEN

**E**l sabor a sal se filtra en mi boca mientras las olas chocan contra nosotros al caer, y por un momento, me siento aterrorizada.

Es algo extraño; durante meses he sentido miedo, miedo a morir de hambre o a morir durante una batalla. Miedo de perder a mi gente, o de perder a Everett, que es casi peor que todo lo anterior. Y miedo a morir, e incluso a vivir. Pero nunca he sentido un terror como este.

Incluso el Dios de la Luz guarda silencio en medio del terror: guarda respeto al mar. El torbellino de olas que nos rodea, gélido y despiadado, no es una persona cuya destreza pueda superar con uno de mis hechizos o un pacto que me permita salir victorioso en el momento oportuno. Estas olas, que nos lanzan cada vez más cerca de las rocas que yacen en la orilla, amenazadoras y despiadadas, que prometen acabar con nuestras vidas, son reales. Y es quizá más terrible que cualquier otra amenaza que haya conocido.

Por un momento, cuando una ola me arrolla y me arroja bajo el océano, en la oscuridad, presiento que éste es el final. Tan cerca de mi meta y tan desdichado, pues no he muerto como esperaba, sino de una forma tan improbable que resulta casi demasiado risible de imaginar.

En medio de la oscuridad, el frío mar se abre ante mí. El silencio, abrazándome a través de todo lo demás, acogiéndome en su fría manta que promete borrar mi nombre de la lista de los vivos sobre la faz de la tierra.

Pero entonces, los colmillos de Everett alcanzan mi ropa y tira de mí hacia la superficie, apretándome la camisa hasta que puedo volver a respirar. Inhalo entonces, jadeando al toser, sintiendo la sal arder dentro de mis pulmones. Pero al menos sigo viva.

Está claro que Everett es mucho más fuerte que yo. Sus piernas controlan mejor el agua y entre las olas que yo. Me aferro a él, tosiendo e intentando recuperar la visión, porque las olas no dejan de salpicarnos y debo recuperar algo de equilibrio.

Durante todo el caos, Everett nada a cuatro patas en su forma de lobo hasta el acantilado. Me doy cuenta de sus intenciones, porque una vez más nuestro vínculo ha vuelto, y ahora entiendo lo que se propone, ya que sus ojos mucho más agudos y experimentados encuentran la abertura que se forma entre las rocas. El lugar exacto que buscamos: una pequeña grieta en una formación rocosa escarpada.

Por suerte, Everett es fuerte, así que lucha contra las olas y la tormenta, apurando el paso hasta

que llegamos al acantilado. Mientras lo hacemos, observo que hay unas escaleras que bajan desde el mar y se adentran en la cueva. Me fijé en unas escaleras talladas en la misma piedra, que me parecieron extrañas. Estaban resbaladizas por el cieno, la sal y el agua, pero Everett y yo nos agarramos a ellas. Mientras tosía, intentando expulsar el agua salada que me quemaba los pulmones, subimos hasta llegar a la cueva.

Solo entonces, cambia de forma y se deja caer contra las rocas, áspero y gris, mientras lo observo. Me siento intimidada por el propio silencio del Dios de la Luz mientras me tumbo, sintiendo el peso del mar aún sobre mis hombros.

—Mierda —dice Everett con voz ronca por el agua salada del mar.

Se levanta con cautela y me tiende la mano, mientras yo le tiendo la mochila que siempre llevo al hombro. Tengo una muda de ropa para él, lo cual es una suerte; de lo contrario, tendría que andar desnudo mientras nos ocupamos de todo este embrollo de situación. —¡Maldita sea, necesito que las cosas sean sencillas de una vez! —grita Everett.

—Sí, yo también —le digo, escupiendo agua de mar y deseando con todas mis fuerzas tener agua fresca con la que enjuagarme la boca. Recuerdo entonces que tenía una botella de agua en la mochila, así que la saco y empiezo a beber antes de pasársela a Everett—. Pero es muy dudoso que eso llegue a ocurrir. —Sacudo la cabeza, frunciendo el ceño, antes de ponerme en pie.

La temperatura dentro de la cueva no es mucho mejor que fuera. El viento aúlla contra las rocas y hace frío. Decidimos continuar tal como estamos a pesar de la ropa empapada porque intentar secarla sería una pérdida de tiempo dado que no sabemos lo que nos espera.

—¡Tenemos que movernos *ya*! —dice Everett, tomando la delantera mientras me agarra de la mano para que no tropiece con las rocas afiladas. Como su vista es mejor que la mía en medio de la oscuridad, no tarda mucho en moverse—. Si las palabras de Zander son ciertas, la marea podría atraparnos en cualquier momento.

Siento que el corazón me late con fuerza en el pecho, pero me contengo. Las náuseas, el frío y el miedo me impiden detenerme porque sé que todo merecerá la pena si, al final del camino, consigo lo que hemos estado buscando -la última reliquia- durante tanto tiempo. Esa última reliquia que necesitamos para enfrentarnos a Sabine y reclamar el reino de las brujas en mi nombre y en el de mis hermanas.

—Lo conseguiremos —anuncia Everett, sintiendo el flujo naciente de mis emociones y leyendo a través de mis pensamientos.

Es una suerte que pueda verlo todo de mí, pero lo que más le preocupa es aquello en lo que pienso al instante o a lo que más atención presto. Por suerte para mí, tengo que mantener la conversación entre Zander y yo a escondidas. De lo contrario, explotará. Por ahora, debo guardarme este tema para mí sola, y luego, cuando todo pase... Bueno, no sé cómo resolveré todo esto, pero tengo la esperanza de encontrar la manera.

Si Everett buscara en la parte precisa de mis pensamientos, podría encontrar esa conversación específica, pero como no sospecha nada, tampoco tiene forma de saberlo... por ahora.

—Debe ser por aquí —afirma Everett, haciendo una pausa mientras me deslizo a su lado para ver a qué se refiere.

Delante de nosotros hay una grieta que baja, que es el único camino que tenemos. Es bastante estrecha, aunque calculo que Everett y yo podremos cruzarla sin demasiado esfuerzo. El problema es que la mitad de la grieta está bajo el peso del agua, que es negra, turbia y fría, lo que nos impide ver el otro lado del sendero. No sé adónde conduce ni cuánto tiempo tendremos que aguantar la respiración.

—Yo iré primero —dice Everett.

—No, lo haré yo. —Respiro hondo y doy un paso adelante—. Puedo usar magia para ver mejor el camino, o aguantar la respiración.

—Déjalo. Ahorra energía. —Extiende la mano y me tira hacia atrás—. Volveré a ti si llego a un punto en el que no pueda aguantar la respiración, pero será mejor para los dos si me voy primero.

No lo admite, pero dentro de sus pensamientos, puedo sentir que, de hecho, está tratando de protegerme. También puedo entender que no cederá en esto.

—De acuerdo. —Acepto sin pensarlo y Everett se zambulle en el agua.

Le veo descender, su cuerpo hundirse entre las olas y, mientras desaparece en las aguas heladas, conectada a él solo a través de la presencia que nos une, siento el terrible miedo de perderle en cualquier momento. La marea dentro del túnel es mucho más fuerte de lo que él esperaba, por lo que tiene que luchar contra las aguas para evitar que le hundan o le empujen contra las rocas. También está la profunda oscuridad, ya que incluso con unos sentidos tan desarrollados como los suyos, apenas puede ver por dónde se mueve.

Por suerte, es un camino de ida, así que lo consigue. Con esfuerzo, pero lo hace.

Después de casi cinco minutos, emerge a la superficie y, a través de sus ojos, casi puedo ver lo que hay al otro lado, pero no lo entiendo. Las rocas son altas y por encima de la cabeza de Everett, solo hay una extraña luz blanquecina y brillante que debe provenir de lo que estamos buscando: La reliquia de Lilith.

*De acuerdo. Voy por ti*, me dice Everett a través de sus pensamientos.

Tras inspirar profundamente, se hunde y desaparece en la oscuridad. Al cabo de unos minutos, reaparece, con la piel fría y la respiración agitada, pero al menos intacto.

Luego sube hasta mi altura. —Por lo que veo, hay otra cueva conectada a ésta por ese túnel, que se hundirá pronto por la fuerza de la marea. —Everett señala hacia el otro túnel—. Podemos llegar hasta allí. No parece que la otra cueva vaya a hundirse, pero es probable que quedemos atrapados hasta mañana, como mínimo, si vamos por ahí.

—¡Tampoco podemos volver! —Me cruzo de brazos con una mueca grabada en la cara—. Hay todo un ejército luchando sobre nuestras cabezas. Si salimos de la cueva, nos tenderán una emboscada en cuanto nos vean.

—De acuerdo. —Everett asiente—. Entonces nuestra única opción es seguir por este camino. —Yo también asiento, en respuesta—. Bueno, en ese caso, tendrás que dejarme hacer el trabajo duro —admite—. La corriente es demasiado fuerte para que la atraveses tú solo, así que tendrás que confiar en mí para que nos lleve al otro lado de esto.

—Oh... Vale —digo entre los nervios, pensando en algún hechizo que pueda ayudarnos a atravesar la corriente. Quizá haya unos cuantos, pero los nervios, debido a la situación, me impiden pensar en ninguno ahora mismo.

—Nada de magia —dice entonces Everett, sacudiendo la cabeza—. Esta vez tendrás que dejar que el gran lobo alfa se encargue de todo. —Sonríe, en medio de lo que debe ser una broma.

Sus palabras me hacen sonreír. Me inclino hacia Everett y lo beso sin pensarlo. —Gracias —susurro contra su boca de labios helados y salados, y Everett me agarra la mano.

—Rodéame con tus brazos y agárrame fuerte. No tengas miedo de asfixiarme ya que no podré respirar, de todos modos.

Asiento con la cabeza, temblando un poco, y hago lo que me pide. —Bien. Ahora, respira hondo y prepárate... Everett me besa la mejilla antes de asentir, haciéndome saber que ha llegado el momento.

Obedezco, intentando tragar todo el aire que puedo y aferrándome a Everett como si mi vida dependiera de ello, porque así es en este escenario.

Y entonces se hunde en medio de las olas, y siento que el océano vuelve a cerrarse a mi alrededor. El frío nos envuelve mientras la corriente nos arrastra, como si intentara golpearnos contra las rocas que nos rodean, mientras Everett nada.

Delante de mis ojos todo es negro, así que los cierro y dejo que mi mente conecte con la de Everett. Intento ver el mundo a través de sus ojos mientras trato de mantener la calma, porque saber que estoy bajo el agua, en medio de la corriente y con estas poderosas olas, no es una broma, sino algo serio. Siento que podría morir en este lugar. Que podría ahogarme, y no me gusta nada la idea.

Así que intento con todas mis fuerzas agarrarme a Everett, pero es casi imposible. La fuerza de la corriente es demasiada, tanto que incluso al propio Everett le cuesta nadar, sobre todo con mi peso sumado al suyo. Y eso, sumado al ardor que siento en los pulmones, me está desesperando.

En medio de la angustia, siento que se me resbalan las manos. Mis dedos se aprietan alrededor de la chaqueta que llevo, pero el movimiento constante y las olas que luchan contra nosotros me ponen las cosas muy difíciles. Y sin darme cuenta, aunque lucho con todas mis fuerzas, en un momento de desesperación, mis dedos ceden y suelto a Everett.

En ese instante, la ansiedad era demasiado grande para que pudiera controlarla. Siento que la corriente me aleja del cuerpo de Everett. En la oscuridad, alargo las manos e intento agarrarme a algo, pero no encuentro nada. Lucho y siento pánico. Sé que la marea me aleja cada vez más del cuerpo de Everett.

Pero entonces, su mano agarra la mía y se aferra a mí con fuerza. Nadando con más fuerza que antes, comienza una batalla desesperada contra las olas y las rocas, intentando llegar al otro lado antes de que nos quedemos sin aire demasiado tiempo.

Justo cuando creo que no puedo aguantar más la respiración, Everett emerge en medio de un torbellino de luz hasta que llegamos al otro lado de la corriente. Respirando hondo, me aferro a él, con el cuerpo tembloroso, mientras trato de inspirar todo el aire que puedo a la vez.

—Lo conseguimos —admite Everett, con la voz ronca mientras nada hasta que llegamos a las rocas del saliente.

Me ayuda a agarrarme a ellos, y poco a poco, con gran esfuerzo, porque nos tiembla todo el cuerpo, subimos hasta alcanzar la cima de la cueva, aunque, como la marea está subiendo, no hay mucho que escalar.

Pero hay algo extraño en este lugar. Lo noto nada más entrar. El aire es demasiado caliente y denso, lo que no parece natural. Esto, sumado al resplandor sobre nuestras cabezas, parece indicar que en este lugar ocurre algo más de lo que esperamos.

Inspirando con esfuerzo, terminamos de subir a la cima, y es entonces cuando lo veo. En la fuente de luz que se extiende frente a nosotros.

—¿Qué cojones? —dice Everett, mirando incrédulo a la cueva, con los ojos entrecerrados a causa del duro resplandor.

Más allá del calor que flota en el aire, o de la frialdad de mi cuerpo, miro fijamente la luz y contengo la respiración, sintiendo dentro de mí que algo resuena.

Una fuerza que me dice que he llegado a mi destino.

La tercera de las reliquias de Lilith está frente a mí y casi al alcance de mi mano. Todo lo que tengo que hacer es extender la mano y cogerla...

## CAPÍTULO 21: LA LUZ AL FINAL DEL TÚNEL



EVERETT

—¿Qué coño...? —Digo, intentando asimilar lo que tengo delante.

Hay una enorme extensión que parece un lago poco profundo, y el agua nos llega a los tobillos. Pero toda la extensión de agua brilla como si reflejara la luz del sol de mediodía, salvo que no es así, porque la parte superior de la cueva es tan alta que no puedo ver dónde está.

La cueva es inmensa, y refleja la luz en las rocas del fondo de sus paredes. Pero eso es todo... no hay nada más. No parece haber nada más en este lugar, salvo estas aguas resplandecientes y apacibles de extraña calidez que se dibujan frente a nosotros, en medio del silencio.

—¿Qué coño es esto? —Pregunto a Gwen, mirando a mi alrededor.

—No lo sé —responde, pareciendo tan desconcertada como yo—. Pero creo que deberíamos tener cuidado y movernos.

Asiento con la cabeza, porque tampoco tengo muchas ganas de lanzarme a las pequeñas olas del lago cercano. No creo, ni confío, en que no sea peligroso, ya que hasta ahora nada ha sido tan inocente como nos ha parecido. Todo lo que encontramos es una ilusión.

Gwen tira sus cosas a mi lado. Se deshace de la chaqueta y la mochila empapadas y se pasa las manos por el pelo oscuro, apartándoselo de la cara. —¿Habías visto algo así antes? —Levanto las cejas con asombro.

Niega con la cabeza. —No, nunca —admite, tan desconcertada como yo, y puedo sentir el flujo de sus emociones. El miedo que le produjo nuestra última experiencia de ahogamiento parece ahora eclipsado por este misterio.

—Ten cuidado —le digo, notando cómo avanza hacia la orilla del lago, que está a pocos metros de nosotros.

Pero Gwen parece decidida a averiguar de qué va todo esto. Entonces también se quita los zapatos. —¿Sientes eso? —Levanta la vista del agua a sus pies y me mira.

Irrumpo en sus pensamientos y me doy cuenta de que se refiere al zumbido de la magia que resuena en este lugar, pero parece diferente. Más allá de parecerse a lo que ella está acostumbrada, suena como voces, cientos de voces susurrando tan bajo contra mi oído que casi puedo entender lo que dicen. Aunque cuando lo intento, el mensaje parece perdido y cambiado.

—El calor aumenta a medida que te acercas al lago —me dice Gwen, y yo la sigo con pasos

lentos, notando que es cierto. Incluso el frío que siento por estar empapada parece eclipsarse con la luz de este lago.

Me detengo junto a Gwen, frente al lago, y contemplo sus aguas cristalinas. Tanto que puedo verlo con total claridad en el fondo y me doy cuenta de que no es un lago profundo. —¿Qué demonios es eso? —Señalo el agua, inclinándome para verlo mejor con Gwen a mi lado.

Al hacerlo, noto que el crujido se hace más fuerte cuanto más te acercas. *Casi parece como si...*

—Estuviera gimiendo. O llorando —me interrumpe Gwen, intuyendo mis pensamientos.

Se inclina a mi lado y observa las pequeñas olas, dándose cuenta de que debajo de ellas, pegado al fondo rocoso, hay algo. Cientos y cientos de pequeñas conchas marinas, cada una con diferente brillo y color. Cada una de ellas es tan particular que me hace pensar que son cualquier cosa menos conchas de mar normales.

—Gwen, no... —le digo, en cuanto alarga una mano para tocar el fondo y recuperar una concha.

Sus dedos rozan el agua durante una fracción de segundo, cuando una descarga eléctrica la recorre, y yo también la siento desde nuestro enlace y me muerdo la lengua por el impacto justo cuando Gwen sale despedida por los aires.

Cuando su delgado cuerpo choca contra lo que parece ser un muro invisible -justo por donde hemos pasado-, rompe su grito ahogado en mitad del impacto.

—¡Gwen! —grito, corriendo hacia ella de inmediato y levantándola del suelo, y entonces siento que el aire circundante parece diluirse. Entonces esas extrañas voces susurran y se exaltan solo un instante, como si algo las perturbara, antes de volver a dormirse.

entonces comprendo que las voces que oigo proceden del lago. —Gwen, ¿estás bien? —pregunto, acunando su cara entre mis manos.

Gwen frunce el ceño, confusa. Tiene una herida sangrante en la frente, pero no parece grave ni profunda.

—Estoy bien —responde mientras se mira las yemas de los dedos chamuscados.

—¿Pero qué coño ha sido eso? —Le tiendo la mano, ayudando a Gwen a ponerse en pie.

—No lo sé, pero no pienso volver a acercarme para averiguarlo. —Mueve la cabeza con fastidio mientras noto el miedo en sus ojos.

Gwen se apoya en mí, pero al cabo de un momento parece recuperarse un poco. Se sostiene entonces y respira hondo antes de agacharse a recoger una pequeña piedra del suelo.

Antes de que tenga tiempo de protestar o quejarme, la lanza contra el lago, como esperando que ocurra algo, pero en realidad no ocurre nada. La roca se hunde en el agua como si fuera ordinaria. Excepto que sabemos que no lo es.

—Sea lo que sea esta cosa, escondieron la última reliquia de Lilith en algún lugar cercano. Puedo sentirlo. —Gwen resopla y coloca sus pequeños puños en las caderas, con una mueca que dibuja sus labios en un ceño fruncido.

—Quizá no esté en el lago. —Señalo hacia el agua misteriosa—. Pero podría estar cerca.

—Lo dudo, pero podríamos buscarlo. —Me mira, encogiéndose de hombros.

Suspirando, nos separamos. Gwen a la derecha y yo a la izquierda, mientras caminamos por los alrededores de la cueva. Pero por mucho que nos alejemos del centro de donde llegamos, no parece haber un punto en el que el lago ceda, esta media luna en la que estamos.

—Mierda —dice Gwen, cuando volvemos a encontrarnos tras casi veinte minutos de vagabundeo, y se sienta a mi lado.

—Tú eres la experta en magia. —Me giro y le sonrío, tratando de levantar su sombrío estado de ánimo—. ¿Qué crees que deberíamos hacer?

—No lo sé —admite Gwen al cabo de unos minutos con la sinceridad resonando en su voz—. El Dios de la Luz ha enmudecido por primera vez desde que acepté el pacto con él, y en cuanto caímos al agua, y luego Lilith... Bueno, ella me ha guiado hasta aquí, pero dudo... Dudo que ella pueda ayudarme con esto.

—Es su reliquia. Creía que quería que la tuvieras tú —digo, tanteando el terreno.

—Puede que sí. Pero para conseguirlo, tengo que demostrar que soy digna. —Gwen gira la cabeza y no me mira, sino que se queda mirando el lago.

—¿Cómo lo demuestras delante de un lago electrocutado, llorando en susurros de loca? —le pregunto a Gwen y me paso una mano por la cara, exasperada.

Curva los labios hacia arriba, intentando en vano sonreírme. —Sinceramente, no lo sé —admite, con aire derrotado—. La magia de este lugar no se parece a nada que haya encontrado antes. Podría intentar penetrarla con fuerza, seguro, pero se siente... No sería lo correcto. —Gwen suelta un gruñido de frustración y se echa la cara a las manos.

—Lo comprendo —aventuro, asintiendo con la cabeza y apoyando la mano en la parte baja de su espalda para reconfortarla.

—Este lugar se siente vivo de alguna manera. Siento que no puedo simplemente luchar contra ello. Como si debiera hacer más...

—¿Qué quieres hacer, entonces? —La miro con las cejas levantadas.

—Ese es el problema —admite con un profundo suspiro—. Ahora mismo... simplemente no lo sé, y lo odio, Everett.

Tras dar un paso cauteloso, Gwen se acerca de nuevo a la orilla del lago. Gwen camina con pasos lentos y medidos hasta llegar de nuevo al borde del agua. Pero esta vez no la toca, sino que oigo su voz, perdida entre una entonación que parece una melodía mientras conjura su magia.

El aire que nos rodea centellea como reacción a sus hechizos y parece cargado de un campo magnético. Lo observo todo, mientras las chispas danzan desde el lago y por encima de nosotros, rodeando el escenario, como un grupo de luciérnagas furiosas.

—Mierda, Gwen... —Le grito, molesto.

En cuanto una chispa me roza la piel, suelto un chasquido con la lengua, porque la quemadura que esta me produce escuece. Me pongo en pie, ignorando el dolor mientras intento acercarme a Gwen. Pero en cuanto lo hago, el aire estalla, y entonces ella suelta un grito ahogado y despegas de nuevo, impulsada por los aires.

Sin embargo, me encuentro mucho más preparado que la última vez. Sin pensarlo, me apresuro a alcanzarla justo antes de que choque contra el campo invisible que parece rodear este lugar. Sus labios sueltan un fuerte gemido y se retuerce en mis brazos un momento hasta que el aire circundante se calma.

—¿Qué ha sido todo eso? —le pregunto, después de esperar a que la escena se apague. Las chispas desaparecen del aire y los murmullos vuelven a bajar el tono de las voces circundantes.

Y una vez que vuelven a susurrar, solo entonces Gwen, con una mueca de dolor aspirada entre los dientes, dice: —Oh, Everett, lo intenté... y fracasé. Supongo que usar magia para acceder al lago no funciona. Lo siento. —Gwen me mira fijamente a los ojos y le beso la frente.

Con todo el cuidado que puedo, coloco a Gwen en el suelo y ella se pasa las manos por el pelo. Parece incómoda y dolorida, y me doy cuenta de que siente frustración por encima de todo.

—No sé cómo, pero el lago parece estar vivo. No puedo acceder a él con mis hechizos. —Frunce el ceño, sacudiendo la cabeza.

Esperando que no se le ocurra algún plan nuevo y descabellado, levanto a Gwen y la siento a mi lado, mientras le reviso la cara y las manos para asegurarme de que no tiene ninguna otra herida. —Tendremos que pensar mejor qué hacer con esto.

—El problema es que no lo sé —dice, sonando agitada y ansiosa. Su mirada vuelve a encontrarse con las brillantes olas del lago—. No tengo ni idea de cómo... o qué debo hacer ante esta situación. —Gwen suelta un gruñido de frustración y yo le cojo la mano para intentar consolarla.

—No pasa nada. No tienes que saberlo todo el tiempo. —Aprieto sus dedos.

Pero Gwen grita: —¡No, no está bien! Tengo que resolverlo. Porque sé que la reliquia está ahí dentro... —Señala el agua—. Está en algún lugar de ese lago, pero ¿cómo la consigo? Ni siquiera puedo acercarme a ese lugar sin que todo parezca explotar a mi alrededor.

—Cálmate —le digo, frotando círculos con el pulgar en la palma de su mano.

—No puedo calmarme. No ahora. No cuando estamos tan cerca, tan malditamente cerca, pero todo parece derrumbarse ante nosotros.

—No será así. Lo solucionaremos. —Intento consolarla, pero se levanta, enfadada, y me ignora.

—Si volvemos con las manos vacías, todo habrá sido en vano. Todo lo que hemos hecho, todo por lo que hemos luchado y a los que hemos perdido. Todo... en... vano —dice Gwen, por primera vez, al borde de las lágrimas.

La atraigo hacia mí, vuelvo a cogerle la mano y acuno su cara contra mi pecho. —Respira, Gwen —le digo, acariciándole el pelo con la otra mano—. No todo está perdido. Lo solucionaremos, te lo prometo.

Menea la cabeza, pero no se separa de mí. En lugar de eso, rodea mi cuerpo con sus pequeños brazos. —No puedo fracasar. Ahora no —me asegura al borde de las lágrimas.

Mis brazos se cierran entonces alrededor de su cuerpo, pero la sensación me distrae cuando siento y oigo algo más. Y es que el sonido de las olas rompiendo con más fuerza se suma al hecho de que mis pies vuelven a estar mojados.

Tanto Gwen como yo miramos hacia abajo, alteradas, dándonos cuenta de que la marea ha subido hasta llegar a la cueva, en medio de una corriente que avanza hacia el lago.

—Joder. No, no... —susurra Gwen, observando el ritmo del agua que avanza.

—No moriremos si esa cosa se expande y nos atrapa, ¿verdad? —Pregunto, preguntándome si podré sacarnos de este lugar antes de que eso ocurra. Pero lo dudo, ya que no creo que tengamos fuerzas suficientes para abrirnos paso río arriba, al otro lado del túnel, y evitar la inundación de la cueva.

Pero Gwen no parece oír mi pregunta y me da la espalda. —Everett, mira allí. —Señala con el dedo y yo la sigo, notando cómo el agua del mar se desliza hasta el lago.

Solo que cuando las aguas se juntan, no chocan entre sí, sino que el agua salada del mar se eleva como si hubiera una especie de muro por el que trepar, y elevarse muy por encima del alcance de la vista.

—¡Everett! —Gwen grita, ahora señalando a un punto distante en la media luna de roca que rodea el lago.

Y mientras sigo su dedo, lo veo: al final de un punto, una media luna forma lo que parece ser un camino. En ese punto, el agua no sube alrededor del lago como si fuera una cascada invertida, sino que hay una especie de abertura, y por ahí el agua fluye hacia el lago.

—¡Corre! —me grita, echando a correr.

Sin esperar, la cojo en brazos, sabiendo que soy mucho más rápido que ella, incluso sin estar en forma de lobo. Y mientras atravieso a toda prisa la formación rocosa con el corazón acelerado, mi mayor temor es no llegar a ese punto antes de que desaparezca la puerta.

Pero no lo hace, y, a medida que nos acercamos, lo veo: la luz del lago, intensificándose ante mí, así como el ulular de las aguas, que ahora suena como la voz de cientos o miles de mujeres llorando entre gemidos y lamentos...

—¿Qué es todo esto? —pregunto, sin entender lo que ocurre a mi alrededor.

Frente a nosotros está lo que parece ser la única entrada al lago. Pero las aguas frente a la puerta no brillan, y parecen normales, como el agua de las olas.

—Son voces de mujer. —Gwen ladea la cabeza, subrayando lo obvio. Pero luego añade—: Voces de bruja.

—¿De brujas? —pregunto, y ella asiente.

—Los reconozco —admite, bajando de mis brazos—. Everett, ahora sé lo que tengo que hacer. —Me sonrío y siento el alivio que fluye de ella hacia mí.

—Bien. ¡Entonces vamos a por ello!

—No, Everett. Espera. —Gwen sacude la cabeza y me mira fijamente a los ojos. Y esa mirada parece decírmelo todo—. Esto... tengo que hacerlo sola.

—Ni de coña —digo, negando ahora también con la cabeza.

—Lo siento. Tendrás que confiar en mí. —Me fulmina con la mirada.

—Confío en ti —anuncio, cogiéndola del brazo—. En lo que no confío es en esa... esa cosa. —La sujeto por los hombros, frunciendo el ceño.

—Sí, lo sé. Pero por primera vez, entiendo lo que está pasando. Everett, te prometo que todo irá bien, pero tienes que creerme.

Me mira, suplicante, y al cabo de un momento me doy cuenta de que tiene razón. Maldiciendo en mi cabeza, la dejo ir. —Si no vuelves, iré a por ti.

—Lo sé —responde y se pone de puntillas, mientras yo me inclino y la beso en los labios. Un beso que se parece mucho a un adiós.

Me estudia con un temblor nervioso, levantando los labios en una sonrisa, sabiendo lo que estoy pensando, y luego se da la vuelta.

Con confianza, se aleja; y por un momento, la imagen parece una predicción. Como si siguiera la luz al final del túnel.

Quiero detenerla, decirle que no lo haga, que encontraremos otra forma. Pero entonces, Gwen alarga la mano y sus dedos rozan el borde de la luz.

Solo que esta vez no se eleva en el aire, como las otras dos veces. Su cuerpo se ilumina con la misma luz aterciopelada del lago, y cuando da otro paso, avanzando hacia el agua, desaparece en medio de un fogonazo que me ciega. Y después no queda nada... solo mi agonía.

Nada más que silencio, y la incertidumbre que me hace preguntarme si he hecho lo correcto al dejarla marchar...

## CAPÍTULO 22: DHALIA Y ROSE



## GWEN

Una mujer está de pie frente a mí, pero no puede verme. Lleva el pelo rojo, espeso y muy sucio; lo lleva largo y trenzado sobre un vestido hecho jirones que parece de lana clara, pero que ahora no parece más que arpillera marrón.

—¡No, suéltala, no te la lleves! —grita.

Va descalza, sujeta el dobladillo de su vestido mientras corre hacia dos hombres que llevan en brazos a dos niñas pequeñas. La mayor debe de tener solo dos o tres años, mientras que la más pequeña no supera los dos o tres meses. Puede que sean mayores, pero las niñas están demasiado desnutridas para asegurarlo, al igual que la propia mujer pelirroja.

—¡No se las lleven! —Las súplicas de la mujer suenan desesperadas mientras las lágrimas corren por su rostro. Alarga la mano e intenta agarrar la de la niña, que solloza mientras intenta agarrar los dedos de la mujer, pero no lo consigue.

En cambio, los dos soldados que sujetan a las niñas empujan a la mujer, mientras un tercer soldado la golpea con fuerza en la cara, tirándola al suelo.

Noto la sangre que gotea de su boca y me doy cuenta de que la saboreo en la mía. *Vaya, esto es extraño.* Levanto una de mis manos y me toco los labios, notando que yo también tengo sangre en la boca y ahora en las manos.

El soldado regresa entonces y ayuda al otro a sujetar a la mujer, que, aunque pequeña, sigue forcejeando y luchando con una fuerza aterradora.

Entre los dos hombres conducen a la mujer hasta dos caballos que tiran de un carro en el que hay una especie de jaula oxidada. Parece demasiado pequeña para que entre una persona adulta, pero obligan a la mujer a entrar a pesar de todo. Incluso le rompen un brazo para que quepa dentro, y siento su dolor.

Mientras grita, el dolor de los huesos y músculos rotos me quema la piel. Pero siento un hormigueo en la columna vertebral y giro la cabeza, dándome cuenta de que detrás de nosotras hay un hombre. Un hombre que observa la escena con expresión impasible.

—¡No se las lleven! —vuelve a gritar la mujer, ignorando el dolor y extendiendo las manos hacia otro carro que parte con las dos niñas.

Entre las lágrimas de la mujer, la escena cambia y se desvanece. Se difumina ante mis ojos y

luego cambia.

Han pasado días. Lo sé por el frío que siento; lo sé por lo débil que me siento; por lo seca que tengo la garganta.

La mujer vuelve a estar frente a mí. Está en una habitación pequeña, una mazmorra que apesta a heces, vómito y otras cosas despreciables.

La pelirroja está tumbada en un rincón, acurrucada y abrazándose las piernas, llena de moratones. El vestido roto y el dolor de su cuerpo me dicen cosas que no debería saber, cosas humanas. Un dolor que va mucho más allá de lo físico, porque la mayor fuente de tortura no proviene de ninguna paliza, sino de otro tipo de abusos de los que a veces no puede escapar ni evitar.

Levanta la cara cuando oye pasos fuera de la celda, y me giro para ver quién es. Los soldados llevan días entrando y saliendo, trayendo pan podrido y agua putrefacta para cenar y sacándola de la celda para torturarla de todas las formas posibles. Cuando les toca a ellos y cuando no.

Pero esta vez, es diferente. La mujer levanta la cara y ve al hombre que viene hacia nosotros. Tiene un enorme moratón en la mejilla, resultado de una horrible paliza. La piel parece hinchada y, por el hedor pútrido, temo que tenga algún tipo de infección. Durante la paliza, debe de haber perdido un diente, o una muela, lo que causa a la mujer un terrible dolor.

—He dictado tu sentencia —afirma entonces el hombre, con la boca en una línea firme, sus palabras sin compasión—. Te hemos declarado culpable de herejía, blasfemia y brujería. Te quemaremos al amanecer.

—Mis hijas... —pregunta la mujer con voz ronca y seca, apenas por encima de un susurro—. ¿Qué has hecho con ellas? —Veo cómo las lágrimas corren por su rostro sucio y manchado de sangre.

El soldado se toma un momento antes de responder. —La brujería también ha pactado sobre sus almas. Sufrirán su mismo destino —anuncia en tono seco, con las manos entrelazadas a la espalda.

—¡No! —grita la mujer e intenta levantarse, pero no le quedan fuerzas. Además, le han roto una pierna y también un tobillo—. Ellos no... Mis inocentes bebés no... *¡Por favor*, ten piedad! —Sus lamentos hacen que se me erice la piel y se me ericen los pelos del cuerpo.

Pero el hombre no tiene piedad. En lugar de eso, escupe al suelo delante de ella y le coge una mano. —¡La piedad no existe para criaturas como tú! —Se da la vuelta y se marcha.

Cuando lo hace, la escena cambia, se transforma y luego desaparece, volviendo a ser diferente.

Y entonces siento el calor del fuego y oigo el llanto de un bebé.

El olor a piel y pelo quemados flota en el aire. Hay una multitud frente a la pira ardiente, y todos observan cómo grita la niña mayor. La menor ya ha muerto, afortunadamente, pues su llanto ha sido insoportable.

Pero a nadie parece importarle. Nadie presta atención a la tragedia, más allá de la famélica mujer a la que han rapado el pelo rojo. En medio de su visión borrosa, a causa de la hinchazón

provocada por demasiados golpes, contempla cómo arde la mayor de las niñas, en medio de la pira.

—Se llamaba Dhalia —dice una voz a mi lado, y me giro hacia el sonido, dándome cuenta de que la misma mujer pelirroja está a mi lado—. La niña era Rose.

—¿Qué ha pasado? —Pregunto, sintiendo su dolor como si fuera mío.

—Su padre —anuncia la mujer que está a mi lado sin un ápice de emoción en la voz ni en el rostro—. Me obligaron a casarme con él. Era un hombre mayor que tenía una granja cerca. Mi familia se moría de hambre, así que me vendieron a cambio de comida para el invierno.

—¡Eso es... horrible! —Me trago el nudo que se me forma en la garganta.

—Para aquella época, era algo común. Las mujeres tenían poco valor como personas. No es que ahora tengamos mucho más, pero antes era mucho peor.

—¿Por qué los quemaron? —Le pregunto—. ¿Tú y las niñas?

Aunque la mujer sigue de pie frente a mí, contándome su historia, hay una réplica de ella siendo arrastrada hacia la pira. No tiene la fuerza, ni las piernas hábiles, para marchar por sí misma, pero eso tampoco parece importarle a nadie. La gente que nos rodea abuchea y grita todo tipo de blasfemias e insultos mientras la atan a la pira.

—Cerca de nuestra casa había un bosque. Solía llevar allí a las niñas durante las templadas noches de verano para huir de mi marido, que solía llevarse la paga del día de nuestra granja para comprar alcohol. Se emborrachaba y me pegaba, pero a mí no me importaba demasiado. Sin embargo, cuando miraba a mi Dhalia con ojos lascivos, sabía que no podía tenerla más cerca de él. Era demasiado peligroso.

Su historia me hiela la sangre. Lo cuenta con frialdad, sin emoción, pero me doy cuenta de que ha enterrado su dolor bajo todas esas palabras.

Pero no se detiene en medio de su historia, aunque, con cada palabra que dice, parece empeorar.

—Una noche, intentó abusar de mi hija pequeña. Le golpeé y huí al bosque con mis hijas, y allí lo encontré: un claro en el bosque que conectaba la casa de nuestra familia. Un claro en el bosque que conectaba nuestro mundo con otro diferente a éste. Uno que no puedo explicar.

Asiento con la cabeza, porque sé que esas historias existen. Humanos que entran en el reino de las hadas por error.

—Pensé que todo había sido un sueño. A mí no me duró más que unos días, pero cuando volví a mi mundo habían pasado años. Entonces mi marido nos acusó de brujería, y el resto de la historia... Bueno, ya la conoces —cuenta la mujer.

Ahora está de pie en medio de la pira, con el fuego ardiendo a su alrededor. Al principio, intenta no hacerlo, pero el calor de las llamas lame su piel y estalla a su alrededor, haciendo que su voz se eleve entre los gritos, llena de agonía.

—¿Qué has hecho? —le pregunto, tratando de ignorar este terrible dolor que me quema el cuerpo.

—Al principio, quería maldecirlos —afirma la mujer que está a mi lado. Y sé por su tono de voz que es verdad—. Pero luego... comprendí que ellos no tenían la culpa; que ninguno de ellos la tenía. Eran tontos, ignorantes y temerosas de Dios. Y tan inocentes como mis hijas o yo misma... en su mayor parte. Especialmente las mujeres. Ellas, más que nadie, eran inocentes que podrían sufrir este destino en el fuego.

La mujer que está a mi lado hace una pausa y se calla, pero sigo oyendo sus gritos por encima del barullo que reina en la plaza

—Así que recé en silencio —dice, reanudando su relato—. No a Dios, ni a ninguna otra deidad, sino a mi fuerza. Recé para tener la fuerza de proteger a otros que sufrieran como yo. A otros que podrían ser como yo.

—¿Y qué pasó? —le pregunto.

—De alguna manera, mis plegarias... fueron escuchadas —dice la mujer con una sonrisa.

Y lo veo porque cuando su rostro se hunde, entre las llamas, algo parece haber cambiado. Un brillo acerado asoma entre sus ojos, vivo y voraz.

Entonces, todo cambia y la escena se transforma de nuevo.

Ahora, ya no estoy delante de la pira, pero hay un fuego ardiendo en la ciudad en plena noche.

La mujer, la que debería haber muerto en el incendio, está de pie en medio de la plaza. Su rostro brilla entre las llamas, su pelo rojo cae en una espesa trenza por debajo de sus caderas, mientras un vestido verde con hilos dorados cubre su piel.

Se le levanta la cara de orgullo al oír los gritos que la rodean, pero no parecen molestarla. Sé, como ella sabe, que no todos los habitantes del pueblo arden. Los niños no lo hacen, ni tampoco los recién nacidos.

La mayoría de las mujeres no arden, pero algunas sí. Se arrojan desde las ventanas y corren por la plaza, intentando en vano apagar el fuego que abrasa sus cuerpos.

La mayoría de los hombres arden. No todos, pero sí muchos. Sus cadáveres se amontonan en el suelo y la sangre corre como ríos por los adoquines desgastados y la tierra.

—Hice un juramento —anuncia la mujer que está a mi lado—. Prometí cuidar de los inocentes si me concedían el poder para hacerlo, y eso es lo que conseguí. Y a cambio, permití que el fuego purificador recorriera la ciudad. Ese fuego, que quemó a mis hijas, dos inocentes de todo pecado, quemará ahora a todos aquellos que tuvieran un crimen pesando sobre sus conciencias. Solo ellos perecerán. Recuerda, prometí cuidar de los inocentes y fueron perdonados.

De hecho, veo que al principio, algunos temen acercarse a las llamas que todo lo devoran; pero pronto, descubren que el fuego no les quema.

Una pequeña congregación de mujeres se arremolina entonces en torno a la pelirroja. Mujeres y niños la miran fascinados, sabiendo que de alguna manera les ha salvado.

Y entonces, a paso lento, la mujer se marcha con su séquito. Las primeras brujas y brujos de la historia siguen a la pelirroja Lilith por el camino que ella traza.

Entonces, la imagen se desvanece ante mis ojos, y solo queda el silencio. Silencio durante la gélida oscuridad.

—¿Por qué me has enseñado todo esto? —le pregunto.

Lilith me mira con ojos impasibles. —Porque has emprendido un camino complicado —responde—. Un camino que tiene dos finales: venganza o redención.

—Solo deseo liberar a mis hermanas de las cadenas que Sabine les ha impuesto —digo.

—Pero quizá para ello debas desprenderte de algo de ti misma a cambio del poder que buscas. Yo lo hice, y todos los que llevaron mi corona después tuvieron que hacerlo también.

—¿Qué quieres que suelte? —le pregunto, temiendo su respuesta.

—Tu ira —susurra Lilith, su rostro traiciona lo seria que estás.

Entiendo lo que me pide. No se refiere a la rabia que me provocan las acciones de Sabine, sino a la rabia que siento enterrada en mi interior a causa de mi pasado.

—Yo no... no puedo... —Aventuro, sintiendo el dolor en el alma.

—Todos tenemos que renunciar a algo para ganar algo a cambio —afirma Lilith—. Al principio, pensé que nunca podría liberar la agonía que sentí tras la muerte de mis hijas. Pero me di cuenta de que mi odio no me llevaría a ninguna parte. Si quería formar un refugio para otros que pudieran estar como yo, primero tenía que formarlo para mí misma.

—Suen a fácil cuando lo dices —admito, sacudiendo la cabeza—. Pero no lo es.

—No pretendo que lo sea. El sacrificio nunca debe ser fácil. Pero debes entregarte si quieres conseguir lo que has venido a buscar.

Desesperada, cierro los ojos, sintiendo dentro de mí la ansiedad, así como toda la impotencia y el dolor.

Lilith me ha ofrecido lo único que temo: entregar mi ira y mi dolor. Pero comprendo, sé que si deseo conseguir esto por lo que tanto he luchado, debo ceder.

Así que extiendo mis manos hacia ella, temblando y sintiendo que todo en mi interior se agita. Mi poder ha dependido durante años de la ira, que arde como combustible en mi interior, y sin ella, no sé qué haré. Pero debo confiar. Tengo que confiar en esta parte del viaje.

Lilith toma mis manos y las aprieta. —De acuerdo, acepto. Te doy mi ira por el poder de proteger a mis hermanas.

Y con mis palabras, Lilith asiente. No sonrío, pero parece satisfecha conmigo. —Te lo concedo, entonces. Y recuerda siempre, cuando dudes, el sacrificio que tuviste que hacer para llegar hasta aquí.

Coloca algo entre mis manos y, cuando abro los ojos, lo veo. La tiara circular que la propia Lilith llevaba en mis visiones estaba adornada con piedras negras, azules, rojas y verdes en medio de un halo dorado.

Me la entrega y siento el poder retumbar en mi interior. Está caliente, y clama por mi cuerpo,

subiendo por mis terminaciones nerviosas y haciendo que mi piel arda como cuando me sentí entre las llamas de la hoguera. Pero esta vez, el fuego es algo que deseo, algo que recibo con placer.

Entonces cierro los ojos y dejo que el calor me queme. Este poder liberador me recorre hasta que siento que el lago que me rodea enmudece. Todo enmudece y la luz se desvanece de la cueva. Los gritos de Everett resuenan detrás de mí mientras me llama, corriendo hacia mí.

Pero antes de mirarle, mis ojos bajan y encuentran lo que aún tengo en las manos: el halo dorado con los guijarros incrustados.

La corona de Lilith y el último de los tres artefactos de las brujas, y el que me otorga el poder de reclamar el nombre de reina de las brujas.

## CAPÍTULO 23: VOTO DE VENGANZA



## EVERETT

—¡Gwen! —grito, mientras corro hacia ella. El lago ha dejado de brillar y las aguas parecen tranquilas, pero aunque siguieran siendo peligrosas, iría hacia ella pasara lo que pasara. La he esperado toda la noche, consciente de que debía confiar en ella, de que no estaba muerta, porque podía sentir su presencia en mi interior. Sin embargo, el silencio, combinado con su ausencia y la lentitud del tiempo que pasaba, era aterrador. Y una experiencia que no quisiera volver a vivir.

Gwen está en el centro del lago, de espaldas a mí. No se mueve cuando la llamo, pero a medida que me acerco, su conciencia vuelve a cruzarse con la mía y veo retazos de lo que sea que haya estado experimentando. Las visiones de una mujer herida, de piel quemada y de una ciudad en llamas, mientras me enfrento al gran vacío que yace dentro del pecho de Gwen.

—¡Gwen! —La llamo de nuevo, me acerco a ella y la cojo por los brazos. Parece intacta, pero hay algo raro en ella. De alguna manera, parece tan diferente, y por un instante, es como si no la reconociera.

Pero cuando levanta la cabeza y la mirada de Gwen se cruza con la mía, sé que es Gwen, la misma Gwen que conozco y de la que me he enamorado.

—¿Estás bien? —le pregunto, con la preocupación grabada en la frente.

Asiente con la cabeza y luego baja la mirada, y me doy cuenta de que en sus manos sostiene algo: un halo de oro, sencillo y ornamentado únicamente por una serie de guijarros de colores dispuestos a lo largo. Parece rústico, pero posee una extraña belleza.

—La corona de Lilith —digo, asombrado mientras mis ojos se redondean como platos—. Es la última de las reliquias.

—Lo sé —admite Gwen—. Lilith misma me lo dio...

—¿Eso significa que ya eres... la reina de las brujas?

—Todavía no —dice Gwen, sacudiendo la cabeza—. Pero poseo los elementos, la bendición y el poder para serlo. Solo tengo que enfrentarme a Sabine y derrotarla primero. —Gwen me mira fijamente, con la determinación brillando en sus ojos.

—Dada tu situación actual, debería ser bastante fácil, o al menos no demasiado complicado —digo, asombrado al pensar que Gwen era ahora quizá la bruja más poderosa del mundo.

—Lo sé... pero algo ha cambiado en mí, Everett. Me siento... diferente —afirma, levantando la cabeza.

—¿Diferente, diferente cómo?

—No sé cómo explicarlo. Pero me siento extraña —confiesa Gwen.

Sin poder evitarlo, la atraigo hacia mí y la abrazo. —Sea lo que sea, lo resolveremos juntos. Lo único que me importa es que estés bien.

Parece conmocionada, ya que al principio no responde, pero, al cabo de un momento, sus brazos rodean mi cuerpo. —Lo sé.

—Bien. Ahora que tienes la reliquia, tenemos que salir de aquí. Lo que sea que nos espere fuera de la cueva es mejor que quedarnos en este lugar y esperar a que vuelva a subir la marea. —Coloco mi mano en la espalda de Gwen, instándola a moverse.

Después de todo, pasé una noche horrible. La marea no sobrepasó el borde al que llegó, solo mojó la superficie rocosa de la pequeña isla en forma de media luna. Por la mañana temprano, el nivel del agua bajó, y poco a poco se fue secando, hasta que bajó la marea. Y fue entonces cuando Gwen volvió a aparecer en el centro de la cueva, hacía unos minutos.

Confundida, camina a mi lado hasta que llegamos al acantilado que habíamos escalado la noche anterior para llegar a este lado de la cueva. Ahora, en el lugar donde antes estaba el túnel sumergido, solo hay un túnel estrecho y poco profundo que conecta las dos cuevas.

Ella asiente y guarda la corona en su mochila. El anillo no se lo quita nunca, y el collar lo lleva bajo la ropa, pero supongo que la circonita es demasiado incómoda y obvia de llevar, así que espero, mientras ella lo esconde entre los fardos de ropa y se cose la mochila al hombro. Luego la sujeto para que podamos descender por la empinada superficie, aún resbaladiza, hasta llegar al comienzo del estrecho sendero.

Solo entonces suelto a Gwen y camino a su lado, mientras pregunto: —¿Qué hacemos ahora?

—No lo sé en absoluto, sinceramente. Supongo que tendremos que volver con los brujos y recuperarnos un poco antes de planear averiguar el paradero de Sabine. Tal vez -afirma- tengamos que pedir ayuda a los habitantes de la Ciudad Cúpula. Puede que Nyx vea en esto una excelente oportunidad para debilitar un poco a los cazadores y a la doctora Taylor. —Gira la cabeza, mirándome mientras espera mi réplica.

—Puede ser —comento con una mueca, porque la idea de acercarme al doctor no me agrada lo más mínimo. Desde el encuentro con los cazadores en el que me inyectaron el Elixir con la intención de convertirme en uno de esos monstruos, no he dejado de sentir una molestia que me pincha en las costillas y a todas horas. Permanece tan frío que parece hecho de hielo. Y una parte de mí teme el encuentro, porque detesto la idea de que puedan inyectarme más de esa cosa.

Con pasos lentos y cuidadosos, nos acercamos a la salida de la cueva, y vuelvo a oír las olas. El mar, que el día anterior se había cernido sobre nosotros como una entidad aterradora, parece más tranquilo tras la tormenta, aunque no menos brutal.

Junto con Gwen, salimos del túnel y entramos en la cueva principal, que está empapada y resbaladiza. Al asomarme por la entrada de la cueva, intento percibir el peligro o descifrar lo que

puede ocurrir más allá, en el bosque sobre nuestras cabezas, pero no oigo ni siento nada.

—Vale, creo que podemos subir —le digo.

Gwen está a mi espalda, cruzada de brazos. Cuando me vuelvo para mirarla, observo que solo asiente con la cabeza. Está callada y circunspecta, y en su mente encuentro una serie de extraños bloqueos. —¿Qué ocurre? —pregunto, mirándola a los ojos, tratando de encontrar las respuestas.

Después de un momento, se muerde el labio inferior y sacude la cabeza. —Nada —dice—. Hablaremos de ello más tarde.

—¿De qué hablaremos después? —le pregunto, intrigado, porque me doy cuenta de que intenta omitir algo dentro de su cabeza. Pero vuelve a negar con la cabeza.

—Hablaremos de ello más tarde, Everett. Te lo prometo. Pero no ahora. Por favor...

Me coge de la mano y me mira fijamente, como si intentara hacerme entender que debo confiar en ella, así que asiento con la cabeza, decidiendo dejarme llevar por la situación y conducirla fuera de la cueva.

Al tantear los bordes de la cueva, encuentro la escalera tallada en la piedra que conduce al acantilado. Por suerte, no está demasiado resbaladiza, así que subimos, procurando tener cuidado de no resbalar o caer entre las rocas varios metros por debajo de nosotros.

A cada paso que damos, mis sentidos se agudizan, intentando detectar el olor de los cazadores en el aire, o de peligro, pero no percibo nada. El bosque, cada vez más cerca, parece estar quieto y tranquilo. Sea lo que sea lo que pasó el día anterior, no es algo que me importe repetir, así que elijo creer que hoy permaneceremos a salvo.

Si me equivoco, tendré que desplazarme y alejar a Gwen todo lo que pueda de cualquier peligro. Al diablo con los brujos. Por ahora, necesitamos un lugar donde nos sintamos seguros para recogernos y descansar lo suficiente hasta que averigüemos qué demonios hacer. O dónde encontrar a Sabine.

Con la mano de Gwen enredada en la mía, espero un segundo antes de dar el último paso que me permite subir hasta el final del camino. Y entonces me doy cuenta de que, en efecto, todo parece en orden.

No hay rastro de pisadas en esta parte del bosque, ni olores extraños de humanos o cazadores, así que Gwen y yo ascendemos. —Bien, creo que por ahora estamos a salvo.

Gwen lo mira todo con expresión recelosa, incapaz de creer que no haya nadie esperando al otro lado del sendero. —Los cazadores deben de habernos seguido. Es extraño que no lo hayan hecho. ¿No crees, Everett?

—La verdad es que no. Creaste un anillo de fuego con el que los rodeaste para que pudiéramos huir —le recuerdo—. Eso podría haberlos retenido lo suficiente. —Me encojo de hombros, esperando que sea verdad.

Los labios de Gwen se curvan en una mueca, pero no dice nada. En lugar de eso, me sigue y caminamos con pasos rápidos por el bosque.

Pero todo parece demasiado tranquilo, y eso me pone nervioso. Apresurado, me quito entonces la camisa.

—Tenemos que salir de aquí. Ahora mismo —declaro, preparándome para cambiar.

Gwen se acerca, esperando a que termine de transformarme, y me doy cuenta de que siente la misma ansiedad que yo. Algo extraño que me llena de pavor, y sé que algo malo se avecina. Entonces un dardo cruza el aire, diciéndome que la ansiedad y el pavor que sentía no eran simple paranoia, sino un sexto sentido que me advertía de que algo raro estaba pasando aquí.

Tomando a Gwen en brazos, me aparto de la trayectoria del proyectil justo en el momento preciso, esquivándolo. Pero eso no impide que los demás sigan viniendo hacia nosotros por el aire. Entonces tiro a Gwen al suelo, y ella suelta un gemido cuando el aire abandona sus pulmones tras el impacto. Y por encima de nosotros, el sonido de proyectiles silbando cruza el área inmediata.

¿Cómo? me pregunto. ¿Cómo es posible que no los haya sentido antes? Pero, la pregunta se responde sola, porque junto con los cazadores, surgen los brujos, que vienen hacia nosotros con las manos alzadas y cánticos entre los labios, mientras a nuestro alrededor, el mundo cambia.

—¡Corre, Gwen! —Le grito, mientras intento frenar a los enemigos que se cruzan en mi camino, pero es imposible. Antes de que pueda alcanzarlos, los brujos levantan las manos y el mundo parece temblar y distorsionarse. El propio aire vibra, como si fuera una honda que se expande hacia nosotros, lanzándonos por los aires. Entonces, la presión de la atmósfera, que parece haber cambiado a nuestro alrededor, nos presiona contra el suelo con tal fuerza que, por un momento, siento que mis pulmones están a punto de estallar.

—¡Llévate las reliquias! —gritan las voces de los cazadores y los brujos de los alrededores.

Con un esfuerzo colosal, vuelvo la cara para ver a Gwen, que está tendida en el suelo. Intenta moverse, hablar o actuar contra nuestros captores, pero le resulta imposible. Los cazadores la alcanzan y le quitan la mochila, rebuscan en ella y tiran nuestras cosas al suelo hasta que encuentran la corona de Lilith.

¡No! Ambos pensamos al mismo tiempo.

Otro de ellos le arranca los anillos a Gwen de los dedos con una fuerza innecesaria. Imagino que se los lleva todos, sin saber qué anillo es la reliquia. Y otro cazador le mete las manos por dentro de la camisa, rozándole los pechos, hasta encontrar el collar de Lilith.

—¡Traidores! —grita Gwen a los brujos.

En mi interior, siento la misma rabia que arde en ella. La fuerza de protegerla me hace luchar con todas mis fuerzas contra la presión de la captura. Empujo contra este terrible peso y siento cuando varios de mis huesos se rompen y recomponen en un rápido afán, mientras el lobo que llevo dentro se enfurece por liberarse y luchar.

Me arrodillo contra el suelo, con las palmas desnudas y arañadas aferradas a la tierra y el latido del corazón del lobo latiendo en mi interior, clamando por la sangre de mis enemigos.

Pero los brujos cantan cada vez más alto sus profundos hechizos cargados de palabras desconocidas. Y a medida que la presión aumenta, finalmente me tira al suelo.

*¡Everett!* me llama Gwen a través de nuestra conexión mental.

No la veo, pero me doy cuenta de que los cazadores la tienen cautiva. La llevan a uno de sus coches y veo con horror cómo le inyectan algo en el cuello.

—¡No, maldita sea! ¡No! —Grito, sintiendo que los mataré a todos si la lastiman en lo más mínimo.

Pero los cazadores vienen hacia mí. Me inyectan el mismo suero que le dieron a Gwen, y los brujos me rodean, todavía cantando. —¡No le soltéis hasta que caiga inconsciente! —ordena Gastón, el líder, que parece consciente de lo peligrosa que puedo ser en este momento para él, para todos. Porque con o sin drogas, destruiré a cada uno de ellos por traicionarnos, pase lo que pase.

Incluso si Zander, el líder y presunto rey de los brujos, no se encuentra entre las filas de los presentes. Incluso entonces, me hago la promesa de que acabaré con él y los de su especie en cuanto me libre de los cazadores. Y si dañan a Gwen, acabaré con su linaje y dejaré que mi boca se llene con el sabor de su sangre.

—¡Gwen! —Grito su nombre con desesperación.

Cierro los ojos y la veo caer en la inconsciencia. Los cazadores manipulan su cuerpo sin cuidado. La atan con hierro, plata y plomo. Luego la empujan a la furgoneta y la amordazan, inyectándole aún más drogas, como si no temieran darle una sobredosis, sino que temieran que se despertara y arremetiera contra ellos.

—¡Gwen! —La llamo de nuevo, ignorando el mareo de la droga en mi cuerpo mientras los cazadores me golpean.

Me tiran al suelo, me dan patadas, puñetazos y me amordazan mientras me inyectan más y más drogas, intentando noquearme para que me desvanezca. Pero la rabia me fortalece y no dejo de luchar.

Las cadenas de plata atadas a mis manos me queman la piel. Luego me atan las mismas cadenas al cuello y me meten en la boca una mordaza preñada del sabor y el olor del acónito.

Y mientras convulsiono entre la ira, el extraño estupor y el intenso dolor, prometo que me vengaré de cada uno de ellos. Me vengaré de lo que nos han hecho.

Pero sólo entonces caigo en medio de la espesura profunda con el mundo desdibujándose a mi alrededor y este remolino de rabia flotando en mi interior que será lo primero que recuerde cuando despierte.

## CAPÍTULO 24: GRITOS EN LA NOCHE



## NYX

¡Nyx! La voz de Evander grita con desesperación dentro de mi cabeza.

A través del pulso forjado por nuestra conexión, le siento y, por un momento, sus sentidos se convierten en los míos. Está en su forma de lobo, patrullando el perímetro con algunos otros miembros de la manada, así que su conciencia se entremezcla con la de al menos otros tres o cuatro lobos. El torbellino de imágenes, emociones y sensaciones es abrumador, pero me controlo, conozco la situación y aparto todos los demás pensamientos para concentrarme en mi compañero.

Lo veo correr, seguido por alguien. No es un lobo, sino caballos, lo que llama mi atención. *¿Qué está pasando?* pregunto a través de nuestro lazo, curiosa y poniéndome en pie desde que estaba en la cama.

Es cierto, no necesito dormir mucho, y menos por la noche, ya que soy una criatura nocturna por naturaleza. Pero en las últimas semanas me encuentro bastante cansada. Pasan demasiadas cosas, y todo a la vez, todo depende de mí. Para ocuparme de todo, necesito descansar, aunque sea de vez en cuando.

Pero no conseguiré el descanso que necesito. Al menos, no esta noche.

*Nyx, tenemos visitas. Del aquelarre de los brujos.* Imposible. No nos han contactado en años. Se han mantenido reclusos en sus dominios...

Pero entonces, si no son ellos, ¿qué es ese olor familiar a magia que percibo alrededor de Evander?

Haciendo caso de sus palabras, me muevo, corriendo por la habitación para vestirme, mientras escucho sus pensamientos con cuidadosa concentración.

*Los he encontrado en los bordes de nuestro perímetro. Vienen pidiendo ayuda. Su rey, Zander, está herido, y es una situación grave.*

¿Qué le ha pasado? pregunto.

*Fueron los cazadores,* responde Evander, guiando a la comitiva hacia nuestra casa. *Gwen ha cumplido su palabra y ha conseguido que los brujos se alíen con nosotros. Estaban ayudándola a conseguir las últimas reliquias. Cuando los cazadores los atacaron, Zander los contuvo, pero durante la batalla, los cazadores lo hirieron. Para salvarlo, su segundo al mando, Gaston, hizo*

*un trato con los cazadores y les ayudó a capturar a Gwen y Everett. Los mantienen cautivos mientras hablamos.*

*¡Qué, no!* exclamo, llena de pavor, no solo porque Gwen y Everett estén en peligro, sino porque me siento alarmado al saber que ella posee al menos dos de las tres reliquias de bruja, como mínimo, y que éstas han caído en manos de los cazadores y sus aliados.

*Según tengo entendido, Zander tampoco estaba de acuerdo con el pacto. Sus discípulos más leales lo han traído hasta nosotros, ya que el propio clan de brujos mantiene una guerra interna por las decisiones que se están tomando entre su gente.*

*Mierda, esto es serio,* le digo a Evander después de terminar de vestirme.

*Lo es. Pero Nyx, te necesitamos. Pronto. Este hombre no sobrevivirá sin tu ayuda,* dice Evander.

*De acuerdo. Estaré allí,* se lo prometo.

Me apresuro a bajar las escaleras, corriendo, si no volando, para reunirme con mi compañero destinado y el herido Rey de los Brujos, mientras pienso en Gwen y Everett, en su paradero y en la situación actual.

En cuanto llego al vestíbulo, alcanzo a Evander, que cambia de forma y entra en la sala, corriendo a toda prisa. Detrás de él vienen cuatro hombres, todos con el cuerpo cadavérico de su líder en brazos.

Conocí a Zander Mortimer, brujo y rey de su especie hace años, cuando asumió el trono tras la muerte de su padre. Pensé que tal vez podría encontrar en él un aliado durante la guerra que manteníamos con los cazadores, pero fue imposible. Ya desde la primera vez parecía que su ego era tan elevado como el de su padre. Un hombre adusto, sin intención de cambiar de opinión ni de dirigir a su pueblo en una dirección contraria a los designios de su predecesor.

Así que, por su actitud, siento que es merecedor de mi desagrado. Sin embargo, ahora, al saber lo que ha hecho su gente, siento que crecen en mí la ira y la desconfianza. Aun así, me contengo de decir nada contra él o de tratarlo como a un prisionero y guardo todos mis pensamientos para mí. Digo a sus seguidores que lo lleven a la sala que hay al final del pasillo, donde hay un lugar habilitado como enfermería y que se utiliza para atender a los enfermos y heridos.

—Pónganlo en la camilla. —Señalo una cama y los brujos obedecen. Mientras me acerco a Zander, me estremezco ante el olor nauseabundo de las heridas que cubren el cuerpo del hombre. No es culpa del brujo que se encuentre en un estado tan horrible, pero los cazadores han utilizado algún tipo de ácido corrosivo o bacteria devoradora de piel para atacarle. Como resultado, le han dañado gran parte de la cara y del cuerpo, siendo la zona más afectada el centro del pecho, que parece negro por los ungüentos y la piel que se ha ido pudriendo y comiendo.

—Mierda. Esto no tiene buena pinta —susurro.

Me tomo un momento para pensar en cómo curar sus heridas, pero lo mejor sería pedirle ayuda a Gwen. —Evander, ve a buscar a las brujas. Necesito a la bruja más cualificada que puedas conseguir, la que más sepa de curación. Tráemela, y de paso, si encuentras a Adriana por el camino, mejor aún.

Evander asiente y sale corriendo mientras yo me ocupo de las heridas del hombre. Por desgracia,

son peores de lo que parecen.

Por suerte, tanto Adriana como la bruja aparecen pronto. En el caso de la chica, se trata de una joven que debe rondar la edad de Gwen y, si no recuerdo mal, se llama Alice.

—Necesito ayuda con esto. —Y la pequeña vampiresa y la bruja se acercan a mí. Ambas fruncen el ceño cuando ven el tamaño de la herida.

Alice, en particular, no parece satisfecha con la situación. Todo el mundo sabe que las brujas y los brujos no se llevan bien, pero la enemistad es peor desde que estos últimos acordaron someter a las brujas para proteger su propio aislamiento.

—Este hombre va a morir a menos que detengas el avance de esta cosa —afirma Adriana, con cara de asco por el olor a piel podrida y sangre.

—Me temo que tienes razón. Yo... yo no he visto nada como esto antes. —Alice sacude la cabeza, frunciendo el ceño.

—Creemos que es una nueva variación de los experimentos de los cazadores —dice un hombre—. Nos atacaron con esto cuando se dieron cuenta de que no podían contenernos cuando la bruja y el lobo huyeron. Parecían indecisos a la hora de manipular ellos mismos el líquido, pero surtió efecto y ralentizó nuestros ataques.

Adriana frunce el ceño y, con cuidado, coloca un dedo sobre la gran herida. Deseo advertirle que no la toque porque tiene un aspecto grotesco y peligroso, pero me contengo, sabiendo que Adriana sabe lo que hace.

Y, en efecto, una pequeña sonrisa curva sus labios hacia arriba, pero solo dura una fracción de momento. —Sea lo que sea, mi metabolismo puede procesar la herida mucho más rápido de lo que me consume a mí. —Adriana nos enseña el dedo. Al observarlo, noto cómo una pequeña ampolla se abre y se cierra, pero cada vez más pequeña.

—¿Qué sugieres hacer? —pregunto entonces.

—Sugiero usar un poco de mi sangre y la tuya para crear un suero. Ambos formamos parte de la única especie inmortal dentro de los Hijos del Crepúsculo, así que nuestra sangre debería poder contrarrestar los efectos, al menos de momento.

—¿Eso no lo convertiría en vampiro? —pregunta un hechicero, con cara de alarma.

—No. El único efecto secundario que tendrá es un deseo particular de consumir comida cruda durante un tiempo, pero no es nada irremediable. Pero para convertirlo, tendría que drenarle la sangre y luego morderlo, y eso no sucederá.

—Pero tienes razón. Podría funcionar —digo sonriendo.

Con rapidez, corro a por una jeringuilla y extraigo un poco de la sangre de Adriana y de la mía, mientras Alice se ocupa de las heridas de Zander. —Ese idiota me deberá una enorme si mi sangre le saca de este apuro —susurra Adriana.

—Nos lo deberá a los dos —anuncio, sabiendo que no pienso hacer nada de esto por mera amabilidad.

Adriana asiente, satisfecha con mi respuesta, y mientras me deja trabajar, escuchamos los gemidos cada vez más fuertes de Zander, cuyo dolor es evidente.

Corriendo, me acerco a él, inyectando mi sangre y la de Adriana justo en el centro de su pecho, donde la herida es peor. La bruja, Alice, trabaja a toda prisa entre sus hechizos y es ayudada por los brujos, que siguen sacando parte de su fuerza para curar las heridas del hombre.

—Si esta es un arma que los cazadores planean usar contra nosotros, tendremos muchos problemas. —Adriana mira a Zander con desconfianza mientras él lucha con el veneno.

Afortunadamente, el antídoto que hemos inventado funciona, o al menos, lo hace en parte. Las heridas se abren y se cierran a medida que el ácido lucha contra la sangre del hombre, ahora potenciada por nuestro poder.

—Quizá sería mejor trabajar en una variable de este antídoto lo antes posible —le digo a Adriana.

Ella asiente. —Supongo que puedo trabajar en ello... —Adriana se cruza de brazos y mira a Zander, que suda de fiebre y tiene la cara marcada por el dolor.

—¡Nyx! —llama entonces una voz desde fuera de la habitación.

*¿Y ahora qué?* pienso, intentando mantener la calma mientras corro hacia el pasillo, seguida por Evander, para descubrir que la voz que nos llama es la de Adam.

El alfa está pálido como la cera. —Algo no va bien con Ivy. —Se queda blanco como la cera, lleno de alarma.

Sin pensarlo, Evander y yo echamos a correr, le seguimos hasta las habitaciones del segundo piso y entramos en la que les pertenece a él y a Ivy.

Está inclinada junto a la cama, con las manos agarrando las sábanas que han caído al suelo. Su dolor es evidente a través de sus mejillas rojas y los rizos sudorosos que enmarcan su pálido rostro. Ivy arde de fiebre y está tan sudorosa que la ropa se le pega al cuerpo por la humedad.

—¡Ivy! —Intento tocarla, pero me arde la palma y descubro que su temperatura es más alta de lo que había supuesto—. ¿Cuándo empezó esto? —Le pregunto a Adam.

—Hace unos minutos —me responde, angustiado—. Estaba dormida cuando empezó a susurrar y le subió la fiebre. Creo que es por el Dios de la Luz.

—Seguro que sí —dice Evander, con cara de preocupación y los labios fruncidos.

Durante nuestra conversación, Ivy suelta un grito cargado de dolor.

—Mi bebé. No, ¡mi bebé no! —suplica sollozando en el suelo.

Se lleva una mano al vientre, donde el embarazo de cuatro o cinco meses que lleva ya es evidente. Pero las venas de su piel pastosa revelan que algo va mal.

Durante su agonía, Adam jadea y se tambalea de dolor. Ivy suelta un grito aterrorizado y se contrae, cayendo en posición fetal.

—¡Adam, dime qué pasa! —Le grito.

—Es ese maldito dios —dice Adam, hablando entre jadeos mientras se lleva una mano a la cabeza—. Es... le está diciendo...

—¡No! —grita Ivy mientras se lamenta. Sus ojos se cierran y los gritos llenan su boca.

—¿Qué le estás diciendo, Adam? —le pregunto.

Pero no me responde. Cae al suelo, desplomado y sujetándose la cara con angustia mientras Ivy suelta otro grito desgarrador. Cae contra mis piernas, llorando con gemidos desesperados mientras su temperatura desciende.

Luego la cojo en brazos con la ayuda de Evander y la llevamos a la ducha. Sin dudarlo, abro el grifo de agua fría a tope y dejo que bañe su cuerpo mientras me empapa a mí también. —Ivy, contesta, por favor. ¿Qué te pasa? —imploro a mi mejor amiga.

Levanta la cabeza, con el pelo empapado, y me mira. Sus iris se han transformado ante la inesperada situación, adquiriendo un tinte anaranjado que hace juego con el rojo de su pelo. El dolor deforma su expresión mientras se agarra el vientre.

—El Dios de la Luz ha tocado nuestro pacto —afirma Ivy, con la voz ronca mientras se aprieta cada vez más fuerte el vientre.

—¿Qué? ¿Qué te ha dicho? —La apuro, desesperado por saber más.

Ivy rompe a llorar. —Dice que tomará este mundo para sí —llora Ivy—. Que una vez más, caminará sobre la tierra.

—No. Sabes que no lo permitiremos —le aseguro, recordando las leyendas, las miles de historias que habitan entre los míos desde un tiempo anterior a que los primeros dioses pisaran la tierra y casi la destruyeran en su afán por dominarla.

Pero el llanto de Ivy, insistente y desgarrador, me advierte de que mis palabras son vacías. Y, de algún modo, sé que no puedo evitar lo que vaya a ocurrir.

—¿Qué más te ha contado? —pregunta Evander, tan desesperado por la situación como yo.

Por un momento, solo se oye el llanto de Ivy. Y entonces Adam, acercándose por detrás, expresa lo que ha visto perdido en los pensamientos de su compañera. —El Dios de la Luz afirma que en cuatro meses volverá a pisar la Tierra.

—Cuando mi hijo... Cuando nazca mi niño... —comienza Ivy, llorando cada vez más fuerte hasta que el sonido es desgarrador.

—No... —susurro, comprendiendo ahora la situación.

El rostro de Adam, frío e inexpresivo, permanece fijo en su compañera. Y sé el dolor que debe sentir cuando dice: —Se llevará a nuestro hijo para encarnarlo en la tierra.

—Debemos detenerlo. No podemos permitirlo —dice Evander, angustiado y paseándose por la habitación.

—La única manera de detenerlo —dice entonces Adam, e Ivy se derrumba, llorando aún más fuerte—. Es que yo mate a mi propio hijo antes de que nazca.

## CAPÍTULO 25: UN ÚLTIMO RECUERDO



## EVERETT

—¡U sa el suero! —grita el hombre que está a mi lado, mientras cuatro o cinco de ellos me mantienen atado y amarrado.

Juntos, me arrojan a la parte trasera de una camioneta. El vehículo se mueve mientras yo grito y chilló, intentando liberarme del dolor y la opresión de la fuerza que ejercen contra mí.

Pero no me importa, porque pienso en Gwen y en ponerla a salvo. Mientras esa sea mi convicción, no habrá fuerza en este mundo que me impida luchar.

Un hombre obedece la orden de su líder e introduce una jeringuilla metálica en mi cuello. El calor envolvente del líquido asfixiante que me inyectan me corroe mientras forcejeo y jadeo, intentando respirar.

Entonces, el mundo parece faltar de aire, pero no es eso, pues en cuanto el suero entra en mi cuerpo, siento que lo pierdo todo: mi vínculo con Gwen, y también el vínculo con mi lobo.

—¡No, bastardos! —Grito.

Uno de ellos me golpea y luego me amordaza. Mientras lucho por sentir dentro de mí los resquicios de mi conexión con Gwen y aferrarme a la esencia de mi lobo, el suero se extiende por todo mi cuerpo. El calor hace que mi piel arda y pique, similar a mil hormigas de fuego picándome a la vez.

Sin poder evitarlo, me agito tratando de liberarme de las ataduras y las cadenas, pero cada segundo que pasa me encuentro más débil. Me atan las manos y los pies con cadenas de plata y me pasan otra por el pecho.

Lucho, gruño y lucho, pero al final no tengo fuerzas ni puedo moverme. Cuando siento el sabor de la sangre llenándome la boca, forcejeo, desesperado, hasta que pierdo el vínculo con Gwen y mi lobo. Me sume en una soledad negra, densa y absoluta.

Desesperado, busco a tientas dentro de mí, sintiendo el barrido de la tristeza, y busco a Gwen, pero mis sentidos también se desvanecen. No se desvanecen, pero me doy cuenta de que, a medida que el efecto de la droga me recorre, está suprimiendo no solo mi lobo, sino todos los elementos que me asocian con mi naturaleza, convirtiéndome en lo más cerca que he estado nunca de ser un humano completo.

Maldiciendo en silencio, me callo y permanezco quieto, decidiendo ahorrar energías, mientras

pienso en un plan de huida. Pero no tengo adonde ir, y no me iré sin Gwen.

Lo peor de esta situación es que ella no está a mi lado. No sé dónde la tienen, pero sé que no está aquí conmigo. Pero la encontraré. El problema es intentar averiguar dónde puede estar, teniendo en cuenta que los laboratorios de los cazadores son enormes y están bien vigilados.

Del mismo modo, sé que en cuanto recupere la cordura -si es que alguna vez ocurre- iré a por ella. Y si le han hecho daño, acabaré con los responsables uno por uno y les haré pagar por lo que nos han hecho.

Con todos mis pensamientos concentrados en la venganza, siento que el coche se mueve, dejando atrás el traqueteo del bosque para alinearse con una carretera. Parece prolongarse durante un tiempo excesivo hasta que me siento agotado y dolorido. Pero a mi alrededor reina el silencio, de modo que no me doy cuenta de lo que ocurre ni de adónde me llevan hasta que llegamos a nuestro destino.

Entre golpe y golpe, los cazadores me sacan del coche. Me arrastran dando tumbos por un largo pasillo. Con mis escasos sentidos humanos, percibo el lugar que me rodea, intentando descifrarlo. Sigo los pasos y presto atención a los que me rodean, intentando averiguar si tienen a Gwen con ellos. Una ráfaga de aire frío me golpea, y el sonido metálico de nuestros pasos, y estoy seguro de poder adivinar la salida de aquí.

Sé que pasamos por dos controles y luego me empujan a una celda donde me encierran.

Tras quitarme las vendas que cubrían mis ojos, arranco la tela que utilizaron para amordazarme. Pero aunque ya no siento la presión de las cadenas de plata alrededor de mis brazos y pies, sigo siendo un prisionero.

Peor aún, la celda no parece tener ninguna abertura. Tal vez si tuviera mis sentidos mejorados, podría ver dónde estoy, o buscar una salida, pero por ahora, eso parece imposible.

—Mierda —digo, dejándome caer al suelo, con las manos enredadas en el pelo mientras intento pensar—. ¡Mierda, mierda, mierda!

Mientras espero, la pared se abre y deja ver una escotilla por la que se asoma un hombre alto, de aspecto impenetrable y barba cuidada. Tiene el pelo gris, casi plateado, al igual que la barba, y lleva gafas cuadradas de montura fina.

Sus ojos son claros e impenetrables, fríos, en comparación con toda la violencia que deben haber visto que ha creado.

—*Llevo mucho tiempo esperando conocerte, Everett* —anuncia el Dr. Taylor mientras me mira fijamente a los ojos.

Me pongo en pie, deseando poder darle un puñetazo. Una parte de mí ha querido conocer a este hombre desde que él y sus cazadores secuestraron a mi hermana, Sadie.

En mi interior, he rezado y albergado la esperanza de poder causarle el dolor que sé que causó a mi hermana.

Parece comprender el odio que emana de mí cuando sus ojos y los míos se encuentran. Con una sonrisa inexpresiva, el Dr. Taylor, el padre de Ivy, sonrío con cortesía, casi como si fuéramos

viejos amigos.

—Esperaba que tuviéramos tiempo para hablar.

Sé que lo mejor sería mantener la calma. Que podría obtener mejores resultados si me controlara, pero no puedo. La ira arde dentro de mí y, para cuando soy consciente de lo que hago, ya me he abalanzado sobre él, dispuesta a destruirlo.

Pero el Dr. Taylor no parece sorprendido; esperaba que reaccionara así. Sin inmutarse siquiera, pulsa un botón del pequeño mando plateado que tiene en la mano. Y siento que mi cuerpo arde, no por la electricidad, sino por algo peor. Es como si me quemaran por dentro. Como si en lugar de sangre, lava ardiera por mis venas.

El dolor, mucho más potente sin mis sentidos de lobo para percibirlo, me atraviesa y me derrumbo y convulsiono. El doctor me gira la cabeza con un ligero movimiento de su libro, golpeándome la cabeza y haciendo que le mire a sus ojos apagados e inexpresivos. —Esperaba que tuvieras ganas de hablar conmigo. Pero bueno, veo que eres tan violento como tu hermano.

Parece aburrido, casi como si mi comportamiento fuera algo predecible para él. Se da la vuelta, dando unos pasos, y espera, mientras unos hombres con uniforme negro entran en la sala. —Bueno, de todos modos, confío en que querrá escuchar lo que tengo que decirle. Te das cuenta, por supuesto, de que debo tomar medidas. Ya que me has demostrado que eres un hombre de pocas palabras y acciones violentas...

El Dr. Taylor podría estar hablando solo, pero entiendo que me habla a mí. Mientras balbucea, los dos hombres me sacan a rastras de la sala y me llevan a la que está conectada por la puertecita que él utilizó para entrar. Esta segunda, mucho más grande que la primera, con mesas llenas y cargadas de diversos artilugios que la hacen parecer un laboratorio de química.

Los dos hombres me colocan contra una camilla vertical y me atan. Una vez que terminan, se retiran.

Cuando se marchan, siento que poco a poco se va disipando el ardor que siento. —¿Qué me has hecho? pregunto, escupiendo al suelo y sintiendo un regusto a sangre en la boca.

El Dr. Taylor mira el escupitajo y luego a mí. —¿Tu madre no te enseñó modales? —pregunta con terca paciencia y avanza en mi dirección—. Sé que lo hizo porque Sadie tenía modales. —Me frunce el ceño con decepción.

—¡No te atrevas a hablar de mi hermana, joder! —Le amenazo mientras intento liberarme.

—¿Por qué no? Era una niña encantadora. Casi diría que normal. Lástima que naciera manchada, como todos vosotros.

—¿Es eso lo que piensas de nosotros, que estamos manchados? —Mi ceja rubia se levanta, desafiando al malvado doctor.

—No solo lo pienso, lo sé. —No me mira. En lugar de eso, se pone a inspeccionar una serie de frascos de cristal con evidente fastidio—. Tu especie no debería existir. La humanidad te creó como una mutación para mejorar la capacidad de combate de un soldado, pero se descontroló. Lástima que fuera así, ya que el objetivo era excelente: erradicar las otras especies y acabar con las guerras de criaturas mágicas. Pero se les fue de las manos, convirtiendo tu existencia en un

completo sinsentido.

Suspira y se decide por un biberón. Le fulmino con la mirada mientras introduce el líquido transparente en una jeringuilla y le da unos golpecitos para eliminar las burbujas de aire. Luego se acerca a mí con una sonrisa perversa y me lo inyecta en una vena del brazo izquierdo.

En un instante, lo siento -frío, como hielo- subiendo por mi brazo. Comparado con el calor abrasador, me resulta extraño y desesperante. Aprieto los dientes, sabiendo que no puedo hacer nada para detenerlo. La idea casi me deja sin aliento.

El Dr. Taylor me observa mientras aprieto los puños, intentando no retorcerme de dolor mientras él sigue hablando. —Con tu hermana hablamos mucho de estos temas. Una niña fascinante. Ella pensaba que los lobos teníais un don. Que os habíais fusionado con los espíritus animales para ser defensores de la humanidad. Pura locura... Pero interesante al fin y al cabo.

El Dr. Taylor suelta una risita, como si estuviera contando las travesuras de un niño. Se acerca a la mesa más cercana, deja a un lado la jeringuilla y coge unos electrodos que me acerca.

Me las coloca en la frente y en las muñecas, así como en el pecho y el cuello. Lo miro moverse como si se aburriera, y luego continúa: —En el tiempo que pasamos juntos, tu hermanita y yo hablamos mucho de ello... Sus teorías eran brillantes y encantadoras. Debo admitir que me gustaba la idea de creer sus historias. Y ella también me gustaba. Pero eso son cosas de niños, claro. Como el Ratoncito Pérez o Papá Noel.

—¡Deja... de hablar de Sadie! —Grito con los dientes apretados, sintiendo que la rabia aflora en mi interior y el doctor levanta la cara y me mira con una gruesa ceja levantada, como si intentara comprender mi furia.

—¿Por qué? Pensé que te gustaría saber de ella. Después de todo, no estuviste con ella los últimos meses de su vida. —Se encoge de hombros.

*¡El bastardo condescendiente!* Sus palabras me hacen sentir cada vez más molesto y combativo. Lucho, aunque sea inútil, y deseo que mi lobo se despierte para poder desplazarme y arrancarle la cabeza a este hombre. Estoy dispuesta a acabar con este malvado bastardo y si no es ahora, algún día lo haré. Es un voto que pretendo mantener no por mí, sino por Sadie.

Me mira, se da cuenta de todo el esfuerzo que estoy haciendo y parece no preocuparse por ello. —Para. Vas a acabar haciéndote daño —me dice con el tono de un padre preocupado.

El médico se dirige entonces a una máquina cercana donde conectan los electrodos y la enciende sin pensárselo mucho. Y al instante, siento una descarga que me recorre y me deja sin aliento.

Por un momento, mi cuerpo se convulsiona y luego cae contra la cama de metal, exhausto y con sacudidas de dolor que adormecen mis sentidos.

—Bien... bien. Así está mucho mejor. Será más fácil si te controlas un poco, ¿no crees?

Con cierto esfuerzo, levanto la cara y le veo volver a la camilla. Coge una jeringuilla y me extrae sangre del cuello y luego la coloca junto a una serie de tubos alineados. Luego vuelve a acercarse a mí. Esta vez, sosteniendo una jeringuilla que contiene un líquido con un ligero color púrpura.

La mira fijamente, como embelesado, y sonrío. —Tu hermana... Es una pena su desaparición.

Trabajé duro con ella para llevar a cabo mi tarea, pero al final, creo que vas a ser tú con quien compruebe si mi trabajo ha tenido éxito.

Entonces se acerca a mí y, aunque su rostro carece de expresión alguna, una parte de mí sabe que está disfrutando de este momento. La lentitud de sus movimientos, unida a la forma en que me observa y analiza, como si esperara obtener más de mí... más de mi ira, más de mi rabia. Lo saborea como si fuera un plato exquisito del que se deleita con cada bocado.

El médico me acerca la jeringuilla, pero no me la introduce en la vena. En su lugar, sonrío con una mirada lejana. —Todos esos meses que estuve con tu hermana, trabajamos muy duro en esto. Y me gustaría que pensaras en esto como su último regalo para ti. Este es el último recuerdo que Sadie te dejó.

—Taylor, te mataré por esto —gruño en un susurro, con los labios apretados entre los dientes.

El Dr. Taylor me estudia y me doy cuenta de que está satisfecho con mi reacción. —Ya veremos... —Me guiña un ojo y sonrío.

Luego acerca la jeringuilla y la introduce en mi vena. Y sé lo que me hará porque conozco esta reacción. Recuerdo cómo la sentí antes, cuando me inyectaron el veneno de Elixir en la sangre, cuando creí que me convertiría en uno de esos demonios.

Solo que esta vez es diferente, igual de intenso y doloroso, pero carece de la pérdida de mi identidad que me invadió la última vez. En su lugar, siento que me expando a través de mi cuerpo. Mis sentidos se despiertan y mi lobo ruge en mi interior mientras grito con fuerza.

No siento a Gwen, por el shock del despertar, ni la percibo. Pero siento la droga corriendo por mis venas, acelerando mi metabolismo, cambiando mi cuerpo, borrando mi conciencia y transformándola en otra de una forma tan precipitada que dudo si volveré a ser Everett... o si alguna vez lo fui.

En mi estado desesperado, grito, intentando aferrarme a los recuerdos de la persona que conozco. La que siempre he sabido que soy. Pero es imposible. En medio del caos, mi identidad está siendo borrada, y mientras creaban esta nueva conciencia dentro de mí, solo siento dolor: una agonía intensa y punzante...

A mi lado, el Dr. Taylor se ríe, y yo le fulmino con la mirada, con la visión volviéndose borrosa y roja y mis pensamientos de matar, de asesinar... con mis propias manos.

Pero ya no quiero asesinar solo a él.

Quiero matar a otros. A *todos*, de hecho. La ira se ha convertido en mi único motivo y ahora mismo, deseo dejar que arda.

## CAPÍTULO 26: UN PACTO DE SANGRE



## GWEN

Nada más despertarme la siento, profunda y aferrada a mí, como un viejo tronco de árbol, cuyas raíces se hunden en la tierra, negándose a morir. La oscuridad que me rodea lo abarca todo y se ha hecho presente en cada abismo de mi maltrecho corazón.

Y sé que no *me siento* vacía, sino que, de hecho, estoy vacía, desprovista de todo en mi interior. La ausencia de Everett crea un vacío insuperable dentro de mí, haciendo que todo parezca un enorme agujero.

Además de Everett, las otras voces dentro de mi cabeza también se han ido. La voz del Dios de la Luz, e incluso la de Lilith, están ahora en silencio. Tantas entidades independientes y personales, que vivieron y habitaron en mi interior durante tanto tiempo, están ahora vacías en su ausencia de gritos y voces que, hasta ahora, resonaban en mi interior.

—He estado esperando este momento —dice una voz a mi lado. Es una voz familiar a la que esperaba enfrentarme en algún momento.

Abro los ojos y parpadeo porque tardo un momento en moverme. Siento el cuerpo pesado y la respiración entrecortada por el dolor. Pero, aunque me cuesta, consigo enfocar la vista. Veo a la mujer que tengo delante, que me mira fijamente. Y, como ella ha dicho, sé que ha estado esperando este momento. Yo también lo he estado esperando.

—Bien. Veo que el destino se ha encargado de reunirnos —dice Sabine, levantándose la cabeza por la barbilla con uno de sus dedos largos y perfilados, terminados en uñas finas y puntiagudas, pintadas de negro.

Sabine no ha cambiado como yo pensaba. O mejor dicho, no ha cambiado como yo esperaba, ya que tiene un rostro de aspecto joven. Nunca fue una mujer hermosa, aunque sé que muchos la adulan y la perciben así. Cabello oscuro que cae contra su rostro, piel demasiado clara, nariz aguileña, labios carnosos pintados de rojo y mandíbula grande y cuadrada. Más que hermosa, siempre me pareció una mujer fuerte, y eso es algo que admiraba de ella. Inspirada por Sabine, yo también tenía la meta de llegar a ser fuerte, y estaba segura de que lo conseguiría en algún momento.

Pero en sus ojos, mirándola ahora, no percibo fuerza, sino desprecio. Desprecio, y en el fondo, oculto entre sus emociones, un miedo que no puede quitarse de encima, pues aún teme que la muerte le pise los talones.

Siento la lengua pesada y escupo a Sabine, sin importarme si mi saliva cae en su mano o no. — Bueno, supongo que lo inevitable siempre llega —digo con voz lenta y áspera, porque tengo la lengua tan hinchada que me cuesta hablar.

Sabine sonrío y me da la espalda. —Has causado bastante alboroto últimamente —dice con voz pausada, midiendo sus palabras—. Pero no te preocupes. No es nada que una excelente lección no pueda arreglar. —Me sonrío, pero noto la malicia bajo su falsa fachada.

Asiento sin hablar, sabiendo que está disfrutando del momento. Muchos pensamientos pasan por mi cabeza. Me devano los sesos en busca de alguna pista sobre dónde está Everett o qué está pasando, pero no se me ocurre nada.

—Así que eso es lo que soy a tus ojos... Una niña maleducada —digo, alargando las palabras para ganar tiempo.

—Oh, siempre lo has sido —susurra Sabine, con la cara seria, mientras me acaricia el pelo. Detesto que me toque y que tenga la libertad de hacerlo. Pero, atada de pies y manos, no tengo libertad para moverme, así que me contengo y no tomo represalias.

En cambio, quiero ahorrar fuerzas para escapar. —Y tú siempre has disfrutado de los castigos mucho más de lo que deberías —digo mientras recupero el sentido.

Sonríe y me mira con ojos fríos. *Me recuerdan a los ojos de un gato*, pienso. Al examinarla más detenidamente, me doy cuenta de que tiene el iris estirado, con el verde anterior de sus ojos sustituido por un peculiar amarillo de aspecto malsano que aporta más palidez a su piel. — ¿Acaso has estado haciendo tratos con el diablo? —me burlo—. Porque tienes un aspecto horrible.

Por un momento, a Sabine se le escapa la máscara de control y veo cómo frunce el ceño. *Perfecto. Mis palabras la están afectando. Sigues siendo una zorra engreída, y puedo usar eso a mi favor.*

—Por lo que tengo entendido, eres tú quien ha estado haciendo tratos que nos meterán a todos en problemas. —Sabine levanta ambas cejas y chasquea la lengua—. ¿No te enseñé a no jugar con fuerzas de las que no sabes lo suficiente o no entiendes?

—Sabes que no me gustan mucho las reglas. —Cuando levanto los hombros encogiéndome de hombros, me duele todo por dentro. Siento como si me hubiera roto un hueso o dos.

—Bueno, en ese caso, tendré que intentar enseñarte de *nuevo* a seguir mis reglas —afirma Sabine, retándome.

En cuanto se levanta, toda la habitación se ilumina, permitiéndome ver mi entorno por primera vez.

Entonces descubro que estoy en una habitación espaciosa, que parece una cueva con grandes techos abovedados. Las paredes son de piedra, pero el suelo es liso y está pintado de negro. Hay un círculo de piedra en el que me siento con Sabine sobresaliendo por encima de mí, y el área debe medir al menos diez o quince metros. Encima hay una estructura de piedra que nos rodea, como si de esta fosa salieran escalones. Veo velas encendidas en cada uno de los escalones de piedra: rojas, negras y blancas, hasta donde alcanza mi vista. Y en lo alto, observando la escena,

están mis hermanas. Sabine las tiene encerradas y esperan el sacrificio en silencio.

Porque de eso se trata. Sabine pretende sacrificarme, para marcar un punto contra los que nos hemos rebelado contra ella y así recuperar el dominio total sobre las brujas liberadas.

Al mirarla, no puedo evitar soltar una carcajada. —¿Qué piensas hacer? ¿Robarme mis poderes y reunir de nuevo al aquelarre bajo tu circo de vicios? —Mi sarcasmo es claro mientras observo cómo la rabia se apodera de sus facciones.

Sabine me responde con veneno en cada palabra. —¿Cómo has podido? —grita—. ¿Cómo has podido traicionarme? Te traté como a una hija. Te salvé del infierno que estabas viviendo, ¿y así es como me lo agradeces? —Sabine escupe al suelo delante de mí como una especie de insulto, pero me río en su cara.

—Deberías haber sabido que me rebelaría. —Levanto los hombros encogiéndome con cuidado, consciente de mis heridas—. Que todos lo haríamos. Nos enseñaste demasiado bien a no dejarnos dominar por cualquier cabrón que intente doblegar nuestra voluntad. —Mis ojos se entrecierran en rendijas, esperando su respuesta. Sabe que digo la verdad. Y la verdad a veces duele.

Me mira con chispas de odio en los ojos. —Y eso aún no te ayudó... ¿verdad?

La observo mientras saca un cuchillo de la cintura y sé lo que planea hacer. Antes de que se acerque a mí, susurro, intentando invocar mi poder y descubro que me lo han arrebatado.

Sabine se acerca entonces a mí y sonríe con picardía. Me pasa el filo del cuchillo por el cuello de lado a lado y siento cómo se me escapa el calor. La sangre brota entre el dolor y la asfixia mientras mancha mi cuerpo.

A este ritmo, me desangraré y moriré en menos de cinco minutos.

Sabine levanta las manos y las brujas que nos rodean entonan sus canciones. Sus voces lentas, llenas de melancolía, se desbordan en la atmósfera, mientras mis dedos se enfrían y pierdo el sentido.

Sabine se acerca a mí y me marca la cara con mi sangre, los símbolos que unirán mi poder al suyo. Se abre las venas de los brazos y dibuja los mismos símbolos en su piel, utilizando su sangre y la mía, y los cánticos de mis hermanas. Su poder es oscuro y está maldito por las propias brujas. Es brujería prohibida, pero a ella eso le importa un bledo. Lo único que piensa y le importa es no envejecer. Se niega a morir.

Mientras cantan, me siento morir. Mi piel permanece fría en medio del vacío. La asfixia, aferrándose a mis pulmones, apretándolos hasta que siento que se marchitan dentro de mí mientras intento con desesperación invocar el poder de Lilith, el Dios de la Luz, o de Everett. *¿Hay alguien ahí? Necesito que alguien me ayude;* grito dentro de mi cabeza.

Everett... Mi querido, dulce Everett... Descubrirá que he muerto de la peor manera, y su ira no tendrá fin. Ya ha perdido demasiado en esta guerra. Demasiado y ahora perderá la única cosa que lo ha mantenido atado a su cordura... yo.

—Sabes, cuando todo esto empezó, me arrepentí de no haberte dejado morir a manos de ese puto pederasta —dice Sabine, acercándose a mí. Disfruta viendo mi piel manchada de sangre y mi

cuerpo palidecer mientras la vida se me escapa entre los dedos. Y con cada gota de sangre que pierdo, ella rejuvenece. Su poder crece hasta cotas vertiginosas y sonrío, poderosa e invencible —. Pero ahora agradezco que las cosas hayan salido así, Gwen. Gracias, porque al formar tu vínculo de apareamiento y encontrar las reliquias sagradas de las brujas, te has vuelto más poderosa de lo que nunca podrías haber sido. Gracias a ti, ahora podré poner fin a este trato maldito con el doctor Taylor y convertirme en inmortal. —Sabine se inclina a mi lado y sonrío triunfante.

Me acaricia la mejilla por última vez, manchándome la cara con el último rastro de sangre, y entonces mis ojos se cierran.

Y por un instante, caigo en medio del vacío.

Y sé que no soy yo. Ya no. No tengo nombre ni identidad, pero sigo sintiéndome como Gwen. La Gwen que una vez luchó hasta el último momento para salvar a sus hermanas y recuperar al hombre que ama por el camino. La Gwen que nunca se rindió, pero que Sabine derrotó al final.

*Bueno, bueno, bueno... ¿pero qué tenemos aquí? No es más que un pajarito perdido. Qué interesante...*

La voz que habla no me es familiar. Al menos, no de la realidad, ni de la gente que conozco, pero lleva casi un año manifestándose dentro de mi cabeza.

Descubro con fastidio que, incluso en la muerte, puedo sentir cosas. Manos cálidas que sostienen entre sus palmas mi cuerpo desnudo y marchito. Manos enormes que envuelven mi piel hasta hacerla arder con su presencia.

Mis ojos se abren y descubro dos abismos negros como la noche que me observan, perdidos en la sonrisa de un loco con cara de hombre con la locura pintada en medio de sus facciones.

*Hola, pajarito, dice el Dios de la Luz, riéndose de mí.*

En un instante, el miedo se agolpa en mi pecho. Parece irónico que sienta más miedo de él que de Sabine. Incluso más que a Diantha de Val, reina de las hadas. Pero, de algún modo, me contengo para no gritar. En su lugar, siento la risa del dios, que me mira mientras mi alma arde en sus manos, retumbando en medio del vacío.

*¿Qué haces aquí?* le pregunto, confusa.

*Más bien, debería preguntártelo a ti. ¿Qué haces aquí, mi pequeña Gwen?* Sonríe y parece divertido por mi vacilación.

*He muerto, me aventuro.*

*No. Aún no...* Sus palabras contradicen las mías. *No puedes morir. Al menos, no hasta que cumplas nuestro pacto, y obtenga lo que quiero de ti.*

*Si no he muerto...* Empiezo, intentando ignorar el dolor punzante que me recorre por dentro. *Entonces, ¿dónde estoy?*

*Estás bien donde estás,* responde sin el menor interés en dar más explicaciones. *La pregunta es... ¿estás donde deberías estar?*

No, respondo, molesto con sus juegos mentales. *Si lo que dices es cierto, y no puedo morir hasta cumplir mi trato contigo, entonces debes ayudarme a regresar.*

*Volver... Qué palabra tan interesante...* El Dios de la Luz se echa a reír. *¿Y qué obtendré a cambio de ayudarte?* pregunta, su voz, siempre inquietante, se cuela en mi cabeza.

*¡Escúchame, maldito dios! ¡Si muero, no podré honrar el juramento!* grito indignada, pero mi rabia parece divertirlo y vuelve a reírse.

*Tal vez no, pero entonces te quedarás por la eternidad aquí conmigo... Y disfrutaré mucho torturándote. Aunque no sea nuestro trato inicial, al menos me ofrecerás entretenimiento.*

La idea me inquieta y me llena de terror. Esta criatura, que conoce todos mis miedos, me dice que mis dos opciones son permanecer confinada aquí por toda la eternidad, o darle más de mí de lo que ya le he dado.

Incluso me ha quitado la muerte, me doy cuenta. Pero también sé que solo me queda una elección.

*Aceptaré un nuevo pacto, declaro con mucha más convicción de la que siento. Devuélveme la vida y dame tu poder, y haré míos tus deseos.*

En ese momento, los ojos sin vista del Dios de la Luz parecen escrutarme, tratando de discernir la verdad o la mentira en mis palabras. *Recuerda, Gwen... te conozco. No puedes mentir. No a mí.*

Disgustada, respondo porque estoy desesperada por volver con Everett y los vivos. *Sé que no puedo mentirle.*

*Planeas utilizar tu nuevo poder para encerrarme. Y también deseas encontrar la forma de que tú y la hija de mis descendientes os libréis de mis contratos,* afirma el dios refiriéndose a Ivy.

*No dejaré de luchar por ella,* admito, sintiendo que mi desesperación aumenta. *Pero si me ayudas... Puedes cumplir tus propósitos en mí. Devuélveme la vida y permíteme liberar a mis hermanas, y a cambio, te concederé mi ayuda.*

*Bien. Ya sabes el precio a regatear por mis servicios, Gwen.*

No tardo en darme cuenta de lo que quiere decir, porque siempre pide lo mismo cuando quiere un trato conmigo.

*De acuerdo,* respondo.

No comprendo la necesidad de hacerlo, pues en sus manos mi piel arde por el calor que la incinera. Pero me llevo la mano a la boca y, sin dudarlo, muerdo hasta que mi sangre brota a borbotones.

Sintiendo el dolor recorrer mi piel, permito que el líquido rojo entre en contacto con el dios. *Ahora, devuélveme la vida,* exijo.

Y en medio de mis palabras, aúlla de risa. La rabia unida al éxtasis más puro y una sensación gloriosa me invade por un momento y me llena de fuerza.

*Será como tú digas, Gwen Adler...* susurra el dios, acallando las palabras que temo y decretando el pacto que he tomado en mi desesperación.

Por ahora, sé que soy suya. Y no hay nada que pueda hacer para salvarme de esta sentencia.

## CAPÍTULO 27: CANCIONES DE VENGANZA



## GWEN

— Un corazón para el otro; un alma para la otra. Tomad todo lo separado por la carne y dejad que la magia la vuelva a convertir en una. —Los cánticos de mis hermanas se dispersan por el aire espeso que nos rodea, mientras la sangre brota de mi cuello y mancha mi ropa, mis pechos, mi abdomen e incluso hasta mis muslos.

—Un corazón para otro; un alma para otra. La sangre y la magia deben unir lo que el corazón y la mente intentan separar.

Incluso cuando no debería ser capaz, mis ojos se abren y, por un momento, el tiempo parece haberse detenido. La escena que se desarrolla ante mí durante los ritos y las invocaciones se detiene como si el mundo se hubiera ralentizado para permitirme procesar lo que está ocurriendo.

Sabine está de pie frente a mí. En sus manos, sostiene las tres reliquias de Lilith. La tiara en la cabeza, el anillo en el dedo y el collar aferrado entre sus manos como si estuviera a punto de ponérselo. La sangre cubre sus manos, al igual que su ropa y su rostro. *Manchada con mi sangre*, pienso sin emoción, notando cómo su cuerpo ha rejuvenecido mucho más de lo que debería. La luz de mi magia brilla a través de la sangre que se derrama por el suelo, manchando los dobladillos de su vestido. Hay mucha sangre, y me siento incómoda mientras se filtra entre mis dedos. A mi alrededor, todo se detiene cuando mis hermanas levantan las manos. Un cuchillo en su mano derecha y la vena expuesta de su muñeca izquierda mientras llevan su piel hasta el borde, dejando que su sangre fluya. Sangre que se mezclará con la mía y caerá en cascada por las losas de piedra y se derramará. Sabine danzará a lo largo de la sangre, adsorbiendo los poderes de mis hermanas y uniéndolas así a la suya.

Aunque ella aún no lo sabe, su baile de la victoria es efímero y no se producirá. Porque no lo permitiré.

Es la fuerza del Dios de la Luz la que me salva, en medio de toda la contemplación. Pero su ira y su sed de venganza empañaron mi victoria al escapar de las cadenas de la muerte. Levanto la cabeza y contemplo a Sabine mientras la magia brota de mis poros y mi cuerpo se enciende en una luz radiante.

En el instante en que levanto la cabeza, la sangre deja de manar de mis venas y se eleva, como ingrátida mientras flota a nuestro alrededor. Estoy saturada de tanta información que sobrecarga mis sentidos e intento procesar toda la escena. Puedo oler, saborear e incluso percibirlo todo con tal claridad que me siento abrumada. Porque en medio de la oscuridad, siento como si estuviera mirando al sol brillante en medio de un caluroso día de verano. La luz es tan brillante que casi

me ciega.

Cuando Sabine mira hacia abajo y se da cuenta de lo que está ocurriendo, ya es demasiado tarde para ella. Su expresión de alegría y felicidad se transforma en una de terror. De repente, se da cuenta de que no ha cumplido su objetivo, que era asesinarla.

En cambio, todo su cuerpo parece tenso mientras el mío se carga de poder. El grito de puro pavor y miseria nubla su cuerpo y su mente cuando el hechizo se rompe en mil pedazos contra su voluntad. Retrocede y la reliquia de la diosa cae a sus pies, manchada por su sangre, mientras de su rostro brota humo de las quemaduras causadas por los símbolos que marcó con mi sangre. No puedo evitar pensar que es irónico.

La estudio mientras retrocede, y mi sangre sube e inicia un camino inverso, recorriendo mi piel y volviendo a mi cuerpo de nuevo, caliente y espesa, y las heridas se curan dentro de mí. Los huesos vuelven a unirse, los moratones desaparecen y el veneno arde en mis manos.

Y siento el fuego, un infierno atroz que me atraviesa y me hace gritar mientras todo mi cuerpo se enciende en medio de la luz. Mis manos están calientes como el mismo sol mientras queman y derriten las cadenas de metal y bailan entre mis dedos como ríos de agua pintados de cobre y plata antes de caer al suelo en espesos charcos susurrantes.

Me pongo en pie, sintiendo la fuerza, ese poder que me vuelve loco y me aterroriza pero que me permite luchar. Sabine, que está frente a mí, me mira con desdén. Tras caer al suelo, me pongo en pie, con los dedos manchados de metal y el fuego ardiendo dentro de mi cabeza.

—¿Qué... qué has hecho? —Sabine mira a su alrededor, con el terror grabado en su rostro.

—Solo lo que era necesario hacer. —Sueno ronca, áspera y diferente... nada parecido a mi voz normal.

Mis manos se alzan, producto de las voces que resuenan en mi cabeza. A través de sus risas, siento el poder del Dios de la Luz, que llena mis sentidos mientras grito, llena de dolor pero también de rabia y fuerza.

Sabine contiene un gemido ronco. La magia, que se cierra alrededor de su cuello, la levanta del suelo. Abre los ojos como platos y levanta las piernas, intentando en vano escapar de mi agarre. La presión ejercida al luchar contra el aire que la aprisiona le deja moratones en la piel.

—¡No! ¡No harás... esto! —Su súplica desesperada resonó en el aire como un eco.

Utiliza sus últimas fuerzas para invocar el poder de Lilith, y cuando sus manos se extienden y se abren, mis hermanas, las brujas de los extremos de la horca, saltan en el aire, viniendo directamente hacia mí.

Los observo, sabiendo que no pretendo ni deseo hacerles daño, pero ellas no tendrán la misma compasión por mí. Sus hechizos estallan entre las voces familiares, como cánticos demoníacos, mientras se acercan en busca de mi muerte.

Cubro mi cuerpo con una cúpula expansiva de llamas que lanza lejos a las más cercanas en una explosión. El calor quema mi piel, que se recupera a toda prisa, y hago que el fuego baile a mi alrededor, no solo como protección física, sino para quemar los hechizos y la magia que nos rodea mientras las brujas intentan alcanzarme.

Entonces las brujas se abalanzan sobre mí, pero este fuego, que tiene vida propia, baila alrededor y entre ellas, interponiéndose en su camino y adoptando formas similares a mi cuerpo.

Mientras tanto, corro al encuentro de Sabine, con hechizos brotando de mis labios, y me empujo, utilizando mis poderes para alcanzarla. Mis manos, con el metal impreso entre mis dedos, rodean uno de sus tobillos, y ella alza la voz en gritos de dolor al sentir cómo el metal lacera su piel, dejándola destrozada y en carne viva.

Sabine cae al suelo en medio de un fuerte impulso, y yo me desplomo con ella. Pero me pongo en pie de un salto, agarrando la primera de las reliquias que ha dejado caer: el collar de Lilith, que ha caído a sus pies y ahora vuelve a pertenecerme.

—¡No! ¡No, no, no! —Sabine convoca el viento mientras agita las manos en el aire. Sus pulmones se hinchan hasta que su cuerpo se asemeja a un globo, y ella exhala, empujando todo ese aire contra mí mientras se forma en un torbellino. Pero la voz de Lilith, como un susurro comparada con los gritos enloquecidos del Dios de la Luz, entra dentro de mi cabeza, y aplaudo con las manos delante de mí durante una sonora bofetada que parte en dos el remolino de aire y lo transforma en llamaradas ardientes.

—Mi turno... —Giro hacia Sabine y cargo contra ella mientras alzo las manos y las hago descender hacia la tierra, que vibra bajo nosotros como el latido de un corazón firme.

De la oscuridad surgen voces. Voces familiares gimen y exclaman mientras sus dedos y manos incorpóreos buscan la piel de Sabine. Ella grita al darse cuenta de lo que está ocurriendo, y las cabezas de todas las brujas que ha asesinado o sacrificado para su propio ego surgen de la tierra, clamando venganza.

Las manos de los fantasmas, pétreas y frías, aferran a Sabine, penetrando en su piel. De su boca emergen dedos, y entonces sus ojos se vuelven grises.

—¡No! ¡Detengan esta locura ahora! Dejadme en paz! —Después de hablar, soltó un gruñido salvaje, lleno de dolor y rabia.

Empieza a correr y a conjurar, pero sus labios se cierran y aprietan cuando los espectros claman por su cuerpo. Las almas en pena se apoderan de sus manos, boca, ojos y luego de todo su cuerpo. Los dedos de Sabine desgarran su piel. Sus manos le arrancan los ojos de las órbitas y se muerde la lengua, desgarrándola mientras grita durante el baño de sangre que se ha infligido a sí misma.

—Dadme las reliquias —les digo a los espectros y las temblorosas manos de Sabine se extienden hacia mí. Lloro lágrimas de sangre, con el rostro enmascarado por el dolor, mientras le quito de los dedos el anillo de Lilith y lo vuelvo a colocar en mi mano izquierda.

Al sentirlo contra mi piel, el susurro de su voz se convierte en una plegaria, solo audible a través de los gritos del Dios de la Luz. Pero cada vez, el sonido se convierte en una presencia más constante dentro de mi cabeza.

Respirando hondo, expulso todos los pensamientos de mi mente y me concentro, sintiendo los efluvios de la magia de Sabine, la que la conecta con el resto de las brujas de nuestro aquelarre y de todos los demás del planeta.

A través de la oscuridad y en medio de la magia invisible, los veo emerger: almas torturadas atadas por el cuello y las manos. Producto de la magia de Sabine... atadas a su vida y a su existencia.

Ahora puedo ver los hilos que unen a las brujas con Sabine, así que extendiendo las manos y los corto uno a uno. La magia del hechizo separa a las brujas de Sabine y éstas lanzan gritos de dolor, cayendo al suelo en su nueva libertad, con los ojos muy abiertos y mirando a su alrededor conmocionadas por su liberación. Es como si acabaran de despertar de una pesadilla llena de terror y estuvieran llorando.

A medida que ganan fuerza al ser liberadas, el color de Sabine se agota. Las almas de las brujas del pasado claman por su alma, suplicando redención, y el cuerpo de Sabine pierde su luz y la belleza de la juventud por la que tanto ha luchado.

Está arrodillada en el suelo con las manos manchadas de sangre. Le falta un dedo y tiene los labios llenos de llagas; uno de sus ojos cuelga fuera de sus órbitas y su expresión es de dolor. Morir le parece ahora un acto de bondad, no una condena como siempre ha creído.

Mientras la miro, me doy cuenta de que ya he logrado mi objetivo y he liberado a mis hermanas de la muerte en vida a la que las sometió Sabine. No siento, en medio de la ira, más ansia de venganza que la que clama el Dios de la Luz que hay en mí. No siento sed de ver sufrir a Sabine. Pero sé que tampoco es decisión mía lo que debo o no debo hacer con ella. Siento orgullo. Estoy orgulloso de haber luchado por lo que era justo y de haber liberado a mis hermanas.

Al acercarme a Sabine, le quito la corona de Lilith de la cabeza y la miro primero antes de colocármela en la cabeza.

Y entonces, en ese mismo instante, siento de nuevo la presencia de Lilith, recorriendo todos mis sentidos, tomando el control de mi magia. El poder de Lilith fluye a través de mí y en medio de los juramentos que nos han unido.

Bruja y diosa. Reina y esclava. Comprendo de una vez que soy todo y nada al mismo tiempo.

Mis ojos, una vez cerrados, se abren de nuevo al mundo y me doy cuenta, al mirar a mis hermanas, de que ha llegado su hora.

—Ahora, un nuevo tiempo se levanta para todos nosotros. —Mis hermanas me observan con diversos estados de incredulidad: asombro y paciencia—. Os corresponde a vosotras decidir lo que haréis a partir de ahora. No me impondré a ninguna de vosotras. —Mi sonrisa parece tambalearse—. Pero os concederé lo que tengo poder para daros: la venganza que merecéis.

Alejándome un paso de Sabine, permito que las brujas de alrededor la tengan como objetivo y, sin hablar, emito el juicio que mis palabras han reafirmado. Para completar el rito de coronar a una nueva reina, la anterior debe renunciar a su título o morir. En ningún momento Sabine ha renunciado al título de reina, pero su muerte... está por ver.

Por ahora, no pretendo ser yo quien termine esta tarea. No depende de mí. Pero las brujas de la sala se acercan paso a paso a Sabine. Sus miradas son duras, llenas de odio, tristeza y dolor, mientras sus manos se aferran la una a la otra. Sus dedos entrelazados y sus voces inquebrantables entre sus juramentos, que pronto se convierten en hechizos.

Las observo mientras siento la magia que emana en medio del ambiente a medida que sus voces se hacen cada vez más fuertes. Los cánticos de mis hermanas eclipsan los gritos de Sabine, y su dolor refleja la ira que nubla los ojos de todas las brujas presentes en medio del rito.

Y mientras sus voces se alzan y exclaman con rabia y venganza, me doy la vuelta. A cada paso, siento que la magia brota con más fuerza en mi interior. Mis ojos se elevan hacia la luz mientras subo los escalones, caminando, no corriendo, fuera de la cueva.

Una voz dentro de mi cabeza me pregunta: —*¿Adónde vas?* Es una voz curiosa, que se funde con la de tantas otras que ahora habitan en mi conciencia.

Me levanto con la cabeza alta. —Para encontrar a mi otra mitad. —Mientras mis pensamientos se centran en él... la última pieza de mi conciencia. Everett... la última pieza del rompecabezas que me falta.

Oigo y siento su alma latiendo con la mía, llamando durante el silencio que resuena a través de la densa, oscura y eterna penumbra donde lo aprisionan en medio de este laberinto.

## CAPÍTULO 28: MIRA CÓMO ARDE TODO



**H**ay una parte de mí, más allá del Dios de la Luz y sus deseos más primarios, que quiere ver arder el mundo. Este mundo, que por momentos, ha amenazado con destruirme y arrebatarme todo lo que me importa y por lo que lucho.

—Bien. Devolvámosle el favor —susurro, saliendo a toda prisa de la cueva por la única entrada que encuentro disponible.

Dentro de la cueva, los gritos siguen siendo audibles, pero me doy cuenta de que ya no pertenecen a Sabine. En su lugar, son las voces airadas de mis hermanas las que siguen desatando su furia, y no pienso interrumpirlas. Se merecen un tiempo para llorar y procesar todo lo que han afrontado a lo largo de los años. Así que, en lugar de eso, pienso centrarme en lo único que me importa en este momento.

—¿Everett? —Intento conectar con él. Pero su conciencia no es más que una ilusión dentro de mi cabeza—. Everett, ¿dónde estás? —Mi súplica desesperada no es escuchada.

Fuera de la cueva hay un pasillo oscuro que atravieso corriendo hasta llegar a otro iluminado por luces de neón blancas. Estoy aturdida por un momento al golpear mi visión, demasiado sensible por la sobrecarga sensorial causada por la energía.

Así que la cueva en la que me encuentro es falsa, pronto me doy cuenta, preparada para la ocasión. El pasillo parece desierto, pero pronto suenan las alarmas por todas partes y detecto el rápido movimiento de los cazadores.

Se precipitan hacia mí, uniformados con trajes blancos, cubiertos con chalecos antibalas y con equipo suficiente para simular que van a la guerra. No parecen hombres, sino armas robóticas diseñadas para no hacer otra cosa que matar. En comparación, yo voy descalza, con la ropa medio arrancada del cuerpo y con las únicas protecciones de una vieja brújula oxidada y las baratijas de Lilith. Llevo mis armas en el cuerpo, pareciendo indefensa y pequeña. Pero no lo soy, y están a punto de descubrir todo mi potencial.

Con el Dios de la Luz y Lilith, me siento lo bastante poderosa para destruirlos a todos.

—¡Fuego! —Todos los guardias y cazadores me apuntan con sus armas.

Sonrío, sintiendo la risa del dios dentro de mi cabeza. Siempre me exige que le pague con sangre, y eso es lo que pienso darle.

Cuando levanto las manos por encima de mí, las luces que nos rodean parpadean. Entonces, con un grito ahogado por la presión que siento recorrer mi cuerpo, cierro las manos en puños y las bombillas del pasillo estallan.

Llueven cristales rotos sobre los guardias y avanzo sintiendo la electricidad que me recorre los brazos y las manos. Los cristales que se clavan en las plantas de mis pies me hacen sangrar mientras avanzo hacia ellos. Las balas que vuelan por el pasillo se dirigen directamente hacia mí mientras la electricidad baila entre nosotros, como chispas de un fuego a punto de prenderse.

Esa electricidad me encuentra. La dejo correr a través de mí y, con la misma vorágine de energía, la fuerzo hacia los cazadores mientras corre como un animal salvaje, atrapándolos en medio de su descarga mientras gritan desesperados.

El olor a sangre y carne chamuscada no tarda en apoderarse de mí. Cuando las balas alcanzan mi cuerpo, haciéndome sangrar, gimo por el dolor. Pero comprimo mi carne, abrazándome a mí misma antes de extender los brazos, con las palmas abiertas hacia el frente, y todas las balas y fragmentos de cristal abandonan mi cuerpo. La sangre mana de mí durante unos segundos antes de que las heridas se cierran, y extendiendo los brazos con las palmas hacia arriba, dejando que las balas y los cristales me saluden. Flotan entre mis dedos en medio de un zumbido, similar al de un grupo de abejas furiosas intentando liberar a su reina.

—A ver si esto te gusta —me susurro.

Los guardias intentan ponerse en pie después de que la corriente eléctrica les sacuda. Las alarmas vuelven a sonar, y los refuerzos llegan en rápidos grupos. Pero cuantos más sean, mayor será mi poder, pues el Dios de la Luz se alimenta de sangre, y es la sangre de estos soldados y cazadores la que corre en ríos por mis pies, manchando el suelo.

Cuando los cazadores, aún con vida, se ponen en pie, ya es demasiado tarde. Las balas vuelan directas hacia ellos, destrozando las corazas de sus trajes, y los cristales se desprenden de su piel, clavándose en sus ojos, labios y mejillas. Los gritos agónicos de sus voces moribundas se entremezclan, y avanzo al oír la llegada de un nuevo pelotón de guardias.

Esta vez, los engendros les acompañan. Utilizan a las bestias como sus perros de caza. Los cazadores los sujetan con arneses especiales y se protegen tras escudos únicos. Pero no saben que nada de su equipo me detendrá.

Al verlas, alzo las manos mientras las balas y los cristales se elevan de nuevo hacia mí, partiendo piel y aplastando huesos. En ese preciso instante, siento que una presencia emerge de la cueva, y me giro para encontrar a mis hermanas caminando hacia mí.

Sus expresiones de dolor y sus rostros feroces deberían decir a los cazadores todo lo que necesitan saber. Deberían temernos, pero no son lo bastante listos. —¡Sin piedad! —grita un cazador, y sueltan a los necrófagos.

—¡Ya las has oído! —Miro a cada una de mis hermanas—. ¡Sin piedad!

Me siguen en mis movimientos. Nuestras manos se extienden y nuestras voces se alzan durante los cánticos. La presencia de Lilith, diosa de las brujas, resuena en mi interior con una fuerza extra, guiándome y mezclándose con la del Dios de la Luz mientras mis sentidos abarcan un rango imposible de comprender. Cae la oscuridad y se corta la luz, pero veo a los engendros caer

prisioneros de la ilusión después de que libere sus ataduras con magia. Los monstruos se dan la vuelta, persiguen a sus captores y devoran sus cuerpos en un baño de sangre cuyos gemidos agónicos contrastan con nuestros cánticos, lentos y de palabras antiguas.

—¿Cuál es tu voluntad? —me pregunta entonces una bruja.

Al descubrir que me siento como si hubiera viajado atrás en el tiempo, me giro y sé, por la fuerza que siento en mi interior, que mis ojos brillan. Mis ojos cambiaron de rojo, impulsados por el Dios de la Luz, a verde, por mi fuerza.

—Buscad a todas nuestras hermanas. A todas las prisioneras y libéralas. Y en tu camino, haz que todo arda.

Las brujas restantes asienten. Su poder está conectado al mío, así que ahora somos una fuerza invencible.

Huyen, y solo un puñado de ellas permanece a mi lado. —¿Adónde irás? —me pregunta una bruja.

—Tengo que encontrar a alguien. —Le toco el hombro antes de avanzar por los restos destrozados del pasillo y pisar los cadáveres que hay por el camino. Su sangre salpica entre los dedos de mis pies descalzos mientras evito mirar sus cabezas.

—¿Serás capaz de hacerlo sola? —pregunta otra de las chicas.

Me giro para mirarla. —Soy Gwen Adler. La hechicera del Cruce de Caminos. Aliada de un dios y elegida por Lilith. Puedo con todos ellos y más. —Sonrío a la preocupada bruja.

Algo en mi voz les dice que no estoy bromeando, pues incluso antes de contar con la ayuda del Dios de la Luz y de Lilith, todos me conocían por mi fuerza y poder. Pero ahora, estoy seguro de que no hay fuerza capaz de detenerme.

Asintiendo, las brujas se separan de mí y salen corriendo. La venganza también corre por sus venas. Sé que tienen suficiente combustible en su interior para seguir luchando hasta que vean todo este lugar arder hasta los cimientos.

Mientras se alejan, corro, pensando en encontrar a Everett. Mientras la rabia corre por mis venas, destruyo todo a mi alrededor, sabiendo que no puedo permitir que nada en este recinto demoníaco quede en pie cuando salga.

Las alarmas no dejan de sonar a mi paso mientras los soldados emergen y nos atacan. Siento cómo escupen su gas venenoso por los conductos de los pasillos, pero mi ira es mucho mayor. Mi conciencia, que está dividida y conectada a todas mis hermanas, fluye a través de ellas. Mientras los hechizos corren desenfrenados, mi poder les proporciona fuerza. Tras apagar venenos, crear ilusiones y destruir complejos, vemos arder el fuego mientras se elevan los gritos de nuestros enemigos, que se desploman durante el caos.

*Dame tu fuerza. Cierro los ojos, intentando invocar al Dios de la Luz. Y a cambio, te daré tanta sangre como desees. Suficiente sangre para saciar tu sed eterna.*

En mi cabeza, oigo la risa de la criatura ancestral. Su voz se transforma en mil sonidos únicos y, si prestas mucha atención, parece gritar de angustia.

—Un trato que nos beneficie a todos... Será, como tú dices, Gwen Adler. —Me doy cuenta de que suena complacido por mi oferta.

Su fuerza me inunda y el mundo se vuelve borroso. Ya no distingo mis actos ni mis sentimientos de los suyos. Y lo siento brotar dentro de mí, mientras su risa se convierte en mi voz, feroz y llena de gritos de rabia, mientras su luz se convierte en mi fuego, ardiendo en medio de los pasillos y abrasando a la gente. Baila entre luces duras y brillantes y explosiones que crepitan en la distancia. Lo siento dentro de mí, más allá de mí, y su presencia con el estruendo de las alarmas, los gritos de auxilio, los suelos que tiemblan, las cadenas que se rompen y los engendros que se sueltan para perseguir a los cazadores que los han deformado en criaturas tan horripilantes. Le siento cuando el mundo que me rodea se hace añicos y se transforma, convirtiéndose en el infierno que desea ver arder sobre la tierra.

Mientras le observo, el doctor Taylor sonrío, dedicándome ese gesto desquiciado, altivo y detestable por el que es conocido. —Estás a punto de reunirte con él. —El enloquecido doctor me guiña un ojo, dejándome repelida.

Por su expresión, debería haberme esperado esta trampa, pero no la veo venir hasta que siento el golpe. El golpe me lanza por los aires y mi cabeza se estrella contra un recipiente de cristal de al menos dos metros de altura, que cruje al hacerse añicos por la explosión. Las grietas ascienden por la estructura mientras un río de agua se vierte sobre el suelo.

Intento ponerme en pie, forcejeando, pero algo, o más bien alguien, me agarra del tobillo y me levanta por el suelo, haciéndome girar por los aires antes de lanzarme con fuerza contra un sillón que se hace añicos ante mi caída. Y entonces lo siento, la figura que trepa sobre mí a toda prisa y cuyos afilados dientes me rompen la piel del hombro mientras un gemido de dolor emerge de mis labios, de miedo y desesperación.

Cuando uso mi magia para empujarlo, cae hacia atrás, pero cae de pie. Con un movimiento fluido, parece deshacerse de mi hechizo, como un niño que ahuyenta una mosca con las manos. Entonces oigo reír al doctor mientras me levanto y miro hacia arriba para ver a mi atacante.

Excepto que su rostro me resulta demasiado familiar como para no reconocerlo. El pelo rubio, casi plateado, cayendo sobre su rostro limpio y juvenil, demasiado guapo para ser real. La figura alta e imponente, sin camiseta, mostrando su perfecta complexión musculosa y cincelada. Todo combinado con los ligeros cambios que ha sufrido durante la transformación. Me fijo en sus manos, que se curvan en garras tan afiladas como sus dientes y, sobre todo, en los colmillos. Pero sobre todo, el color de sus ojos, que ya no son azul hielo, sino que ahora están teñidos de púrpura, el color idéntico al de la droga Elixir.

—Te presento a mi nueva creación. —El Dr. Taylor, cojeando, se detiene junto a Everett, a quien da una palmada en el hombro—. El soldado perfecto. Everett es la prueba de que todos mis años de trabajo han dado sus frutos. —Sonríe, con una expresión orgullosa en su rostro petulante.

—¿Qué le has hecho? —Grito, llena de terror mientras Everett sonrío ampliamente, con los dientes manchados de sangre.

—Le he inyectado la versión más reciente de mi suero. La fórmula mejorada del Elixir convierte a cualquier Niño del Crepúsculo en una criatura perfecta. Una criatura mucho más poderosa de lo que podría ser por sí misma. Controla por completo su conciencia y sus acciones, pero me

obedece por completo. —Me mira, todavía sonriente, esperando mi respuesta.

Sus palabras no parecen tener sentido. No me cuadran del todo, pero sé que son reales. De alguna manera, la ausencia de Everett en mi cabeza, y su abrupto ataque, me dicen que el Dr. Taylor ha roto su espíritu.

—¡Te mataré por esto! —Marcho hacia el Dr. Taylor con los puños apretados a los lados.

El médico suelta una carcajada. —¿Sabes cuántas veces he oído esa amenaza? —Sacude la cabeza y chasquea la lengua—. Acaba con ella —ordena el doctor a Everett en un tono frío y mordaz—. Y tráeme las reliquias de las brujas cuando hayas terminado. Las tres...

—Sí, doctor. —Everett levanta la cabeza y aúlla antes de emitir un gruñido mientras avanza hacia mí.

Mientras se acerca, el doctor se aleja. —Espero que disfrutes de tu reunión, Gwen. —Se aleja por una de las muchas puertas que rodean el recinto. Y antes de darme cuenta, Everett arremete y me ataca.

Le miro fijamente, veo la ira arremolinarse en sus orbes y sé que ni toda la magia del mundo podrá devolvérmelo. No cuando el Dr. Taylor me ha quitado a Everett.

Pero si ese cabrón cree que me rendiré sin luchar, está muy equivocado.

Con los brazos abiertos, doy la bienvenida al ataque de Everett. Porque en medio de todo el veneno, sé que en algún rincón, recuerdo o pensamiento, él aún debe estar ahí... en alguna parte. Solo tengo que encontrarlo.

Y lo encontraré, o al menos, me aseguraré de que ambos muramos en el intento. Pero de ninguna manera... de ninguna manera dejaré que el sádico doctor se salga con la suya.

## CAPÍTULO 29: MUERTOS VIVIENTES



## EVERETT

—**E**verett —susurra con una expresión llena de calma, incluso cuando mi cuerpo se acerca más al suyo, buscando el impacto, cuando la sangre se derramará. Y sé que ella lo sabe. Gwen se da cuenta de que planeo matarla, pero no parece importarle ni inmutarse.

*¿Por qué no le importa?*

Tal vez piensa que dentro de mí su nombre aún tiene algún significado; porque cree que puede salvar. Pero el viejo Everett se ha ido y no queda nada de mí que salvar, aparte de la rabia latente, gritando con sed de sangre.

La agarro en medio de un grito; un movimiento preciso mientras las garras del lobo emergen de mis manos. El nuevo poder es increíble y me permite combinar la fuerza de mis dos cuerpos -las habilidades de cada uno- sin tener que renunciar a ninguno.

Pero aunque pequeña y aceptadora, sé que Gwen no está indefensa. Caemos, sí, pero cuando mis garras se clavan en su piel, ella contiene un grito. Gwen gira las manos para que sus palmas entren en contacto con mi cuerpo, y siento el calor mientras la resolución delinea los rasgos de su frente.

Pronuncia una palabra. Solo una, y un vórtice de luz se extiende dentro de mí, quemando mi cuerpo mientras la explosión me lanza por los aires. Mis garras desgarran la piel de su hombro y sus músculos mientras vuelo.

Pero Gwen no se detiene y se levanta. Con las palmas de las manos extendidas, mueve los dedos a una velocidad impresionante, luego cierra la mano y lleva los brazos hacia su cuerpo y, al hacerlo, tira de mí hacia ella.

Y cuando caigo, Gwen empuja el peso de su cuerpo en otra dirección, de modo que aterrizo con fuerza contra una pared. Dos de mis costillas se rompen por el impacto, pero se recuperan en segundos, gracias al proceso acelerado de la droga, que restaura mi cuerpo mucho más rápido de lo que debería.

Con las palmas de las manos abiertas para sujetarme y un grito amenazando con brotar del centro de sus labios, Gwen se me echa encima, forcejeando. Parece luchar contra sí misma con la fuerza de gravedad que utiliza para mantenerme prisionera, pero sé que también está luchando contra algo más.

—¡Everett! Escúchame. Lucha contra esto. ¡No puedes dejar que nos haga esto! Por favor, ¡lucha! —me grita, con veneno en cada palabra.

Pero sus palabras solo me hacen reír. —¿Quién te crees que eres para darme órdenes, brujita? Yo no recibo órdenes de ti.

Con la atención puesta en mis sentidos, lucho contra su magia, buscando un punto ciego en medio de su hechizo hasta que mi fuerza se impone a la suya.

La fuerza que me sujeta a la pared se libera y Gwen me impulsa en el aire hasta que toca el suelo y yo salto para ponerme en pie.

Me precipito hacia ella, con las manos extendidas, y la tiro del cuello con una mano. Gwen patatea, jadeando para recuperarse. —El doctor Taylor me hizo un favor deshaciéndose de ti. — Suelto un gruñido por la fuerza mientras le aprieto un poco más el cuello con ambas manos.

Sus ojos se desorbitan y su expresión parece alarmada al ver cómo le exprimo la vida. En ese momento, veo que Gwen me tiene terror. —Creías que podías manejar esto, pero no puedes. No puedes controlarme, Gwen, así que será mejor que abandones tu débil intento.

No aparta sus ojos verde oliva de mi cara, los mantiene fijos en los míos. Las lágrimas corren por sus mejillas enrojecidas y su expresión cambia por un momento, del terror a la determinación.

Siempre fue una brujita testaruda.

Gwen levanta una mano y veo la sangre que mancha sus dedos. Mis recuerdos reaccionan y solo tengo un segundo para protegerme y apartarme de ella antes de que la luz y el calor estallen arrasándolo todo.

Me aparto y me tapo los ojos mientras la voz de Gwen se eleva en un grito aterrorizado. Su pelo, antes oscuro, ahora más rubio por la luz, parece hacer juego con sus brillantes ojos anaranjados. Su piel se enciende en llamas y Gwen se abalanza sobre mí en medio de un remolino de fuego que se extiende, quemándolo todo a su paso.

Entonces, Gwen se abalanza sobre mí, el grito se desborda durante los movimientos de su cuerpo mientras una de sus manos -bañada en luz y fuego- me perfora la piel cerca del abdomen, como si fuera una estaca dispuesta a golpearme y crucificarme.

—¡Maldito seas! —ruge Gwen, con los ojos llenos de lágrimas que se evaporan mucho antes de tener tiempo de derramarse—. ¡Maldito seas Taylor, y maldito seas también, Everett Ajax!

Me suelta, grito de dolor y caigo al suelo. La veo cerrar los dedos en puños y el metal de las barandillas se desprende de las paredes y las escaleras.

Esto no se derrite, pero veo que se dobla y se moldea mientras ella lo golpea contra mí, atrapándome con cadenas improvisadas, mientras sigue gritándome.

—¿Por qué? ¿Por qué siempre tiene que ser tan jodidamente duro? —Gwen corre hacia mí y veo cómo se apaga el fuego de sus orbes.

No recupera el verde habitual de sus ojos, y el cobre y el oro siguen tiñendo sus orbes. Pero hay algo familiar en su mirada, algo que me recuerda lo mucho que ha sufrido.

Pero es solo un recuerdo sin importancia. Ya nada puede afectarme.

Al escuchar sus palabras, me eché a reír. —¡Ja! ¿Crees que lo que has pasado ha sido difícil? Déjame mostrarte lo difícil que puede ser.

Mis sentidos conectan entonces con la mente subconsciente que funciona como si estuviera unida a una sola entidad. Entonces lo siento dentro de mí, el murmullo de las voces, de los gritos y de los otros que existen como yo. Los que están a mis órdenes.

Mientras la mirada estupefacta de Gwen me estudia, abro los labios y emito un silbido demasiado agudo para ser escuchado por el oído humano. Un sonido chirriante de tres notas con una orden explícita hace reaccionar a todos los ghouls en un radio de dos metros, que gritan mientras saltan por las escaleras y las paredes, corriendo a nuestro encuentro.

Gwen los mira fijamente, sorprendida, y luego se vuelve hacia mí. —¿Qué has hecho? —pregunta con auténtico terror, apoderándose de sus facciones, mientras más y más de ellos se acercan a nosotros en manada. Primero son diez, veinte, treinta necrófagos y siguen llegando.

Gwen los observa y, mientras los engendros abren sus fauces con gritos sangrientos, sus manos se desdibujan dentro del fuego. Noto que su cuerpo brilla mientras me lanza una única mirada llena de algo que no puedo comprender. Su particular mirada debí de entenderla antes, pero ahora no la reconozco. —Cierra los ojos —me ordena sin discutir.

Y los cierro, por mero instinto, al sentir el calor que me rodea. Gwen suelta un rugido salvaje que hace brotar de ella un torbellino de fuego, y abro los ojos. La miro con asombro, porque es más grande y poderosa de lo que jamás había visto, o de lo que jamás la había creído capaz.

Levanta las manos y el fuego se eleva. El torbellino nos retiene en su centro, engullidos por el calor y las llamas, que nos alcanzan, pero no nos tocan mientras permanecemos de pie en medio del ojo de la tormenta. Cuando el fuego de colores se extiende por las siete plantas del complejo a una velocidad vertiginosa, consume a todos los ghouls que encuentra a su paso. Sus gritos resuenan dentro y fuera de mi conciencia mientras me obligo a apartarme de ellos sin mirarlos. Sin embargo, sufro cada una de sus muertes como si fueran mías: el dolor, las quemaduras y el calor abrasador se reproducen una y otra vez hasta que el infierno se congela.

—¿Es esto lo que quieres, Everett? —Gwen pregunta, acercándose a mí.

Su cuerpo brilla con el resplandor del sol abrazador que contiene mientras su cabello despeinado baila sobre su cabeza, como movido por las olas. La miro con asombro y su rostro dulce y algo añorado lleva una expresión serena, pero también de preocupación, dolor y duda.

Extiende una mano, me toca la cabeza y, aunque no me duele, siento que me arde la piel. —¿Es esto lo que deseas, vernos arder entre las llamas?

—Lo que deseo —le respondo— es que mueras, como te mereces, bruja.

He planeado mis palabras para herirla, pero Gwen no parece reaccionar, al menos de momento.

En cambio, me mira fijamente, estudiando mi rostro. Y me doy cuenta de que la angustia que siente no tiene nada que ver con lo que yo pueda decir o hacer. No, está causada por algo más profundo, algo que va más allá de esta simple pelea.

—Sigues siendo tú. Sé que estás ahí. Puedo sentirte, Everett. —Gwen se acerca a mí, me mira fijamente a los ojos y yo quiero apartar la mirada, pero me abstengo.

Mientras la miro fijamente, noto que el fuego arremolinado ha descendido, aunque no se ha detenido. Sus fuerzas menguan, pero sigue luchando. Resistiendo de algún modo por mí, o al menos, por lo que ella cree que soy.

—Siempre seré yo. —Me encojo de hombros con despreocupación—. Pero la persona que creías conocer ya no existe.

—Pero lo hace —aventura Gwen con convicción.

—¿Por qué estás tan seguro de eso?

—Porque si él no existiera, yo tampoco existiría. —Coloca las manos sobre sus pequeñas caderas mientras sacude la cabeza, una expresión de lástima cruza su rostro.

La miro, intentando entender sus palabras, y una tímida sonrisa se dibuja en sus labios. Sus manos se iluminan y se estiran hacia mí, apoyando las palmas en mi pecho.

Entonces, siento que Gwen hunde sus manos dentro de mi cuerpo, pero no me duele. No me está desgarrando, sino metiendo las manos dentro de mí. Y mis ojos se abren de par en par al sentir ahora un dolor lacerante que me atraviesa. El calor me corroe y grito, su voz se pierde en susurros.

Su mirada permanece fija y sus dedos llegan de algún modo hasta mi corazón y lo aprietan, envolviéndolo entre sus manos mientras el calor me quema con intensidad. —¡Para! —La ira y el dolor llenan mis gritos, pero ella no escucha ni obedece mi orden.

En cambio, sigue cantando, y no entiendo lo que dice, porque su voz es demasiado baja. Pero ahora la oigo, no por el sonido que sale de sus labios, sino por un susurro ahogado, perdido en algún lugar de mi mente.

Su voz sigue repitiendo la misma frase. *Vuelve conmigo, Everett. Por favor, vuelve a mí. Vuelve a tu compañera destinada...*

—¡Para! Para! —Me tapo los oídos como un niño.

Gwen me ignora, y su voz se hace más fuerte con cada nuevo momento y palabra que pasa entre sus labios. Sus palabras presionan cada vez más fuerte contra mi conciencia, rompiéndolo todo y provocando un agujero hueco en medio de mi pecho, mi cabeza, mi conciencia e incluso mi corazón.

—¡Basta! —grito, liberándome por fin, con rabia, de las cadenas subconscientes que me atenazan.

Pero para entonces, ya es demasiado tarde. Algo ha ocurrido, y en lo más profundo de mi ser, lo siento. Mientras el lobo aúlla durante mi conciencia, la ira en su voz regresa, y todos los sentimientos que albergo por Gwen vuelven de golpe.

Su conexión, la fuerza que une a Gwen conmigo, es irrevocable. Ella ha tenido razón todo el tiempo, y eso es todo. Incluso si el Dr. Taylor pensó que podía destruir nuestro vínculo, estaba

equivocado. Y aunque lo intentara mil veces, nunca borraría la conexión que nos une. El vínculo de pareja nos define como una pareja destinada.

—¡Te he encontrado! —Gwen sonríe mientras una sola lágrima escapa de sus ojos antes de retirar sus manos de mi pecho. Su cabeza cae mientras su cuerpo se desploma y, una vez más, su corazón y el mío laten al unísono.

Gwen apagó las llamas, pero las voces de los engendros restantes -más de los que podría contar- aún resuenan dentro de mi cabeza. Sin embargo, esta vez, bajo un sonido desconocido, una melodía diferente late ahora dentro de mi cuerpo.

Y justo antes de que el cuerpo de Gwen caiga al suelo, la cojo y la estrecho entre mis brazos. Tiene los ojos cerrados, su conciencia se pierde en la oscuridad, pero de sus últimos pensamientos brota tranquilidad. Está en paz sabiendo que ha logrado lo que se había propuesto.

—Eres una bruja lista. —Sonrío mientras la miro con sentimientos y orgullo renovados, y me pongo en pie, llevándola en brazos. "Has conseguido lo imposible al devolverme a la vida. Pero no te preocupes... pienso devolverte el favor". Ella me sonríe y yo tomo sus labios entre los míos.

## CAPÍTULO 30: FUEGO, CENIZAS Y SANGRE



## EVERETT

La sensación dentro de mi cabeza sigue creciendo. Lo llamo sensación porque, más que otra cosa, es una especie de resonancia que late dentro de mí y atraviesa mis pensamientos como si fuera un sexto sentido. La siento latir contra mi reconocimiento: la conciencia que de algún modo me vincula a los engendros. Pero ya no es una mente separada, que de algún modo me controla... en cambio, ahora la controlo yo.

Durante todo este tiempo y desde que la droga Elixir circuló por las calles, pensé que habían transformado a los ghouls en criaturas sin sentimientos ni conexión con el mundo, y cuyo único instinto era asesinar.

Sin embargo, contrariamente a lo que pensaba, los necrófagos poseen algún tipo de sentido. Una especie de conciencia enrevesada y abstracta. No es tanto un pensamiento racional como una mentalidad de colmena que los organiza a todos como miembros de la misma especie. Es como si entidades bajo una misma emoción actuaran como lo harían los lobos, con sus mentes, sentimientos y sensaciones conectados. Y dentro de esa conciencia, saben quiénes son. Sin embargo, se ha retorcido lo suficiente como para que olviden a las personas que una vez fueron.

Cierro los ojos, apretando los dientes, y por un momento intento detener el mundo que me rodea, sin soltar a Gwen. Ahora yace exhausta en mis brazos. En su afán por crear la droga de control perfecta, el Dr. Taylor no pudo prever lo fuerte que puede llegar a ser el vínculo de una pareja destinada; lo bastante fuerte como para romper el vaivén de una droga que carcome tus sentidos y transforma su esencia.

Pero su precipitación me ha servido, porque me ha dado un arma única que no sabía que poseía. Una que pretendo usar en mi beneficio.

—Vale. Es hora de jugar —susurro.

Al percibir las mentes de los ghouls que me rodean, expando mi mente, navegando por la red de información que nos une. Dentro de mi cabeza, los veo como puntos brillantes en medio de un laberinto por el que de algún modo sé navegar, y cada nuevo ghoul que observo es una conciencia que puedo manipular.

Enterrada bajo todos esos pensamientos caóticos, aún queda una pequeña parte de lo que fueron en su pasado, lo que da a cada uno de ellos una personalidad. Una personalidad que domina el impulso al asesinato y la ira que nos corroe, pero que sigue ahí, al acecho.

Haciendo uso de mi fuerza, pues mi especie de lobo alfa me hace único, doy una orden a través de mis pensamientos que hace que todos los engendros se detengan en medio de la batalla.

Y me doy cuenta de que no puedo comandar a los engendros, sino también trabajar a través de ellos. La conexión que poseo me permite manipularlos como si fueran marionetas, moviéndose al son de mis órdenes.

Riendo desquiciado y ronco, reconozco que el doctor Taylor me ha dado el arma definitiva para derrotarle.

—Ataquen a los cazadores —ordeno a los ghouls y visualizo el mundo a través de sus ojos. Hay cientos de ellos repartidos en docenas, incluso decenas. Circulan por toda la instalación, destruyendo todo a su paso, pero ahora les haré trabajar de una forma mucho más organizada—. Ayudad a todos los Niños del Crepúsculo. Protégelos, libéralos y ayúdalos a ponerse a salvo.

Los engendros, a mi orden, emiten un chillido al unísono que debe sonar aterrador.

En mis pensamientos, los veo huir, volviéndose contra los que antes consideraban sus aliados. Los Hijos del Crepúsculo parecen incrédulos al darse cuenta de que los engendros se han vuelto a su favor. No se detienen a descifrar el misterio, sino que echan a correr, aprovechando la oportunidad para huir.

—Bien —susurro al viento.

Dirijo a los ghouls en mis pensamientos para que destruyan todo lo que se cruce en su camino y así debilitar a los cazadores. Luego corro con Gwen en brazos y sigo el camino que la doctora Taylor ha utilizado para escapar.

En medio de mis prisas, mis pensamientos perciben otra presencia, una no tan caótica como las anteriores. Mi mente parece dividirse en dos, y entonces me doy cuenta de que conozco esa presencia, ya que se trata de Gwen.

Abre los ojos al recobrar el conocimiento. Al principio, Gwen parece perdida, pero en cuanto nota que la tengo en brazos, parece recordarlo todo y se exalta mientras intenta alejarse de mí.

—Cálmate. —La sujeto con fuerza, deteniéndome en medio del túnel que he estado siguiendo, impregnado del olor del doctor.

—¿Qué... qué está pasando? —Gwen me mira con cara de terror.

—Da la casualidad de que me has devuelto la conciencia, pero no has eliminado del todo el efecto de la droga en mi organismo —admito con una mueca, pero intento convertirla en una sonrisa.

Con mis pensamientos conectados a los de Gwen, le permito, a través de mis emociones, comprender todo lo que está ocurriendo. Espero darle una mayor comprensión de la situación que si se la explicara con palabras.

Los ojos de Gwen se abren como platos. —¿Puedes controlar a los ghouls? ¿A todos? —Gwen da un grito de asombro y se queda con la boca abierta.

Asiento con la cabeza.

—Es... ¡Increíble! ¡Casi como si fueras la abeja reina!

—Más bien un lobo alfa —corrijo, de nuevo con una mueca entre los labios mientras la ayudo a ponerse en pie.

Gwen se tambalea un instante, pero pronto se recupera. Nuestra conexión permite que su cuerpo exhausto recupere parte de su energía, y con mi proceso de curación tan extremo gracias a la droga, Gwen se beneficia y pronto se recupera.

Mira a su alrededor, curiosa y perpleja, sintiendo el mundo y la conexión con los ghouls a través de mí. —Es increíble. Mueve la cabeza con asombro e incredulidad.

—Ordena a las brujas que no les ataquen. Explícales que los ghouls ahora trabajan para nosotros, y pídeles que corran la voz entre todos los Niños del Crepúsculo. Nos ayudarán a salir de aquí.

—Vale, lo haré. —Gwen asiente con la cabeza y me sonrío.

Me mira, pero sé que Gwen está concentrada en otra cosa. Sus ojos parecen rendijas oscuras, y siento el murmullo dentro de su mente cuando sus pensamientos se conectan con los del resto de las brujas, dando la orden de no atacar a ninguno de los engendros... bajo ninguna circunstancia.

—Eres la abeja reina definitiva. —Me río y le guiño un ojo.

—Más bien una reina bruja —me bromea con un brillo en los ojos.

Sus ojos verde oliva se clavan en los míos y, al mirarla, puedo sentir su miedo y todo el dolor que la invadió durante la batalla, cuando pensó que me había perdido.

Abre los labios, dispuesta a decirme algo, pero yo sé todo lo que quiere decir. Le cojo la cara con las manos y ella se pone de puntillas mientras la atraigo hacia mí, besando sus suaves y cálidos labios.

La sensación es sobrecogedora y abrumadora. Por un momento, durante el caos que une nuestras conciencias con cientos de otras voces, todo queda en silencio, y solo estamos Gwen y yo, conectados por el profundo lazo que nos une.

—Gracias... —Le digo, con los ojos cerrados, sin soltar su cara—. Por ayudarme a volver.

Gwen sacude la cabeza. Su boca sabe a sangre, sudor y metal; sus labios están calientes, y la esencia del fuego y la ceniza se mezcla con el aroma natural de su cuerpo. Y, sin embargo, estar cerca de Gwen sigue siendo lo mejor que me ha pasado. —No podía perderte. No podía... —dice con voz entrecortada.

—*Nunca* me perderás. Te lo prometo, cariño. —La besé de nuevo—. Nunca.

Gwen asiente y se aparta de mí. La determinación vuelve a su rostro.

—Tenemos que darle al doctor un recuerdo nuestro. Un regalo por todo lo que nos ha hecho —dice Gwen con la ira brillando a través del verde de sus ojos.

—Un golpe del que no pueda recuperarse. Ya había pensado en eso —declaro.

Asiente y su mente se une a la mía. Entendiendo mis intenciones, Gwen junta las manos mientras la fuerza de la magia brota de cada uno de sus sentidos. —Volveré al laboratorio. Y planeo tomar

prisioneros y destruir todo a mi paso.

—Bien. Pero intenta conseguir tantas muestras de la droga como puedas. Las usaremos para que nuestra gente trabaje en un antídoto.

Gwen asiente de nuevo. —Te veré pronto. Adiós, Lobo Alfa. —Me guiña un ojo con una sonrisa y echa a correr en la dirección opuesta a la que yo la sigo.

La observo alejarse un instante y continúo mi camino. Mis sentidos se aceleran y se sienten sensibles debido a mi condición de lobo alfa, sumada a la fuerza de la droga, lo que me permite detectar el camino que ha seguido la doctora.

Agradecido por la fuerza que me da la droga, corro a un ritmo vertiginoso, similar al que poseo cuando entro en mi fase. Me apresuro a alcanzar al doctor Taylor, que intenta huir de mí. Mientras tanto, mi mente conecta con Gwen, que conecta con las brujas, y mi conexión con los ghouls me permite ver una imagen precisa de todo el tumulto que reina en el interior del recinto.

Así, veo cómo las brujas, que ahora se dan cuenta de que los ghouls ya no son sus enemigos, se alían con ellos para enfrentarse a los cazadores que aún no han huido. En medio de un mar de fuego y escombros, las balas llueven junto con sus hechizos, pero los cazadores no son rivales para las fuerzas combinadas de los Hijos del Crepúsculo y los ghouls, aunque los cazadores se encuentren en medio de un territorio que antes consideraban suyo.

Los veo caer, prisioneros de sus antiguas víctimas o vencidos por la muerte mientras los necrófagos despedazan sus pieles y se alimentan de sus entrañas. Mientras tanto, las brujas, guiadas por Gwen, crean caminos seguros que permiten a los prisioneros abandonar el recinto.

Gwen utilizó su magia para llegar al último piso del complejo, donde vivía la residencia privada de la antigua Reina de las Brujas, así como el laboratorio del Dr. Taylor. La magia del Dios de la Luz, combinada con la de Lilith, otorga a Gwen una fuerza sin igual que la ayuda a derribar las barreras circundantes. Destruye todo lo que encuentra a su paso, incluidas las máquinas de tortura y los dispositivos diseñados para dominar y alterar las mentes de quienes una vez fueron prisioneros.

Las brujas que la siguen la ayudan a recopilar toda la información posible sobre las investigaciones del doctor: documentos clasificados y muestras de cada forma de Elixir que el doctor Taylor había creado.

Me separo un momento de la mente de Gwen para concentrarme, me adelanto y veo una puerta al final del pasillo que el médico o alguien ha dejado abierta, lo que me permite entrar.

Fuera del laboratorio, el mundo parece pintado por una especie de campamento de guerra. El terreno circundante es vasto y está reforzado con vallas protectoras, alambre de espino y barrotes fortificados a través de los cuales se desata el pandemónium. Observo cómo los cazadores restantes intentan luchar contra los engendros y los Niños del Crepúsculo mientras tratan de escapar.

Mis ojos inspeccionan el entorno, oliendo el perfume de tierra, ceniza y sangre que se mezcla en el aire de mi boca. Inhalo y alejo todos mis sentidos hasta que noto que el aroma que busco me guía hacia el Dr. Taylor.

—No le soltéis —ordenó a los engendros con los dientes apretados.

Todos se vuelven hacia los vehículos, abandonando el recinto como si fueran la misma unidad. El aterrador rugido sale de sus labios mientras corren, y yo les sigo, persiguiendo la trayectoria del vehículo blindado en el que el Dr. Taylor intenta partir y desaparecer.

Los camiones restantes del ejército, que rodean el vehículo blindado del doctor, empiezan a dispararnos, provocando que muchos de los engendros caigan heridos, algunos incluso muertos. En mi interior, siento cada una de sus muertes como si fuera la mía propia, pero esto no hace más que aumentar mi ira y, por tanto, la de ellos.

Gritando, acelero el paso mientras el primer grupo de engendros se abre paso hacia los vehículos, destrozando las armas y haciendo añicos la artillería con el poder de sus garras. Se abalanzan sobre los soldados, los desarman y los despedazan, mientras el vehículo de la doctora Taylor intenta huir.

Pero yo, que soy más rápido que él, me abalanzo, aprovecho en medio del campo y salto por encima del coche. Mis puños golpean el cristal tintado, que se rompe en mil pedazos, y saco al conductor por el hueco dejado en la ventanilla. El hombre grita e intenta atacarme, pero tropieza, cayendo presa de los engendros justo antes de que el coche pierda el control y se estrelle contra uno de los muros de hormigón.

Salto justo antes de que el vehículo vuelque, observo el humo y las llamas resultantes mientras el médico se arrastra por una ventanilla, arrastrándose por el barro como un asqueroso gusano. Sus gafas rotas y de montura torcida permanecen en su cabeza mientras la sangre mana de una herida en su frente y de otras lesiones en su cuerpo.

Me mira y se detiene. Sus ojos parecen petrificados y furiosos, ajenos al desorden circundante.

Mientras le examino, mis labios se levantan en una sonrisa peligrosa, que es el preludio de todo lo que le espera a este hombre.

Y sé... sé que él lo sabe. Desde el momento en que vio a los ghouls volverse contra los cazadores y actuar como una unidad organizada, sospeché que de algún modo había recuperado la consciencia. Sabe que ya no soy su esclava, sino la que tiene el control.

—¿Qué cree que ha hecho? —Los labios del Dr. Taylor forman una línea recta y tensa, y la ira pulsa desde una vena en medio de su frente.

Sus palabras solo hacen que el regocijo y la felicidad crezcan dentro de mi cabeza, y con deleite, me encojo de hombros y le guiño un ojo al malvado y ahora derrotado doctor. —Solo le estoy devolviendo el favor.

*Los secretos permanecen ocultos y los destinos entrelazados.  
Recuerde que la saga dista mucho de estar completa. La emoción  
perdura en la secuela. Sigue leyendo para conocer el cuarto libro de  
Descendientes de Crepúsculo.*

**Más información**